BLUE JEANS

LA ÚLTIMA MELODÍA DE CHOPIN

CUANDO LA MÚSICA ANUNCIA TU FINAL

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
PLANO DE SEVILLA
LISTA DE PERSONAJES
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1. TRIANA
CAPÍTULO 2. BLANCA
CAPÍTULO 3. NIKO
CAPÍTULO 4. TRIANA
CAPÍTULO 5. LUNA
CAPÍTULO 6. TRIANA
CAPÍTULO 7. NIKO
CAPÍTULO 8. LUNA
CAPÍTULO 9. NIKO
CAPÍTULO 10. BLANCA
CAPÍTULO 11. NIKO
CAPÍTULO 12. TRIANA
CAPÍTULO 13. LUNA
CAPÍTULO 14. TRIANA
CAPÍTULO 15. BLANCA
CAPÍTULO 16. NIKO
CAPÍTULO 17. LUNA
CAPÍTULO 18. TRIANA
CAPÍTULO 19. BLANCA
CAPÍTULO 20. SERGIO
CAPÍTULO 21. NIKO
CAPÍTULO 22. TRIANA
CAPÍTULO 23. BLANCA

CAPÍTULO 24. NIKO
CAPÍTULO 25. BLANCA
CAPÍTULO 26. SERGIO
CAPÍTULO 27. TRIANA
CAPÍTULO 28. NIKO
CAPÍTULO 29. BLANCA
CAPÍTULO 30. NIKO
CAPÍTULO 31. CELIA
CAPÍTULO 32. SERGIO
CAPÍTULO 33. TRIANA
CAPÍTULO 34. NIKO
CAPÍTULO 35. BLANCA
CAPÍTULO 36. TRIANA
CAPÍTULO 37. BLANCA
CAPÍTULO 38. CELIA
CAPÍTULO 39. NIKO
CAPÍTULO 40. TRIANA
CAPÍTULO 41. SERGIO
CAPÍTULO 42. BLANCA
CAPÍTULO 43. CELIA
CAPÍTULO 44. BLANCA
CAPÍTULO 45. NIKO
CAPÍTULO 46. TRIANA
CAPÍTULO 47. BLANCA
CAPÍTULO 48. NIKO
CAPÍTULO 49. TRIANA
CAPÍTULO 50. CELIA
CAPÍTULO 51. BLANCA
CAPÍTULO 52. NIKO
CAPÍTULO 53. SERGIO Y BLANCA
CAPÍTULO 54. TRIANA
CAPÍTULO 55. NIKO
CAPÍTULO 56. BLANCA
CAPÍTULO 57. NIKO Y TRIANA
CAPÍTULO 58. CELIA
CAPÍTULO 59. MERCEDES
CAPÍTULO 60. TRIANA Y NIKO
EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

La detective Celia Mayo ha desaparecido. Triana y Niko todavía tienen esperanza de encontrarla, aunque saben que las posibilidades son cada vez más escasas. Un día, los jóvenes reciben una llamada anónima que les asegura que está viva. ¿Será esta vez cierto o se trata de una broma de mal gusto?

Mientras tanto, Blanca se recupera de las lesiones que sufrió tras el accidente de helicóptero. Su compañera periodista Luna González está investigando y no parará hasta descubrir lo que ocurrió, aunque eso la ponga en riesgo.

Sevilla se ha convertido en una ciudad peligrosa en la que nadie parece a salvo. Los misterios y las muertes sospechosas se van produciendo y la policía no logra encontrar a los culpables.

¿Conseguirán averiguar la verdad de esos sucesos?

La última melodía de Chopin

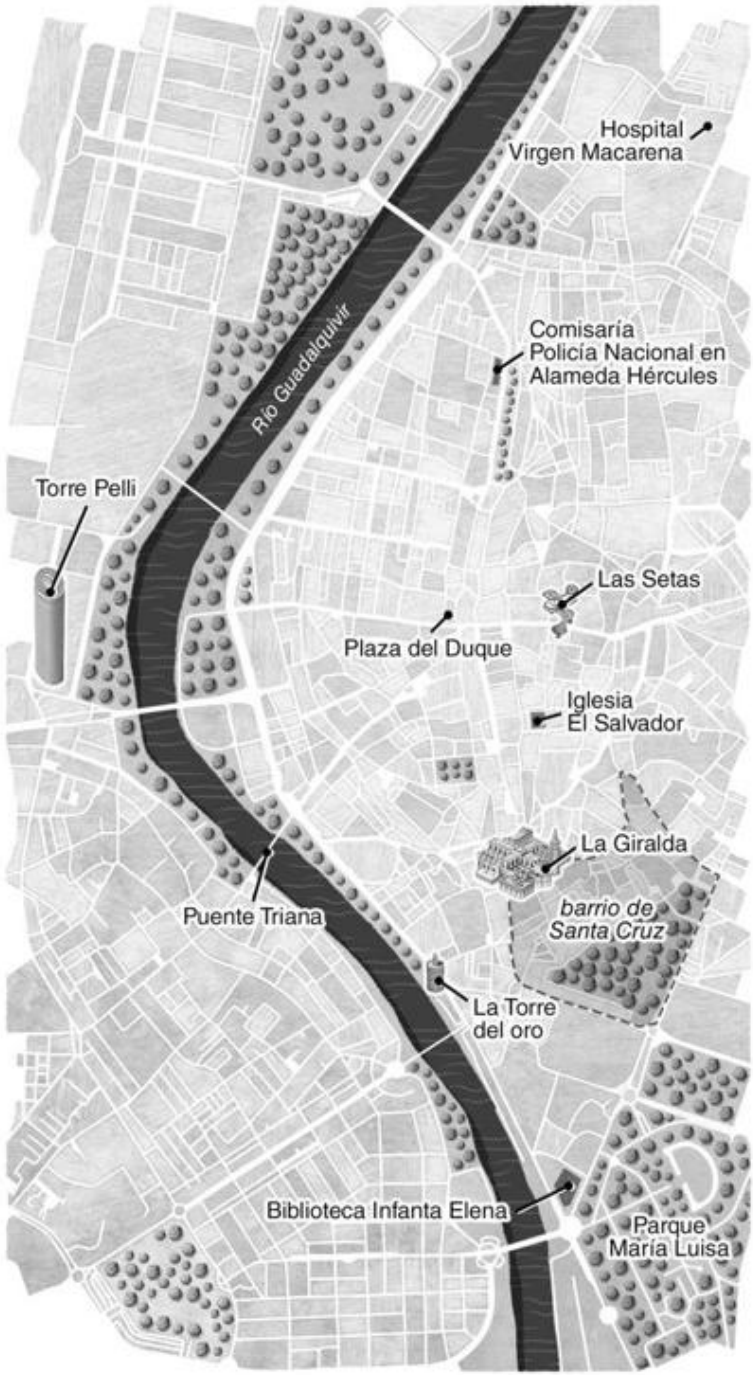
Blue Jeans

Para los que aún no lo han conseguido,
pero no dejan de intentarlo.

No hay nada más odioso que la música sin significado oculto.

FRÉDÉRIC CHOPIN

PLANO DE SEVILLA


Hospital
Virgen Macarena
Río Guadalquivir
Comisaría
Policía Nacional en
Alameda Hércules
Torre Pelli
Las Setas
Plaza del Duque
Iglesia
El Salvador
La Giralda
barrio de
Santa Cruz
Puente Triana
La Torre
del oro
Biblioteca Infanta Elena
Parque
María Luisa

LISTA DE PERSONAJES

Ana Benítez: mujer del piloto Francisco Carvajal.
Arturo Gaviria: comisario de la Policía Nacional.
Blanca Sanz: periodista de *El Guadalquivir*.
Brenda Osuna: amiga de Triana.
Carlos Flores: nieto de Juan Luis Flores.
Carmen Moyano: madre de Blanca y Sergio.
Cayetano Aguilar: exnovio de Triana.
Celia Mayo: detective privada y escritora, madre de Triana.
Daniela Montilla: aspirante a cantante.
Dariusz Olejnik: abuelo de Niko.
Enrique Mesa: propietario de una tienda de muebles en Sevilla.
Federico Sanz: padre de Blanca y Sergio.
Francisco Carvajal: piloto de helicóptero fallecido.
Gabriel Rosado: periodista de El Guadalquivir TV.
García: policía nacional del que se desconoce el nombre de pila.
Gerardo Muriel: subinspector de la Policía Nacional.
Gervasio Lombán: neuropsicólogo.
Jarek Michalski: delincuente polaco.
Javier Montesorín: inspector jefe de la Policía Nacional.
Juan Luis Flores: conocido delincuente sevillano.
Juancho Arrieta: psicólogo.
Luna González: periodista de El Guadalquivir TV.
Manuel (Lolo) Velázquez: policía nacional fallecido, padre de Triana.
Marco Galiano: director de informativos de El Guadalquivir TV.
María Santana: septuagenaria sevillana, defensora de las energías.
Mercedes Reinoso: directora del periódico *El Guadalquivir*.
Nikolai (Niko) Olejnik: protagonista de esta historia.
Rebeca Solís: nueva directora del periódico *El Guadalquivir*.
Salvador Díaz: cura de la iglesia de El Salvador.
Santiago de Gomar: alcalde de Sevilla (ficción).
Sergio Sanz: hermano de Blanca.

Teodomiro Solís: dueño del grupo de comunicación El Guadalquivir.
Triana Velázquez: protagonista de esta historia.
Victoria Garcés: policía de la Brigada de Estupefacientes.

PRÓLOGO

—¿Ya has completado el trabajo?

—Sí. Todo listo. En unos minutos tendremos el resultado.

—Bien. Espero que no hayas metido la pata.

—¿Por quién me tomas? Soy un profesional.

¿Acaso dudan de él? El día que se canse de tanta mierda, empezará a largar. Se llevaría a mucha gente por delante; la de peces gordos que caerían. Pide poco dinero para las tareas que le encargan. La misión de aquella mañana, sin duda, ha sido de las más importantes de su carrera como asesino a sueldo.

—Bien. En cuanto pase, acércate al lugar acordado para que cobres tu parte.

—Allí estaré. No me hagáis esperar mucho. Quiero irme a dormir.

—Tranquilo, será rápido. Adiós.

A Zorro, como lo llaman sus amigos, se le escapa un bostezo mientras guarda el móvil en un bolsillo. No ha pegado ojo en toda la noche. Parece mentira, pero todavía se pone nervioso en las horas previas. ¡Ni que fuera su primer asesinato!

Saca una pequeña libreta y arranca la página en la que había apuntado el nombre de aquel pobre infeliz. Tras hacer con ella una bola, la tira a la papelera más cercana. Aquel tipo todavía no ha muerto, pero no tardará en hacerlo.

—Lo siento, Francisco —susurra mientras se santigua. Después reza un padrenuestro y vuelve a santiguarse. «Dios lo tenga en su gloria», piensa.

Nunca le había tocado deshacerse de un piloto. Aunque ese hombre no era el objetivo principal del encargo. Por lo visto, viaja gente importante en el interior del helicóptero que su objetivo está pilotando ahora mismo y que sobrevuela el cielo de Sevilla. El contacto no había querido revelarle la identidad del resto de pasajeros. Y él ha aprendido a no hacer preguntas; cuanto menos sepa, mejor.

—¡Mira! —le grita un niño a su madre, muy cerca de él—. ¡Se está cayendo!

Zorro alza la vista hacia donde el muchacho señala y contempla cómo un helicóptero ha perdido el control. El aparato vuela sin dirección y termina estrellándose contra el cuerpo de campanas de la Giralda. Un fuerte estruendo sacude la torre y una gigantesca nube de humo gris no tarda en cubrir la zona de impacto.

—Joder. Mierda —se dice para sí. Se palpa la frente y comprueba que está sudando. Se ha puesto muy nervioso.

¿Cómo es posible que el helicóptero del piloto al que ha envenenado haya acabado chocando con el edificio más emblemático de la ciudad? Maldita sea. No había previsto nada parecido.

A su alrededor todo el mundo se ha puesto a gritar. Aunque se encuentra a cierta distancia del lugar del siniestro, puede atisbar que el caos es absoluto. Algunos hablan de atentado terrorista; otros simplemente corren. Quieren huir lo más lejos posible.

Zorro, en cambio, permanece inmóvil, en *shock*. Sabe que, tal y como se ha producido, la repercusión de aquel accidente será mayúscula. Le tiemblan las manos, pero se obliga a reaccionar. Irá a cobrar el dinero que le deben y se marchará a su casa, de donde no saldrá en varios días. Por lo menos hasta que cese el previsible terremoto mediático.

Ha quedado en un sótano cerca del río. Camina deprisa. No puede quitarse de la cabeza la imagen del helicóptero impactando contra la Giralda. Ruega a Dios que el edificio no se desplome. Tiene muy presente lo que sucedió el 11S con los aviones que destruyeron las Torres Gemelas.

—Si es que no puede ser. ¡Me cago en...!

Maldice la desafortunada trayectoria del helicóptero y al que le convenció de que aceptara aquel trabajo. Le habían asegurado que el recorrido que haría el piloto sería por las afueras de Sevilla, por zonas despobladas. ¿Qué hacía ese puto aparato sobrevolando el centro de la ciudad?

El sonido del móvil interrumpe sus pensamientos. Alguien lo llama, pero Zorro decide no responder. No está para charlas. Quien sea insiste un par de veces más. Finalmente, saca el teléfono del bolsillo y observa en la pantalla que se trata de su madre. Ahora no se encuentra en condiciones de hablar con ella. Lo siguiente que recibe

es un mensaje de audio. La voz quebrada de una mujer septuagenaria le pone la piel de gallina.

> AUDIO DE LA MADRE DE ZORRO
> Hijo, ¿dónde estás? He oído una fuerte explosión.
> Se ve mucho humo desde casa. ¿Estás bien? Dinos
> algo, por favor.

El hombre resopla. Sus padres viven a apenas un kilómetro de la zona cero del accidente. Si supieran que el responsable de aquella catástrofe es su propio hijo... Pero ellos ignoran que es un asesino a sueldo. Ni lo sospechan. Piensan que trabaja haciendo chapuzas que cobra en negro. Ese es el único pecado que sus progenitores podrían achacarle y que pasan por alto. ¿Lo querrían si supieran que es un sicario y que carga a su espalda con una docena de cadáveres?

Se detiene un instante y les envía un escueto wasap para que se tranquilicen. Cuando pase un rato y lo haya solucionado todo, los llamará.

Aunque es pleno otoño en Sevilla, continúa haciendo calor. Pero si Zorro no deja de sudar mientras camina, no es solo por la temperatura. Su estómago parece una centrifugadora y siente ganas de vomitar. Por fin, llega hasta un viejo edificio. Allí le esperan. Baja las escaleras hasta el sótano e intenta abrir la puerta metálica. Está cerrada. Llama y enseguida oye unos pasos acercándose y, a continuación, el ruido de un cerrojo poco engrasado en movimiento. Ante él aparece por fin un tipo grandote al que nunca había visto. Lleva sombrero oscuro, una chaqueta negra demasiado estrecha y tirantes encima de una camisa grisácea. Parece sacado de una película mala de mafiosos.

—¿Quién eres?

—Vengo a cobrar lo mío.

—¿Zorro?

—Sí. ¿Necesitas algún tipo de identificación?

El tipo de los tirantes sonríe y niega con la cabeza. Le pide que entre y cierre la puerta. Zorro obedece. Los dos se dirigen hacia un pequeño salón. El silencio del lugar le intimida. No hay ni un solo objeto decorativo y las paredes están repletas de desconchones. Huele a cañerías y da la impresión de que nadie pasa la mopa por el suelo desde hace años.

—La has liado bien.

—He hecho mi trabajo. ¿Dónde está mi dinero?

El hombretón echa la mano hacia atrás y busca algo en el bolsillo trasero de su pantalón. Pero, en lugar de dinero, saca una pistola. Sin cruzar ni una sola palabra más con él, apunta a la frente de Zorro y aprieta el gatillo.

Nadie sabrá jamás del hombre que provocó el accidente del helicóptero que se estrelló contra la Giralda.

CAPÍTULO 1

TRIANA

Sevilla, sábado, 14 de diciembre de 2019

Hace dos meses que Celia Mayo desapareció. Aquel lunes, catorce de octubre, fue la última vez que se supo algo de la detective privada. Desde ese instante, la policía ha estado investigando cada mínimo indicio que pudiera conducirlos a alguna pista fiable sobre su paradero.

—¿Por qué no duermes un rato? Tienes cara de cansada.

Triana mira desafiante a Niko y niega con la cabeza. No hace falta que se lo recuerde. ¡Claro que está cansada y tiene mal aspecto! Lleva muchos días sin dormir tres horas seguidas. Desde que su madre desapareció, apenas ha pegado ojo.

—Estoy bien. No te preocupes.

—No estás bien.

—Creo que me voy a ir a mi casa.

—No deberías coger la moto en ese estado.

—¡Estoy bien, joder! —exclama Triana poniéndose de pie—. No me agobies, por favor. No necesito que estés pendiente de todo lo que hago. ¿Vale?

La chica suelta un bufido y sale de la habitación. Camina deprisa hasta la cocina y abre el grifo del fregadero. Se pone debajo y bebe agua fría. No puede más. Aquella situación es superior a sus fuerzas. Las semanas han ido pasando y todo sigue igual desde aquel maldito lunes de octubre. Nadie sabe nada de su madre, ni siquiera después de la llamada telefónica en la que escuchó su voz.

AUDIO DE CELIA
Hola, cariño. ¿Cómo estás? Ve cenando tú, que
voy a llegar un poco tarde. He pasado a ver a

Gertrudis, que ha puesto mis novelas en el escaparate de la papelería. ¡Ojalá vendamos alguna! Luego nos vemos. Te quiero.

Era un audio de abril. Su madre estaba feliz porque su amiga había colocado sus libros en el escaparate del establecimiento que regenta. ¿Por qué le habían enviado aquel mensaje antiguo? ¿Quién había hecho esa llamada? La policía no tuvo respuestas para sus preguntas pese a que, gracias a que alguien había conectado el teléfono de Celia, habían logrado geolocalizarlo.

—No hemos encontrado nada relevante en aquel descampado entre Carmona y El Viso —le reconoció el comisario Gaviria después de que la policía acudiera al lugar en el que habían encendido el *smartphone* de su madre—. Hemos echado un vistazo por toda la zona, pero no ha habido suerte. Lo siento.

—¿Cree que mi madre es la que ha hecho esa llamada? ¿Es una prueba de que está viva?

—No lo sé, Triana. No lo sé.

El móvil de la detective se apagó a los cinco minutos de haberse conectado y no volvió a encenderse. Pese a que rastrearon varias veces el lugar y sus alrededores, la policía no descubrió ninguna pista relacionada con la desaparición de Celia Mayo.

—No te enfades conmigo —le dice Niko, que se acerca a ella por la espalda para envolverla en un abrazo.

Triana se seca la boca con la manga de la camiseta y se gira. Lo tiene frente a frente. A pocos centímetros. Tan guapo como siempre. La mira enamorado. También como siempre. Pero ¿qué es lo que siente ella ahora mismo? Todo lo que ha ocurrido en las últimas semanas le ha abierto una herida difícil de cerrar. Se nota más irascible. Menos cariñosa. De alguna manera, lo culpa por lo que ha pasado. Sus sentimientos se han resentido. Ha perdido parte de la ilusión que tenía cuando decidieron ser pareja y emprender un camino juntos.

—Niko, yo...

—Ya lo sé. Estás agobiada. Es normal. Pero sigo siendo optimista. Tu madre aparecerá sana y salva.

—Eso no lo sabes. Lo más probable es que..., que la hayan...

Las lágrimas no se hacen esperar. Triana apoya la cabeza en el

hombro de su novio y rompe a llorar. Siente su mano sobre la cabeza. La acaricia con delicadeza y le repite que todo va a salir bien, que la pesadilla acabará. Sin embargo, ella no lo tiene tan claro. Piensa justo lo contrario: que no volverá a ver a su madre con vida.

—No creo que aguante esta situación mucho más tiempo —comenta la joven mientras se aparta de él y sale de la cocina—. Estoy al límite.

—Quizá si volvieras a clase, a llevar una rutina, conseguirías distraerte un poco.

—Es imposible. No soy capaz de ir a la universidad. Me sentiría muy incómoda. Todos me mirarían.

—Ya lo hacían antes —dice mientras se acerca de nuevo a ella—. Eres la chica más guapa de Bellas Artes.

Triana esboza una tímida sonrisa y le da un beso en la mejilla. Se ha acostumbrado a su peculiar sentido del humor. Pero, aunque la ha cuidado y ha estado a su lado en esos dos meses tan complicados, nota que algo se ha roto entre los dos. Tal vez las cosas con Niko mejorarían si su madre apareciera. Aunque no es solo esa preocupación la que le ronda la cabeza, hay otra a la que tampoco puede dejar de darle más y más vueltas: que su padre, según el comisario Gaviria, fue asesinado hace cinco años. Lo mató Enrique Mesa, que actuó por orden de Javier Montesorín, quien, por aquel entonces, era compañero de Manuel en la Policía Nacional y, además, presumía de ser su mejor amigo.

—Estamos seguros de que quien ordenó y pagó a Mesa para que asesinara a tu padre fue Javier Montesorín... Aunque no fue solo él —le confesó Gaviria en su oficina—. En los documentos que hemos encontrado ocultos en la casa de Enrique, aparecen los nombres de dos personas más.

—¿Quiénes son esas dos personas?

—No lo sabemos. Sus nombres están en clave. Usaban seudónimos.

—¿Y no están identificados?

—No. Estamos intentando averiguar quiénes son. Aunque no será fácil.

—¿Y Montesorín? ¿Su nombre no estaba oculto?

—Sí. Pero utilizaba con Mesa el sobrenombre que empleaba con nosotros: Orangután Rojo. No fue demasiado inteligente. Los otros dos

seudónimos no sabemos a quiénes pertenecen. Estamos investigando.

—¿Cuáles son los otros dos sobrenombres?

—Discúlpame, pero no te lo puedo revelar. Es confidencial, Triana.

—Lo comprendo.

—De momento, debemos mostrarnos muy cautelosos con estas informaciones.

—¿Sabéis por qué pagaron a Mesa para matar a mi padre?

—También lo estamos investigando —respondió Gaviria muy serio—. El proceso puede ser largo. Pero no te quepa ninguna duda de que vamos a poner todo de nuestra parte para averiguar quién asesinó a nuestro querido Lolo Velázquez. Confía en nosotros.

Desde aquella conversación a mediados de octubre, el comisario llama todas las semanas a Triana para informarla sobre ambas investigaciones: la desaparición de su madre y la muerte de su padre. ¿Estarían las dos relacionadas? No lo descartaba.

—Quiero enseñarte una cosa —le dice Niko tras darle un cariñoso beso en los labios—. Acompáñame.

—Debería irme a casa. Tengo que poner una lavadora con urgencia. Casi no me queda ropa limpia.

—Yo te ayudaré luego. Ven conmigo un momento.

—¿A dónde? Me das miedo.

—No temas, es para algo bueno. O eso espero.

El joven la toma de la mano para guiarla hasta la habitación que se encuentra al final del pasillo. Es el cuarto en el que su abuelo guardaba lo que robaba. Niko lo devolvió todo cuando lo detuvieron y ahora está prácticamente vacío. Solo hay una alfombra, un par de cuadros con paisajes que decoran las paredes y un piano. El polaco se dirige hacia el instrumento y toma asiento en la banqueta. Coloca los dedos sobre las teclas y los pies en los pedales antes de mirar fijamente a Triana.

—He compuesto una pieza para ti. En el órgano de la iglesia suena de otra manera, pero espero que te guste. Me ha costado un poquito sacarla. Quería que fuera especial.

Triana se queda sin palabras. No lo esperaba. Ella pensando en cómo decirle que ya no siente lo mismo que hace unas semanas y él esforzándose en componerle una melodía. Se siente culpable. Las primeras notas provocan que llore de nuevo. Su corazón late muy

deprisa durante los más de tres minutos que dura la música. Cuando finaliza, ambos suspiran y se sonríen. El chico le ofrece un pañuelo de papel.

—¿Esta reacción significa que te ha gustado o que lo he hecho muy mal?

—Me ha encantado. Muchas gracias —contesta Triana mientras sorbe por la nariz—. ¿Tiene nombre?

—No. Pero podría llamarla...

En ese instante, suena el móvil de Triana en el dormitorio. La chica corre a buscarlo y comprueba que la llamada entrante es de un número oculto. Un escalofrío sacude su cuerpo. Niko aparece enseguida y le pregunta quién es.

—No sale el número.

—¿Por qué no respondes?

—Me da miedo. ¿Y si vuelvo a escuchar la voz de mi madre en otro audio?

—Dame. Contestaré yo.

El chico se acerca a Triana, pero la joven aparta el teléfono justo en el instante en que deja de sonar.

—Tendrías que haber contestado —la reprende Niko.

—Lo sé, pero he entrado en pánico. Me he bloqueado.

—Si llaman otra vez, deja que sea yo el que responda.

Triana no dice nada. De nuevo se siente agobiada. Es su estado habitual en los últimos tiempos. Sale de la habitación y camina hasta el salón con el teléfono en la mano. Recoge el casco de la moto que había dejado sobre una mesa y se lo coloca bajo el brazo. No le apetece estar sola, pero tiene la impresión de que cualquier cosa que Niko le diga hará que salte y discutan. Él no se lo merece.

—¿Te vas?

—Sí, pero no me repitas que me ves cansada, por favor.

—Es lo que pienso —dice el chico resignado—. No te ha gustado demasiado la melodía...

—Sabes que no es eso.

—¿Y qué es?

—No sé, Niko. A lo mejor solo quiero estar sola un rato.

—¿Solo un rato?

Triana afirma con la cabeza. Se aproxima a él y le da un beso corto en los labios. Intenta sonreírle, aunque no está muy segura de

haberlo logrado. Cuando está cerca de la puerta de la calle, su móvil suena otra vez. De nuevo es un número oculto.

—Cógelo —le ruega Niko.

—No.

—Triana, responde. O lo haré yo.

La chica chasquea la lengua y finalmente accede a contestar. Las rodillas le tiemblan y apenas le sale la voz cuando habla.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Tu madre está viva. Sé dónde se encuentra.

—¿Qué? ¿Quién eres? ¿Dónde está mi madre? —pregunta la joven muy nerviosa.

—Y también sé quién mató a tu padre. Nos veremos pronto.

CAPÍTULO 2

BLANCA

El Viso del Alcor, sábado, 14 de diciembre de 2019

—¡Está viva! ¡Está viva!

Los gritos de aquellos dos hombres vestidos de uniforme alertaron de que Blanca Sanz todavía respiraba. El piloto y su compañera de viaje, Mercedes Reinoso, la directora del periódico *El Guadalquivir*, no tuvieron la misma suerte. La tragedia se había saldado con dos personas fallecidas y una herida grave.

El rescate se prolongó varias horas y no fue fácil evacuar a la periodista. El aparato había quedado atrapado en la zona donde se encuentran las campanas de la Giralda. Milagrosamente, no hubo que lamentar más víctimas porque la estructura se mantuvo en pie.

La puerta de la habitación se abre sin que nadie haya llamado antes. Blanca no protesta. No tiene ganas de discutir, aunque le ha insistido a su familia que necesita cierta intimidad mientras se quede con ellos. Desde que le dieron el alta en el hospital, está en casa de sus padres. Son muy pesados, pero la están ayudando en la recuperación. Le duele todo el cuerpo, en especial las costillas y las cervicales, y necesita muletas para caminar. La rehabilitación no está resultando sencilla.

—¿Qué quieres, Sergio?

—Han venido a verte —le dice su hermano con desgana.

—¿Quién es?

—La del otro día. La tía buena esa de la tele. Mamá la está interrogando. ¿Le digo que pase?

Blanca asiente desde la cama y se incorpora con dificultad. Se coloca la almohada en la espalda y se peina un poco con las manos. No le apetece recibir visitas, pero Luna ha sido muy amable y se ha

preocupado por ella desde el primer momento. Además, ha sido la única compañera que ha ido a verla.

—¿Qué tal te encuentras, amiga mía? —le pregunta la periodista, que entra en la habitación muy sonriente—. ¡Te veo mucho mejor que el miércoles! —añade mientras se acerca a Blanca.

Luna le planta un beso en la mejilla antes de depositar una cajita marrón de cartón sobre la mesita de noche.

—Estoy igual.

—¡Tienes mejor aspecto! Tu madre me ha dicho que ya puedes ir al baño sola.

—Mi madre siempre tan discreta.

Luna suelta una carcajada mientras toma asiento en la silla que está junto a la cama. Como de costumbre, va vestida de forma muy elegante, aunque Blanca observa que tiene los ojos ligeramente irritados, como si hubiese estado llorando.

—Te he traído pastelitos. Los he comprado en Ochoa. Para mí son los mejores dulces de toda Sevilla.

—Gracias, pero no tenías que haberte molestado. Se los terminará comiendo mi hermano. Sergio arrasa con toda la comida que hay en esta casa.

—¡Pues que te deje alguno! ¡Los he traído para ti! —exclama Luna sin dejar de hacer aspavientos con las manos—. Necesitas darte algún capricho. Ya que se te acabó el sexo durante una temporada, al menos que el azúcar alegre tus días.

Blanca ríe la ocurrencia de su compañera, aunque de inmediato siente un fuerte pinchazo en el pecho. Hace una mueca de dolor y se lleva las manos a las costillas. Le sucede siempre que se ríe, tose o estornuda. Los médicos le han dicho que se lo tome con tranquilidad, que la recuperación será lenta.

—¿Te duele mucho aún?

—Bastante.

—Me da pena que estés así. No es justo.

—Tengo suerte de estar viva, Luna. No puedo quejarme, a pesar de los dolores que todavía tengo.

En realidad, Blanca se siente afortunada por haber sobrevivido al accidente. Su jefa y el piloto fallecieron después de que el helicóptero impactara con la Giralda. No se han hecho públicos los detalles de la tragedia, ya que la policía continúa investigando lo ocurrido. También

Luna ha estado haciendo preguntas.

—Tienes razón, pero si alguien no hubiera planeado el atentado, ahora estarías bien. Y Mercedes, viva.

—¿Sigues pensando que fue algo provocado?

—Estoy segura —señala Luna convencida—. El que tenía que ir dentro de ese helicóptero era el alcalde. Santiago de Gomar era el verdadero objetivo.

—Lo estuvimos esperando, pero no apareció. Al piloto le ordenaron que voláramos sin él —dice Blanca tras dibujar en su rostro otra mueca de dolor. Aquella información, que ya había compartido con Luna unas semanas atrás, aún no era de dominio público—. Es lo último que recuerdo. Ni siquiera me acuerdo del vuelo.

—¿Todavía no te acuerdas de nada?

Blanca niega con la cabeza. Su mente ha borrado todas las secuencias del accidente y de los momentos previos. Solo le vienen a la mente *flashes* inconexos, sin demasiado sentido. Lo primero que recuerda tras el siniestro es el rostro de su padre en el hospital llamándola por su nombre y reclamando la presencia de los médicos porque por fin ella había despertado. Habían transcurrido cuatro días desde su ingreso.

—No sé si alguna vez recuperaré la memoria y me acordaré de lo que sucedió.

—Es probable que tu mente no quiera hacerlo. Debió de ser muy traumático.

—Tengo la sensación de que estuve consciente un rato tras el impacto —dice Blanca mirando hacia el techo de la habitación—. No sé, Luna, a veces me parece que todo es un sueño y que, en cualquier instante, voy a despertar.

—Estoy aquí contigo. Esto no es ningún sueño. Por desgracia, tampoco lo fue el atentado. Alguien está detrás de este asunto y deberá pagar por lo que os ha hecho.

—No estoy tan segura. ¿Has averiguado algo más?

—El jueves estuve hablando con el alcalde otra vez. Sigue consternado. Es muy consciente de que pudo haber muerto. Una casualidad lo salvó. El destino en ocasiones es caprichoso —reconoce Luna. Aunque no ha salido a la luz, Santiago de Gomar se libró de aquel siniestro por un contratiempo. Varios trabajadores de la limpieza se colaron en el ayuntamiento para solicitar mejoras en sus

condiciones laborales y salariales, y esta docena de personas, hartas de que siempre se las ignorara, obligaron al alcalde a cancelar su agenda de esa mañana para reunirse con ellas. Entre esos planes anulados estaba el viaje en helicóptero, que pretendía ser una nueva atracción turística para Sevilla—. Santiago me ha insistido en que no lo cuente.

—No quiere que se sepa que debería haber estado dentro del helicóptero.

—Exacto. También fui a ver al encargado de la empresa responsable de los viajes aéreos por la ciudad —continúa Luna—. Sigue todo en punto muerto. No sabe cuándo se iniciará la actividad. Es una orden del mismísimo Ayuntamiento.

—Imagino que piensan que a la gente le dará miedo subir a un helicóptero después de lo que ha pasado.

—Creo que tiene que ver más con la investigación que están llevando a cabo con absoluta discreción. Mientras no se saquen conclusiones definitivas, no les darán luz verde. ¿No ha venido ningún poli a visitarte?

—No, que yo sepa —responde Blanca, que vuelve a recolocarse la almohada. Empieza a estar incómoda en esa posición—. Solo vinieron un día al hospital. Les dije que no recordaba nada del accidente y me pidieron que si me acordaba de algo que pudiera ayudarlos, los llamara sin falta. Mi madre guardó una tarjeta con un nombre y un número de contacto.

—Están muy perdidos.

Luna resopla y saca su móvil de un pequeño bolso gris. Lo examina rápidamente y lo guarda. Después mira a Blanca. Parece que tiene algo más que contarle.

—¿Sabes? Lo sigo echando de menos.

—¿A quién?

—A Blas, ¡a quién va a ser! —dice Luna alzando la voz y con los ojos llorosos—. No consigo olvidarle.

¿Cómo es posible que aquella joven se enamorara de un tipo como ese después de lo que hizo? ¡Y que todavía se acuerde de él y lo eche de menos! Blanca no lo comprende, aunque prefiere guardarse su opinión y escuchar en silencio a Luna.

—Si Blas estuviera vivo, habría sido sospechoso del accidente de helicóptero. Odiaba a Mercedes e imagino que te odiaría a ti después de que lo rechazaras. Ahora los dos estarán juntos, adonde sea que

hayan ido.

Esa afirmación deja boquiabierta a Blanca. Mercedes tampoco había sido de su agrado, pero en las semanas anteriores al accidente se había portado muy bien con ella. Hasta le había concedido unos días de vacaciones para que desconectara del periódico y se recuperara de la tensión del caso Chopin. Cuando le contaron que había muerto, lo lamentó mucho. En ocasiones se le aparece en sueños muy reales.

—No voy a decirte otra vez lo que opino de Blas.

—Era mucho mejor hombre de lo que parecía, Blanca. Te lo aseguro.

—Puso una bomba en la redacción del periódico.

—Porque estaba enfermo —alega Luna con lágrimas en los ojos —. Ya no era él. Debí hacer algo cuando estaba en mis manos. Todavía me lo recrimino.

—No tienes la culpa de que se le fuera la cabeza. No era tu responsabilidad.

Ya lo han hablado en otras ocasiones. Blas perdió la cordura. Se obsesionó con Blanca y envió un paquete explosivo al periódico en el que ambos trabajaban para atentar contra la directora de *El Guadalquivir*, ya que no soportaba a su jefa, y, al mismo tiempo, quería llamar la atención de su compañera, que también había sufrido las humillaciones de Reinoso. La idea se la dio involuntariamente Luna, con quien había mantenido una relación.

—Algo de culpa tuve.

—¿Sigues guardando los restos de la fabricación del explosivo?

—Veo que te acuerdas de eso —responde Luna poniéndose de pie —. No. Ya no están en mi casa.

—¿Se los entregaste a la policía?

—No. Los he escondido en un lugar seguro. Nadie los encontrará. Si los llevo a la comisaría, podrían acusarme de cómplice de intento de homicidio o algo por el estilo. No estoy para jueces ni abogados.

Blanca discrepa de su forma de actuar, pero ya tiene bastante encima como para meterse en un tema como ese. En el fondo, Blas se quitó la vida, el paquete no le llegó a Mercedes y las dos afectadas por la explosión se están recuperando.

—¿Te puedo pedir un favor? —pregunta Luna con gesto compungido.

—Claro. Dime.

—No quiero volver a hablar del tema del explosivo. Me hace daño —le ruega muy seria mientras se dirige hacia la puerta de la habitación—. ¿Vale?

—Tranquila. No sacaré más el tema —responde Blanca, extrañada por el cambio de actitud de la joven.

—Gracias. Me tengo que ir. Me alegro de verte un poco mejor. Vendré pronto a visitarte.

—No te preocupes, no hace falta.

—Sí hace falta —dice Luna, que sigue con expresión taciturna—. Porque pienso encontrar al que te ha hecho esto. Si la policía inepta no es capaz de realizar bien su trabajo, seré yo la que descubrirá la verdad. Te lo prometo, Blanca.

CAPÍTULO 3

NIKO

Sevilla, sábado, 14 de diciembre de 2019

La llamada anónima al teléfono de Triana ha sido muy desconcertante para su novia. Alguien con la voz distorsionada le ha dicho que sabía dónde estaba su madre y quién se encuentra detrás de la muerte de su padre. Niko le ha pedido a Triana que no pierda la esperanza de encontrar a su madre con vida, a pesar de que aquello haya parecido una broma, algo frecuente en los últimos dos meses.

La chica se ha ido a su casa a descansar y se ha quedado solo. Niko ha insistido en acompañarla, pero Triana se ha negado. Si no daba su brazo a torcer, corría el riesgo de que se generase una nueva discusión entre ellos. En los últimos días, son habituales las disputas por cualquier tema. Pero entiende que, dadas las circunstancias, aquel ambiente raro es lógico. Los ánimos están por los suelos y la tensión se puede cortar con un cuchillo. Por eso ha intentado animarla componiendo y dedicándole aquella melodía. No parece que haya servido de mucho.

El joven se dirige de nuevo a la habitación del fondo y se sienta frente al piano. Vuelve a tocar la pieza instrumental que ha creado para Triana. Cuando termina, aporrea con fuerza las teclas, enfadado con el trato que la vida le está dispensando. No le da ni un respiro. Después de resolver el asunto de los crímenes de Chopin, se ha encontrado con una situación igual o más complicada. ¿Dónde está la inspectora Mayo? ¿Quién la ha hecho desaparecer y por qué?

A pesar de que Niko intenta mostrarse optimista y le insiste a Triana en que encontrarán viva a su madre, ha perdido casi por completo la esperanza de que Celia aparezca sana y salva. El tiempo corre en su contra y nadie ha aportado una sola pista que haya

resultado útil. La investigación ha entrado en un punto muerto. No confía en la policía. Tampoco en el comisario, que es quien los informa de las novedades. ¿Y si ese hombre es el verdadero instigador de ambas tramas? Lo ha pensado en más de una ocasión, aunque nunca ha llegado a comentarlo con su novia. Gaviria tiene todos los datos al alcance de su mano y la posibilidad de manipularlos. Conocía perfectamente a Lolo y a Celia. A lo mejor ambos le estorbaban y se los ha quitado de en medio. Si Ristó estuviera vivo, le preguntaría por él, pero a su amigo lo asesinó Montesorín. Le duele todavía al recordarlo.

De repente, se le ocurre alguien a quien podría consultarle sobre el comisario de la Policía Nacional. Le escribe un wasap y espera una respuesta sentado en el sofá del salón. A los cinco minutos, Niko recibe un mensaje.

GERARDO MURIEL
¡Ey, Chopin! ¿Cómo te va? Claro. Acepto encantado esa cerveza. Hoy estoy libre. ¿Quedamos en la Alameda? Podríamos vernos en una hora en las columnas.

Niko sonríe. Aunque es cierto que aquel tipo ha estado muy presente en su vida durante los dos últimos meses, tal vez porque se siente culpable de lo que sucedió, no esperaba que fueran a quedar tan rápido.

El subinspector Gerardo Muriel llega a la Alameda antes que Niko. El grandullón sale a su encuentro y lo recibe con un fuerte abrazo y una palmada en la espalda. El chico se resiente del manotazo, pero no protesta.

—La semana pasada estuve a punto de llamarte, Chopin —le dice Gerardo mientras caminan hacia la acera que está repleta de bares y restaurantes—. Pasé por El Salvador y me crucé con tu amigo el cura. Me dijo que seguías yendo por allí a tocar el órgano de la iglesia.

—Sí, de vez en cuando lo visito. Se portó muy bien conmigo cuando más lo necesitaba.

—Es un buen tipo y te tiene mucho cariño —comenta el subinspector antes de propinarle otro golpe afectuoso en el hombro—. Si es que te haces querer, maldito. ¡Con lo sinvergüenza que has sido!

Gerardo suelta una carcajada y después le señala uno de los bares

de la Alameda. Hay mesa libre en el velador. Se sientan y piden un botellín cada uno. El camarero enseguida les lleva dos Cruzcampo frías.

—Parece mentira que estemos en diciembre. ¡Navidades en manga corta! ¿En qué lugar del mundo pueden decir eso?

—En mi tierra seguro que no —responde Niko después de dar un trago a su cerveza.

—Normal que no te quieras volver a Polonia.

—Algún día tendré que regresar. Aunque sea de visita.

—¡Venga ya! Aquí estás muy bien. Tienes a tu novia, tu casa y te has convertido en una especie de *celebrity*. ¿Cuántos autógrafos firmas al día?

Niko niega con la cabeza. Gerardo exagera, aunque es cierto que en ocasiones lo reconocen por la calle y le piden una foto. Su cara apareció en todos los medios. Si ya de por sí no es un joven que pase desapercibido, desde que salió en televisión su popularidad ha ido en aumento. En las redes tiene hasta memes personalizados y varios clubes de fans.

—Oye, ¿cómo está Triana? Hace tiempo que no se pasa por la comisaría.

—No muy bien. Lo de su madre la tiene desesperada. Cada día es una oportunidad perdida.

—Lo entiendo perfectamente. Es muy duro lo que está viviendo. Me encantaría ayudarla, pero mi labor es otra dentro del cuerpo.

—No te preocupes. Ya sé que lo tuyo es intimidar a los desgraciados que interrogas.

A Muriel le cuesta comprender la broma de Niko, aunque cuando lo hace se pasa casi dos minutos riendo sin parar, entre sorbo y sorbo al botellín de cerveza.

—Eres un cabrón, Chopin. La tienes ahí metida hasta el fondo. No olvidas. Te sale el rencor por las orejas.

—Todavía me duele la rodilla.

—El tiro no te lo pegué yo. ¿Recuerdas?

—Colaboraste para que Montesorín lo hiciera.

—Involuntariamente —dice Gerardo apuntando a Niko con el dedo—. No tenía ni idea de lo que pretendía ese hijo de puta. En paz descanse.

Por suerte, aquella bala no tocó ninguna articulación y la herida

fue superficial. Sin embargo, hay días en los que se resiente de ella y le duele tanto que necesita calmantes.

—¿Y tu jefe qué? —le pregunta el chico tras pedir otras dos cervezas al camarero.

—¿Qué jefe? Ahora mismo hay mucho revuelo en la comisaría. Todavía no hay sustituto de Montesorín ni de Ángela.

—Me refiero al comisario.

—¿Arturo? ¿Qué pasa con Gaviria?

—¿Te fías de él?

—No te entiendo, Chopin. ¿Qué me quieres decir?

—¿Crees que está implicado en la desaparición de Celia?

Gerardo apoya las manos en la nuca y se echa hacia atrás mientras guarda silencio. Niko observa con atención la reacción del subinspector. La pregunta parece haberle cogido desprevenido.

—No lo sé. Espero que no —responde por fin Muriel, que deja escapar un resoplido—. Mira, yo desde lo de Montesorín no pongo la mano en el fuego por nadie. ¿Me sorprendería que el comisario tuviera una vida oculta y esté metido en algún asunto turbio? No.

—¿No?

—No es que no me fíe de Arturo, pero juega en una liga diferente a la de los demás. A esa escala hay muchos intereses políticos, económicos o sociales. También en la policía.

—¿Entonces? ¿Es una posibilidad?

—No voy a mojarme, Niko. Las paredes escuchan.

—Estamos sentados al aire libre.

—Rodeados de personas que no conocemos y a doscientos metros de la comisaría donde yo trabajo —comenta Gerardo llevándose de nuevo el botellín de Cruzcampo a la boca—. Hay sistemas que detectan las conversaciones de la gente. Son invisibles. Le das una palabra clave y te proporcionan la información que buscas.

—¿Eso existe?

—Claro. Eso y otras cosas mucho más inverosímiles. La tecnología nos ha invadido por completo. Aunque qué te voy a contar a ti, que eres de la generación del iPhone.

—¿Y por qué no se usa esa tecnología para encontrar a la detective Mayo?

El subinspector se encoge de hombros y frunce el ceño.

—¿Me aceptas un consejo?

—Depende de lo que me vayas a aconsejar.

—No te metas en cosas de mayores —dice Gerardo con talante serio—. Es un juego peligroso. Si Celia Mayo debe aparecer, aparecerá. Te lo garantizo.

—No aparecerá si alguien no intenta encontrarla de verdad.

—Chopin, tú eres un tío listo. Me has entendido. En esta historia han muerto ya varias personas. Eso significa que hay muchos intereses detrás. ¿Es el comisario quien dirige el cotarro? Ni idea, chico. Pero, sin duda, el que lleva las riendas es una persona peligrosa. Y, seguramente, Celia zarandeó el avispero equivocado.

—¿Algo relacionado con su marido?

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

Niko se queda pensativo cuando se despide de Gerardo Muriel. Se prometen llamarse pronto y mantenerse mutuamente informados. Es curioso dónde se puede encontrar a un amigo. Él, que no suele relacionarse con nadie, y se cruza en el camino con aquel hombre de metro noventa al que conoció en un cruel interrogatorio cuando lo detuvieron. El subinspector fue a verlo al hospital y estuvo muy pendiente de que no le faltara nada en su convalecencia. Hasta se puso de su parte durante el proceso en el que se juzgaron sus robos en las casas sevillanas.

No tiene ganas de regresar a su casa aún. Triana vive bastante cerca, pero no quiere molestarla. Le ha pedido estar sola y debe respetar sus deseos. Desde que se fue no ha tenido noticias de ella. Se siente un poco agobiado por la situación. Saca el móvil y le escribe un wasap. Espera no molestarla.

NIKO
Hola, cariño. ¿Qué tal estás? Imagino que no han vuelto a llamarte. No le des muchas vueltas al tema. Seguro que era una broma. ¿Nos vemos luego o prefieres que hoy cada uno duerma en su casa? Te quiero. No lo olvides.

Envía el mensaje y se pone a caminar sin rumbo fijo. Recorre la calle Jesús del Gran Poder y llega hasta la plaza del Duque. Es sábado y hay mucha gente en esa zona de Sevilla. Un grupito de chicas se le queda mirando. Niko las escucha pronunciar su nombre y observa de reojo cómo una de ellas busca algo en el móvil. ¿Estarán

comprobando si se trata de Chopin? Enseguida lo descubre. Otra de las jóvenes lo llama, pero opta por hacer como que no la ha oído. Acelera el paso y teme que las adolescentes corran para alcanzarlo. Eso no ocurre y respira tranquilo. Hasta que recibe un wasap con la respuesta de Triana.

> TRIANA
> Me voy a pasar la noche con Brenda. Me quedaré a dormir en su casa y mañana estaré con ella. Necesito... No sé muy bien lo que necesito, Niko. Dame un poco de tiempo. No te enfades, por favor.

CAPÍTULO 4

TRIANA

Sevilla, sábado, 14 de diciembre de 2019

En el salón suena a todo volumen *Mi estrella blanca* de Fondo Flamenco, uno de los grupos preferidos de las dos chicas. Son canciones que les recuerdan a su niñez.

—¿Y si salimos de marcha por ahí? —le sugiere Brenda a Triana—. Como en los viejos tiempos. Conozco un garito en el que ponen música de este estilo.

—No tengo ganas.

—Sería una buena forma de olvidarte de todo durante unas horas. Nos pillamos una buena borrachera y mañana nos despertamos a las tantas, cuando tengamos hambre.

—Suena agotador —dice con desgana Triana, que yace tumbada en el sofá—. Prefiero pedir una *pizza* y quedarnos aquí tranquilas viendo cualquier tontería en la tele.

—Planazo.

Triana saca el móvil para comprobar si Niko le ha escrito. No ha vuelto a decirle nada desde el wasap que le envió antes. ¿Qué esperaba? Ella misma se lo ha pedido. Se habrá enfadado. Su novio no merece que se comporte así, pero no es capaz de ser de otra manera ahora mismo.

—¿Te quedan carteles? —le pregunta a Brenda, que también está consultando su móvil.

—No. Los puse todos a principios de semana. ¿Quieres que imprima algunos y vayamos mañana a ponerlos por el centro?

—Déjalo. No han servido para nada.

Como respuesta, Brenda suelta una palabra malsonante y, sin que su amiga se lo espere, se lanza sobre ella. Triana se queja cuando la

agarra de las manos y siente todo su peso sobre el cuerpo.

—Me... estás asfixiando.

—No será para tanto.

—Que sí. Que no puedo respirar bien.

—Mentira. ¡No te soltaré hasta que cambies de actitud!

—¿Qué actitud quieres que tenga?

—Una más positiva —le dice Brenda, que, como si fuera experta en lucha libre, mantiene inmovilizada a su amiga—. Entiendo que lo de tu madre es la mayor putada de la historia y que no me puedo poner en tu lugar, pero así no vas a conseguir nada.

—No puedo más, Bren. No estoy bien.

Brenda oye el lamento de Triana y, tras plantarle un beso en la frente, por fin se aparta para regresar al sillón en el que estaba sentada.

—Siento haber sido tan bruta. ¿Qué puedo hacer para animarte?

—Nada. Ya haces bastante. Gracias por dejar que me quede esta noche.

—No, en serio: dime lo que necesitas de mí. Quiero verte sonreír otra vez. Me mata verte así.

Triana da un brinco y se sienta sobre las piernas. Le está muy agradecida a su amiga por lo que está haciendo por ella. Estira el brazo y le toma una mano entre las suyas. Las dos se miran emocionadas.

—No sé si volveré a ser la de antes, Bren. Esto es muy duro. No solo por lo de mi madre. También está el asesinato de mi padre; no puedo quitármelo de la cabeza. Y ahora... lo de Niko. Siento que no me estoy comportando bien con él.

—Niko esperará a que estés mejor. Te quiere mucho.

—Es muy bueno conmigo, sí. Soy yo la que no sabe lo que siente.

—También le quieres. ¡Con la que has liado para estar con él! El amor no se evapora en dos semanas. Estás enamorada de ese muchacho, lo tengo clarísimo, pero la vida te está pasando por encima y dudas de todo.

Triana asiente y medita sobre las palabras que acaba de escuchar. ¿Realmente quiere a Niko como antes?

—Voy a quitar a Fondo Flamenco o no dejaremos de llorar en toda la noche.

—Nos vamos a deshidratar —comenta Triana mientras se seca los

ojos—. ¿Te importa que me dé una ducha antes de cenar?

—Estás en tu casa. Tienes toallas limpias encima de tu cama.

—Gracias. No tardo.

Triana coge ropa limpia, la toalla y se mete en el cuarto de baño. Debajo del chorro de agua caliente, intenta dejar la mente en blanco. No lo consigue. Es imposible olvidarse de la llamada que ha recibido. La voz estaba distorsionada. ¿Era un hombre o una mujer? Que supiera que su madre ha desaparecido no es extraño, ya que ha salido en todos los medios de comunicación del país. Sin embargo, ¿cómo se ha enterado de lo de su padre? La policía no ha hecho públicos los nuevos hallazgos de la investigación relacionados con Mesa y Montesorín. La versión oficial es que Manuel Velázquez murió hace cinco años de manera accidental. ¿La volverán a llamar? Esa persona afirmó que su madre estaba viva. Ojalá fuera así y no se tratara de otra broma pesada. Pero no puede fiarse.

La cabeza le va a explotar. Necesita resetearse.

Permanece debajo del agua más de diez minutos. Sale de la ducha temblando, y eso que no hace frío. Mientras se seca, piensa en lo que le ha dicho Brenda. No le vendría mal desconectar unas horas; tomarse un par de copas y olvidarse del mundo. ¿Y si salen a dar una vuelta como le ha propuesto? Seguramente no consiga dormir cuando se vaya a la cama después de cenar.

No se ha llevado nada para salir de noche. Era lo último que creía que haría. Podría ir a su casa a buscar algún conjunto, pero no le apetece. Si va, le entrarán remordimientos y será complicado que se anime luego a salir. Tal vez Brenda tenga algo que le guste y le sirva. Se han intercambiado ropa muchas veces. Se pone un tanga y un sujetador y regresa a la habitación de su amiga.

—¡Bren! ¡Ya me he duchado! ¿Puedes venir? —le grita desde el dormitorio, frente al armario—. ¡Quiero que me prestes ropa!

—¡Un momento! ¡Estoy hablando por teléfono!

Triana no espera a Brenda. Sus conversaciones telefónicas suelen ser eternas. Abre el armario y echa un vistazo a lo que hay en su interior. Descubre una veintena de perchas repletas de prendas de lo más variopinto. También ve una columna de estantes donde su amiga guarda las camisetas, los pantalones cortos y los cinturones. Se fija en una cestita llena de accesorios y coge unos pendientes de aro muy bonitos. Los coloca sobre sus orejas y se mira en el espejo del armario.

Le quedan bastante bien. Quizá se los ponga para salir. Vuelve a examinar la cestita para ver si encuentra algo que vaya a juego. Entonces localiza un collar que le llama la atención. Está hecho de piedrecitas de ámbar y es muy similar a uno que compró su madre hace un par de meses.

—¡Uh! ¡Ya estoy aquí! —le grita Brenda a su espalda. El susto le hace dar un respingo—. ¿Me estás robando la ropa?

—¿Qué es esto?

—Un collar. Pero no es mío.

—¿No es tuyo? ¿De quién es?

—De mi madre. Me lo dejó un día y lo habré guardado en mi armario sin darme cuenta. Me pasa a menudo, ya sabes lo despistada que soy —responde Brenda, que le arrebata el collar de las manos—. ¿Para qué quieres que te preste ropa? No me digas que has cambiado de opinión y esta noche nos vamos a quemar Sevilla.

—A quemar Sevilla no. Pero podemos salir a cenar y tomar una copa después. Así me despejo un rato.

—¡Genial! ¡Decisión muy sabia! ¿Qué nos ponemos?

Durante la hora que pasan preparándose, arreglándose el pelo, vistiéndose y maquillándose, las dudas persiguen a Triana. El plan no termina de convencerla, y en varias ocasiones se replantea su decisión, pero al final toma la resolución de salir con su amiga. Tampoco deja de rondarle la cabeza la imagen del collar de ámbar que ha visto. Es exactamente como el de su madre, pero es imposible que sea el mismo. A lo mejor la madre de Brenda lo ha comprado también en los puestecitos de plaza Nueva. Aunque juraría que está hecho de manera artesanal y no hay dos iguales... Es muy extraño.

—¡Qué preciosa! Ese vestido negro te queda espectacular. Mejor que a mí —le dice Brenda mientras la mira de arriba abajo—. ¿Lista?

—No. Pero vamos.

—Intenta no pensar en nada que no sea divertirte.

—Eso es imposible.

—Haz lo que puedas. Si en algún momento te encuentras mal, avísame y regresamos.

Brenda le da un beso en la mejilla y luego una cariñosa palmada en el culo. Antes de marcharse, se ponen una chaqueta conjuntada con el vestido y salen de la casa a tratar de pasarlo lo mejor posible.

Cenan en un bar de tapeo. Aunque a Triana se le suben rápido las

dos cervezas que se toma, no logra olvidarse de los problemas. Mira el móvil constantemente para comprobar si Niko le ha escrito. No lo hace, y siente la tentación de volver a mandarle un mensaje para pedirle disculpas. Es Brenda quien se lo impide.

—No le escribas. Déjalo pasar. Mañana habláis con tranquilidad.

—¿Y si deja de quererme? —le pregunta Triana antes de beberse el último trago de su tercera cerveza. Ha empezado a arrastrar las palabras al hablar.

—¡Eso no va a pasar!

—Es verdad. Soy yo la que no le quiere a él.

—Claro que le quieres. Lo que sucede es que tienes mil cosas en la cabeza y lo estás confundiendo todo.

—No tengo mil cosas en la cabeza. Solo puedo pensar en dónde estará mi madre y en quién asesinó a mi padre.

—Triana, no.

—¿Que no qué, Bren? ¿Cómo voy a dejar de lado algo así?

—No debes dejarlo de lado, pero no te hagas más daño, por favor. Esta noche no. Hemos salido para...

Triana no quiere escuchar a su amiga. Se levanta del taburete en el que está sentada y se dirige hacia la escalera que conduce a la parte baja del bar, donde se encuentran los aseos. Junto a la puerta del baño de chicas, dos jóvenes teclean en sus móviles. Levantan la cabeza y se la quedan mirando.

—¿Está ocupado?

La muchacha más alta le responde que sí, que están esperando. La otra, en cambio, no deja de observarla. Hace que se sienta incómoda. ¿Qué quiere esa? Se está enfadando con tanta miradita. ¿Se conocen?

—¿Seguro que está ocupado? —insiste Triana, que, nerviosa, se frota la frente.

—Sí, hay una mujer dentro —responde de nuevo la chica.

La joven de menor estatura le da un codazo mal disimulado a su amiga antes de mostrarle el móvil. La chica más alta tose y suelta un gritito. Luego mira a Triana, que taconea tensa con el pie izquierdo.

—Oye, ¿tú eres la hija de la detective desaparecida? Te hemos visto en la tele poniendo carteles.

Triana prefiere no responder e ignorar a las dos chicas. Llama a la puerta del baño de hombres y, como nadie responde, la abre y se

refugia dentro. Está temblando y siente su respiración muy agitada. Se lava la cara y se mira en el espejo: se le ha corrido el rímel, pero le da igual. Escucha que entran en el baño de al lado. Las dos jóvenes de antes se están riendo. Las paredes deben de ser muy finas, porque lo oye todo.

—¿Has visto cómo va vestida?

—Sí, tía. Y maquillada como una puerta. Y su madre desaparecida. Increíble.

—Qué poca vergüenza. Si hubieran secuestrado a mi madre, yo no me podría mover de casa. Es que me pasaría todo el día llorando.

—A lo mejor no se llevaban bien.

—O ella es la que la ha hecho desaparecer. Hay gente para todo.

—¿Te imaginas? A mí es que no me ha dado buena espina.

—A mí tampoco. ¿Has visto cómo nos miraba? Menudos aires. Igual se cree famosa.

Triana no puede más. Sale del cuarto de baño de hombres y, sin llamar, entra en el de mujeres. Las dos chicas la miran atónitas. Ven la rabia incrustada en sus ojos.

—¿Y ahora qué vais a decir de mí, hijas de puta?

CAPÍTULO 5

LUNA

Sevilla, sábado, 14 de diciembre de 2019

Aquella noche está sola, como es habitual en los últimos meses. Se ha puesto una bata roja para combatir el frío que hace en la cocina. Prepara un puchero de los que le enseñó a hacer su madre: patatas, zanahorias, garbanzos y puerros. Cuando esté listo, echará los fideos finos. Un caldito caliente le sentará bien. Aunque hace mucho que Luna no disfruta de nada.

Mientras espera a que rompa a hervir el caldo, echa un vistazo al archivo de imágenes de su móvil. Va hacia atrás hasta llegar a las de finales de 2018. Conserva un montón de fotos con Blas, a pesar de que él le pidió que las borrara. Si alguien las viera, aún podría tener problemas por culpa del artefacto explosivo que el periodista envió a su jefa. A su mente regresan tantas y tantas conversaciones que mantuvieron. Él estaba casado y con dos hijos, aunque siempre le dijo que ya no quería a su mujer y que iba a dejarla porque su verdadero amor era ella. Mentiras y más mentiras.

—Fuiste un gilipollas, Blas —murmura llorando. Pasa las fotografías cada vez más deprisa hasta llegar a la última que se tomaron juntos. ¿Esa sensación de vacío no se va a marchar nunca?

Cada día intenta superar su muerte. Y aunque todas las mañanas, al levantarse, se lo propone, al caer el sol siempre termina derrumbándose. No entiende cómo todavía le quedan lágrimas. Se siente abrumada por la tristeza y ni siquiera su trabajo como periodista en televisión, con el que siempre había soñado, desde niña, consigue sacarla de aquel estado de ánimo. Que la consideren una de las mejores dentro del grupo El Guadalquivir tampoco le trae consuelo.

Mientras revisa de nuevo las fotos con Blas, recibe un wasap. Es del director de informativos del canal. Le pregunta si le apetece tomar una copa. Aquel tío lo único que desea de ella es sexo. Está muy claro. También tiene esposa y una hija pequeña monísima. Luna se lamenta de ser un imán para los hombres casados. No le interesa. Le responde que se va a ir a la cama pronto y que quizá en otra ocasión. El lunes lo verá en la redacción. Resopla y se plantea bloquearle. No lo hace porque es un tipo poderoso dentro del medio y, si se da cuenta de que ella lo ha bloqueado, su puesto corre peligro. De momento prefiere aguantarse las ganas de mandarle a la mierda y no pensar más en él.

Durante la cena, se le acumulan los mensajes de WhatsApp. El grupo de periodistas está muy activo esa noche. Algunos han salido de fiesta y están subiendo fotos. Son muy pesados, sobre todo los de la sección de deportes. No hay ni uno que no le haya tirado los tejos medio en broma o medio en serio. Pero el mensaje que le llama la atención es el audio de una mujer. No es la primera vez que oye su voz.

> Audio de Ana Benítez
> Buenas noches, Luna. Soy Ana Benítez, la mujer
> de Francisco Carvajal, el piloto del helicóptero
> que se estrelló contra la Giralda.
> ¿Te acuerdas de mí? Espero que estés bien.
> Perdona las horas. ¿Podemos hablar?

La joven le pega un último mordisco al plátano que ha comido de postre y se limpia las manos con una servilleta de papel. Luego coge su libreta de apuntes y un bolígrafo y llama a Ana Benítez, con quien ya habló hace aproximadamente un mes. Defendía a su marido de algunos comentarios en los que se le acusaba de ser el responsable del accidente y le parecía increíble lo que había pasado. No había dejado de llorar durante toda la conversación.

—Hola, Luna. No esperaba que me llamases tan rápido —dice Ana sorprendida.

—Me has pillado libre y no te quería hacer esperar. ¿Qué tal te encuentras?

—Voy tirando. Sigo sin creerme que Fran ya no esté.

De inmediato, la chica se acuerda de Blas. La comprende a la perfección. Son historias muy diferentes, pero ella tampoco es capaz

de olvidar al hombre del que se enamoró. Lo ha intentado de todas las formas, pero sin éxito.

—Imagino por lo que estás pasando. Lo siento mucho.

—No consigo levantar cabeza. Todavía es peor cuando leo o escucho a personas diciendo que Fran fue el culpable de la muerte de la directora del periódico y que tendrían que hacernos pagar a su familia los desperfectos ocasionados en la Giralda.

—La estupidez humana no tiene límites. No hagas caso a la gente. Ni leas las redes sociales.

—Las borré todas. Las de él y las mías. Pero siempre hay alguien que se las ingenia para hacerte llegar su opinión. Creo que voy a cambiar de número de teléfono. Lo pusieron en alguna parte y me llaman de vez en cuando para insultarme.

—Joder. ¿Has ido a la policía?

—No. Paso —dice Ana resignada—. La última vez que hablé con ellos fue horrible. Tenía la sensación de que querían acusarme de algo.

—¿A ti?

—Sí. Como si yo fuera cómplice de mi marido y hubiésemos planeado el atentado los dos. Me sentí muy presionada.

En la charla de hace un mes, Ana sostenía que el helicóptero no se había estrellado accidentalmente, que había sido un acto homicida. Su marido era un piloto con demasiada experiencia como para cometer un error como aquel. ¡Y por supuesto descartaba el suicidio! ¿Un infarto durante el vuelo? Era posible, pero Francisco se acababa de hacer una analítica completa que había salido perfecta. Estaba totalmente sano.

—Luna, quería hablar contigo porque he encontrado algo que me ha hecho pensar —dice Ana tras guardar silencio unos segundos—. Mi marido era de los que todavía apuntan todo a mano. En una de sus agendas he descubierto un papelito escrito que estaba metido en la página con la fecha del día del accidente.

—¿Y qué pone en ese papelito?

—La hora del vuelo y que Santiago de Gomar era uno de los pasajeros. En realidad, solo estaba escrito el nombre del alcalde y un «+2», que se referiría a las otras pasajeras.

Luna no dice nada. Ya estaba al tanto de ese dato. Lo había descubierto gracias a Blanca, aunque, cuando quiso confirmarlo de forma oficial, desde el Ayuntamiento le habían pedido que no lo

hiciera público. Había una investigación en curso cuyos resultados desvelarían cuando hubiera finalizado.

—Si el alcalde tendría que haber ido en el helicóptero que pilotaba Fran, no me cabe duda de que era el objetivo real del atentado. ¿Qué piensas?

—No lo sé, Ana —responde Luna, que intenta disimular que no sabía nada de aquella información—. Es posible.

—Mi marido murió por culpa de alguien que quiso asesinar al alcalde y le salió mal la jugada. Ahora estoy segura. Fue un atentado.

—Solo es una hipótesis. No podemos saberlo con seguridad.

—¡Claro que sí! Es más: si Fran no provocó la colisión a propósito, y estoy segura de que es imposible que lo hiciera, alguien pudo envenenar a mi marido o manipuló el helicóptero para que se estrellara. Descarto totalmente el accidente involuntario.

—Los forenses no informaron de un posible envenenamiento.

—Ya lo sé. Pero quizá haya una mano negra que ha hecho manipular esos resultados... O, como te he dicho, lo que sabotearon fue el helicóptero. ¿Tú has leído algo sobre todo esto?

—No. La verdad es que no.

—Para mí, lo más probable es que a Fran lo dejaran fuera de combate y se quedara inconsciente. Estoy segura de que por eso el helicóptero voló de forma irregular y se estrelló contra la Giralda.

Lo que afirma Ana tiene sentido. De hecho, en un vídeo que grabó una persona anónima, que corrió como la pólvora en las redes sociales, se aprecia el extraño comportamiento del aparato hasta el momento de la colisión.

—No dejo de darle vueltas a lo de Santiago de Gomar desde que encontré ese papel.

Luna está a punto de explicarle que ya sabía lo del alcalde. Pero, si se lo cuenta, puede que se enfade con ella por no haberle dicho nada antes y quizá le exija dar a conocer esa información en la televisión.

—Este asunto cada vez huele peor —continúa diciendo Ana, más enfadada—. Estaba previsto que el alcalde viajara en el helicóptero y nadie ha dicho nada. Han dejado hasta que culpen a Francisco de querer cometer un acto terrorista. ¿Por qué desde el Ayuntamiento no han hablado del tema? ¿A quién le tienen miedo?

—Querrán estar seguros antes de hacer pública una información

tan importante.

—¿Y los medios? ¿Ningún medio se ha enterado? ¡Pero si se filtra todo!

Luna empieza a verse acorralada. ¿Le cuenta la verdad? No puede. Prometió ser discreta. De momento, son todos indicios, no hay nada seguro.

—Alguien quiso matar a Santiago de Gomar y pagaron otros.

—Vamos a hacer una cosa —dice la periodista, algo cansada y deseosa de acabar con aquella conversación—. Voy a investigar lo que me has dicho y te mantendré informada.

—Si te he contado lo del papelito es porque confío en ti. Me pareces una gran periodista.

—Te lo agradezco, Ana. Entiendo tu frustración y las ganas de hacer justicia. Tarde o temprano sabremos la verdad.

—Eso espero.

—Ya lo verás.

—Gracias por ayudarme. Tengo que limpiar el nombre de Francisco como sea. Él ni fue un asesino ni un terrorista. Ni tampoco un mal piloto. ¡Era un hombre extraordinario! Algo pasó en ese helicóptero que provocó el accidente. Y la clave está en la figura del alcalde de Sevilla.

Limpiar el nombre de Francisco es el único deseo de su mujer. Aquel propósito se asemeja mucho a lo que Luna quiso hacer con Blas y no le salió bien. Porque, en ese caso, el periodista sí era culpable de que el artefacto explosivo hubiera estallado en la redacción de *El Guadalquivir*. Y, aunque ella conocía su lado más humano, no había defensa posible para él.

Después de colgarle a Ana, se prepara una infusión y toma asiento en el sofá. Pone los pies encima de la mesa y enciende la televisión. Aparece sintonizado el canal en el que trabaja. Enseguida lo cambia y pone la MTV. Hasta el lunes nada de El Guadalquivir. Cierra los ojos y escucha la voz de Katy Perry en *Dark horse*. Le encanta esa canción, aunque enseguida desconecta de la música. Una cascada de preguntas le pasan por la cabeza. ¿Qué ocurrió realmente en aquel helicóptero? ¿Quién quiso acabar con la vida de Santiago de Gomar? ¿Y si fue un accidente y todo lo demás han sido extrañas coincidencias?

Luna abre los ojos de golpe. En la MTV ahora emiten el videoclip

de *As long as you love me* de Justin Bieber. Se queda embobada mirando la pantalla. Si Blanca recordara lo que sucedió en el interior del helicóptero, todo sería más fácil. Varias dudas podrían quedar resueltas. ¿Habrá alguna forma de extraer los recuerdos de su mente?

En la cadena colabora un psicólogo que a lo mejor puede darle respuesta a su pregunta. No tiene su número, pero seguro que alguien de producción se lo podría facilitar.

> IRATI
> Es un contacto directo de Marco. Son íntimos amigos. Yo no tengo su móvil, Luna. Solo el de la consulta. No sé si alguien del equipo puede ayudarte.

La respuesta de Irati no es la que esperaba. Marcela y Raúl tampoco tienen el contacto del psicólogo. Mierda. Podría esperar al lunes y llamar a la consulta o escribirle a Marco para pedirle el teléfono de su amigo. Y no hay nada que menos le apetezca en ese instante que escuchar la voz del director de informativos al que esa noche ha rechazado.

Varias horas más tarde de la conversación con Luna González, en una casa de Sevilla Este, Ana Benítez escucha un ruido. Se ha quedado dormida en el salón con la chimenea encendida. Estaba soñando con Fran. Era como si estuviera vivo, como si nada hubiese cambiado. Al despertarse, se da cuenta de que su marido no está a su lado. La tristeza es inmensa.

Otro ruido. ¿Qué sucede?

La mujer se levanta del sofá y sale del salón para acercarse a la puerta de la entrada. ¿Qué es esa luz?

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Fueron las últimas palabras de Ana antes de que su casa saliera ardiendo y las llamas arrasaran cada rincón.

CAPÍTULO 6

TRIANA

Sevilla, sábado, 14 de diciembre de 2019

—¡Os voy a matar!

El aullido de Triana es desgarrador. La joven se lanza a por las dos chicas que hablaban de ella. La más alta consigue detenerla con las manos y empujarla para evitar que golpee a su amiga.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta horrorizada Brenda, que ha bajado hasta los baños al ver que su amiga no regresaba—. ¡Cálmate, por Dios!

—¡Está loca! ¡Dice que nos quiere matar!

Triana intenta dar una patada a las chicas, que consiguen esconderse en la cabina del baño. Brenda coge a su amiga por la cintura, tira de ella y logra llevársela mientras le ruega que se tranquilice. Pero no le hace caso. Los insultos y los chillidos continúan.

—¡En cuanto salgáis os voy a partir la cara! —grita Triana, fuera de sí, mientras se alejan de la zona de los baños.

—¿Quieres calmarte, por favor? ¡Vas a hacer que nos detengan!

—Me da lo mismo. Son unas hijas de puta.

—Pero ¿qué te han hecho para que estés así?

—Se han burlado de mí y dicen que yo he planeado el secuestro de mi madre y que por eso estoy aquí tan tranquila.

—¿En serio? Menudas cabronas. Pero no puedes liarte a golpes con la gente.

—Se lo merecen.

Triana se tambalea y tiene que apoyarse en el hombro de su amiga para no irse al suelo. Brenda la ayuda a subir la escalera y salen a la calle. Caminan con dificultad hasta que localizan un banco libre

en el que poder sentarse.

—¿Tienes frío? Estás temblando.

—Estoy harta de todo.

—Te comprendo.

—¿Dónde está mi madre, Bren? ¿Dónde está?

—No lo sé, cariño. Ojalá lo supiera.

—Tendría que estar conmigo. Me ha dejado sola. Y yo no puedo más.

Brenda la observa con tristeza. Le abrocha la chaqueta y la abraza. Triana la aparta con las manos al instante. Se siente mal. Se pone de pie y vomita en una esquina. Las cervezas le están pasando factura. Varias personas se la quedan mirando. Algunos la señalan con el dedo y otros se ríen. Oye que una joven la llama borracha y una señora la reconoce. «Es la hija de la detective desaparecida. Pobrecilla», le comenta a su marido. La situación es insoportable. Está agotada. Mira hacia todas partes, confusa. En el callejón de al lado ve una botella de cristal tirada en el suelo. Parece de uno de esos *whiskys* baratos que se beben en los botellones. Es una señal. Camina dando tumbos hasta ella y la agarra. Brenda va detrás, rogándole que se detenga, pero no logra impedir que rompa la botella contra la pared.

—¿Qué haces, cariño? Suelta eso.

—Esto se terminó —dice Triana llorando, con la parte de arriba de la botella pegada a la garganta—. Se acabó, Bren. Me voy con mis padres.

—No hagas una locura. Te lo ruego, suelta la botella. Tenemos muchas cosas que vivir juntas. Las dos. Por favor, cariño, deja la botella en el suelo.

—Gracias por todo. Has sido la mejor amiga del mundo. Perdona por no haberlo hecho tan bien como me hubiera gustado.

—¿Qué dices? No lo podías haber hecho mejor. Siempre has estado ahí para aguantar mis locuras y mis tonterías. Por favor, suéltala.

No le hace caso. Está temblando y no para de llorar. Le sangra la mano derecha, con la que sostiene el cuello de la botella. Ni siquiera se ha dado cuenta de que se ha cortado al romperla.

—Tengo que hacerlo. Perdóname —balbucea antes de empezar a hundir el cristal en su piel.

Cierra los ojos y nota cómo un gran peso cae sobre ella. La

botella se le escapa de las manos y sale volando. Triana cae al suelo bocabajo. Cuando se gira, ve a Niko. No se ha dado cuenta de que su novio ha llegado sigilosamente por detrás para impedir que se raje el cuello. Se sienta y lo contempla asombrada. ¿De dónde ha salido?

—Gracias a Dios. Justo a tiempo —dice Brenda mientras se agacha junto a su amiga—. ¿Te encuentras bien?

Triana no responde. No puede dejar de mirar a Niko, que se pone de pie y se sacude los pantalones antes de ofrecerle una mano para ayudarla a levantarse. Pero ella sigue sin mover ni un solo músculo. Una infinidad de sensaciones se le amontonan. Está en *shock*.

—Menos mal que Brenda me llamó hace un rato para que viniera a hablar contigo. ¿Por qué has intentado...?

Continúa sin contestar. Consigue levantarse sola y se palpa el cuello. Aunque el corte no es muy profundo, se ha manchado los dedos de sangre.

—Hay que llevarte a un hospital a que te curen —dice Niko mientras se acerca para examinarla. Se ha dado cuenta de que también tiene una herida en la mano.

Triana da un par de pasos hacia atrás para impedir que su novio la toque. Sigue callada a pesar de que Brenda le pregunta una y otra vez cómo se encuentra. Comienza a caminar por aquel oscuro callejón, seguida de su amiga y Niko, que le piden que se detenga. No escucha. No quiere oírlos. Tropieza en varias ocasiones y no consigue andar en línea recta. Está bastante mareada.

—¿A dónde vas? Tenemos que ir al médico a que te miren esas heridas. Puede que necesites puntos —insiste Brenda.

—Escúchanos, por favor. Estamos muy preocupados por ti.

Sin embargo, su comportamiento no varía un ápice. Está bloqueada. Es incapaz de hablar. No se quita de encima esa angustia. Ha estado a punto de degollarse con el cristal de una botella. Piensa en su padre, un hombre bueno que perdió la vida porque el miserable de Enrique Mesa cumplió un encargo. También piensa en su madre desaparecida. Seguramente esté muerta. Demasiado dolor, demasiado sufrimiento.

—A ver, espera un momento —le dice Niko, que la ha adelantado y se coloca frente a ella para impedirle el paso—. ¿Qué es lo que pretendes hacer?

Triana lo mira fijamente a los ojos, pero sigue sin responder. Lo

esquiva rodeándolo por la derecha. El joven repite el movimiento. Otra vez lo tiene delante.

—Tu mano está sangrando y deberían verte también el corte del cuello. Tienes que ir al hospital.

—Escucha a Niko, por favor —le suplica Brenda—. Sabemos que no estás bien. Ha sido un error salir. Pero no vamos a dejarte sola. Te queremos, Triana.

—Te quiero —le dice Niko sonriendo—. Te quiero.

—Yo no sé si te quiero a ti.

Cuando pronuncia esas palabras, siente que deja de respirar. Se mira la palma de la mano y contempla cómo una gota de sangre cae al suelo. Después se fija en la expresión de dolor de Niko. Se ha quedado petrificado, como una estatua de yeso. Brenda tampoco se mueve. Es como si hubiesen parado la vida. Como si todo a su alrededor se hubiese congelado durante unos segundos.

—Es lo que siento ahora mismo. No es justo para ti, lo sé. Seguramente seas lo mejor que me queda. Pero me estoy asfixiando y necesito... No tiene nombre lo que necesito.

—Necesitas que tu madre aparezca y saber quién ordenó asesinar a tu padre —interviene Niko, que le coge la mano y observa la sangre resbalar por el brazo—. Vamos a un hospital. Eso es lo más urgente ahora.

La chica asiente con la cabeza y le vuelve a pedir disculpas. Saca un pañuelo de papel de la chaqueta y se cubre la herida. No tarda en empaparse de rojo. El corte en la mano derecha es más profundo de lo que parecía. Brenda le da el fular que se ha puesto para salir y con él intenta detener la hemorragia.

—Os he pedido un Cabify —dice Niko mostrándole la pantalla del móvil a Brenda—. Llega en un par de minutos.

—¿Tú no vienes?

—Es mejor que no. Llamadme cuando lleguéis al hospital.

El chico espera junto a Brenda y Triana a que aparezca el coche que las tiene que recoger. No le dice nada más a su novia, algo que ella agradece. No está en condiciones de mantener una conversación. Sigue algo mareada y no le apetece hablar. Ni siquiera charla con Brenda cuando están en el interior del Cabify. Le pide permiso al conductor para abrir la ventanilla y deja que el aire frío le pegue en el rostro. Es agradable y, por primera vez desde que salió del

restaurante, no se quiere morir. ¿Qué es lo que le ha sucedido? ¿Por qué ha tenido aquel impulso tan fuerte de terminar con su vida?

—Brenda, gracias —susurra cuando el coche se detiene en un semáforo—. Gracias por no rendirte conmigo.

—Nada. Habrías hecho lo mismo por mí. ¿Estás mejor?

—No lo sé. Estoy, que ya es mucho.

—No digas eso —la reprende Brenda esbozando una sonrisa—. Vamos a que te curen esa mano y después nos iremos a casa a dormir. A ver si mañana vemos las cosas de otra manera.

—Me parece bien. Estoy muy cansada.

—Nos hacemos mayores. Con lo que nosotras hemos sido...

—La próxima vez, *pizza* y peli de Disney en casa.

—¡Ni lo dudes, amiga!

Ambas sonríen y, con su mano sana, Triana aprieta con fuerza las de Brenda. Y, como si el destino estuviera pendiente de aquel momento, en la radio del coche suena un tema de Fondo Flamenco. Un instante de felicidad en la vida de aquellas dos chicas que, como dice la canción, no durará mucho tiempo.

CAPÍTULO 7

NIKO

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Son más de las doce de la noche y ya solo queda en la calle gente de fiesta o que ha alargado la cena. Niko va de camino a casa. Le queda un buen trecho por delante, pero prefiere ir andando a coger un bus o un taxi. Tiene mucho en lo que pensar. Brenda le ha enviado un wasap para avisarle de que ya están en el hospital. Parece que Triana se encuentra mejor.

«Yo no sé si te quiero a ti».

Las palabras de la que es todavía su pareja resuenan en su cabeza constantemente. Es de los momentos más duros a los que se ha enfrentado. Es obvio que Triana no se encuentra bien, lo lleva percibiendo desde hace varios días. Discuten demasiado y le molesta todo. Su estado de ánimo está por los suelos. Que su madre no haya aparecido la ha devastado. No es la joven divertida y repleta de energía que conoció en octubre. Lo entiende y lo respeta, pero no sospechaba que dudara de sus sentimientos. No lo ha visto venir y no sabe si tiene solución.

En realidad, aunque está enamorado, no es mucho tiempo el que llevan juntos. Debe dejarla respirar y que se aclare. Es lo único que puede hacer. Eso y averiguar quién ordenó matar a su padre y dónde está su madre. Es como si Celia se hubiera desvanecido de la faz de la Tierra, como si ya no existiera. ¡Pero en alguna parte tiene que estar!

Lo han repasado mil veces: la detective desapareció el lunes, catorce de octubre. Había quedado con la periodista Blanca Sanz en la biblioteca Infanta Elena, que está pegada al parque de María Luisa. No se presentó. Su móvil se apagó esa misma mañana en su casa y no volvió a dar señal de vida hasta el lunes, cuatro de noviembre, en una

explanada entre Carmona y El Viso. Solo permaneció encendido cinco minutos. Ese mismo día llamaron al teléfono del despacho de la detective desde un número desconocido con un mensaje de audio de Celia. Aquel era el último dato del que disponían, o, al menos, el último que la policía les había facilitado. Desde entonces, se había perdido su rastro por completo.

—¿Me das una monedita, muchacho?

Le ha hablado un indigente que está sentado en una sillita plegable delante de la puerta de un McDonald's. Niko se agacha a darle un euro.

—Gracias, chaval —le dice el hombre, provisto de una espesa barba y una larga melena gris—. Yo a ti te conozco —continúa mientras lo escruta con atención.

—¿A mí? No creo.

—Sí, sí. No estoy equivocado.

Niko no le hace caso y continúa caminando. Seguramente lo haya visto en la televisión cuando lo detuvieron por el caso Chopin. No le apetece entretenerse a hablar con nadie.

A veces se siente observado. En la mayoría de ocasiones es por la sugestión, pero en otras se da cuenta de que lo están mirando. Ya no es un completo desconocido y la gente es poco disimulada.

—Chico, espera —escucha a su espalda.

Se gira y ve al indigente. Se ha puesto en pie y cojea de la pierna derecha. No supera el metro setenta de altura y va vestido con andrajos. Niko resopla y prosigue su marcha. El hombre no ceja en su empeño y, mientras lo persigue, le pide que se pare. Finalmente, Niko opta por detenerse y aguarda a que llegue hasta él.

—Gracias. Estoy en baja forma —comenta el indigente con las manos apoyadas en la cintura—. Puta pierna. Yo que corría los cien metros en doce segundos...

Su sonrisa deja al descubierto varias caries. Conserva bastantes dientes, que no debe de haberse lavado en meses a tenor de su aliento. Debe de rondar los sesenta años, aunque bien podría tener diez más o diez menos.

—¿Qué quiere?

—Te conozco —insiste aquel tipo, cuyo olor corporal lo hace retroceder.

—Me debe de haber confundido con otra persona.

—No. Tú eres el nieto de Dariusz. Aunque ahora se te conoce más por tus famosos robos en las casas de Sevilla. ¡Te has convertido en una leyenda!

—Está exagerando. No es para tanto.

—¿Es verdad lo que se dice? ¿Devolviste todo lo que robaste y lo que robó tu abuelo? Jesús, el Nazareno, qué par de huevos...

Niko lo observa detenidamente. Está claro que el mendigo lo conoce. A él, por contra, aquel hombre no le suena de nada. Si bien es cierto que resulta complicado distinguir su rostro, oculto por aquella barba tan poblaba y por el pelo largo.

—No sé quién es usted.

—Lógico. Lo importante es que yo sé quién eres tú. Además, has sido generoso conmigo dándome una limosna. Eso te dignifica.

—Mire, señor, estoy cansado y quiero marcharme a mi casa. ¿Me va a decir quién es?

—Puedes llamarme Plinio.

¿Plinio? ¿Qué clase de nombre es ese? No recuerda a ninguna persona que tratara con su abuelo y se llamara así.

—Me lo puso una profesora de Historia con la que anduve saliendo unos meses en mis tiempos mozos. Yo le mandaba cartas y ella me decía que era como el escritor romano. ¿Te suena? Murió en la erupción del Vesubio.

—Ni idea.

—Los jóvenes de hoy no sabéis nada de Historia. En fin —se lamenta el indigente mientras niega con la cabeza—. Eres también el yerno de la detective desaparecida, ¿no es así?

Niko se queda a cuadros al escuchar a Plinio. Le ha sorprendido. Ahora sí le interesa lo que aquel individuo tiene que contarle.

—¿Cómo sabe eso?

—Los que vivimos aquí y allá lo sabemos casi todo. No necesitamos Internet ni la televisión.

—No entiendo nada —reconoce Niko nervioso y bastante desconcertado—. Usted conocía a mi abuelo y también sabe quién soy yo y quién es Celia Mayo. Yo, en cambio, creo que no le he visto en mi vida.

—Quizá sí me has visto, pero no me has prestado atención.

—Estoy casi seguro de que no. Por lo menos no con... este aspecto.

Plinio suelta una fuerte carcajada, a la que sigue una tos seca y pasajera. Cuando se le pasa, de nuevo muestra esa extraña sonrisa repleta de dientes picados.

—Sé que tengo pinta de vagabundo. A ver si un día de estos me afeito y me pelo —dice el hombre, que acaricia una de sus greñas—. Es verdad que me podría cuidar un poquito más, pero soy un indigente, no un modelo de Armani.

La nueva risotada de Plinio pone aún más tenso a Niko. No está cómodo. El olor que desprende aquel sujeto es insoportable. Y no le agrada que sepa cosas de él. Tampoco le ha dicho cómo se llevaba con su abuelo. Tal vez era uno de sus enemigos y solo está jugando con él.

—¿Qué más sabe de mí?

—Que eres un buen chico y la vida no te está tratando bien.

—¿Por qué lo dice exactamente?

—Perdiste a tus padres en Polonia siendo un niño, te criaste con un delincuente y tu futura suegra lleva dos meses desaparecida —responde Plinio más serio. Ya no se ríe ni tose—. Pero tengo una buena noticia para ti.

—¿Una buena noticia? ¿De qué se trata?

—Celia Mayo no está muerta.

Aquella afirmación desarma a Niko. ¿Ha oído bien? Sí, está seguro. Aquel hombre acaba de soltar algo que sus oídos estaban deseosos de escuchar. De inmediato piensa en Triana y en lo feliz que le haría que aquello fuese verdad. Pero ¿ese tipo es de fiar? ¿Puede creerle?

—No juegue con ese tema. Es muy importante para mí.

—Sería incapaz de jugar con la muerte de alguien. Celia Mayo está viva.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho?

—Santana.

—¿Quién es Santana?

—Una mujer extraordinaria. —A Plinio se le iluminan los ojos mientras responde—. María Santana. Le tengo un gran aprecio y me creo a pies juntillas todo lo que dice.

—¿Se fía tanto de su palabra?

—Completamente.

—¿Dónde le ha dicho esa tal Santana que está Celia?

—Eso no me lo ha revelado. No sé si ella maneja esa información,

pero está segura de que sigue con vida.

A Niko no le convence en exceso lo que le está contando. Sin embargo, quiere llegar al final del asunto.

—¿Cómo está tan segura?

—Por la energía.

—¿La energía?

—Sí, muchacho, la energía —responde Plinio entusiasmado—. María Santana es capaz de saber cosas que tú y yo no podemos entender. Nunca se equivoca. Si dice que la detective Mayo está viva, es porque realmente es así.

—¿Es una vidente?

—No ve el futuro. Santana está por encima de las líneas temporales que conocemos. Es la persona con más poder de Sevilla. No estoy refiriéndome a riquezas o posesiones; su poder está relacionado con el alma y la energía.

Si Niko antes dudaba de la palabra de Plinio, ahora está totalmente convencido de que aquel hombre ha bebido demasiado coñac esa noche. De repente sufre un gran bajón al acordarse de Triana, porque tenía la esperanza de poder llevarle buenas noticias sobre su madre. Además habría sido una buena oportunidad para reconciliarse.

—Sé que es difícil de creer. No soy estúpido, muchacho. Estarías loco si me creyeras y no te plantearas que estoy como una cabra.

—Bueno, yo no soy muy fan de ese tipo de personas.

—Ni yo. ¿Por quién me tomas? —se enoja el hombre, aunque enseguida sonríe—. Ve a ver a Santana y que ella te cuente lo que sabe. Luego tú ya decides si creerla o no. Suele estar cada día en la plaza de España. Le gusta observar a los turistas mientras se suben a las barquitas.

—Ya veré lo que hago. Gracias de todas maneras.

—De nada. Me ha encantado encontrarme contigo. Disfrutaba mucho jugando con Dariusz a las cartas. Qué buena época.

Niko sonríe y recuerda a su abuelo en aquellas acaloradas partidas que terminaban como el rosario de la aurora. Hasta para eso los delincuentes de la ciudad eran unos tramposos. Si Plinio formaba parte de aquel grupo, le parece raro no recordarlo. Quizá sin barba y el pelo más corto sabría quién es.

—Solo una cosa más: si vas a visitar a María Santana, no le digas

que has ido de mi parte.

—¿Por qué?

—Porque en esta vida todo se termina sabiendo. Más en una ciudad como Sevilla. No quiero formar parte de la comunidad que ayudó a Nikolai Olejnik a encontrar a la detective Mayo. Me estaría poniendo en peligro.

CAPÍTULO 8

LUNA

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Nunca le han gustado los chantajes emocionales ni los ultimátums, pero a veces toca hacer cosas que una no quiere hacer. Como, por ejemplo, salir a tomar una copa con alguien que no te cae especialmente bien a cambio de obtener una información que necesitas. Luna conoce de sobra las intenciones de Marco Galiano, director de informativos de El Guadalquivir TV. También sabe dónde poner los límites.

—Me voy. Se ha hecho muy tarde.

—Tengo reservada una habitación en un hotel. ¿Nos tomamos allí la última?

—Estoy servida, Marco. No más alcohol por esta noche. Gracias.

—Venga, mujer, no son ni las dos. Y ya te he dado el número de mi amigo.

—Te lo agradezco. Pero tengo sueño y mañana quiero madrugar para salir a correr.

—¿A correr un domingo?

—Hay que mantenerse en forma.

—¿Entonces no vienes?

No. ¿En qué idioma tiene que decírselo? Marco Galiano no se cansa de aprovechar su poder en los medios de comunicación para conseguir sus propósitos. Hace tiempo que va detrás de ella. Prácticamente desde que trabajan juntos. Pero Luna ya tiene lo que ha ido a buscar. Es hora de regresar a casa.

—¿Me llevas tú o pido un Cabify?

El director de informativos insiste en que vayan al hotel, pero Luna se niega. El hombre se rinde y la lleva a casa en su coche.

—No me has contado para qué quieres el móvil de Juancho Arrieta —le dice Marco tras aparcar en la calle donde vive la periodista.

—Una consulta profesional.

—¿Necesitas que te vea un psicólogo? ¿Tan mal te tratamos en El Guadalquivir?

La sonrisa burlona de aquel tipo le revuelve el estómago. Seguro que está pensando que está loca por querer hablar con un terapeuta. Es rico, atractivo y poderoso, pero de mentalidad antigua y simple.

—Nos vemos el lunes. Buenas noches y gracias por la copa —se limita a responder la periodista, que esquiva un intento de beso a la desesperada.

Luna apenas puede dormir. Se despierta en innumerables ocasiones. Tiene pesadillas con Marco, con Blas e incluso con Mercedes Reinoso. La directora fallecida en el accidente de helicóptero le pide que encuentre al culpable de su muerte. A raíz de ese último sueño, le resulta imposible pegar ojo de nuevo.

Después de tomarse un vaso de leche caliente, sobre las ocho de la mañana, sale a correr. Hace más frío del que pensaba, aunque enseguida entra en calor. Se impone un ritmo más alto del habitual hasta el parque de los Príncipes. Exhausta, se sienta en un banquito y se cubre la cabeza con la capucha de la sudadera. Saca el móvil y comprueba la hora. Todavía es pronto para llamar al psicólogo. Quizá sea mejor tantearlo primero con un wasap. Espera a que sean las nueve y entonces le escribe.

LUNA
Buenos días, Juancho. Soy Luna González, periodista de El Guadalquivir TV. Nos hemos cruzado alguna vez en los pasillos del canal. Me ha dado tu número Marco Galiano. Espero no molestarte. Necesito hablar contigo de un tema profesional. Dime cuándo puedo llamarte. Gracias.

La joven lee el mensaje varias veces antes de enviarlo. Le parece demasiado formal, pero es mejor así. Nunca ha hablado con aquel hombre y no sería positivo tomarse demasiadas confianzas. Lo manda y espera impaciente la respuesta. Ojalá ese hombre pueda aclarar sus dudas respecto a la recuperación de los recuerdos. En Internet ha leído diferentes artículos sobre esta cuestión, pero se contradecían los unos

a los otros. ¿Hay posibilidades de que Blanca se acuerde de lo que sucedió durante aquel vuelo, antes de que el helicóptero chocara con la Giralda?

Le gusta la tranquilidad del parque y respirar el aire fresco de la mañana. A esa hora solo ve a gente corriendo o en bicicleta.

¿Le contestará el psicólogo? No deja de mirar WhatsApp, hasta que recibe un mensaje que la sobresalta. No es de Juancho Arrieta. Se extraña porque la que lo envía es su compañera Cristina Santos.

> CRISTINA SANTOS
> ¿Has visto lo que ha pasado? Ha habido un incendio en la casa de Ana Benítez con ella dentro. Creo que tú la conoces, ¿verdad?

Luna termina de leer el wasap de su compañera y rápidamente marca el número de la mujer de Francisco Carvajal. Ni siquiera da tono de llamada, enseguida salta el buzón de voz. Aquello no puede estar sucediendo. Regresa a su casa lo más rápido que se lo permiten sus cansadas piernas, se da una ducha y se viste a toda prisa. Llama varias veces más a Ana Benítez, pero el teléfono sigue sin estar operativo. Tiene que ir a Sevilla Este para tratar de averiguar qué ha pasado. Mejor que coger su coche, opta por pedir un taxi. Se pone en contacto con Cristina, que le explica que la han avisado para cubrir la noticia, pero no se encuentra en la ciudad. Tampoco le han pasado más detalles del suceso, por lo que ignora si hay algún fallecido.

El trayecto hasta la casa de Ana se le hace eterno. No deja de llamarla e intenta informarse de lo que ha ocurrido. De El Guadalquivir TV han ido al lugar del suceso un chico nuevo que se llama Gabriel y un cámara con el que ella no suele trabajar. No logra hablar con ninguno de los dos.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el taxista al ver que la joven, frustrada y muy preocupada, ha dado un manotazo a la ventanilla.

—No lo sé. ¿Puede ir más deprisa?

—¿Y paga usted la multa?

La chica le pide disculpas al conductor e intenta calmarse. Espera que lo que ha sucedido no tenga relación con la conversación telefónica que habían mantenido la noche anterior. ¿Le habría contado a alguien más lo del papelito con el nombre del alcalde?

El taxi no puede acceder a la calle en la que vive Ana. La policía

ha acordonado la zona. Distingue varias patrullas, un par de ambulancias y un coche de bomberos.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunta el taxista mientras le paga la carrera.

—Eso quisiera yo saber.

La joven se despide del hombre y se dirige directamente al lugar donde se encuentran instalados los medios de comunicación. Enseguida localiza a Gabriel, que está revisando su móvil. Es un tío muy guapo, más o menos de su edad. Al que no ve es al cámara que debería estar con él.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta sorprendido su compañero—. ¿Te han llamado a ti también para cubrir la noticia?

—No. He venido por mi cuenta. Conozco a Ana Benítez, y no consigo hablar con ella. ¿Se la han llevado al hospital?

—Eso parece. Aunque no nos han dicho demasiado.

—¿Se encuentra bien?

—No lo sé, Luna. Todavía no hay declaraciones ni notas de prensa.

—Joder. ¿Sabes quién está al mando del operativo?

Gabriel se encoge de hombros. Maldita sea, aquel chico no se entera de nada. Chasquea la lengua y cruza por encima la cinta amarilla que ha colocado la policía.

—¿Dónde vas? ¡Nos han dicho que no podemos pasar!

Luna hace caso omiso a la advertencia de su compañero. Camina decidida hacia la casa de la que todavía sale humo hasta que se encuentra con un agente que le frena el paso. Es un hombre alto y fornido, con el pelo oscuro. Lo reconoce de otros sucesos que le ha tocado cubrir. Él parece que también se acuerda de ella por la expresión de su cara.

—Os hemos dicho que os quedarais detrás del cordón.

—Perdone. Conozco a Ana Benítez. ¿Cómo está?

—No lo sé, señorita. ¿Puede usted regresar con el resto de periodistas?

—¿A qué hora ha sido el incendio?

—No puedo facilitarle datos. Espere a que se emita la nota de prensa —dice el hombre mientras le ordena con las manos que se aleje.

—Por favor, ¿no me puede decir si Ana está bien? Soy su amiga y

no me coge el teléfono. Estoy muy preocupada.

—No estoy autorizado.

—Solo quiero saber cómo está mi amiga. Luego me iré. Se lo prometo.

El agente parece dudar. Mira a su alrededor para comprobar que no tiene a nadie cerca. Se aproxima a Luna y le habla en voz baja.

—Está viva, pero tiene quemaduras graves por todo el cuerpo.

—¿Cómo de graves?

—Yo no la he visto. Se la llevaron lo más rápido que pudieron.

—¿Su vida corre peligro?

—No lo sé. La han trasladado a la Unidad de Grandes Quemados del Virgen del Rocío. Es todo lo que puedo decirle —comenta el agente, que, con las manos, vuelve a señalarle la cinta amarilla—. Por favor, espere detrás del cordón de seguridad.

Luna le da las gracias y obedece la orden del policía. Aquello no pinta nada bien. No puede ser casualidad que, horas después de que hablaran del accidente de helicóptero, se haya producido un incendio en la casa de Ana.

—¿Te has enterado de algo? —le pregunta Gabriel, que ya está acompañado del cámara de El Guadalquivir TV.

—Tiene quemaduras importantes por todo el cuerpo. La han trasladado al Virgen del Rocío.

—Vaya. ¿Mandarán una nota de prensa contando lo que ha sucedido?

—No tengo ni idea —responde Luna, que saca su móvil para pedir un Cabify a través de la aplicación—. Voy a ir al hospital. A ver si consigo que me dejen verla.

—Pobre mujer. Primero lo de su marido y ahora esto. Hay personas que están malditas o tienen muy mala suerte.

Discrepa por completo con Gabriel. La muerte de Francisco Carvajal no fue por mala suerte y el incendio tampoco obedece a ningún mal fario. Está convencida de que ha sido provocado. Apostaría lo que fuese por eso.

Luna sube al coche que ha pedido y se dirige al Virgen del Rocío. Si han llevado a Ana a la Unidad de Grandes Quemados, es porque está grave. Duda que le dejen verla, pero tiene que intentarlo.

En el trayecto hacia el hospital, recibe un mensaje de audio. Es Juancho Arrieta, el psicólogo.

Audio de Juancho Arrieta
Buenos días, Luna. Qué bueno saber de ti. Sí, nos hemos visto varias veces en la tele, pero nunca nos hemos parado a hablar. Las prisas, que no son buenas consejeras. Encantado de resolver tus dudas. Llámame cuando quieras o, si te apetece, podemos quedar a tomar un café. Por mí, encantado. Ya me dirás...

Otro que le propone quedar. Si es amigo íntimo de Marco, seguramente tengan ideas y comportamientos parecidos. Aunque no va a prejuzgarle. Ha sido muy amable al devolverle el mensaje un domingo por la mañana. Visto lo que ha sucedido después de conversar anoche con Ana, tal vez lo mejor sea mantener una charla en persona. Le escribe a Arrieta un wasap para preguntarle si pueden reunirse esa misma tarde, a las seis, en la cafetería La Cacharrería de Sevilla. Enseguida recibe el OK del psicólogo.

—Hemos llegado a su destino —dice el conductor del coche tras estacionar enfrente del hospital—. Espero que no sea nada grave.

—Gracias. Yo también lo espero.

Sin embargo, el deseo de Luna no se cumple. Unos minutos después, uno de los médicos que atienden a Ana la informará de que las quemaduras se extienden por más del cincuenta por ciento de su cuerpo. Su vida todavía corre peligro. Si logra salvarse, jamás volverá a ser la de antes.

—Si usted es su amiga, ayúdela en lo que pueda y trátela con mucho cariño. Ana lo va a necesitar.

CAPÍTULO 9

NIKO

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Tres puntos de sutura en la mano y algún que otro calmante le dieron a Triana en el hospital. Por suerte, no ha sido nada grave. Lo que más le preocupa a Niko es lo que la chica intentó hacer. ¿Qué habría pasado si no hubiera llegado a tiempo? No ha dejado de preguntárselo durante toda la noche. Ha revivido ese instante varias veces.

—No le apetece hablar ahora contigo. Está muy cansada, pero se encuentra mucho mejor. Dale tiempo. Tiene demasiado en lo que pensar.

Esas fueron las palabras de Brenda, que cogió el móvil de su amiga cuando Niko llamó para preguntar cómo se encontraba. Ya habían regresado a casa y dormirían juntas. Aunque le gustaría mantener una conversación con Triana, no va a forzar nada. Se armará de paciencia y esperará el tiempo que haga falta.

Es uno de los domingos más tristes que recuerda. El cielo está encapotado y hace frío. No se siente bien. Está desganado y le duele la cabeza, pero, en un intento de escapar de ese malestar físico, y también de la apatía que lo embarga, se ha obligado a bajar a la calle a desayunar. Se toma un cruasán a la plancha con mermelada y un café con leche. Después, un ibuprofeno que le trae la camarera junto a un vaso de agua.

—¿Has pasado mala noche? —le pregunta aquella mujer bajita y regordeta.

—Horrible.

—Ánimo, Chopin. De todo se sale.

La camarera le dedica una sonrisa y le guiña un ojo. Niko le permite ese tipo de licencias a Dolores. No es que tengan mucha

confianza, pero siempre ha sido amable con él.

—¿Conoces a una mujer que se llama Santana?

—¿María Santana? Claro —asiente la camarera—. Incluso vino una vez por aquí. Es muy famosa en Sevilla.

—Yo no sé quién es.

—Porque su popularidad ha bajado en los últimos tiempos. Los que ya tenemos una edad la conocemos perfectamente.

—¿Es vidente?

—No sé exactamente cómo se define a sí misma. Algo así. No creo en esas cosas, pero sin duda se trata de alguien especial.

—¿En qué sentido?

—Santana no pasaba desapercibida en la ciudad. Grandes personalidades sevillanas recurrían a ella. Hasta colaboraba con la policía. Aunque ya se ha hecho mayor y no se deja ver tanto.

—Me han dicho que suele ir a la plaza de España.

—Puede ser. Hace mucho que no escuchaba su nombre. ¿Necesitas verla por algún motivo?

Niko no responde. Ni siquiera está seguro de lo que va a hacer. De madrugada ha estado reflexionando sobre las palabras de Plinio. Aquel hombre lo había desconcertado al asegurarle que Santana creía que la detective Mayo estaba viva.

—Yo no me fiaría demasiado, Chopin. Lo que pasa en la tierra es mejor tratarlo con personas que tengan los pies en el suelo. Eso de las energías y el poder de la mente no es muy creíble.

—Lo tendré en cuenta, Dolores.

La camarera no permite que Niko pague esa mañana. Invita la casa. El chico camina pensativo y sin un rumbo fijo. ¿Qué puede perder por ir a ver a María Santana? ¿La conocería su abuelo? No le suena que le hablara de ella. Aunque tampoco se acuerda de Plinio, con el que parece que Dariusz compartió bastantes partidas de cartas. A lo mejor esa misteriosa mujer ni siquiera está donde el indigente le dijo.

Si Celia no hubiese desaparecido, las cosas con Triana estarían de otra forma. Siente un nudo en la garganta cada vez que se le viene a la cabeza lo que sucedió la noche anterior. Lo de Santana seguramente no le lleve a ninguna parte y tampoco va a ilusionarse. Sin embargo, no tiene nada más a lo que agarrarse.

La plaza de España no está cerca. Y como los domingos el

autobús es imprevisible y tarda más de lo normal, decide ir andando. Le vendrá bien la caminata. Se coloca los auriculares y escucha en Spotify una lista de música clásica. Hay melodías de Verdi, Wagner, Mozart o Brahms. Por supuesto, también de Chopin. Precisamente mientras suena la *Sonata para violonchelo y piano en sol menor, op. 65*, compuesta por el músico polaco, recibe una llamada de teléfono. Niko se da una palmada en la frente.

—¡Perdón! ¡Le prometí que hoy iría! —exclama avergonzado el chico en cuanto descuelga—. Se me pasó. Lo siento.

Había quedado con Salvador en la iglesia para tocar el órgano en la primera misa del día.

—¿No puedes venir? —pregunta desconcertado el cura.

—Me ha surgido algo de última hora. Debería haberle avisado.

—No te preocupes, Niko. Nos las apañaremos sin ti. Aunque ya sabes lo que les gusta a los fieles escucharte tocar.

—Perdone. No sé dónde tengo la cabeza.

Sí lo sabe, pero no se lo va a explicar. No va a contarle que anoche Triana estuvo a punto de quitarse la vida. Cuantos menos lo sepan, mucho mejor. Quiere dejar a Salvador al margen de un asunto tan complicado. A pesar de que ha sido un gran apoyo en esos meses, antes y después de que su identidad quedara al descubierto. Además, le permite tocar el magnífico órgano de su iglesia, que supuso un refugio para Niko en sus peores momentos.

—¿Estás bien? Te noto muy raro. Que te hayas olvidado de venir me preocupa.

—Estoy bien. No se preocupe, Salvador.

—No me mientas. Ya sabes que es pecado.

—Y usted es cura y puede perdonarme.

—En el confesionario, bajo arrepentimiento. No por teléfono, querido amigo —le advierte el hombre—. Niko, puedes hablarme de lo que sea. Ya sé que vienes a la iglesia por el órgano, no por mí. Pero si crees que puedo ayudarte en algo, también tengo un par de viejas orejas para escucharte.

Niko prefiere no hablarle de Triana, pero duda en si al menos darle una explicación de a dónde se dirige y por qué no puede acudir a la misa de esa mañana, como habían quedado.

—Estoy camino de la plaza de España —dice el chico finalmente.

—¿Vas a darles de comer a las palomas o a remar en las barcas?

—bromea el cura.

—Voy a buscar a María Santana. ¿La conoce?

Como Salvador no responde, Niko piensa que se ha cortado la comunicación. Pronuncia un par de veces el nombre de su amigo y le pregunta si sigue al otro lado de la línea. Segundos más tarde, escucha de nuevo la voz del hombre.

—Sí, aunque es alguien a quien me gustaría no haber conocido.

—¿En serio? ¿Por qué motivo?

—Se trata de una historia de la que no me apetece hablar. No deberías acercarte a esa mujer. Está aliada con el diablo.

—¿Tan terrible es?

—Santana se aprovecha de las carencias y las debilidades de las personas. Usa sus problemas para absorberles la energía. No es buena. Por suerte, ha desaparecido prácticamente de la vida de los sevillanos. Hacía bastante tiempo que no oía su nombre. ¿Quién te ha hablado de ella?

—Alguien que conocí ayer. Un amigo suyo.

—María Santana no tiene amigos. Solo siervos que la adoran y pobres inocentes a los que ha engañado.

—Veo que no le cae muy bien.

—Es de las pocas personas que han conseguido sacarme de mis casillas —admite Salvador, al que nota bastante reticente—. Que desees encontrarte con ella no está relacionado con Celia Mayo, ¿verdad?

Ese hombre es muy intuitivo. Debería de haber deducido que terminaría averiguando la razón por la que está yendo a la plaza de España a buscar a aquella mujer. ¿Y ahora qué le cuenta?

—No hace falta que me respondas —se anticipa a decir Salvador —. Solo prométeme que tendrás mucho cuidado.

—No hay por lo que preocuparse, de verdad.

—Sí que lo hay, Niko.

—Confíe en mí. Si me da tiempo me pasaré por El Salvador y le daré todos los detalles de mi encuentro.

El cura le vuelve a prevenir sobre Santana antes de despedirse. Cuando cuelga, no las tiene todas consigo. ¿Qué sucedería entre ellos para que desconfíe tanto? También Dolores le ha advertido que no se fíe de esa mujer. Está avisado. Tendrá cuidado con lo que le diga, si es que logra encontrarla.

El chico llega a la plaza de España cerca de las doce de la mañana. Es uno de sus lugares preferidos de Sevilla. Contempla la gran fuente del centro y los cuatro puentes que cruzan el canal. Camina hasta el que tiene frente a él y, desde arriba, distingue hasta cinco barcas en el agua. Sus ocupantes se esmeran en avanzar remando, aunque no todos lo hacen con éxito. Sonríe al ver las dificultades de un par de extranjeros, incapaces de navegar en línea recta. Luego se dirige hasta la zona de los bancos de ladrillos y azulejos. Cada uno representa a una provincia española y están ordenados por orden alfabético. ¿Estará María Santana sentada en alguno de ellos?

Saca su móvil y busca en el archivo una imagen de la mujer. Solo dispone de un par que encontró en Google, no demasiado nítidas. Son antiguas y sale bastante alejada del objetivo de la cámara. Con el *zoom* consigue ver su rostro. Recorre con el teléfono en la mano cada uno de los bancos en busca de una señora que se parezca a la de las fotos. Muchas personas, supone que la mayoría son turistas, posan sentadas y se fotografían; sin embargo, entre ellas no hay nadie con sus características. Maldita sea. Eso le pasa por confiar en Plinio. ¿Por qué se ha dejado llevar por lo que le comentó un indigente al que conoció en la calle? Seguro que no le dijo la verdad o la tergiversó. Ha sido un estúpido.

Resignado y con pocas esperanzas, repite el recorrido, pero en orden inverso. No hay rastro de la mujer. Cansado, se sienta en el banco dedicado a León. Resopla con la cabeza gacha. A lo mejor esa tal Santana ni sabe quién es Celia Mayo y Plinio se lo ha inventado todo.

Mientras lamenta su infortunio recibe un mensaje de WhatsApp.

BRENDA
Hola, Niko. Acabamos de despertarnos. Triana está bien. Hay momentos de anoche que tiene confusos. Se quedará conmigo a comer y luego iremos a su casa. De momento es lo que puedo decirte.

No es todo. Hay un segundo wasap de Brenda, y este le sorprende más que el primero.

BRENDA

¿Has visto lo del incendio? Por lo visto, ha salido ardiendo la casa de la mujer del piloto que tuvo el accidente de helicóptero con la Giralda. Se lo ha dicho Blanca a Triana. No se sabe aún si ha sido intencionado o no.

El chico busca rápidamente la noticia en Internet. No hay demasiada información, aunque el dato está confirmado. Ana Benítez está ingresada en un hospital después de que su casa saliera ardiendo esa madrugada. Se desconocen las causas.

Se pone de pie y, cuando está a punto de enviarle un audio a Brenda, la ve. Es una señora bajita, de edad muy avanzada, vestida de negro y con el cabello gris recogido en una coleta baja. Dialoga con un cochero que está cepillando a su caballo. No hay duda: es ella. Plinio le había dicho la verdad.

CAPÍTULO 10

BLANCA

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Cada vez tiene más claro que lo que le pasó en aquel vuelo en helicóptero no fue un accidente. Y tampoco puede ser una casualidad que la mujer del piloto esté ahora en el hospital después de que su casa haya salido ardiendo. Alguien está detrás de ambos sucesos y quién sabe de cuántos más. Una persona peligrosa y sin escrúpulos a la que no le tiembla el pulso.

Blanca se desplaza hasta el baño con la ayuda de unas muletas; al menos ya no necesita que su madre la acompañe. Se mira en el espejo y maldice el día en que subió a aquel helicóptero. Su jefa la premió por el buen trabajo que había hecho en el caso Chopin. Acababa de reincorporarse a la redacción después de unos días de descanso. ¡Hasta le iban a subir el sueldo! Aquel viaje por el cielo de Sevilla tendría que haber sido un regalo y no una tragedia que probablemente marcará el resto de su vida.

Se quita la camiseta del pijama y observa las heridas del pecho. Después acaricia la que le cruza el cuello. Tiene marcas por casi todo el cuerpo. ¿Se irán algún día esas cicatrices o permanecerán con ella para siempre?

—Seguro que desaparecerán poco a poco. No te preocupes por eso. Ahora lo importante es que te recuperes.

Se lo dijo Triana en el hospital, aunque notó, por el tono empleado, que no estaba nada convencida de ello. En las ocasiones en que la visitó, siempre vio a su amiga cabizbaja, muy preocupada por la desaparición de su madre, de la que los medios dejaron de hacerse eco en cuanto se produjo el accidente del helicóptero, que se volvió el tema estrella para la prensa. La imagen del aparato incrustado en la

Giralda recorrió el mundo entero. Sin pretenderlo, se había convertido en una de las protagonistas de la noticia del año.

—Cuando te pongas bien y mi madre aparezca, nos vamos a montar tú y yo una fiesta por todo lo alto. ¿Qué te parece?

Esas palabras de Triana en noviembre no tienen mucho sentido a mitad de diciembre. Su recuperación va lenta y Celia no ha aparecido, ni tiene pinta de que vaya a aparecer. La mayoría la da por muerta. Le hubiera gustado esa fiesta. Ellas dos solas. Sin Niko, sin Brenda. Sin nadie más. Solo ellas.

¿Por qué ha tenido que enamorarse de alguien imposible?

Blanca se enjuaga la cara y protesta en voz baja. Está cansada de su mal aspecto, de las cicatrices. De sus problemas de movilidad. Se sienta con dificultades en la taza del váter y examina el móvil. Contempla las fotos que tiene con Triana antes del accidente. Intentó estar a su lado en aquellos días tan difíciles para su amiga. Es muy guapa y, a pesar de que no sonríe en ninguna de las imágenes, le encanta cada rasgo de su rostro. Pero ella sale con Niko y no tiene constancia de que también le gusten las chicas.

—¿Estás bien, hija? —le pregunta su madre tras llamar a la puerta varias veces. Hace girar el pomo, pero, como Blanca ha puesto el cerrojo, no puede entrar.

—Déjame tranquila. No puedo ni ir al baño sin que estéis pendientes de mí.

—Pero ¿estás bien?

—No, mamá. Estoy mal. Hasta los ovarios de todo.

—¿Qué dices, hija? Sal y lo hablamos.

Pese a la insistencia de su madre, que de nuevo le pregunta cómo se encuentra, Blanca no contesta. Si sigue viviendo con su familia, terminará volviéndose loca. Reconoce que la han ayudado mucho, que sus padres se han ocupado de todo desde que salió del hospital, pero, aunque todavía tiene dolores y hay tareas que no puede realizar, cree que va siendo hora de largarse.

—Hija, dime algo, por favor. ¿Quieres que llamemos al médico?

La chica abre por fin la puerta y sale del baño. Su madre la sigue hasta la habitación. Cada palabra que le suelta, cada pregunta que le hace, la molesta más. Toma asiento en la cama y lanza las muletas contra la pared. La mujer se queda boquiabierta. Su padre también acude al cuarto alarmado por el ruido.

—¿Qué ha sucedido? ¿Estás bien, Blanca? —le pregunta preocupado el hombre.

—Me voy —responde la joven, que intenta disimular el espasmo que acaba de sufrir en la espalda al tirar las muletas.

—¿Te vas? ¿A dónde? —interviene su madre, aún impactada por el comportamiento de su hija.

—A mi casa.

—¿Estás loca? ¡Cómo vas a irte a tu casa! No puedes.

—Sí que puedo, papá. Llamaré a alguna amiga para que se quede conmigo un par de días. Prácticamente ya lo hago todo sola.

—¿Tan mal estás con nosotros?

Su madre tiene las lágrimas saltadas. Le da pena, pero son demasiados días con ellos. Les está muy agradecida, pero no puede más. Tiene que marcharse o su salud mental empeorará.

—Voy a hacer la maleta. ¿Me echáis una mano?

Aunque sus padres no están de acuerdo con la decisión de su hija, la ayudan con el equipaje. Incluso le preparan comida para unos días. Blanca tampoco está muy convencida de lo que va a hacer, y menos cuando se percata del dolor que siente a cada paso que da y hasta se marea en varias ocasiones. Pero ya no hay marcha atrás.

—¿A quién vas a llamar para que se quede contigo? —le pregunta su madre ya en el coche, de camino al piso en el que la chica vive de alquiler.

—A alguien que no conocéis.

—No nos mientas.

—No os miento. Es una amiga de la facultad. No ha venido a casa porque vive en Estepa, pero hemos charlado bastante en estas semanas. Ya os la presentaré.

En realidad, no ha pensado en nadie para que se quede con ella. Esa compañera no existe. Se las arreglará sola. Simplemente es cuestión de adaptarse. Si no puede hacer algo por sí misma, no lo hará. Poco a poco irá solucionando los problemas que se le presenten. Y los calmantes se encargarán del resto. No es el plan perfecto, pero es el que ha elegido.

Sus padres tardan en irse del piso. Antes de marcharse, su madre coloca la ropa en el armario y su padre se encarga de ordenar la comida en el frigorífico y también baja a una tiendecilla para comprarle bebidas, leche y yogures. Tiene ganas de estar sola, pero

también le da un poco de miedo. Blanca promete que no hará locuras y que, en cuanto se marchen, llamará a su amiga de la universidad.

—¿Quieres que nos quedemos a comer contigo o tampoco nos dejas?

—No seas así, mamá. Estoy cansada y no me apetece comer todavía. Me dormiré un rato y ya luego picaré de lo que me habéis preparado.

—Esta no es una buena idea.

—Mamá, no empecemos otra vez, por favor.

—No es empezar nada. Estoy totalmente en contra de que te quedes sola. ¡No estás en condiciones!

—Me agobio en casa. ¡Déjame que al menos trate de vivir aquí dos o tres días! —suplica Blanca, que se sienta en una silla del pequeño salón. Se está resintiendo de los esfuerzos que ha hecho en las últimas horas—. Por favor, no lo pongáis más difícil. Ya habéis hecho bastante por mí.

Sus padres se miran y después conversan durante unos minutos. Su madre acaba cediendo, aunque la obliga a prometer que la llamará varias veces al día y le pide que los avise si surge cualquier contratiempo. El miércoles le preguntará si desea seguir en el piso o prefiere regresar a El Viso con ellos. Se puede tomar esos días como un periodo de prueba.

Cuando se van, Blanca se siente aliviada, también extraña. Se tumba en el sofá y enciende la televisión. Es muy raro quedarse sola en su piso después de tantas semanas fuera. Hace un poco de frío, pero no le apetece levantarse para encender la calefacción. Cierra los ojos e intenta dormirse. Le duele todo y no encuentra la postura adecuada. Tiene que descansar. Debe olvidarse de su situación. Tarde o temprano, la vida mejorará.

—Blanca..., Blanca, ¿me oyes?

La chica mira hacia su derecha y ve a Mercedes Reinoso. Tiene varias heridas en la cara y el resto de la cabeza. Tose y escupe sangre. Pese a estar asustada, intenta llegar hasta la directora de *El Guadalquivir*, pero es incapaz de moverse. Las piernas no le responden.

—Me estoy muriendo.

—No te vas a morir, Mercedes.

—Sí, lo presiento. No... me quedan fuerzas.

—Aguanta. Todo irá bien.

—Tengo que... contarte algo muy importante. Escúchame con... atención.

Las palabras salen con cuentagotas de la boca de su jefa. Está agonizando. Blanca no entiende lo que ha sucedido. ¿Han tenido un accidente con el helicóptero en el que sobrevolaban Sevilla? ¿Y el piloto? ¿Qué es lo que ha pasado? El dolor es insoportable y la saliva le sabe a sangre. Hay humo y huele mucho a quemado. ¿Eso de delante es una campana de iglesia? ¿Qué le quiere contar Mercedes que parece tan importante?

El sonido del móvil despierta a Blanca. Apenas ha conseguido dormir unos minutos, aunque tiene la sensación de que han sido horas. Se incorpora y coge el teléfono, que está sobre la mesa del salón. Es Luna. Ya hablaron hace un rato. Llamó para contarle que se había producido un incendio en la casa de la mujer de Francisco Carvajal, en Sevilla Este.

—Hola, ¿qué tal?

—Ha muerto —responde Luna, a la que percibe muy nerviosa.

—¿Quién ha muerto?

—Ana Benítez.

—¿Qué? No me lo puedo creer. ¿Cuándo te has enterado?

—Acaban de decírmelo. No ha sobrevivido a las quemaduras del incendio.

La noticia sorprende a Blanca, que intenta asimilar lo que Luna le está contando. En la conversación anterior le había dicho que, aunque la habían trasladado de urgencia al área de grandes quemados del hospital, parecía que la vida de Ana no corría peligro. No conocía a esa mujer, pero se le han revuelto las tripas.

—Estoy segura de que ha muerto por culpa de la misma persona que provocó el accidente del helicóptero —continúa Luna muy afectada.

—¿Qué dice la policía?

—Nada. Ninguno de mis contactos me coge el teléfono. Es domingo. Dudo de que vayan a asociar los dos sucesos y de que vayan a hacer más declaraciones hoy —se queja la periodista de televisión—. Es desesperante. Seguirá muriendo gente.

—Es horrible.

—No salgas de casa bajo ningún concepto. Ahí, con tus padres, no te pasará nada. Debemos tener cuidado, porque esto se ha puesto

peligroso para los que de alguna forma estamos implicados en esta historia.

Blanca se muerde el labio dubitativa. No está segura de si explicarle a la periodista el cambio de planes que se ha producido en las últimas horas.

—No estoy en El Viso. He vuelto a Sevilla —le confiesa por fin.

—¿Qué? ¿Dónde estás?

—En mi piso. Estaba cansada de mi familia. No podía más. Me voy a quedar aquí.

—¿Con quién?

—De momento, sola —reconoce Blanca, que vuelve a tumbarse dolorida—. Estoy mejor. Ya puedo hacer casi todo. Mis padres me han preparado comida por lo menos para una semana.

—No puedes estar sola.

—¿Por qué?

—Porque no es seguro. ¡Acaban de asesinar a la mujer del piloto que iba contigo en el helicóptero! ¿No lo entiendes?

—¡No! ¡Solo entiendo que me duele cada centímetro de mi cuerpo y que estaba cansada de tener a mis padres encima todo el día! Necesitaba salir de allí.

¿Qué pretende? ¿Asustarla? ¿Que no le abra la puerta a nadie y no se fíe de su propia sombra? Ella no le interesa a nadie. Solo ha tenido la mala suerte de estar en el peor momento y en el peor lugar. A quien querían asesinar era al alcalde de Sevilla y no lo consiguieron. El objetivo era De Gomar.

—Blanca, no voy a permitir que te pase nada más. Voy a cuidar de ti. Por lo menos hasta que se aclaren las cosas. Así que solo espero que el sofá de tu piso sea cómodo.

CAPÍTULO 11

NIKO

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

—Eres muy guapo, pero eso ya lo sabes, muchacho. Tienes el rostro de un adonis.

Niko se sonroja por las palabras de María Santana. Han dejado la concurrida plaza de España y se han sentado en un banquito del parque María Luisa, en el merendero cercano a la fuente de las Ranas.

—¿De qué me has dicho que quieres hablar?

—De Celia Mayo, la detective privada que ha desaparecido.

—Un caso bastante mediático.

—Eso no me interesa. He venido por otra cuestión.

Santana asiente con la cabeza. Se remanga y se mira las manos arrugadas por el paso del tiempo. El chico, que le echa entre setenta y ochenta años, la observa extrañado. No sabe si lo que está haciendo es algún tipo de ritual para conectar con espíritus u otros seres del más allá.

—¿Por qué acudes a mí para obtener información de esa mujer?

—Un amigo suyo me dijo que usted cree que Celia está viva.

—¿Un amigo mío? ¿Quién?

—No puedo desvelarle el nombre —responde Niko, que recuerda la petición de Plinio: bajo ningún concepto podía mencionarle—. Esa persona prefiere conservar el anonimato. Aunque la tiene en alta estima.

—¿Anonimato? Qué estupidez. La gente cada vez es más gilipollas.

Al joven le sorprende la expresión de María. Es una señora peculiar. Su atuendo parece sacado de los años sesenta y va vestida completamente de negro, como si estuviera de luto. Cuando se ha

sentado en el merendero, se ha recogido el pelo canoso en un moño. De sus orejas cuelgan sendos aros dorados y le faltan varios dientes. Lleva las uñas pintadas de diferentes colores oscuros y, pese a sus zapatos de plataforma, apenas llega al uno sesenta de altura.

—Hace dos meses que Celia Mayo desapareció —señala Niko, que quiere centrarse en el tema del que ha ido a hablar—. Nadie ha sabido de ella desde entonces. Ni la policía. Yo necesito saber qué le ha pasado.

—¿Por qué? ¿Quién eres tú para mostrar tanto interés por esa detective? ¿Un fan? ¿Un familiar? ¿Te debe dinero?

—Soy el novio de su hija.

Los ojos claros de Santana se clavan en los de Niko. El chico se siente intimidado ante aquella mirada. Es como si estuviese adentrándose en su mente y hurgara en sus pensamientos.

—Entonces tú eres Chopin y el nieto de Dariusz.

—Veo que me conoce, aunque creo que nunca nos hemos visto.

—No lo recuerdo con exactitud. Aunque tu abuelo se pasaba a verme de vez en cuando —comenta María, que no deja de mirarlo a los ojos ni un segundo—. Siento ser tan franca, pero ese hombre no era un buen tipo.

—¿Por qué dice eso?

—No me gustaba su energía. Dariusz siempre me dio muy mala espina.

Debe admitir que esa mujer tiene razón. Su abuelo no fue una buena persona. Ni en Polonia ni en España. Quedó a su cargo cuando sus padres murieron, pero su comportamiento dejó mucho que desear. Lo insultaba, menospreciaba e incluso lo golpeó alguna vez. Además, lo único que le enseñó fue a robar y a ganarse la vida de manera ilegal. Sin embargo, hay días en los que lo echa de menos.

—No tuvo una vida fácil. Era una persona complicada.

—Todos lo somos, muchacho, pero la maldad solo elige a unos cuantos. Las personas somos simples marionetas. No tenemos posibilidad de decidir.

—¿Y quién decide?

—El diablo.

—¿Cree en el diablo?

—Por supuesto. Si crees en Dios, tienes que creer en el diablo.

—Yo no creo en Dios.

La mujer sonríe por primera vez desde que se han encontrado. No es una sonrisa agradable, sino más bien tétrica. Niko vuelve a sentirse intimidado.

—Cuando piensas en el diablo, seguramente te imaginas a un señor de rojo, vestido con capa, con cuernecillos y larga perilla que se ríe de manera maléfica, ¿no?

—Nunca me lo he planteado.

—Es lo mejor que puedes hacer.

—¿Usted sabe cómo es?

—Yo solo sé lo que siento. Conozco la energía que transmiten los que han sido elegidos por él. Pero es muy complejo de explicar. De hecho, tengo un compromiso en diez minutos y debo irme.

—Tiene que hablarme de Celia. Por favor, María. Debe contarme lo que sabe.

Santana le hace callar. Junta las manos, cierra los ojos y respira hondo. Niko la contempla sin comprender lo que pretende. No le inspira demasiada confianza y duda que sepa algo de la detective privada.

—¿Va a decirme algo de Celia Mayo? Le pagaré lo que me pida —insiste impaciente.

La mujer de repente abre los ojos. Tienen un tono diferente. Son más oscuros. ¡Hasta parecen más grandes! ¡Más vivos! ¿Qué es lo que ha hecho para que cambien? ¿Cuál es el truco?

—Esa mujer está viva —responde María con una voz aguda, distinta a la que le ha oído hasta ese momento—. Lo sé yo, lo sabes tú y lo sabe la policía. Está muy claro para mí. La siento. Siento su energía. La siento cerca, Nikolai. Celia Mayo está cerca. No te quepa ninguna duda.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Eso solo lo saben ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? —Santana no contesta. Cierra los ojos, eleva los brazos y mira hacia arriba. Niko vuelve a preguntarle —. ¡¿Quiénes son ellos?!

Sin embargo, la mujer guarda silencio. Baja la cabeza y abre los ojos otra vez. Al hablar de nuevo, parece una persona diferente.

—Me tengo que ir. Me ha gustado mucho conocerte —le dice María con voz tranquila.

—Pero no puede dejarme así. ¿Dónde está Celia? ¿Quién la tiene?

La mujer se pone de pie y baja las escaleras del merendero. Niko va tras ella, pero Santana le pide que se detenga.

—No puedo ayudarte más.

—¿Por qué? Necesito más información.

—Me das buenas vibraciones, Nikolai. No eres como tu abuelo. Pero ten cuidado con lo que deseas. Ya nos veremos en otra ocasión. Seguro. Mucha suerte en tu cometido y ten fe en la energía.

La mujer se despide con una amable sonrisa y se aleja lentamente por un sendero del parque de María Luisa. El joven esta vez no la sigue. Se siente muy confuso. ¿Debe creerla o no? No sabe qué pensar. Lo único seguro es que Dolores tenía razón cuando aquella mañana, en la cafetería, le dijo que María Santana es una mujer especial y diferente.

Ese chico es realmente atractivo: rubio, cara angelical, buenos bíceps... Como le gustaban cuando ella era joven. Lástima del pasado que ha vivido y del futuro que le espera. Hay personas que están marcadas desde que nacen. Recuerda perfectamente la última conversación que tuvo con su abuelo.

—¿No me vas a pagar?

—Ya lo haré. Ahora no tengo dinero.

—Viejo estúpido. ¿Cómo que no tienes dinero? ¡No me engañes! Sé que te lo estás gastando por toda la ciudad.

—Las malas lenguas.

La insolente sonrisa de Dariusz enfada aún más a María. No soporta que se rían de ella y mucho menos que le mientan. Aquel imbécil está haciendo ambas cosas.

—Estás rompiendo un acuerdo.

—Yo no he firmado ningún papel.

—Sé dónde vives y que tienes un nieto al que no te gustaría que le pasara nada —le advierte María, que escribe el nombre de Niko en un papel y se lo enseña.

—Al chaval ni lo nombres. Es sagrado.

—Nada es más sagrado que el dinero. O pagas o atente a las consecuencias.

—¿Me estás amenazando, Santana?

—Te estoy diciendo lo que hay. Quiero mi parte del botín,

maldito polaco. No trabajo gratis. Tengo facturas que pagar.

—Tendrás tu dinero, pero tengo que realizar unos pagos urgentes primero.

—Estás poniéndome muy tensa, Dariusz. Hicimos un trato —insiste María enfurecida—. Yo hablaba con esas personas, las convencía para que se fueran de su casa unos días y tú te encargabas de lo demás. ¡Te lo puse a huevo! Luego repartíamos a medias. ¡Y todavía no he visto un euro!

—Eres muy buena en lo tuyo. Posees una gran capacidad para que la gente confíe en ti. Chapó —dice el hombre antes de dedicarle a la mujer una sonrisa y un parsimonioso aplauso.

—No juegues conmigo.

—Ni con un palo, querida.

Dariusz le da un toquecito condescendiente en el hombro y se marcha. María Santana jura que eso no terminará así. Algún día se vengará de aquel puto viejo polaco.

Recuerda la escena, aunque no la fecha exacta del enfrentamiento. Fue unos meses antes de que Dariusz Olejnik muriera. No asistió a su entierro, aunque celebró su muerte. Se sentía satisfecha. La maldad siempre tiene un precio.

La mujer escupe en el suelo y camina hacia el Prado. Cada vez le cuesta más andar, pero se niega a llevar bastón o uno de esos carritos motorizados. Sería una señal de debilidad que sus enemigos aprovecharían. Las rodillas le duelen a rabiar y los tobillos se le hinchan con la humedad. Lejos quedan los años en los que era una joven sevillana con ganas de comerse el mundo. El mundo ha terminado devorándola a ella. Por lo menos, y se congratula por ello, la cabeza le sigue funcionando estupendamente.

—Llegas tarde —le dice alguien que la espera en la puerta de su casa.

—Perdona. Me he entretenido un poco.

—¿Ha ido todo bien?

—No lo sé. Ya veremos. ¿Quieres entrar o prefieres dejarte ver con una de las mujeres más odiadas de Sevilla?

—Vamos dentro. Hace frío.

—A sus órdenes, comisario.

CAPÍTULO 12

TRIANA

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Si Niko no hubiese aparecido, se habría rajado el cuello con aquella botella de *whisky* barato. Esa es la realidad. Triana lo sabe. Nunca había pensado en suicidarse. Ni cuando murió su padre ni al desaparecer su madre. Pero anoche experimentó sensaciones abrumadoras que jamás había sentido. Actuó como si no fuera ella, como si otra persona controlara su mente. Por suerte, y aunque sigue triste y desganada, aquella angustiosa asfixia ha desaparecido.

—Tengo mucho sueño —le dice Brenda, que se ha acurrucado a su lado en el sofá. No ha dormido mucho para estar pendiente de su amiga—. ¿Qué te apetece comer? ¿Hago unos sándwiches?

—Me parece bien.

—¿De jamón serrano y tomate?

—Vale.

Triana observa cómo Brenda bosteza una vez más y lee un mensaje en el móvil. Sus padres acaban de decirle que no llegan hasta la noche. Después de comer, ella volverá a su casa. Necesita poner un poco de orden en su vida y superar lo que le ha pasado en las últimas horas, y eso debe hacerlo sola. Por el momento no ha querido hablar con Niko. No se siente con fuerzas para hacerlo, aunque es una conversación que tendrá que plantearse pronto.

—Dios mío. No.

—¿Qué pasa?

—Acabo de leer que ha muerto la mujer del incendio —comenta Brenda mientras se tapa la boca con una mano—. Qué desgracia. Descanse en paz.

Ana Benítez ha fallecido debido a las quemaduras de

consideración que ha sufrido. Lo ha puesto la agencia EFE en su cuenta de Twitter. El canal 24 Horas de Televisión Española también lo ha anunciado en sus redes sociales.

—No dejan de producirse malas noticias en esta ciudad. —Brenda niega con la cabeza—. Nos han echado una maldición. Como las de Egipto.

Triana busca la información en su teléfono. Blanca ya debe de haberse enterado del fallecimiento. Fue ella quien le contó lo del incendio esa mañana. Parecía bastante afectada por el suceso. Debería hacerle una visita a su amiga. No la ve desde hace algunos días, aunque ella bastante tiene con lo suyo. No está para darle ánimos a nadie.

—En fin, voy a preparar la comida —dice Brenda después de desperezarse—. ¿Te puedes creer que estoy hambrienta? ¡Si hemos desayunado hace nada!

—¿Te puedo coger una sudadera? Tengo frío.

—Claro. Sírvete. Ya sabes dónde está el armario.

En la habitación de su amiga, la cama está deshecha. Han dormido juntas, pero no es demasiado consciente de cómo ha sido la noche. En su memoria hay lagunas. Abre el armario y elige una sudadera amarilla que ya se ha puesto otras veces. Entonces recuerda algo que vio anoche. Sobre un estante está la cestita con accesorios. La revisa en busca del collar de ámbar que tanto se asemeja al de su madre. Le extrañó que fuesen tan parecidos porque se lo vendieron como un producto único en el mercadillo artesanal de plaza Nueva. No lo encuentra. Mira en el resto de baldas, entre la ropa, pero no lo ve. El rastreo finaliza cuando escucha el timbre de la puerta.

—¿Puedes ir a abrir, por favor? ¡Estoy en el baño! —grita Brenda.

Triana deja la sudadera encima de la cama y se apresura hasta la entrada. Sigue dándole vueltas a lo del collar de ámbar. Es curioso que Nieves, la madre de su amiga, tenga uno exactamente igual al de la suya.

El timbre vuelve a sonar justo antes de que abra. Se queda perpleja al descubrir quién está al otro lado.

—Hola, ¿cómo estás?

Cayetano no parece sorprendido de verla. Ella, en cambio, no consigue articular palabra. Hace mucho tiempo que no hablan. Su

exnovio se interesó por la desaparición de su madre durante algunos días. Después dejó de hacerlo. No hubo más llamadas ni mensajes. Tampoco le resultó raro. La relación se había enfriado tras su ruptura.

—Bren me dijo... que no te encontrabas demasiado bien. ¿Puedo pasar? Hace un poco de frío aquí.

Triana se aparta para invitarlo a entrar. No sabe qué le ha contado su amiga a Cayetano, pero confía en que no le haya dado demasiados detalles. Aunque no se llevan mal, tampoco existe ya la confianza de antes.

—¿Qué haces aquí? ¡Te dije que no vinieras! —exclama Brenda cuando ve al joven.

—Estaba preocupado por ella después de charlar contigo. Quería verla.

—Está bien. No hacía falta que vinieras.

—Así me quedo más tranquilo.

Los tres caminan hasta el salón y se sientan. Triana no entiende muy bien para qué ha ido Cayetano. Con un wasap o un audio hubiera bastado. Mientras Brenda regresa a la cocina para preparar los sándwiches, el joven le explica que estuvieron hablando esa mañana por teléfono. La chica le contó que habían dormido en su casa, pero que no se encontraba bien.

—Que Brenda se niegue a salir a tomar una cerveza es lo más raro del mundo. Por eso me imaginé que lo que te pasaba podría ser grave.

—No es nada. Estoy bien. Como siempre. Un pequeño mareo —miente Triana. No le apetece dar explicaciones.

—¿Solo fue un mareo?

—Sí. Bajada de tensión. Algo por el estilo.

—Aunque ya no es como antes, sigo pendiente de ti.

—Apenas subo cosas en las redes sociales.

—Estoy al día. Brenda me va informando de todo.

—¿Sí? No sabía que hablabais tanto.

No le molesta que permanezcan en contacto después de que lo dejaran. Son jóvenes, guapos y libres. Sería normal. Sí le fastidiaría que su amiga se lo ocultara o que le diera a Cayetano información privada.

—No estamos juntos.

—Me da igual eso.

—Por si acaso era a lo que te referías —comenta el joven, que cruza las piernas—. Salimos de vez en cuando a tomar una cerveza. Poco más.

—Te repito que no es asunto mío lo que Brenda y tú hagáis. Tengo problemas más importantes de los que ocuparme.

—Eso ha sonado muy borde.

Se ha dado cuenta justo después de decirlo. No tendría que ponerse a la defensiva con Cayetano. Es su ex, pero no le ha hecho nada malo. Ella fue la que cortó. Además, ha ido hasta la casa de Brenda para saber cómo se encontraba. No ha estado muy afortunada.

—Tienes razón. Lo siento.

—No pasa nada.

—A veces digo las cosas sin pensar.

—Es normal, Triana. Estás bajo mucha presión. Sé cómo eres. Nos conocemos bien —la tranquiliza Cayetano, y acompaña sus palabras con una sonrisa—. ¿Hay alguna novedad respecto a tu madre?

—Seguimos sin saber nada. La investigación se ha estancado. La policía ya no la busca como antes. Empezamos a perder las esperanzas.

—Yo sigo siendo optimista. Celia aparecerá.

Está a punto de soltarle que eso es una tontería, que no puede saberlo y que solo lo dice por decir. Pero Cayetano solo pretende ser amable. No va a cometer de nuevo el mismo error. Sigue siendo un buen chico, a pesar de que ya no siente nada por él.

—¿Te quedas a comer con nosotras? —pregunta Brenda, que aparece en el salón con un cuchillo en la mano—. Estoy haciendo unos sándwiches riquísimos. ¿Te apetece? Tengo cerveza fría.

—No, gracias. He quedado. Solo he venido a ver a Triana.

—Ahora eres tú el que rechaza una Cruzcampo. No te reconozco.

El chico sonríe y se levanta del sofá. Se acerca a su exnovia y le da dos besos en la mejilla. Distingue ese perfume. Es el de siempre, el que se echaba cuando quedaban a cenar fuera de casa o iban al cine. Le trae buenos recuerdos. Era otra época. Otra Triana. Había sufrido mucho por la muerte de su padre, y, justo cuando empezaba a recuperarse, la vida le ha vuelto a asestar un golpe de los que es complicado levantarse.

—¿Puedes venir un momento a la cocina? —le pregunta Brenda al joven, que está a punto de marcharse—. Solo será un segundo.

Cayetano asiente y la acompaña. Triana prefiere no hacer especulaciones sobre lo que su amiga quiere decirle. Posiblemente van a hablar de ella. Ambos están preocupados por su salud y su estado anímico. O a lo mejor se están dando un apasionado beso de despedida y quedando para liarse luego en la cama donde ella ha dormido esa noche. Qué más da. Sea lo que sea, no va a inmiscuirse.

Poco después de que suene la puerta de la calle cerrándose, aparece Brenda en el salón con una bandeja en la que lleva los sándwiches y dos refrescos con hielo.

La televisión está encendida, pero no le prestan atención. Apenas hablan entre ellas durante un par de minutos. Triana no tiene hambre, pero se esfuerza en comer. Sabe que necesita energía. Piensa en Niko y en cómo estará pasando aquel domingo tan extraño. También en Cayetano y en lo diferente que era la vida cuando terminó el último verano. Brenda, por su parte, no deja de mirar el móvil y de sonreír. ¿Se estarán escribiendo?

—Oye, ¿dónde está el collar que encontré anoche en tu armario? —pregunta Triana después de darle el último sorbo a su refresco.

—¿Qué collar?

—El de ámbar. Te dije que se parecía mucho a uno de mi madre.

—¡Ah! Ese. Estará en la cestita donde guardo los accesorios.

—No. Lo he estado buscando y no lo he encontrado.

—Pues ni idea —dice Brenda, que sigue atenta al teléfono—. Es tremendo lo que le ha pasado a la mujer del piloto. No puedo ni imaginarme lo que tiene que ser verte atrapada en un incendio.

A Triana le da la sensación de que ha cambiado de tema a propósito, como si no quisiera hablar del collar de ámbar. ¿Por qué lo hace?

—Igual lo guardaste en el cuarto de tu madre. Es de ella, ¿no?

—Sí, tal vez. No lo sé. No me acuerdo.

—¿Hace cuánto que lo tiene? ¿Sabes si lo compró en los puestos de plaza Nueva?

Brenda deja el móvil y mira a su amiga con el ceño fruncido. Chasquea la lengua y apaga la televisión.

—¿A qué viene tanta pregunta? No tengo más información de ese maldito colgante. Si tanto te gusta, puedo hablar con mi madre para que te lo regale.

—No es eso.

—¿Quieres que la llame y se lo digo?

—No hace falta, Bren. De verdad, olvidemos el asunto.

—Por mí está olvidado.

Un repentino ambiente de tensión se instala en el salón durante la siguiente media hora. A Triana le sorprende la actitud esquiva de su amiga. Parece que le ha molestado que haya hecho referencia a aquel collar.

—Creo que me voy a ir ya a mi casa.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. Gracias por todo, Bren.

—Tú harías lo mismo por mí.

La despedida carece de la emotividad habitual. Mientras se abrazan, Brenda le pide que la llame o que le envíe un mensaje cuando llegue. Triana asiente y le dice que así lo hará. De camino a su casa, en el barrio de Santa Cruz, se pregunta una y otra vez si merece tanto dolor como el que está sufriendo. Quizá es que ella forma parte del problema. Si todo le sale mal, a lo mejor es por su culpa. Dejó a Cayetano en su momento, se está cuestionando su relación con Niko, y acaba de discutir con Brenda por una tontería.

Al llegar al portal de su casa, se siente muy mal. Es una tristeza insoportable. Sabe que su madre no va a estar dentro. Tampoco Niko. Quizá deba llamarlo ya y aclarar las cosas con él. Pero le asusta no saber qué saldrá de esa charla.

Se sienta en el escalón de la entrada y saca el móvil. Cuando está a punto de llamar a su novio, se arrepiente en el último instante.

No es capaz de hacerlo. Todavía no. Está bloqueada.

Una vez en casa, va directa a su habitación y se tumba sobre la cama. Le entran unas inmensas ganas de llorar. Lejos de dar un paso hacia delante, no para de caminar hacia atrás. ¿Dónde estará el fondo del pozo?

Triana se queda dormida, pero, en lugar de encontrar cierta paz en el sueño, las pesadillas no le dan tregua durante las dos horas siguientes. El frío la despierta. Una corriente de aire helada hace que se estremezca. Ya es noche cerrada. Se levanta de la cama y sale del dormitorio. ¿De dónde viene ese frío? Es entonces cuando descubre que la puerta de la calle está abierta.

El miedo se apodera de ella. ¿Ha entrado alguien mientras dormía?

—¿Niko? —dice con un hilo de voz. Está muy asustada—. ¿Eres tú?

Su novio tiene llaves de su casa. Es el único, aparte de…

—¿Mamá?

CAPÍTULO 13

LUNA

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Ana Benítez no ha sobrevivido a las quemaduras sufridas en el incendio que se ha producido en su casa. Luna está destrozada, pero debe venirse arriba cuanto antes. Tiene una misión que cumplir: averiguar quién se esconde tras aquellas muertes. Si la policía no es capaz de hacer bien su trabajo, le tocará a ella investigar para llegar a la verdad. No piensa quedarse de brazos cruzados.

—No hace falta que te quedes conmigo —dice Blanca, apoyada en sus muletas—. Estoy bien, Luna. No me va a pasar nada.

—Sola no estás a salvo. Seguro que sabe dónde vives.

—¿A quién te refieres?

—Al que está cometiendo los crímenes. Es muy peligroso.

Aquel piso es muy pequeño para las dos, pero no piensa abandonar a esa chica. ¿Y si es el próximo objetivo? Ni siquiera se podría defender debido al estado físico en el que está. Si le sucediera algo como a Ana, no se lo perdonaría. Tiene una intuición y esta vez va a hacer caso a su instinto.

—Lo de esa mujer es muy triste, pero creo que estás exagerando.

—En dos meses han muerto tres personas que están relacionadas entre sí. ¿Crees que eso es exagerar?

—No. Pero a mí no me van a hacer nada.

—Casi te matan en ese puto helicóptero. Estás viva de milagro. ¿Cómo sabes que tú no eres la siguiente víctima?

—Eso no tiene sentido.

—¡Claro que lo tiene! Es mejor que estemos prevenidas.

Le da igual lo que Blanca diga. Esa chica corre peligro, aunque parece que ella es la única que se da cuenta. No infravalorará al

enemigo y hará lo que esté en su mano para protegerla.

—Son las seis. ¿No habías quedado?

Luna mira el reloj en su móvil y descubre que va a llegar tarde. El psicólogo Juancho Arrieta ya la estará esperando en La Cacharrería. Quería hablar con él sobre la posibilidad de desbloquear los recuerdos que se han perdido tras sufrir una experiencia traumática. Tal vez, si Blanca recordara más cosas sobre el accidente, podrían arrojar luz sobre lo que realmente sucedió.

—Puedo anular la cita con Arrieta.

—¡No! ¡Vete!

—Vale. Prométeme que no le abrirás la puerta a nadie y que tendrás mucho cuidado.

—No me va a pasar nada —dice Blanca resoplando—. Estoy cansada. Me voy a echar en la cama hasta la hora de la cena.

—Me parece estupendo. Permanece alerta por si acaso. No podemos confiarnos. Estaré pendiente del móvil para cualquier cosa que necesites.

—Gracias. No hará falta.

Luna se marcha intranquila, a pesar de que es consciente de que no puede estar pendiente de Blanca las veinticuatro horas del día. Mañana tendrá que volver al trabajo y se pasará mucho tiempo fuera. Aunque, pensándolo bien, podría pedir una semana de vacaciones, ya que le deben algunos días libres. Lo decidirá tras hablar con el psicólogo.

Ya en el coche, envía un audio a Juancho para pedirle disculpas y avisarle de que llegará unos minutos tarde. Entre unas cosas y otras, se le ha echado el tiempo encima. El hombre enseguida le responde que no se preocupe; tampoco él ha llegado aún a la cafetería. Justo después de recibir aquel mensaje, alguien la llama. Es un número que no tiene anotado en su agenda de contactos.

—¿Sí? —responde con el manos libres.

—¿Luna González? —pregunta una voz masculina que le resulta familiar.

—Soy yo. ¿Quién eres?

—Gabriel Rosado, tu compañero en El Guadalquivir TV.

A la periodista le sorprende la llamada. Habían estado juntos por la mañana en el lugar del incendio, pero no son amigos; de hecho, no se han visto demasiado por la redacción.

—Siento lo de Ana. Cuando se la llevaron, me dijeron que estaba mal, pero no hasta el punto de perder la vida.

—Yo tampoco esperaba que muriera. Ha sido un palo muy duro.

—Es la primera vez que voy a un suceso en el que... terminan las cosas así.

—Nunca te acostumbras —reconoce Luna—. Se pasa muy mal. A Ana, además, la conocía personalmente después de lo que le sucedió a su marido. Estábamos en contacto.

No se lo cuenta todo. Prefiere reservarse que anoche hablaron por teléfono. Tampoco le revela lo del papel que Ana había encontrado en la agenda de Francisco, en el que aparecía el nombre del alcalde como pasajero del helicóptero siniestrado. No sabe hasta qué punto puede confiar en aquel chico.

—Quiero compartir contigo una información —le dice Gabriel, que baja la voz como si estuviera a punto de desvelarle un secreto—. Me la ha dado alguien que conozco dentro del cuerpo de bomberos. No es de los que han estado en la casa de Ana Benítez, pero se trata de una fuente muy fiable.

—¿Qué te ha dicho?

—Que el incendio no fue provocado.

—¿Cómo? ¿Fue fortuito? —pregunta Luna desconcertada.

—Sí. Tenía encendida la chimenea. De ahí partió el fuego.

—¿Se ha hecho oficial ese detalle?

—No. Todavía tienen que hacer más pruebas y un peritaje a fondo. Sin embargo, mi fuente me asegura que los encargados de la investigación lo tienen muy claro. El incendio comenzó en la chimenea del salón, que no estaba en muy buen estado.

No se lo cree. Debe de tratarse de un error. Tras lo que le pasó a su marido, no puede ser que Ana haya muerto por culpa de una chimenea en mal estado. Alguien provocó ese incendio. ¡Está convencida!

—¿Puedo saber el nombre de la persona que te lo ha dicho?

—Lo siento, Luna, no puedo darte sus datos.

—Entiendo. ¿Vas a publicarlo?

—Lo hablaré con los jefes, aunque me han pedido que de momento no diga nada sobre esto. Debo ser cauteloso.

Es nuevo y tiene miedo de meter la pata. A ella también le pasa todavía a pesar de su experiencia en la televisión. Dar una noticia

falsa y equivocarte en un asunto en el que hay fallecidos puede acabar con tu carrera profesional. Nunca mejor dicho. De todas maneras, desconfía completamente de la información que le han proporcionado a Gabriel, aunque no se lo va a decir.

—¿Te han dado más detalles? ¿Cómo se produjo exactamente el incendio, la hora a la que se inició, dónde estaba Ana en el momento en que sucedió...?

—No sé nada más. Solo que los especialistas se han percatado de que el origen del fuego fue la chimenea y que no fue provocado. Es todo lo que me han contado.

—Si recibes más información, avísame, por favor. Y muchas gracias por compartir conmigo ese dato.

—De nada. Encantado. Eres un ejemplo para el resto de la redacción. A muchos nos gustaría ser como tú.

Las palabras de Gabriel la animan. No sabía que estaba tan bien considerada por sus compañeros. Si lo ha dicho solo por cumplir, también le vale. Necesita impulsos de ese tipo para tirar hacia delante después de lo mal que lo ha estado pasando en los últimos tiempos.

Aparca lo más cerca que puede de la calle Regina. Cuando entra en la cafetería, se fija en un hombre de unos cuarenta y tantos años, con los ojos claros y el pelo oscuro. Juancho se levanta de la mesa para recibirla. Se dan dos besos en la mejilla y se sientan.

—Ya era hora de que nos conociéramos —dice el hombre, que viste de forma elegante, pero informal. Lleva una chaqueta azul marino, que le queda a medida, una camiseta negra lisa ajustada y un pantalón vaquero. Es un tipo atractivo y se nota que se cuida.

—Sí. Nunca hemos coincidido en la tele.

—Nos hemos cruzado varias veces, pero no habíamos hablado. Aunque te llevo siguiendo desde hace bastante tiempo. Eres una de las mejores periodistas del canal.

Otro que le regala el oído. Espera que no haya aceptado quedar para ligar. Sería una decepción. Aunque, realmente, lo que le interesa es la información que necesita sobre la memoria y la recuperación de los recuerdos.

Mientras esperan a que les sirvan los cafés que han pedido, charlan acerca de El Guadalquivir, Sevilla y la gente que ambos conocen. La lista de amigos en común es larga. Una vez que tienen las bebidas sobre la mesa, Luna se anima a introducir el tema por el que

ha contactado con el psicólogo.

—Te doy las gracias por haber atendido mi petición y siento haberte molestado en un domingo. Hay un tema muy importante sobre el que necesito consultarte.

—No te preocupes por eso. Tú dirás.

—Verás, tengo una buena amiga que ha sufrido un tremendo accidente y ha perdido la memoria.

—¿Ha sido una pérdida de memoria total?

—No. Solo de los momentos anteriores al accidente, y tampoco se acuerda de lo que pasó justo después.

—Se llama amnesia postraumática. Cuando alguien tiene un accidente de moto, de coche..., le puede suceder lo que me describes. No se olvida de los nombres de los familiares ni de qué hizo en vacaciones o de las notas que sacaba en el colegio. Se olvida de lo que hizo antes del accidente o de cuando la llevaron al hospital.

—Es justo lo que le pasa a mi amiga.

—No es algo extraño. Su cerebro no permitió que se registrase lo relacionado con el impacto.

—¿Es eso posible?

—Yo no soy especialista en neuropsicología, pero es muy probable —le dice Arrieta antes de darle un sorbo al café—. ¿Hace mucho del accidente?

—Un mes y medio más o menos.

—Ha pasado bastante.

—¿Eso influye?

—No hay un tiempo exacto para que los recuerdos se recuperen. Depende del daño que se haya producido en el cerebro. Si el traumatismo ha sido muy fuerte, es posible que la información de antes y después del impacto no haya quedado registrada en la memoria a largo plazo.

—¿Y eso qué significa?

—Que es posible que la persona nunca llegue a recordar esos momentos.

Luna también bebe de su taza, pensativa. No es una buena noticia. Quizá Blanca jamás recuerde lo que sucedió en aquel helicóptero.

—Le vienen *flashes* de vez en cuando. Sobre todo en sueños.

—Es algo también bastante corriente. La confusión y la aparición

de escenas atemporales son consecuencias de lo que estamos hablando. Algunas ni siquiera serán reales.

—¿Hay forma de recuperar su memoria?

—Quizá, aunque no te doy garantías. Déjame que lo consulte con alguien.

—Muchas gracias, de verdad. Como te digo, es bastante importante para mí. Se trata de una buena amiga.

El hombre sonríe mientras saca el móvil de su pantalón. Escribe algo y deja el teléfono sobre la mesa. La mira fijamente, sin parar de sonreír.

—Le he escrito a un amigo que es especialista en neuropsicología, a ver qué me dice. Crucemos los dedos.

—Genial. Te lo agradezco.

—No sé si me responderá pronto, porque los fines de semana desconecta de todo. ¿Te apetece otro café mientras esperamos? Me gustaría saber más cosas de ti.

CAPÍTULO 14

TRIANA

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Durante unos segundos, Triana cree que su madre ha regresado. La detective privada y Niko son los únicos que tienen llave de la casa. Sin embargo, nadie responde. El miedo se apodera de ella. Se acerca despacio hasta la puerta de la calle. Está abierta y entra una corriente fría que le ha congelado las manos. Tiembla. Vuelve a llamar a Celia; también a su novio. No recibe contestación. No sabe qué es lo que está pasando. ¿Ha entrado alguien en su casa mientras dormía?

No se atreve a dar un paso más. Tampoco a cerrar la puerta. A lo mejor quien sea se ha escondido en alguna de las habitaciones y está esperando paciente para atacarla. Nerviosa, llama por teléfono a Brenda. Su amiga no se lo coge.

Triana está aterrada. No sabe qué debe hacer. Lo mejor es volver a su habitación y encerrarse. ¡Pero no puede dejar la puerta de la calle abierta!

A la mierda. Va a solucionar ese asunto de una vez por todas. Enciende la luz del patio y camina hasta la cocina. No hay nadie dentro. De la encimera coge uno de los cuchillos más grandes y afilados. Nunca lo ha usado, pero siempre hay una primera vez. Le tiemblan las piernas, aunque no dudará si tiene que defenderse. ¡No va a permitir que la intimiden más!

Lo primero que hace una vez que tiene el cuchillo en la mano es cerrar la puerta de la calle. Después revisa el resto de habitaciones. En el despacho no hay nadie. Tampoco en el salón ni en el cuarto de baño. Cuando está a punto de entrar en el dormitorio de su madre, recibe una llamada de teléfono.

—¡Joder, Brenda! ¿Dónde estabas, tía?

—¿Hola? ¿Y este recibimiento? ¿Todavía estás enfadada por lo del collar?

—¡A tomar por culo el collar! —grita Triana, que va hasta el salón para sentarse. Está muy tensa y aún le tiemblan las piernas—. ¡Te he llamado porque me estaba muriendo de miedo! ¡Alguien ha entrado en mi casa!

—¿Qué dices? ¿Quién?

—¡No lo sé! ¡Me he dormido y, al despertarme, he sentido frío! ¡La puerta de la entrada estaba abierta! ¡Joder! Me va a dar un infarto.

—¿Y quién era?

—¡Nadie! ¡No hay nadie!

—¿Una broma de mal gusto?

—¡Pero quién va a gastar una broma de este tipo! —grita Triana fuera de sí.

—¿Y no te habrás dejado tú la puerta abierta sin darte cuenta?

¿Está tan mal como para no saber lo que hace? ¡No! ¡Ella no se ha dejado la puerta abierta al entrar en casa.

—Imposible.

—Piénsalo. Estás muy nerviosa. Tal vez no has cerrado bien y se ha abierto con el viento.

—No. Eso no puede ser. Estoy segura de que alguien ha entrado.

—¿Algún vecino?

—¡¿Qué vecino va a venir, no me dice nada y deja la puerta abierta?! Además, ninguno tiene la llave. Solo tenemos Niko, mi madre y yo.

—Joder, Triana, me estás asustando. ¿Por qué no vuelves a mi casa? Mis padres todavía no han llegado. No quiero que estés sola.

Podría hacer lo que le propone Brenda, pero no puede estar dependiendo de su amiga. Por lo que parece, alguien ha entrado y se ha ido. ¿Con qué objetivo?

—Muchas gracias, Bren. Me quedaré aquí.

—¿No te da miedo?

En ese instante escucha un ruido. Proviene de fuera. Está en alerta hasta que suena el timbre. Brenda le pregunta qué está sucediendo.

—Alguien está llamando a la puerta.

—¡No abras! ¡Puede ser el asesino!

—¿Qué asesino? Voy a ver quién es. Luego te llamo.

—¡No abras!

Triana cuelga y se guarda el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Coge de nuevo el cuchillo y camina hasta la entrada. Al abrir, se encuentra delante a Niko.

—Hola, ¿qué vas a hacer con eso?

—Estaba pelando cebollas.

—No me quiero imaginar el tamaño que tienen...

La chica sonríe, suelta el cuchillo en el suelo y abraza a su novio. No va a negar que se alegra mucho de verlo. Las últimas horas han sido muy difíciles y sus sentimientos continúan sin estar claros..., ¡pero está con ella! La presión acumulada sale en aquel abrazo. Luego en los besos. Caminan entrelazados y tropezando varias veces hasta que llegan a la habitación de Triana. Se desnudan impacientes. El deseo los desborda. Se tumban en la cama y hacen el amor con pasión. No se dejan ni se guardan nada. Cuando terminan, están extasiados. Niko la besa en la frente y Triana suspira mientras se cubre con la almohada. Escuchan cómo suena el teléfono de la joven. Como está en el suelo, junto al pantalón, debe inclinarse para recogerlo.

—Todo está bien. Es Niko quien ha venido. Luego hablamos —se limita a responderle a Brenda.

La joven suelta el móvil sobre la mesita y se percata de que su novio la está contemplando fijamente. Sonríe de una manera dulce, con cierta timidez. Le gusta que la mire así, pero no es el momento.

—¿A qué has venido? —le pregunta seca, rompiendo a propósito el encanto de la escena.

—Necesitaba verte. Ayer me quedé muy preocupado por ti.

—Siento habértelo hecho pasar tan mal. No me encontraba bien.

—Cuando uno no se encuentra bien, se toma un Gelocatil —dice Niko, que se acerca y le acaricia el hombro desnudo—. No sabía que estabas tan mal.

—¿Cómo quieres que esté?

El chico asiente y resopla. Su mano se desliza desde el hombro a la cabeza, sin parar de acariciarla.

—Entiendo que no te encuentres bien y que tengas dudas de lo nuestro. Es comprensible cualquier cosa que sientas en este momento. Nadie merece pasar por lo que estás viviendo tú. Pero no te olvides de que hay mucha gente que te sigue queriendo y que haría lo que fuese por ti.

—Lo sé. Gracias.

—Por favor, Triana, estemos juntos o no, habla conmigo cuando creas que no tienes fuerzas para seguir adelante.

Las palabras de su novio consiguen que se le humedezcan los ojos. Se separa de Niko y se levanta de la cama.

—Alguien ha entrado en casa esta tarde —suelta Triana tras limpiarse las lágrimas—. Por eso tenía un cuchillo en la mano cuando te he abierto. Me estoy volviendo loca.

—¿Quién ha entrado?

—No lo sé. La puerta estaba abierta. Me quedé dormida. Hacía frío.

—Cuéntamelo todo, por favor.

La chica le relata lo que ha vivido desde que se marchó de la casa de Brenda hasta que él llamó a la puerta. Mientras habla, camina en círculos por la habitación, con los brazos cruzados. Todavía está tensa por lo ocurrido, pero Niko le transmite tranquilidad. Le ha gustado mucho lo que ha pasado entre ellos y se lamenta de que su historia de amor esté teniendo tantos baches. ¿Cómo habría sido su relación sin la desaparición de su madre? Es una pregunta para la que no tiene respuesta y que no tendría que plantearse.

—Lo que me cuentas es muy extraño.

—Ya lo sé, pero es la verdad. La puerta estaba abierta y dentro de la casa no había nadie.

—¿Y si ha sido el viento?

—No hace viento para que la puerta se abra sola.

—A lo mejor te la dejaste abierta cuando llegaste de la casa de Brenda.

Triana niega con la cabeza y resopla. Su amiga le ha dicho lo mismo. No tiene ninguna duda de que la puerta estaba cerrada.

—Estoy segura de que no estaba abierta.

—¿Entonces?

—Lo que te he dicho, Niko: alguien ha entrado y se ha ido.

—¿Para qué?

—¡Yo qué sé! Eso me gustaría a mí saber.

—¿Has mirado en toda la casa?

—Sí —responde contundente Triana, que enseguida se desdice—. Bueno, no he revisado la habitación de mi madre. Justo cuando iba a entrar, me ha llamado Brenda; y después has llegado tú.

—¿Vamos a ver?

La pareja se viste y sale del cuarto de la chica. La puerta de la habitación de Celia está cerrada. Hace algunos días que Triana no entra.

—Tranquila, no creo que haya nadie ahí dentro.

—¿Voy a por el cuchillo?

—No hará falta. ¿Preparada?

Niko cuenta hasta tres. Después gira el pomo y abre. Triana se apresura a encender la luz y da un paso hacia el interior. Su novio se coloca a su lado.

—Nadie —dice la joven, aliviada.

—¿Qué es eso que hay sobre la cama?

—¿El qué?

Niko se adelanta y coge un papel que está encima del colchón. Es un folio escrito con Times New Roman mayúsculas. Se lo enseña a Triana, que lo lee en voz alta.

> «TU MADRE ESTÁ VIVA. SI HACES LO QUE DEBES, VOLVERÁ A DORMIR EN CASA. NO VAYAS A LA POLICÍA Y NO HAGAS MÁS PREGUNTAS. NI TÚ NI TU NOVIO. PRONTO TENDRÁS MÁS NOTICIAS MÍAS».

Triana se sienta en la cama y vuelve a leer para sí el texto. Definitivamente, alguien ha entrado mientras dormía. Si hubiera estado despierta, habría descubierto su identidad. Aunque también se habría puesto en peligro.

—Esto es una locura —dice la chica en voz baja—. Voy a terminar muy mal de la cabeza.

—Mira el lado bueno.

—¿Qué lado bueno, Niko?

—Tu madre está viva. ¡Esa es una gran noticia!

—No podemos fiarnos de esta nota. Ni siquiera sabemos quién la ha escrito.

—La persona que te llamó ayer también te lo dijo. Y yo hoy he conocido a alguien que me lo ha asegurado.

—¿De quién me hablas? —pregunta Triana desconcertada.

—Es una larga historia. Luego te la cuento —responde Niko, que se sienta a su lado en la cama—. ¿Quieres que me quede esta noche contigo? No me gusta la idea de dejarte sola.

La chica titubea. No está segura de lo que contestarle. Sabe lo

que quiere, pero ¿es lo adecuado?

—Dormiré en el sofá. No voy a molestarte. Simplemente es para que te sientas segura. No sabemos qué está pasando.

—No sé si voy a poder dormir mucho esta noche —reconoce Triana mientras apoya la cabeza sobre el hombro de Niko—. ¿No deberíamos hacerle una visita al comisario Gaviria y hablarle de la llamada anónima de ayer y de la nota?

—Lo dice claro en ese papel: no puedes ir a la policía. Además, no me fío de ese hombre.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé muy bien. No tengo nada concreto en lo que basar mis sospechas, pero es algo que pienso desde hace tiempo.

—Niko, ¿qué pasa con Arturo Gaviria? ¿Sabes algo que yo no sé? Porque si el comisario está relacionado con la muerte de mi padre o con la desaparición de mi madre, yo misma le pegaré un tiro. Y esta vez te aseguro que la pistola se disparará.

CAPÍTULO 15

BLANCA

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Se ha echado en la cama con la música de Taylor Swift de fondo. Blanca se ha acordado de las veces que Blas le puso a su cantante preferida en el coche. Un recuerdo escalofriante. Pero no por eso va a dejar de gustarle. Sus temas siempre le dicen algo nuevo y le sirven tanto para desahogarse como para sonreír.

Mientras suena *Dancing with our hands tied* recibe un mensaje de WhatsApp.

> LUNA
> Sigo en la cafetería con Arrieta. El café que ponen aquí es muy bueno. Te traeré un día, cuando te hayas recuperado. ¿Todo bien? Cualquier problema o necesidad que tengas, me llamas. Nos vemos en un rato.

Por lo que parece, Luna estará pendiente de ella todo el tiempo. Agradece su preocupación, pero también la agobia. Si se ha ido de la casa de sus padres ha sido precisamente para librarse de ese tipo de control.

El dolor de cabeza es intenso y opta por tomarse un calmante. Hacía mucho que no se acostaba en su cama. La echaba de menos, aunque esta vez no es capaz de conciliar el sueño. No tiene las ideas claras y le cuesta pensar. No hay duda de que su cerebro sigue afectado. Ha mejorado con relación a cómo estaba en el hospital. Sin embargo, se nota lenta tanto a nivel físico como a nivel mental. Sus capacidades han quedado reducidas.

—Dios ha querido que sigas viva, cariño. —Es lo que su madre le

empezó a repetir nada más despertarse, tras cuatro días sin consciencia—. Y la Virgen, por supuesto. No nos olvidemos de Nuestra Señora.

—Hemos rezado cada noche por ti —le dijo su padre con lágrimas en los ojos—. Nuestras oraciones han sido escuchadas.

—Ha sido una espera terrible.

—La gente que te quiere no ha dejado de enviarnos sus mejores deseos y ha pedido por tu salud.

—¡Hasta el alcalde de Sevilla ha llamado! —exclamó satisfecha Carmen.

—A Santiago de Gomar le gustaría hablar contigo. Quería saber cómo estabas. Es un hombre muy atento y amable. Nunca lo he votado —admitió Federico—, pero eso cambiará en las próximas elecciones.

Dos días más tarde, todavía convaleciente en el hospital, el propio alcalde apareció en su habitación. Vestía con un traje oscuro, iba encorbatado y parecía cansado. Después de charlar de manera amena con sus padres, pidió que los dejaran solos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Santiago mientras tomaba asiento en la silla de las visitas.

—Mal. No sé si hay alguna parte del cuerpo que no me duela.

—He leído tu parte médico. Eres una afortunada. Que solo tengas unos cuantos huesos rotos y un puñado de contusiones fuertes es para celebrarlo. Has sobrevivido a un accidente de helicóptero.

—Bicho malo nunca muere, alcalde.

—Por eso yo también estoy vivo —comentó Santiago con una sonrisa socarrona dibujada en los labios—. Tendría que haber ido en ese helicóptero. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Es de lo poco que me acuerdo de ese día. Estuvimos esperándole, pero el helicóptero despegó finalmente sin usted. Se libró de una buena.

—Lo más probable es que hubiese muerto.

—Yo estoy viva.

—Pero Mercedes Reinoso y el piloto no. Tuviste mucha suerte, Blanca.

—La misma que usted, alcalde.

Santiago de Gomar asintió varias veces con la cabeza. Después se aflojó el nudo de la corbata y le contó el motivo por el que no se subió al helicóptero. Siempre le estará agradecido a esa docena de

empleados de la limpieza que entraron en el ayuntamiento y lo obligaron a reunirse con ellos.

—La vida tiene estas cosas. Un problema imprevisto se transformó en la mejor de las casualidades.

—No dude en mejorarle las condiciones a esa gente.

—Estamos en ello. Aunque les he pedido discreción. La misma que te pido a ti —dijo De Gomar, que de repente se había puesto muy serio—. Estamos investigando lo sucedido. No sabemos exactamente qué es lo que pasó. Pero no queremos que, bajo ningún concepto, se haga pública la información de que yo tenía que ir en ese helicóptero.

—¿Por qué no quiere que se sepa eso?

—Prudencia. Seguridad. Prevención. Y básicamente porque mi equipo me ha dicho que te lo pida. Eres periodista y sabes cómo funciona esto. Mientras no tengamos la certeza de si fue un atentado o un accidente, es mejor guardar silencio y ser discretos.

—¿Y si alguien lo filtra?

—Lo negaremos. Solo hablaremos cuando sepamos la verdad de los hechos.

—Entiendo. Es comprensible.

—Estamos viviendo muchos sucesos extraños en Sevilla, y debemos investigarlos a fondo para saber a qué nos enfrentamos. No solo por mí, también por Mercedes y Francisco Carvajal, el piloto del helicóptero. Y por ti, por supuesto. No deberías estar postrada en esa cama.

Debe reconocer que el alcalde fue muy agradable. Aunque Blanca no cumplió su palabra de ser discreta, porque una de las veces que Luna fue a verla al hospital, compartió con ella lo que sabía. Le pidió que no se lo dijera a nadie, pero una periodista no siempre es capaz de guardar un secreto. Así que su amiga lo primero que hizo fue ir a hablar con Santiago de Gomar al ayuntamiento y preguntarle sobre aquel asunto. El misterio del accidente del helicóptero que se estrelló contra la Giralda se convirtió en la prioridad de Luna, que empezó a hacer preguntas incómodas.

El dolor de cabeza ha remitido bastante. La pastilla que se ha tomado también ha hecho que le entre sueño. Son calmantes fuertes, y, aunque intenta no recurrir a ellos, reconoce tener cierto enganche. Es consciente de esa especie de adicción. Quizá podría soportar el dolor de otra manera, pero a menudo termina recurriendo a aquella

cajita blanca y roja.

Cuando está a punto de quedarse dormida, recibe un wasap. Es de su hermano:

SERGIO
Anda que te despides... Has dejado a papá y a mamá muy preocupados. No estás recuperada y lo sabes. Eres una irresponsable, hermana.

El mensaje de Sergio la fastidia. Siempre está tocándole las narices de una forma u otra. ¿Quién se cree que es para hablarle así? Él no es que haya hecho mucho por ayudarla en las semanas en que ha estado en casa de sus padres. Entre la consola y la chica con la que medio sale, no tiene tiempo para más. Ni siquiera para la universidad.

El calmante la tiene atontada, pero va a responderle a su hermano. Se incorpora y le envía un audio. Su tono de voz es agresivo:

AUDIO DE BLANCA
Lo tuyo no tiene nombre. No estabas en casa cuando nos hemos ido. ¡Maldita sea, Sergio! ¿Desde cuándo eres el organizador de mi vida? Bastante tengo ya encima como para que mi propio hermano cuestione lo que hago constantemente. Estoy cansada de tus gilipolleces. Vete a la mierda.

Tras grabar el mensaje siente un fuerte pinchazo en la cabeza. Es tan intenso el dolor que se tambalea y pierde la visión unos segundos. Blanca se asusta. No debe alterarse de esa forma, pero es que la saca de sus casillas. Lentamente, se tumba en la cama bocarriba y se masajea las sienes. Entonces llaman al telefonillo. Podría ser Luna, aunque la habría avisado de que regresaba. Recuerda lo que su amiga le pidió antes de irse: que no le abriera a nadie. Sin embargo, el timbre suena otra vez. Es muy raro que alguien vaya a verla un domingo a esa hora, y más después de tanto tiempo fuera. Se oye un nuevo pitido, pero en esta ocasión es el móvil. Su hermano le ha mandado un mensaje de audio:

AUDIO DE SERGIO
Eres una estúpida, pero también eres mi hermana. Abre la puerta, joder. He venido a verte.

Sergio le da un abrazo cuando entra en el piso. Blanca se queja porque, al estrujarla, siente un punzante dolor en la espalda. Sujeta las muletas con fuerza y lo guía hasta el salón.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta mientras ambos se sientan.

—Visitarte. Todavía sigo siendo tu hermano. Aunque, después del audio que me has enviado, me lo debería plantear.

—Has empezado tú con esa mierda de mensaje —dice la chica al tiempo que se ajusta las gafas—. Gracias por venir. No hacía falta.

—En realidad he venido a Sevilla a ver a una amiga.

—¿La chica con la que sales?

—No, otra. Verónica y yo lo hemos dejado. Precisamente por eso estoy por aquí. Mi amiga vive cerca. Me ha invitado a comer y a que me desahogara un rato.

Es la primera vez que Sergio le enseña su lado vulnerable. Incluso la voz se le quiebra al hablar. No imaginaba que su hermano le fuera a mostrar esa clase de sentimientos.

—Vaya, siento lo de tu novia.

—No era mi novia. Solo salíamos juntos de vez en cuando.

—Vale, pues siento lo que te ha pasado con esa chica con la que salías de vez en cuando.

—No pasa nada. Hay más peces en el mar. ¿Tienes cerveza?

—Agua, café o Coca-Cola. Mamá me ha comprado galletitas saladas. Están en el armario de la cocina.

—Odio esas galletas.

—A mí me encantan. También tengo té. ¿Te apetece uno?

—Esto parece la casa de los abuelos.

El chico chasquea la lengua y se pone de pie para ir a buscar una bebida. Blanca lo sigue con la mirada. Sonríe. Es un imbécil, pero se alegra de que haya ido. Aunque no lo reconozca, seguro que la ha visitado para comprobar cómo estaba. Nunca han tenido una relación de contarse todo ni han hablado de temas importantes, pero desde hace unos años la distancia entre ambos es sideral. Apenas se conocen. Son como extraños.

Está escuchando las protestas de Sergio desde la cocina cuando vuelve a sonar el timbre. ¿Luna? Agarra las muletas y camina hasta el telefonillo.

—Soy Miguel, del cuarto B. He ido a tirar la basura y me he dejado en casa la llave de la puerta de fuera. ¿Puedes abrirme,

Blanca?

La chica pulsa el botón del telefonillo. Hace mucho que no habla con aquel vecino. Le resulta curioso que sepa que ha regresado. Las noticias vuelan en ese edificio.

—¿Quién ha llamado? —le pregunta su hermano, que se está echando en un vaso una Coca-Cola—. ¿Una novia de esas que conoces en Tinder?

—Capullo. Es un vecino que se ha dejado la llave.

—¿Seguro que se trata de un vecino? A ver si es el individuo que hizo que se estrellara el helicóptero —bromea Sergio antes de regresar a la cocina.

Su hermano no tiene límites. Detesta su humor negro. No le da tiempo a contestarle. El timbre de la puerta suena y Blanca, que está al lado, se dispone a abrir, apoyada en las muletas. Miguel querrá saber por qué ha estado tantos días fuera de casa. A lo mejor se ha enterado de lo del famoso accidente.

Sin embargo, cuando abre, no es al del cuarto B a quien se encuentra. Un hombre que oculta la cara bajo un pasamontañas negro le tapa la boca con la mano y la agarra con fuerza. De inmediato le coloca una bolsa de plástico en la cabeza. Blanca intenta gritar, pero le resulta imposible hacerlo. Se está asfixiando.

—Hermana, ¿no tendrás unas aceitu...?

Sergio palidece cuando ve la escena. Un hombre con pasamontañas está agrediendo a Blanca y le ha cubierto la cabeza. El chico reacciona y le lanza el vaso de cristal, que impacta en su cuerpo. Después corre hacia él y lo empuja contra la pared. El hombre se deshace de la chica tirándola al suelo y le propina un puñetazo al joven en el estómago. Luego otro golpe con el codo en la nariz y uno tremendo en el pecho.

—¡Para! ¡Para! —le grita Blanca, que se ha quitado la bolsa y contempla cómo el enmascarado propina un rodillazo a su hermano en la barbilla—. ¡Lo vas a matar!

Sin embargo, Sergio no ha dicho la última palabra. Agarra una de las muletas de su hermana y, con las fuerzas que le quedan, le pega al intruso en la cabeza. El tipo del pasamontañas suelta un alarido e insulta al joven. Blanca aprovecha el desconcierto del asaltante para darle con la otra muleta. El hombre cae al suelo y los dos hermanos lo machacan a golpes, hasta que logra salir de la casa rodando. Se pone

de pie y baja la escalera lo más rápido que sus piernas se lo permiten.

—Joder, joder, joder. ¿Estás bien? —le pregunta Blanca a Sergio, que tiene el rostro lleno de sangre.

—¿Tú qué crees? —responde el joven. Está sin resuello—. Para que luego digas que paso de todo y que solo me preocupo de la consola. ¡Ese cabrón se ha llevado una buena! ¡Soy el maldito Son Goku!

CAPÍTULO 16

NIKO

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Triana se ha pasado diez minutos al teléfono con Blanca. Niko está sentado a su lado y la escucha preocupado. Alguien ha entrado en la casa de la periodista y la ha atacado. Afortunadamente, su hermano había ido a visitarla y entre los dos han conseguido reducir al agresor, que ha terminado huyendo. El chico tiene varias heridas y contusiones; por suerte, ninguna reviste gravedad.

—Alguien entra en mi casa y me deja una extraña nota. Y una persona va al piso de Blanca e intenta matarla. La misma tarde —dice Triana, que continúa conmocionada por el relato de su amiga—. ¿Habrá sido la misma persona?

—No creo. A ti te han dejado un aviso de forma amistosa y a ella han tratado de asesinarla. Además, los dos sucesos se han producido casi a la vez.

—¿Entonces es una casualidad?

—Yo pienso que sí.

—Esto es un sinvivir, Niko. Tenemos que ir a hablar con el comisario, aunque no te fíes de él.

—Ya sabes lo que pienso y lo que te han advertido en esa nota.

—No creo que Gaviria sea un policía deshonesto. Siempre se ha portado bien conmigo. No digo que sea un santo, pero hasta el momento nos ha ayudado.

—A ti más que a mí.

—Ya, ya.

El chico recuerda cuando estuvo retenido en el calabozo de la comisaría. Arturo Gaviria permitió que Montesorín lo interrogara de manera ilegal. Se lavó las manos. En su opinión, no es tan bueno como

Triana afirma.

—Haz lo que creas.

—Vale, pero no te enfades.

—Es que no me gusta el comisario —insiste Niko—. ¿Blanca ha ido a la policía a denunciar lo que le ha pasado?

—No. Se están pensando si ir a la comisaría esta noche o ya mañana. Ni siquiera ha avisado a sus padres para no preocuparlos. Su hermano es el que se ha llevado la peor parte, aunque parece que no tiene nada roto. No quiere ir al médico a que lo miren.

—Primero el helicóptero y ahora esto. Se ha salvado ya dos veces.

—Habrá una tercera si no toma medidas. Van a por ella.

En eso Niko está de acuerdo. Sospecha que Blanca tiene en su poder una información que le molesta a alguien. Tal vez ni sepa de qué se trata. Lo que está claro es que ha estado dos veces a punto de morir.

—Me gustaría ir a verla.

—Si quieres, podemos ir a visitarla mañana. Yo te acompaño.

—Me parece una buena idea —responde más sonriente Triana—. Por cierto, me debes una historia.

—Es verdad. La de la mujer de las energías.

Triana lo mira con extrañeza, hasta que Niko comienza a explicarle lo que ha hecho por la mañana. Le habla de las palabras de Plinio, de su visita a María Santana en la plaza de España y de la revelación de aquella mujer tan peculiar.

—Lo siento, pero no creo en esas cosas —responde Triana cuando el chico concluye.

—Yo tampoco. Aunque ella lo tiene claro: tu madre está viva.

—¿Y eso te lo dijo después de entrar en trance?

—Sí. Menudo *show*. Me asusté un poco.

—Seguro que es una representación falsa, un espectáculo para sugestionar a los que dudan. No debería jugar con los sentimientos de las personas ni frivolizar con un tema tan serio.

—No todo el mundo piensa como tú. Santana ha colaborado hasta con la policía.

Triana se queda de piedra cuando escucha a Niko. El joven no sabe lo que le sucede hasta que la chica se levanta de un brinco.

—¡Yo conozco a esa mujer! ¿Cómo has dicho que se llama?

—María Santana.

—Joder. ¡Sí! La recuerdo. ¿Es una bajita, que va vestida de negro y tiene cara de bruja?

—Encaja en esa descripción.

—¡Vino a ver a mi madre hace un tiempo!

—¿Cuándo fue eso? ¿Para qué vino?

—Para ofrecerle sus servicios. Quería colaborar con ella —responde Triana, que da una palmada en el brazo del sofá—. Decía que podía serle de mucha utilidad en algunos casos. Que era lectora de energía o algo así.

Niko no puede creer lo que oye. Celia Mayo conocía a María Santana. ¿De qué manera puede relacionar ese dato con lo que está sucediendo?

—¿Y qué le dijo tu madre?

—Que no necesitaba colaboradores. Aunque no lo recuerdo muy bien, porque tampoco le di demasiada importancia. Pensé que era una vidente de esas que tratan de engatusar a la gente con sus poderes falsos.

—¿Es esta? —le pregunta Niko mientras le enseña una foto que guarda de ella en el móvil.

—¡Me parece que sí! No se ve muy bien, pero creo que es ella.

—¿Se enfadó cuando tu madre la rechazó?

—No lo sé. Hace bastante tiempo de esto. Yo fui quien le abrió la puerta. Le ofrecí café y ella aceptó. No me acuerdo de mucho más.

Santana no mencionó en ningún instante que conocía personalmente a la detective Mayo. Se limitó a realizar aquella extraña actuación y a decirle que estaba viva. No le contó que había visitado su despacho para ofrecerse como colaboradora.

—Espera. Me acabo de acordar de algo más.

—¿De qué?

—Esa mujer habló con mi madre sobre mi padre.

—¿Sobre tu padre? ¿Y qué le dijo?

—Cuando entré con el café, mi madre estaba muy seria. Incluso diría que enfadada —señala la chica, que ha cerrado los ojos y se da golpecitos en la frente. Trata de visualizar aquella escena—. María estaba hablando de forma pausada. Le comentaba algo así como que no se preocupara, que la energía de Manuel Velázquez descansaba en paz. Cuando me vio, cambió radicalmente de tema.

—¿Estás segura de eso?

—No, Niko. Mi memoria no es tan buena. Pero eso creo que sucedió realmente.

—¿Luego lo hablaste con tu madre?

—No lo sé. No me acuerdo. Puede ser. O quizá no. Ha pasado mucho tiempo.

María Santana no solo estuvo en aquella casa para ayudar a su manera a Celia. Dado su perfil, tiene mucho sentido que hablara con la detective privada de su difunto marido.

—¿Qué sucede, Niko? ¿En qué estás pensando?

—En la cantidad de pequeñas historias entrelazadas con las que nos estamos encontrando. Me pregunto qué conexiones que todavía ignoramos existen entre ellas.

El policía nacional Manuel Velázquez murió hace algo más de cinco años en circunstancias extrañas. Hace un par de meses se supo que no se quitó la vida ni sufrió un accidente: fue asesinado por el sicario Enrique Mesa. En octubre, Mesa murió en su casa a manos de Montesorín, que era uno de los que habían ordenado eliminar a Manuel por causas que se desconocen aún. Además, Javier Montesorín se había quitado de en medio a Risto Cuevas, vendedor ambulante ciego, colaborador de la policía y enlace de los principales delincuentes de Sevilla, y a la inspectora Ángela Diosdado, que habría descubierto los crímenes que había cometido. ¿También había secuestrado a Celia Mayo? La detective privada permanece desaparecida. La mayoría la da por muerta, pero María Santana asegura que está viva. Esta mujer fue a verla hace unos años para ofrecerse como colaboradora y le habló de la energía de su marido. Es un círculo que no para de expandirse conforme transcurren los días.

—¿Piensas que lo de mis padres puede estar relacionado de alguna manera con que se estrellara el helicóptero con Blanca dentro y con el ataque que ha sufrido esta tarde en su propia casa? —pregunta Triana, que se siente sobrepasada por los acontecimientos.

—¿De qué manera tendría que ver una cosa con la otra?

—Montesorín usó a Blanca para filtrar lo de Chopin a la prensa. Ella se la devolvió acusándolo de ser el culpable de las muertes de Mesa, Cuevas y Diosdado delante del comisario en el hospital Virgen Macarena. Además, Blanca y mi madre habían quedado el día que desapareció.

—Montesorín sería el enlace. Evidentemente, él no podría haber organizado nada de lo que ha sucedido en estos dos últimos meses. ¿O estaba todo ya planeado antes de que Diosdado le pegara un tiro?

—Ni muerto nos deja en paz.

—Si el accidente de la Giralda tuvo a Blanca como objetivo y forma parte de todo lo que hemos mencionado..., ¡menuda locura!

—También ha muerto la mujer del piloto del helicóptero en un incendio en su casa.

—Otra desgracia que es para sospechar.

—¡Dios mío, Niko, tengo mucho miedo! Sevilla era una ciudad tranquila y ahora ocurren muchas cosas desagradables. Mis padres han sido víctimas del fanatismo de unos locos.

—No creo que estén locos.

¿Qué intereses puede haber detrás de esas muertes? ¿Y cuánta gente formará parte de la trama? No puede ser obra de una sola persona. Montesorín solo era una pieza más de una siniestra partida. La sensación es que si alguien sabe de más o estorba, acaba en el cementerio.

—Espérame aquí. Tengo que comprobar una cosa.

Triana sale del salón para buscar algo en la habitación de su madre. Niko se queda sentado reflexionando sobre lo que han estado hablando. No tiene ni idea de lo que ocurre ni sabe qué es lo que tienen que hacer. La clave sería encontrar a Celia. Ojalá esté viva, como le dijo María Santana. Supondría una alegría inmensa y recuperar las fuerzas que se han ido agotando. Y su novia volvería a ser feliz.

La chica tarda en regresar al salón. Niko escucha ruidos al otro lado de la casa, aunque no sabe qué es lo que está haciendo. Se preocupa. Le viene a la cabeza el mal trago de anoche. Espera no volver a vivir un momento tan angustioso como aquel.

—¿Triana? —la llama gritando—. ¿Todo va bien?

La joven no responde. Eso alarma a Niko, que se pone de pie y corre hasta donde sigue escuchando ruido. En la habitación de Celia hay un montón de ropa encima de la cama y los cajones del armario están abiertos. Triana se gira cuando se da cuenta de su presencia. El rostro de la chica muestra incredulidad. Parece muy confusa.

—No encuentro el collar —le suelta mientras deja caer un joyero sobre la cama.

—¿De qué collar me hablas?

—De uno de mi madre. Es artesanal, de ámbar. Lo compró en uno de esos puestecitos de plaza Nueva.

—¿Y por qué lo buscas?

—Porque he visto uno exactamente igual.

—No lo entiendo, Triana. ¿Por qué te afecta tanto eso?

—Porque alguien me ha mentido y tiene el collar de mi madre. Lo que me gustaría saber es cómo y cuándo se lo ha quitado. ¿No estará el enemigo más cerca de lo que pensamos?

CAPÍTULO 17

LUNA

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

—¿Lo ves? ¡Yo tenía razón! ¡Al final también han venido a por ti! ¡Eres uno de sus objetivos!

Luna no consigue calmarse. En cuanto ha llegado al piso, Blanca le ha contado lo que ha sucedido mientras estaba fuera. Menos mal que su hermano había ido a visitarla. El pobre muchacho tiene varias heridas, aunque ninguna parece importante. No le han roto la nariz, a pesar de que ha estado sangrando un buen rato, y se le ha puesto morada.

—Ha sido un susto importante. Pero hemos conseguido vencer al malo. Sergio se ha comportado como un valiente. Este capullo me ha salvado la vida.

Las palabras de su hermana, y sobre todo la mirada que le dedica Luna, provocan que el chico se sonroje. Su sonrisa derrite a cualquiera. Lo sabe bien. También ha cautivado al psicólogo Juancho Arrieta, que le ha tirado los tejos de una manera descarada. Las cosas habían empezado bien en la cafetería, pero ha acabado agobiándola. Y, además, el mensaje que supuestamente envió a su amigo para pedirle más información acerca de la pérdida de memoria no recibió respuesta. Al menos no en la media hora más que Luna aguantó en La Cacharrería. Al darse cuenta de que la cita no daba para más, decidió marcharse. El psicólogo le prometió volver a llamarla pronto para resolver las dudas que le quedaban pendientes.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Blanca mientras se cura una herida que ha sufrido en el codo durante el ataque del encapuchado—. ¿Vamos ahora a la policía o ya mañana? Triana me lo ha preguntado antes.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, la llamé por teléfono. Me parecía que debía saberlo.

—Yo no voy a ir a la policía ahora —interviene Sergio—. Estoy molido. Y ni me imagino cómo estarás tú, hermana. Iremos mañana a primera hora, ¿vale?

—Pienso que deberíais ir ya a denunciarlo. Pero entiendo a Sergio. ¡Mañana sin falta iréis a primera hora a la comisaría! Yo os llevo en mi coche si hace falta. Por cierto, me he pedido la semana libre para acompañarte el máximo tiempo posible, Blanca.

—No hacía falta.

—¡Por supuesto que hace falta! ¡Si viene otra vez ese tipo, estaremos preparadas! Lo pasaremos bien las dos.

—¿Podríamos ser tres?

Las chicas se giran hacia Sergio, que sonríe con timidez. Su aspecto, después de los golpes que ha recibido, es horrible. A Luna le enternece aquel chaval.

—Me vendrían bien unos días fuera de casa, para que las heridas se curen y que papá y mamá no me frían a preguntas. Yo mismo los llamaré después y les diré que me quedo contigo para que no estés sola.

—No voy a estar sola.

—Luna no va a poder estar veinticuatro horas pegada a ti, ¿no? Tendrá que salir a hacer sus cosas.

—¿Hacer sus cosas? ¡Ni que fuera una perra!

Las palabras de Luna le sacan una carcajada a su amiga. En cambio, el rostro de Sergio, que se ha puesto muy nervioso, vuelve a enrojecer, muerto de la vergüenza.

—¿Y cómo dormimos? Aquí solo hay una cama y un sofá. Yo no puedo compartir cama porque necesito espacio.

—En mi casa tengo una colchoneta hinchable. Podría ir a buscarla —dice Luna. Le agrada la idea de que Sergio se quede con ellas. Tres mejor que dos.

—Si quieres, yo duermo en el suelo y tú en el sofá —le propone el chico.

—No te preocupes, estaré genial en la colchoneta. En verano la he usado alguna vez y es muy cómoda.

—Mi hermano está siendo amable. Siéntete afortunada, porque no es lo habitual.

Luna se ríe y le guiña un ojo a Sergio. El chico está tan colorado que parece que va a explotar. Antes de ir a por la colchoneta, la joven entra en la cocina a buscar un vaso de agua. Sergio la acompaña y, mientras ella bebe, se atreve a preguntarle:

—¿Sabes por qué está pasando todo esto?

—¿Te refieres al ataque que acabáis de sufrir?

—A eso, a lo del helicóptero... ¿Mi hermana está metida en algo raro?

—Que yo sepa, no.

—¿Es por lo del caso Chopin? Fue la que desveló en su periódico lo que estaba pasando.

Luna se encoge de hombros. No tiene una respuesta para él. Es cierto que Blanca había destapado el caso más mediático de los últimos veinte años en Sevilla, pero no sabe quién está intentando deshacerse de ella. Le sorprende la tranquilidad con la que ha afrontado el ataque de aquel individuo. Es una joven muy fuerte.

—Terminaremos sabiendo la verdad, Sergio.

—Eso espero. Porque, aunque no lo parezca, estoy bastante inquieto.

La periodista le sonríe al muchacho y le acaricia la cara con las manos. Nota su piel hirviendo. Contrasta con lo fríos que ella tiene los dedos por culpa del vaso de agua que se acaba de beber.

—Entre los tres nos las ingeniaremos para que no pase nada más. Vamos a defendernos si nos atacan y a encontrar a los que quieren hacerle daño a tu hermana. Ya lo verás.

—El tío al que le he dado la paliza no volverá hoy, ¿verdad?

—Estoy segura de que no.

Aquel muchacho le cae bien. Físicamente no se parece a su hermana, tampoco en su manera de ser. Sin embargo, ambos tienen algo que hace que los quiera tener cerca.

—Me voy a buscar la colchoneta. Cuida de tu hermana.

—Descuida. Estaré muy atento.

En el coche, Luna se pone una lista de Spotify. En su móvil suena *Llegas tú* de Cepeda y, aunque intenta no pensar en nada más, le resulta imposible. Es noche cerrada y las luces brillan en una ciudad que ya no es segura. Está agotada tras aquel día de locos. Solo hace unas horas desde que fue a la casa de Ana y después al hospital, aunque parece que hayan transcurrido siglos. Su compañero Gabriel la

informó de que el incendio había sido un accidente iniciado en la chimenea, pero ella no se lo cree. Está completamente segura de que los bomberos se equivocan, y va a tirar de ese hilo en cuanto pueda. De momento, ninguno de sus contactos en la policía ha contestado a sus mensajes y eso la molesta. Hay otro tema que no se quita de la cabeza: ¿quién era el tipo que ha entrado en el piso de Blanca? Por lo que le han contado la periodista y su hermano, se trataba de un hombre bastante alto y robusto. No pudieron verle la cara porque llevaba un pasamontañas, pero sí se percataron de que llevaba vaqueros oscuros, una cazadora negra de cuero y botas de militar. No son datos que le puedan ayudar a acotar la búsqueda del intruso, porque cualquiera podría vestir así.

Mientras aparca, tiene la extraña sensación de que la observan. Espera que nadie la haya seguido. Pero, por si acaso, camina deprisa para llegar lo antes posible a su portal. Cuando entra en casa, por fin se siente a salvo. Baja las persianas antes de dirigirse a su habitación, donde, debajo de la cama, guarda la colchoneta en la que planea dormir los próximos días. También a ella le vendrá bien estar acompañada. El sonido del teléfono le da un buen susto. Es el director de informativos. Duda entre si cogerlo o no, pero acaba contestando.

—Hola, Marco. ¿Qué tal?

—Hola. ¿Estás en casa o sigues con Juancho? Me mandó un mensaje para decirme que habíais quedado en La Cacharrería.

—En casa. Hace tiempo que terminé de hablar con él.

—¿Todo bien con mi amigo?

No sabe qué responderle. Arrieta ha sido muy amable al aceptar encontrarse con ella un domingo por la tarde y al contestar las preguntas que le ha hecho. Sin embargo, se ha marchado de la cafetería con la sensación de que Juancho tenía otras intenciones menos altruistas con ella. Como no puede culpar a Marco del comportamiento del psicólogo, evita entrar en detalles.

—Sí, bien. Muchas gracias por ponerme en contacto con él. Ha sido una charla productiva.

—Es un tipo curioso, pero nunca te falla. Me alegro de que te haya servido.

Luna resopla. Está a punto de contarle que en realidad están cortados por el mismo patrón, que ambos han intentado lo mismo pero que a ambos les ha dado calabazas. Ninguno de los dos ha

conseguido lo que buscaba.

—¿Te veo mañana en la redacción?

—No, me he pedido la semana. Tenía unos días libres y voy a aprovecharlos.

—¿En serio? Qué decepción. Esperaba verte.

—Hay muchos vídeos míos en YouTube —bromea la joven—. Antes de Navidad, regresaré.

—¿Me vas a regalar algo por Papá Noel?

La chica, asqueada por el tono en el que se lo ha preguntado, niega con la cabeza y, frente al teléfono, levanta el dedo corazón. Ese tipo no se da nunca por vencido.

—Marco, he quedado. Tengo que colgarte. Ya nos veremos.

No espera siquiera a que el director de informativos se despida. Corta la llamada y se guarda el móvil en el bolsillo. Pero no ha pasado ni un minuto cuando vuelve a sonar. De nuevo es Galiano.

—Dime, ¿qué ocurre ahora? —pregunta en un tono poco agradable la joven.

—¿De qué vas?

—¿Cómo dices?

—Que sea la última vez que me tratas así. No tolero las faltas de respeto.

Las palabras de Marco la dejan helada. Parece bastante enfadado. Dada su posición, no desea convertirlo en su enemigo, pero tampoco va a consentir que le hable así.

—Creo que quien me ha faltado al respeto has sido tú.

—¿Por qué? ¿Por preguntar si me vas a regalar algo en Navidad? ¿Por querer verte mañana en la televisión? Dime, Luna, ¿cuándo te he faltado yo al respeto?

—No paras de meter ficha, Marco. Constantemente.

—Eso es falso. Soy un hombre casado y fiel a mi mujer. No te equivoques conmigo.

Ese miserable la está acusando de inventarse las cosas, cuando ayer no dejó de insinuársele. ¡Si hasta le pidió que fuera con él a una habitación de hotel e intentó besarla en su coche! Menudo caradura. Va a responderle, pero el hombre se anticipa y no se lo permite.

—Yo no soy como Blas —continúa Marco, y lo percibe más alterado de lo habitual—. Tú eres especialista en liarte con hombres casados. Conmigo has pinchado en hueso duro.

—Pero si has sido tú el que...

—No me repliques. ¿O vas a negar que teníais un lío? Todos lo sabían.

—Eso no es asunto tuyo.

—Tu querido Blas puso una bomba en el periódico y no tuvo huevos de cargar con eso. Se quitó de problemas y se fue al otro barrio voluntariamente para evitar líos.

—Lo que dices es vomitivo. —Luna, descolocada por el ataque del director de informativos, es incapaz de evitar que los ojos se le llenen de lágrimas—. No se puede caer más bajo.

—Sí que puedo. —A Marco se le escapa una risa nerviosa—. Podría mandar a la policía a tu casa y pedirles que te pregunten qué sabes tú del paquete bomba que le enviaron a Mercedes Reinoso.

—¿Qué estás diciendo?

—Siempre lo he sospechado. No me creo que el inútil de Blas planeara el atentado solo. Tal vez tuvo la ayuda de la que fue su amante. ¿Me equivoco o estoy en lo cierto, querida Luna?

CAPÍTULO 18

TRIANA

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Brenda le ha repetido varias veces por teléfono que no recuerda dónde está el collar de ámbar. Tampoco sabe si el que encontró en el armario era el de Celia o uno parecido.

—Está mintiendo. No me preguntes por qué, pero Brenda miente.

—Te ha asegurado que no sabe nada de ese collar.

—¡No es cierto! ¡Por supuesto que lo sabe! —Triana acompaña sus palabras de un sinfín de aspavientos con los brazos—. Ayer actuó de una manera muy rara cuando apareció en una cajita donde guardaba accesorios. Me lo arrebató de las manos, se lo llevó y hoy no se acuerda de dónde lo ha dejado. Sospechoso, ¿no?

—¿Y por qué va a mentir?

—¡No lo sé! ¡Pero es el de mi madre! ¡Lo recuerdo perfectamente!

—¿Insinúas que Brenda sabe algo de ella y no nos lo cuenta?

Se lleva haciendo esa misma pregunta desde que vio el collar de ámbar en el armario de su amiga. Aunque es una suposición descabellada y sabe que no tiene sentido. ¡Es su mejor amiga! ¡La que más la ha apoyado en esos meses! ¡Cómo va a estar implicada en la desaparición de su madre!

—Yo ya no sé nada. ¿Tú qué piensas?

El joven se encoge de hombros y después la abraza. Le gusta el beso que Niko le da en el cuello. Luego uno más en la frente. Su sonrisa logra tranquilizarla y devolverla a la realidad.

—Debemos centrarnos en lo que tenemos, y no perdernos en teorías sin ningún sentido. Lo del collar debe de tener una explicación lógica, y seguro que no tendrá nada que ver con tu madre.

—Veo cosas que no son, ¿verdad?

—Es posible. Yo, en tu lugar, estaría igual o peor.

—Terminaré confundiendo la realidad con la ficción —se lamenta mientras agacha, taciturna, la cabeza—. Daría lo que fuera para que mi madre apareciera viva.

—Confiemos en que es así como acabará esta pesadilla. Tu madre aparecerá viva.

Aunque el tono de voz de su novio denota seguridad, ella no lo ve de la misma manera. Es mucho más pesimista que Niko. Han pasado más de dos meses y las estadísticas dicen que las posibilidades de que su madre aparezca viva son mínimas.

—¿Qué quieres que te prepare para cenar?

—No tengo hambre.

—Ya sabes que tienes que comer. Voy a la cocina a ver qué tenemos.

Niko sale del salón después de darle un suave beso en los labios. Suspira y se queda embobada mirando la televisión apagada. Ni se da cuenta cuando su novio regresa y la enciende. Se sonríen antes de que el chico se vuelva a marchar. Algo se le remueve por dentro. Es difícil precisar lo que siente. ¿Realmente es amor?

> «La muerte de Ana Benítez se ha producido un mes y medio después de la de su marido. Francisco Carvajal pilotaba el helicóptero que se estrelló contra la Giralda el pasado cuatro de noviembre. Aunque se sigue investigando el suceso, parece que el incendio que provocó las quemaduras que han acabado con la vida de la mujer se inició en el salón, donde se encuentra la chimenea, y se extendió por toda la casa».

La noticia de la muerte de Ana Benítez atrae su atención. Al parecer el incendio no ha sido provocado, sino un accidente. La tragedia se ha cebado con esa familia.

—¿Qué ves? —Niko entra en el salón con una bandeja en la que lleva un plato con croquetas y empanadillas y dos vasos llenos de hielo.

—Las noticias. Han dicho que la muerte de la mujer del piloto ha sido un accidente.

—¿El incendio?

—Sí. Continúa la investigación, pero todo hace indicar que fue un problema con la chimenea.

—Puede ser. Estas cosas suceden a menudo —dice antes de volver a abandonar el salón.

Triana permanece atenta a toda la información que ofrecen sobre el caso en las noticias. Entrevistan al jefe de bomberos que está al frente del operativo, pero apenas concreta nada, solo que el incendio se produjo de madrugada y se originó en la chimenea del salón, que no parecía en buen estado.

—¿Te he contado alguna vez que en mi piso hubo un incendio? —le pregunta Niko, que ya ha vuelto con dos Coca-Colas. Tras sentarse a su lado, abre las latas y sirve el contenido en los vasos con hielo.

—No. ¿Hace mucho de eso?

—Unos cuatro años.

—¿Qué pasó?

—No tengo ni idea. Mi abuelo no me lo quiso contar.

El chico le explica que, cuando él llegó al edificio, ya habían estado los bomberos. Su abuelo les rogaba en la puerta que lo dejasen entrar. Temía por todos los objetos robados que escondía en la habitación cerrada bajo llave. Evidentemente, no se lo permitieron hasta que lograron extinguir las llamas y se aseguraron de que no había peligro. Por suerte, solo se quemó la cocina y parte del salón.

—A mí solo me preocupaba el piano. Menos mal que no le sucedió nada.

—¿Y no sabes qué lo originó?

—No. Ya te digo que mi abuelo nunca me lo quiso decir. No sé si fue un cortocircuito, una colilla o que se le fue la mano con el aceite en la sartén.

—¿Fue también un accidente?

—Nadie me aseguró lo contrario. Aunque yo siempre he sospechado que la verdad era otra. Pero mi abuelo siempre le restó importancia al incidente.

—Menudo susto.

—Un episodio más en mi vida. —El joven coge una croqueta y, al morderla, se escucha un leve crujido—. Están muy buenas. Y ya no queman. Coge una.

La anécdota del incendio en el piso donde vive el muchacho solo es la primera de las historias que Niko y Triana se cuentan. Necesitaba una charla relajante como aquella. Por un rato hasta se olvida del collar de ámbar, de la llamada anónima que recibió el día anterior e incluso de la nota que han dejado encima de la cama de su madre. Se

destensa tanto que acaba dormida en el sofá, con la cabeza apoyada en las piernas de su novio. Así debería ser siempre.

Sin embargo, hacia las once y media, alguien toca al timbre. Triana estaba soñando con su madre cuando el ruido la ha despertado. Mira a Niko, que le pide que permanezca en el salón. No le hace caso. Va tras él y descubre a Cayetano al otro lado de la puerta.

—¿Qué quieres? —le pregunta Niko de malos modos.

—He venido a ver a... Triana. Déjame pasar.

—Vete a tu casa. Es muy tarde.

—Tengo que hablar con ella.

La chica da un paso al frente y se coloca delante de Niko, que no opone mucha resistencia. De inmediato le llega el olor a alcohol y observa asombrada el aspecto desaliñado de su expareja. No es nada habitual en él. Cayetano normalmente viste de una forma impoluta y se cuida mucho. Pocas veces lo ha visto en esas condiciones.

—Mira, tío, apestas a cerveza. Ve a darte una ducha fría. Aquí no pintas nada —insiste muy molesto Niko, que logra colarse de nuevo delante de ella—. No eres bienvenido.

—Debo hablar contigo, Triana.

—Que te vayas a tu casa.

—¡Niko! ¡Para! —grita la chica mientras aparta a su novio con las manos—. Déjame que hable con él. Espérame en el salón. Enseguida voy.

—Está borracho. ¿No lo ves?

Triana le pide otra vez que se marche y la deje sola con Cayetano. Luego le da un beso en los labios. Eso tranquiliza a Niko, que, a regañadientes, finalmente regresa al salón.

—Entremos en el despacho. Aquí nos vamos a congelar.

El joven asiente y camina detrás de Triana. Una vez en la habitación, toman asiento y la chica se estremece al ocupar el sillón que normalmente usaba su madre. Hace como si nada y mira a Cayetano. Contempla sus ojos enrojecidos y su pelo desgreñado. El olor a alcohol es más intenso cuando habla.

—Perdona por las horas. Sé que es muy tarde, pero no podía esperar a mañana. No es mi intención molestarte.

—No te andes con rodeos. ¿A qué has venido?

—Brenda no sabe que estoy aquí.

—¿Brenda? ¿Qué tiene que ver ella?

—Esta mañana te mentí —responde el chico, que se restriega la mano por la boca, como limpiándosela—. Brenda y yo estamos liados.

A Triana le duele la confesión de Cayetano. No debería, porque ambos son libres para hacer lo que quieran; además, algo intuía. Pero ha notado una punzada en el pecho que no se esperaba ni sabe cómo interpretar.

—Es cosa vuestra.

—Lo sé. No te hemos dicho nada porque pensamos que podrías enfadarte. De hecho, en las últimas semanas me he alejado todo lo que he podido de ti.

—¿Ese era el motivo?

—Sí. Aunque Brenda me ha mantenido informado de todo lo que sucedía. Le preguntaba cada día por tu madre y por cómo iba la investigación policial. No ha sido fácil mantenerme al margen sabiendo que lo estabas pasando tan mal. Pero...

—¿Pero?

—Brenda me lo pidió —indica Cayetano, que se peina y despeina muy nervioso—. Temía que nos pillaras y que te afectara. Ya estabas mal. No queríamos que te sintieras aún peor por lo nuestro.

A Triana le está sobrando aquella conversación. No quiere detalles de lo que ha estado pasando entre esos dos en las últimas semanas. Ni es asunto suyo ni le apetece saber más. ¿Por qué coño le duele el pecho?

—Mira, prefiero que no me cuentes nada más. Es un tema que no me importa.

—Perdóname. Siento no haber estado cuando me necesitabas —dice el chico juntando las manos—. No debí hacerle caso a Bren. Estaba muy preocupado por ti.

—Cayetano, esto es innecesario.

—Anoche, cuando Brenda me contó que casi te suicidas..., me di cuenta de que todavía... hay cosas que no... he superado.

—¿Te lo contó?

El joven se levanta para acudir al lado de Triana. La chica también se pone de pie, pero para alejarse de él. Está a punto de salir corriendo, pero Cayetano le ha bloqueado la salida del despacho.

—No te he superado, cariño.

—Me estás dando miedo.

—No temas. Somos Triana y Cayetano —dice el joven con una

sonrisa siniestra—. No podemos ignorar lo que sentimos. Además, Brenda no es de fiar.

—¿A qué te refieres?

—Podemos volver a ser los de siempre. Ese polaco no es lo suficientemente bueno para ti. Desde que llegó, solo te ha traído desgracias.

—¿Qué has querido decir con que Brenda no es de fiar? ¡Contesta!

—Olvídate de ese tipo y…

En ese instante, Niko entra como un toro desbocado en el despacho. Sus ojos irradian ira. Hay fuego en sus pupilas y odio en la mirada. Sin pensárselo, se lanza sobre Cayetano, que es bastante más alto que él, y su puño derecho se empotra en la cara del otro joven, que cae inconsciente al suelo.

CAPÍTULO 19

BLANCA

Sevilla, domingo, 15 de diciembre de 2019

Se oyen las campanas de la iglesia más cercana a su piso. Comprueba en el reloj del móvil que son las once de la noche.

—¿Por qué no la llamas? Es muy tarde —dice Sergio, que lleva más de una hora pidiéndole lo mismo.

—Porque no quiero agobiarla. Ya vendrá. Se habrá entretenido por ahí.

—Solo iba a buscar la colchoneta. ¿Y si le mandas un audio?

—¿Quieres enviárselo tú?

Su hermano, cuando quiere, puede ser muy pesado e insistente, así que le ofrece el móvil para que sea él mismo quien le mande a Luna el mensaje de voz. Sin embargo, Sergio prefiere rechazar la invitación y se pone a ver vídeos de TikTok en su teléfono. Pero está claro que sigue inquieto. ¿No se habrá pillado de Luna? Su amiga le saca varios años y tiene mucha más experiencia en la vida. Sus posibilidades son nulas.

—¿A ti te gusta? —pregunta el chico sin apartar la mirada del *smartphone*.

—¿Quién? ¿Luna?

—Sí. Es muy guapa, y menudos ojazos tiene. No me creo que no te hayas fijado.

—Ya. Tú solo te has fijado en sus ojos, ¿verdad?

El chico suelta una risita y sube el volumen del móvil. Blanca no reconoce la canción. A ella no le gusta esa nueva red social que se ha puesto de moda entre los jóvenes. Su hermano está enganchado a TikTok e incluso ha dejado de lado Instagram y Twitter.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Dime, ¿qué es lo que quieres saber?

—¿Cómo os dais cuenta las lesbianas de que a una chica le gustan las chicas?

A Blanca le entra la tos al escuchar la pregunta de Sergio. Casi se atraganta. No sabe si echarse a reír o pedirle que se vaya a la mierda. Nunca han hablado de esos temas. ¿A qué viene ese repentino interés?

—Lo sabemos y ya está.

—Vaya porquería de respuesta. ¿Tenéis una especie de radar?

—¿En serio, Sergio? ¿De verdad me estás preguntando eso?

El joven se encoge de hombros y continúa mirando vídeos en el móvil. Masculla algo entre dientes que Blanca no logra descifrar. La chica se ríe y, ayudándose de las muletas, se levanta del sofá porque necesita ir al baño. Su hermano jamás le había sacado el tema de su condición sexual, aunque cree que se enteró antes que sus padres de que era lesbiana y que, por eso, no fue una sorpresa para él cuando lo contó en casa. A pesar de que todavía exista cierta ambigüedad en su inmaduro cerebro sobre algunas cuestiones, Sergio ya forma parte de esa generación que ve natural que a una chica le pueda gustar otra chica. De lo que seguro no sabe es de sus sentimientos hacia Triana. Ese amor no correspondido es un secreto incluso para las personas que la conocen. No se ha atrevido a contárselo a nadie. Y así seguirán las cosas.

Ha pasado media hora más y todavía no tienen noticias de Luna. ¿Dónde se habrá metido?

—Es muy raro que no esté aquí ya. Llámala.

Ella también empieza a sentirse inquieta, así que esta vez le hace caso. Marca el número de su amiga, pero se encuentra con que lo tiene apagado. Lo intenta una segunda vez con el mismo resultado. Aunque no quiere reconocérselo a Sergio, está preocupada.

—Espero que no le haya pasado nada.

—Luna sabe cuidarse —le dice al chico con una seguridad y un sosiego que no siente.

—Si el tipo que ha venido aquí ahora ha ido a por ella, tendrá muchos problemas.

—No perdamos la perspectiva.

—¿Qué perspectiva, Blanca? Hay un tío por ahí suelto que hace un rato casi te asfixia con una bolsa de plástico. ¡Y mira cómo tengo la nariz!

A lo mejor han sido muy imprudentes al no ir enseguida a la policía a denunciar lo que ha sucedido. Como dice Sergio, un criminal deambula libre por las calles de Sevilla. Alguien capaz de todo.

—Estás nerviosa.

—No lo estoy.

—Haces ese gesto con las gafas cuando estás tensa.

—¿Qué gesto?

Sergio le quita las gafas a su hermana y se las pone. Las aparta un poco y luego se las ajusta a la nariz. Blanca es consciente de su tic. Se resigna y le reconoce a su hermano que tiene razón. Tras recuperar sus lentes, llama otra vez a Luna, pero el móvil sigue apagado.

—¿Qué hacemos? —pregunta alarmado el joven.

—No podemos hacer nada. Solo tener paciencia y esperar.

—¿Cuál es su dirección? La amiga de la que te hablé tiene coche y seguro que me puede llevar a su casa.

—No vas a ir a ningún sitio.

—¿Por qué? ¿Prefieres quedarte aquí sentada y que nos llegue la noticia de que le ha pasado algo? ¡A lo mejor estamos a tiempo!

—No eres un guardaespaldas. Seguro que está bien. ¿Por qué no te vas a dormir?

—Porque mi cama la trae ella. Y no soy un guardaespaldas, pero me han partido la cara por defenderte, hermana.

—Te doy las gracias por salvarme la vida. Pero no vas a ir a casa de Luna.

El chico golpea con fuerza el brazo del sofá y abandona el salón muy enfadado. Blanca no impide que se vaya. Suspira y se tumba con mucho cuidado para no hacerse daño. De nuevo le duele todo, en especial, la cabeza. La sien derecha le va a estallar. La caja de pastillas está sobre la mesa. No quiere abusar de los medicamentos, pero el dolor es tan punzante que echa mano a un calmante y se lo toma. Enseguida le hace efecto y, poco a poco, se va relajando.

—Blanca, ¿puedes oírme?

La periodista se gira y se encuentra con el rostro ensangrentado de Mercedes Reinoso. La mujer intenta meter la mano en el bolsillo de su pantalón, pero no lo consigue.

—¿Estamos muertas? —le pregunta la chica.

—A mí me queda… poco. Tengo que… decirte algo. Es muy importante.

—¿Sobre qué quieres hablarme, jefa?

Mercedes no consigue articular más palabras. Cierra los ojos. Apenas puede respirar sin esputar sangre por la boca. La imagen es dantesca. Blanca quiere socorrer a la mujer en sus últimos segundos de vida, pero no logra moverse.

De repente, la directora de *El Guadalquivir* reúne fuerzas de donde no las tiene y abre otra vez los ojos. Busca algo en el pantalón. Del bolsillo izquierdo, saca un billete de veinte euros. Estira el brazo y se lo entrega.

—Blanca, Blanca… —Escucha su nombre como si alguien le hablara al oído—. Hermana, está sonando tu móvil. ¡Es Luna!

La chica se despierta de un brinco y ve a su hermano sentado en el sofá. Tiene su teléfono en la mano y no para de repetirle el nombre de su amiga. Le cuesta unos segundos ser consciente de la situación. Tras esos instantes de confusión, por fin coge el *smartphone* y responde.

—¿Luna? ¿Dónde estás?

—Blanca, lo siento. Acabo de encender el móvil y he visto tus llamadas perdidas —dice la periodista sollozando. También se escucha de fondo *Por debajo de la mesa*, de Luis Miguel—. Me he metido en un lío.

—¿Qué ha sucedido?

—El cabrón de Marco Galiano. Me está jodiendo.

Se refiere al director de informativos de El Guadalquivir TV. Han coincidido alguna vez, pero han hablado muy poco. No le cae demasiado bien.

—¿Qué te ha hecho?

—Me ha amenazado con ir a la policía. Quiere involucrarme en lo del paquete explosivo.

—¿Qué? ¿Por qué?

La joven le explica lo que pasó cuando llegó a su casa. Que Galiano, tras sobrepasar varias veces los límites, se había enfadado con ella porque se había atrevido a recriminarle el acoso.

—Me soltó que no era verdad lo que decía, que él nunca me había insinuado que nos acostásemos. ¡Pero no ha parado de hacerlo desde anoche!

—Qué gilipollas. Vente a casa. Sergio y yo te estamos esperando.

—Estoy en el coche; he aparcado en la calle, junto a un hotel en

Bellavista.

—¿Y qué haces ahí?

—Voy..., voy a matarlo.

—¿Qué? ¡No cometas una locura!

—Tengo que matarlo. No hay marcha atrás.

Por un momento, Blanca no sabe qué decir. Se ha quedado en *shock*. ¿Se atreverá a cumplir su propósito? Parece decidida. Su hermano la observa con los brazos abiertos, esperando una explicación, mientras escucha a Luna llorando desconsolada al otro lado del teléfono.

—Estás muy nerviosa. ¿En qué hotel estás?

—Se llama Doña Carmela —responde Luna, que sorbe por la nariz—. No me queda más remedio que matarlo.

—¡Cómo vas a hacer eso! Pero..., pero... ¡Vas a arruinarte la vida!

—Ya está arruinada. Estoy en la miseria. Marco lo sabe. Lo sabe todo.

—¿Qué es lo que sabe?

—Todo, Blanca. Por eso me quiere hacer chantaje. Me ha pedido que venga a este hotel. Si no hago algo, llamará a la policía, que vendrá a mi casa y... será el fin.

Sergio le da un codazo en el brazo y le suplica que le cuente de qué están hablando. Mientras, Luna no deja de hablar y de llorar al mismo tiempo.

—Blas. Todo fue culpa de Blas. ¿Por qué me enamoré de él? Habría hecho todo lo que me hubiese pedido. Todo, Blanca. Absolutamente todo. Hasta matar. Mataría por amor.

—No te comprendo.

—Dios mío, no me lo voy a perdonar nunca. Ese cabrón lo sabe. Lo sabe todo.

—Ha sido un día muy difícil. ¿Por qué no vienes a casa, te preparo una infusión y me lo cuentas tranquila? Sergio está preocupado por ti.

—¿Sí? Pobrecito. Otro que se ha encaprichado de mí. ¡Todos lo hacen menos él! ¡Maldito Blas!

Los gritos de Luna, maldiciendo al periodista fallecido, obligan a Blanca a apartar el móvil de la oreja. Sergio le ruega que le pase el *smartphone*, pero con un movimiento de cabeza le dice que no. No es el momento. No quiere que su hermano la oiga en ese estado.

—Escucha bien, Blanca. Escúchame bien. Tengo que confesarte algo.

—¿Por qué no vienes a casa y me lo cuentas aquí?

—No. No puedo esperar. Debo terminar con esto.

—Por favor, no hagas una locura.

—Es necesario. Hay que ponerle fin a esto. Escúchame.

Blanca se da por vencida. Su amiga está dispuesta a revelarle algo.

—Me arrepiento de lo que hice. Bueno, no lo sé. Tal vez lo hubiera hecho igual —continúa Luna, que titubea y no cesa de llorar mientras habla—. Blas no preparó el paquete explosivo. Fui yo. Yo lo organicé todo. Él solo me ayudó.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Es verdad eso?

—¡Claro que es verdad! —responde furiosa Luna—. Marco Galiano lo sabe. Me lo ha dejado caer esta noche. Por eso tiene que morir. Si no, me va a chantajear toda la vida con contárselo a la policía. Es un tipo peligroso y tiene mucho poder.

—¿Tú preparaste el paquete bomba para Mercedes?

—Sí. Fui yo. Ella era la peor persona del mundo. No salió bien en esa ocasión, aunque le dimos un buen susto. Todavía están los restos en el sótano de mi casa. Mercedes Reinoso tenía que...

En ese instante se escucha el ruido de un cristal que se rompe. Después un grito de terror y, a continuación, una detonación. Como si alguien hubiese descorchado una botella de cava.

—¿Luna? ¿Me escuchas? —pregunta Blanca muy asustada—. ¿Luna? ¿Estás bien? Responde, por favor. ¡Responde!

Pero la periodista de la televisión de El Guadalquivir ya no puede contestar. Una bala, que se ha alojado en su cerebro, la ha silenciado para siempre.

CAPÍTULO 20

SERGIO

Sevilla, lunes, 16 de diciembre de 2019

La acababa de conocer, pero sentía que entre ellos se había producido una conexión especial. De esas que, según dicen, solo ocurren en las películas. Cuando un policía llamó a su hermana y le contó que Luna González había aparecido muerta en su coche con un disparo en la frente, Sergio recibió la noticia como si se tratase de la muerte de un familiar. Hacía tiempo que no lloraba. Ni siquiera tras la ruptura con su novia. Blanca lo consoló, aunque ambos estaban rotos por el trágico final de la periodista.

—Son casi las dos. ¿Por qué no te vas a dormir? Hay que descansar. Nos esperan unos días muy duros —le dice la chica, que le ha pedido que se quede en su piso. Ellos dieron el aviso de que había pasado algo extraño en las inmediaciones de un hotel de la zona de Bellavista.

—¿Entonces iremos mañana a contarle a la policía lo del tipo encapuchado?

—Sí, iremos mañana a la comisaría. Seguramente también querrán hablar con nosotros sobre Luna y nos tomarán declaración.

—Si hubiéramos ido a denunciarlo enseguida, tal vez estaría viva —comenta cabizbajo Sergio—. Me siento culpable.

—Ni siquiera sabemos si el que la ha matado ha sido el mismo hombre que vino a casa.

—Está claro que molestáis a alguien, que han ido a por vosotras. Igual que se han encargado de la mujer del piloto. Todo forma parte de la misma trama.

Lo tiene muy claro. Aunque su hermana dude y no sepa qué responderle, Sergio está convencido de que detrás del accidente de

helicóptero, el incendio, el ataque a Blanca y la muerte de Luna se encuentran las mismas personas.

—No llames a papá ni a mamá, ¿vale? No quiero que se preocupen. Ya veremos qué les contamos mañana cuando vayamos a la policía.

—Descuida, no pensaba decirles nada. Esto es entre nosotros.

—Bien. ¿Nos vamos a dormir un rato?

—No creo que pueda, pero por lo menos cerraré los ojos e intentaré desconectar de toda esta mierda.

Blanca asiente. Le da un golpecito cariñoso en el hombro y se mete en su habitación. El silencio es desolador en el pequeño apartamento. Hasta le angustia que no se oiga nada. Sergio se quita los pantalones y la sudadera para luego tumbarse en el sofá. Se tapa con una manta, coge el móvil y se pone los auriculares. No le apetece ver a gente bailando o haciendo retos en TikTok. Sus ánimos están por los suelos. No deja de pensar en ella. Entra en YouTube y escribe su nombre en el buscador: Luna González. Le salen una gran cantidad de vídeos. En la mayoría aparece con el micrófono en la mano, dando alguna información para la televisión de El Guadalquivir. Es muy guapa y siempre va vestida de manera impecable. Se le forma un nudo en la garganta. Hace unas horas la tenía delante y bromeaban con lo de la colchoneta. Le hubiera gustado conocerla más. Siente tristeza y una rabia interior difíciles de controlar. Su irritación aumenta al leer ciertos comentarios:

> «¡Cómo está la rubia! Qué ganas más tontas de ir a Sevilla me han entrado».
>
> «Necesitamos más periodistas como esta. Aunque no informen bien, da gusto verlas».
>
> «En mi opinión le sobra ropa y le falta vocalizar».

Sergio no puede contenerse y contesta a los que han escrito ese tipo de comentarios sobre Luna en los vídeos. Se desahoga insultándolos y acusándolos de ser unos cobardes. No se atreverían a hablar así con sus nombres y apellidos y la foto de sus caras al lado del *nick*. Internet es la selva con más animales que existe.

Cuando acaba con los capullos de YouTube, entra en Twitter. Quiere ver si alguien ha escrito sobre el asesinato de la periodista.

Todavía nadie se ha hecho eco de la trágica noticia, ni siquiera su propio medio de comunicación. ¿Es que El Guadalquivir no piensa contar lo que le ha pasado a Luna González? Comprueba que son más de las tres. Es muy tarde. Ni se habrán enterado aún.

Deja el teléfono a un lado y trata de dormir, pero le resulta imposible. No para de pensar en la joven periodista ni de culparse por lo que ha sucedido. Aunque él y su hermana podrían haber corrido la misma suerte si el tipo del pasamontañas se hubiera salido con la suya. ¿Qué está pasando? ¿Tendrá que ver con el director de informativos del canal con el que Luna había quedado y que le estaba haciendo chantaje? Blanca se lo ha contado todo mientras esperaban la llamada de la policía.

De nuevo se incorpora y echa mano a su teléfono. Busca información sobre Marco Galiano en Google. Tiene perfil en Wikipedia. Nació en Trieste, Italia, aunque se vino a vivir a España cuando era un niño. Cuarenta y dos años, casado y con una hija. Lleva en El Guadalquivir TV desde su creación. Anteriormente había pasado por varios medios como redactor y jefe de noticias. Mira las fotos. Es un tipo atractivo, con buena planta. En casi todas sus fotos aparece muy bien vestido.

Ese cabrón quería acostarse con Luna. ¿Tendría algún motivo para matarla? Sus redes sociales son más de lo mismo. En Instagram tiene imágenes en el plató de noticias, con sus compañeros de trabajo, de viaje con su mujer o celebrando la última victoria del Real Madrid, del que parece un gran seguidor. Nada fuera de lo normal.

La luz del salón se enciende y ve a su hermana junto a la puerta. No lleva las muletas y se apoya en la pared.

—¿No duermes? —le pregunta la chica mientras camina lentamente hacia el sofá.

—Lo he intentado, pero ha sido imposible.

—Yo tampoco puedo. ¿Qué estabas mirando con tanta atención en el móvil?

—Las fotos de Instagram de Marco Galiano. En apariencia le va bien y parece un hombre bastante normal. De clase alta, gustos cotidianos y muy familiar.

—Apenas lo conozco, aunque he entrado varias veces en su informativo. Sobre todo con el caso Chopin.

—¿Crees que ha sido él quien ha matado a Luna?

—Este tipo de personas no se manchan las manos. No creo que él tuviera nada que ver.

—¿Y en defensa propia? Según me contaste antes, Luna sí quería deshacerse de él —comenta Sergio, que deja un hueco en el sofá para que su hermana se siente a su lado—. Por lo del chantaje que le estaba haciendo.

—No creo que Luna se hubiese atrevido.

—¿Seguro? Ella te confesó que preparó el paquete explosivo que estalló en el periódico en octubre. ¿Por qué no iba a ser capaz de cargarse a quien la había amenazado con ir a contárselo a la policía?

—Son dos situaciones diferentes. Luna estaba obsesionada con Blas. Habría hecho cualquier cosa por él —responde Blanca, que le coge el móvil y examina las imágenes del perfil de Galiano—. No comprendo cómo una persona puede llevar una doble vida: aparentemente ser feliz con su familia y, al mismo tiempo, ser, además de infiel, un acosador y un chantajista. En esas fotos, el tío sale con una sonrisa de oreja a oreja junto a su esposa y su niña.

—¿Qué tal se llevaba Marco con Mercedes Reinoso?

—¿Por qué lo preguntas?

Sergio se encoge de hombros y señala una foto en la que aparecen la que fue directora de *El Guadalquivir* y el director de informativos junto a dos personas más. Los cuatro sonríen a la cámara.

—Están con el alcalde de Sevilla y el dueño del grupo El Guadalquivir, Teodomiro Solís. Es del día en que De Gomar vino a que lo entrevistáramos.

—Cuatro peces gordos en la misma instantánea.

—Sí, mucho poder hay en esa imagen. No sé qué relación tenían Mercedes y Marco. Nunca los había visto juntos.

—Tampoco llevas tanto tiempo en el periódico. Aunque han pasado muchas cosas en estos meses.

—Demasiadas.

Blanca le devuelve el móvil y esboza una mueca de dolor. Trata de estirar los brazos, pero siente un fuerte pinchazo en las costillas.

—¿Te duele mucho?

—Un poco. Pero ya se me está yendo. No te preocupes.

Sergio sabe que su hermana no lo está pasando bien. Siente lástima de verla así. Comprende que se haya ido de la casa de sus padres porque son muy pesados, pero no era el momento más

apropiado. Es consciente de que no se ha portado bien con ella. Le fastidió que se marchara a vivir sola, que se fuera de El Viso sin consultarle lo que le parecía a él. Desde entonces le hizo el vacío por abandonarle. Nada fue igual. Quizá ahora tiene la oportunidad de resarcirse. No la va a dejar sola en un momento tan difícil.

—¿Te apetece que prepare café?

—Déjalo. Ya me encargo yo. Tú quédate aquí sentada.

—Gracias, pero no quiero que seas mi criado.

—¿Estás loca? No pienso serlo. Solo voy a preparar café —responde el joven, que le pasa un cojín que estaba en el suelo para que se lo acomode en la espalda—. No te acostumbres.

En esa madrugada, entre café y café, Sergio descubre más sobre su hermana que en los últimos tres años juntos. Creía que había cambiado, y era verdad, pero no para mal. Blanca es diferente a la que se fue de casa. Más madura, más reposada. Habla de una forma sencilla y tranquila. Él también es distinto, aunque para todos continúe siendo un posadolescente pasota, al que solo le preocupa la consola y los resultados de su equipo de fútbol. Nadie sospecha lo que ha sufrido tras la ruptura con su novia ni lo mal que lo está pasando por haber elegido una carrera que no le motiva.

—Voy al baño. Demasiado café —dice Blanca cuando las campanas de la iglesia más cercana a su piso dan las ocho.

El joven la ve salir del salón en el que se han pasado la noche hablando y coge el móvil; no le ha prestado atención durante todas esas horas de conversación. Entra en Twitter y la noticia del asesinato de Luna es lo primero que se encuentra. Lo ha puesto Europa Press en un tuit.

> «Encuentran muerta en Sevilla a Luna González, periodista de El Guadalquivir TV. La policía está investigando el suceso, aunque las primeras informaciones apuntan a que encontraron a la joven dentro de su vehículo con un disparo en la cabeza. Hay un detenido del que se desconoce la identidad».

¿Un detenido? ¿De quién se trata?

Sergio se pone de pie y llama a su hermana para que acuda rápidamente al salón. Blanca llega a su ritmo, esta vez apoyada en las muletas.

—Han detenido a alguien por la muerte de Luna.

—¿En serio? ¿A quién?

Por más que buscan en las redes sociales, no encuentran el nombre de la persona a la que han implicado en el asesinato de la periodista. Sin embargo, la respuesta la tendrán pocos minutos después. Alguien escribe un mensaje en uno de los grupos de WhatsApp del periódico. La chica lo lee en voz alta:

> Esto es muy fuerte, compañeros. ¡No me lo puedo creer! Han asesinado a Luna González esta noche. Le han pegado un tiro en la cabeza en su coche. Me acaban de confirmar que han detenido a Marco Galiano como presunto autor del crimen.

CAPÍTULO 21

NIKO

Sevilla, lunes, 16 de diciembre de 2019

Su abuelo se lo advirtió muchas veces: «La ira puede convertirse en el peor de tus enemigos». Aquel viejo tenía razón.

Niko camina solo por las calles del centro de Sevilla. Han pasado varias horas desde que dejó fuera de combate a Cayetano de un tremendo puñetazo. Ese estúpido estaba molestando a Triana y metiéndose con él, pero se le fue la mano, y además literalmente.

—¿Qué coño haces? ¿Te has vuelto loco?

Los ojos de su novia irradiaban una mezcla de tristeza, miedo y desilusión. Su mirada le hizo comprender que se había vuelto a equivocar. Intentó excusarse. Lamentó su comportamiento y le pidió perdón a la joven de la que está enamorado.

—Vete, por favor. Es lo mejor que puedes hacer ahora.

Obedeció sin rechistar. No imploró una última oportunidad. Se marchó de la casa de Triana, que se quedó ayudando a Cayetano, ya consciente, aunque con el pómulo izquierdo inflamado. El derechazo había impactado de pleno. Niko se acordó entonces de las advertencias de Dariusz. Su abuelo fue un necio para muchas cosas, pero un sabio para otras. Temía que su agresividad algún día le jugara una mala pasada.

Sevilla de noche, en diciembre, es una ciudad diferente. No se ve a gente por la calle y las luces de Navidad te hacen imaginar que estás en el escenario vacío de una película, con el decorado más bonito y mágico del mundo. No hace el frío que se pasa en otras provincias, pero sí más del que la gente cree. Se ha dejado el abrigo en casa de Triana, pero ese es ahora el menor de sus problemas. Consulta el móvil varias veces, con la esperanza de encontrar un mensaje o una

llamada que le pida regresar. Sin embargo, la conoce bien y sabe que es improbable que haga tal cosa. Es consciente de haber dado varios pasos atrás en su intento de recuperar la relación, que ya pendía de un deshilachado hilo.

Dos coches de policía se acercan a toda velocidad. De manera inconsciente, se oculta detrás de un árbol. Enseguida cae en la cuenta de que no van a por él. Chopin ya no es el objetivo. Antes era un ladronzuelo de casas de lujo, reconvertido en el criminal más perseguido por unos delitos que no había cometido. Ahora es un famosillo de medio pelo que no tiene claro el camino que debe seguir en la vida. Los que lo reconocen y desean hacerse una foto con él se lo piden por el morbo, no porque lo admiren o haya hecho algo importante. No le gusta, pero es lo que hay.

Siempre que camina por el centro de la ciudad para despejarse, termina delante de la iglesia de El Salvador. Es de madrugada y está cerrada al público. Admira el templo con devoción. No es creyente, pero si existiera algún Dios, elegiría al que rezan en aquel lugar sagrado. Ha ido más de una vez a tocar el órgano y le sorprende lo entregados y respetuosos que son los fieles a la oración. Su amigo, el padre Salvador, le ha contado historias sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento que no ha creído al pie de la letra, pero que le han impresionado. ¿Y si todos esos escritos cuentan la verdad?

—¿Qué haces por aquí, muchacho?

Niko se gira y ve a otro de los sacerdotes que suelen oficiar las misas en aquella iglesia. Es el padre Pío. Se trata de un hombre enjuto, con el pelo blanco y todavía de más edad que su amigo Salvador. Le hace gracia porque dice que es vasco, aunque su acento podría hacerle pasar por nativo de cualquier pueblo de la provincia de Sevilla. Lleva, en cada mano, dos bolsas de plástico que tienen pinta de pesar lo suyo. Las suelta en el suelo y resopla.

—Estoy dando una vuelta.

—¿A estas horas y con este frío? ¡Y vas sin abrigo!

—Me lo he dejado olvidado en casa.

—¡Por Dios, Nikolai! Anda, entra. Te vas a morir congelado. El padre Salvador me está esperando.

—¿Ahora? ¿Para qué?

—Estamos organizando la comida que la gente ha donado en la campaña de Navidad. Es el quinto paseo que me doy. Este año ha sido

un éxito.

—Deje que lo ayude con eso.

Niko agarra las cuatro bolsas y el padre Pío le agradece el detalle. Los dos entran en la iglesia y se dirigen a la parte trasera, donde encuentran a Salvador sentado a una mesa y rodeado de toda clase de alimentos. En cuanto ve a Niko, sorprendido, se pone de pie.

—¿Qué haces tú aquí de madrugada? ¿No vendrás a tocar el órgano?

—No me vendría mal un ratito a las teclas. Pero no. Ha sido casualidad.

—Me lo he encontrado en la puerta de la iglesia, mirando a las musarañas —dice exhausto Pío—. Mira cómo viene. Está arrecido de frío. ¡Y sin chaqueta ni abrigo!

—En mi país esta temperatura en invierno sería calor.

—Polonia es muy bonita, pero prefiero vivir en Sevilla. ¿O no, padre Salvador?

—Y eso que tú eres vasco, Pío.

El hombrecillo suelta una carcajada y vuelve a marcharse. Debe regresar a la furgoneta, en busca de más bolsas que ha ido recogiendo de los diferentes lugares asociados a la iglesia de El Salvador en los que la gente deja sus donaciones de comida.

—¿No es muy tarde para trabajar? —le pregunta Niko echando un vistazo a la habitación repleta de bolsas y cajas.

—Aunque no lo parezca, estamos muy ocupados durante el día. Los domingos especialmente. Además, a esta hora nadie nos molesta.

—Entiendo. Si quiere, puedo ayudar.

—Encantado. Cuantas más manos colaboren, mucho mejor. Pero, antes, dime qué haces dando un paseo nocturno. ¿Algún problema?

—Desde que lo conozco, no ha habido ni un solo día en el que no los haya tenido.

—¿Me estás acusando de ser gafe?

—¿Eso es pecado?

—No, Niko. Solo es una broma. ¿Qué ha ocurrido?

Aunque al principio duda entre si contárselo o no, acaba por explicarle el episodio que ha vivido esa noche con Triana y Cayetano. Le reconoce lo mal que está la relación con la chica y los escollos que no paran de encontrar en su camino. También le habla del puñetazo que le ha dado al exnovio de su pareja.

—La ira sí que es pecado, Nikolai. Uno de los siete pecados capitales.

—Ya lo sé. Mi abuelo siempre me decía que tengo muy mala leche. Se me cruzan los cables y puedo reaccionar de la peor manera.

—Eso no es bueno.

—Debo aprender a controlarme. Pero no es fácil para mí.

—¿Estás arrepentido de lo que has hecho?

—Creo que sí.

—¿Solo lo crees?

El joven se encoge de hombros y se sienta en la única silla que no está cubierta con paquetes de comida. Cayetano se merecía un escarmiento, aunque muchos digan que la violencia nunca está justificada. Él también lo piensa. Sin embargo, una cosa son las ideas y otra bien distinta los hechos.

—Estoy cansado, padre. Me sale todo mal.

—No es cierto. Cuando te acusaron de aquellos crímenes, se aclararon las cosas y te exculparon. Ahora mismo podrías estar en la cárcel enfrentándote a una pena larguísima.

—Pero me gustaría estar bien con Triana, que nuestra relación funcionara como en las primeras semanas.

—Ella se encuentra en una situación muy difícil.

—Y yo no hago más que meter la pata —reconoce Niko, que se recuesta y apoya la cara en la mesa—. Si su madre apareciera, todo sería diferente.

—Eso es seguro. ¿Se sabe algo nuevo?

—No, Salvador. Nada.

—¿Fuiste a ver a la mujer de la que me hablaste esta mañana?

—Sí, estuve con Santana. Todo un personaje.

El chico le relata su experiencia con María en el parque. Salvador escucha con atención, guardando silencio. Niko percibe algo extraño en el hombre y recuerda que le pidió que tuviera cuidado con ella. Cuando acaba, el sacerdote se persigna y reza en voz baja.

—A ti también te hizo lo de los ojos —comenta el cura con una sonrisa irónica—. No ha cambiado. Es peligrosa y una farsante.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué le sucedió con Santana para que le tenga tanta manía?

—¿Manía? No es la palabra adecuada, Nikolai. Esa mujer les ha hecho daño a muchas personas.

—También ha ayudado a otras, según tengo entendido.

Salvador niega con la cabeza. Coge varios saquitos de lentejas que ha separado y los coloca en una esquina junto a otros. Niko lo sigue con la mirada. Siente curiosidad por lo que ocurrió entre su amigo y aquella extraña señora.

—Yo le cuento mis problemas. ¿No va a contarme los suyos?

—No es interesante.

—¡Por supuesto que lo es! No me venga con esas.

—Ha pasado mucho tiempo, Niko. Si no me la hubieras mencionado, ni recordaría su nombre.

—Vamos, padre. Es lo más parecido que tengo a un amigo en Sevilla. ¿Qué sucedió? No me deje con la intriga.

—¿Somos amigos?

—Si me cuenta su historia con María Santana, sí. Si no lo hace, me buscaré otra iglesia a la que ir a tocar el órgano.

El comentario arranca una sonrisa a Salvador, que regresa a su asiento y echa mano de una cesta repleta de chocolatinas y caramelos. La vuelca sobre la mesa y comienza a separar los dulces en varios montones.

—Esto no lo he contado nunca. Ni siquiera a mis compañeros. Así que espero que seas una tumba o seré yo el que te envíe a otra iglesia a interpretar a tu amado Chopin.

—Le juro por Dios que no diré nada.

—No jures. Es pecado —le regaña el sacerdote, que acompaña su reprimenda con una sonrisa—. Esto pasó en los años ochenta. Estaba atravesando una crisis de fe. Sí, los curas también podemos llegar a dudar de lo que sentimos y creemos. Y yo no iba a ser una excepción —reconoció Salvador para, a continuación, iniciar su historia—. Recuerdo el día que conocí a esa mujer. Por aquel entonces, era una celebridad en Sevilla. Varias personas me habían hablado de ella, aunque nunca la había visto en la iglesia. Un domingo por la mañana, apareció en misa. Uno de los sacerdotes la reconoció y se acercó a saludarla. Me entró la curiosidad y también fui a presentarme. Me miró fijamente a los ojos, como si no fuera la primera vez que nos veíamos, y me dijo que le gustaría confesarse. Me sorprendió, pero acepté…

Sevilla, domingo, 8 de abril de 1984

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. Dígame, ¿de qué pecados se arrepiente?

María Santana no dice nada. Salvador piensa que no lo ha escuchado y repite la pregunta. Sin embargo, la mujer persiste en su silencio.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Desea que lo dejemos para otra ocasión?

—No me arrepiento de nada, padre.

—¿No? ¿Entonces qué hace en mi confesionario?

—Quería hablar con usted. A solas.

—No la comprendo. Esto es para...

—Sé para qué sirve este amasijo de madera —le interrumpe María—, pero yo no necesito contarle mis pecados. Se escandalizaría. Nunca he sido una buena mujer. He estado más cerca del diablo que de Dios.

Las palabras de Santana no le gustan a Salvador. ¿Lo está provocando?

—Si no tiene nada de lo que arrepentirse y no quiere el perdón de Dios, lo mejor será que se marche de la iglesia.

—Sé lo que le pasa, padre. La carne es débil y yo soy capaz de detectarlo.

—No tengo ni idea de a lo que se refiere, señora —responde el hombre, que abandona el confesionario muy molesto.

Santana lo sigue y le ruega que se detenga. La iglesia se ha quedado vacía. La mujer lo invita a sentarse a su lado en uno de los últimos bancos. Salvador no está muy por la labor, pero acaba aceptando. Todavía no comprende qué es lo que realmente quiere aquella mujer.

—El Salvador es una de mis iglesias preferidas de la ciudad —dice Santana con una gran sonrisa y los ojos brillantes—. Hacía mucho tiempo que no entraba.

—Opino igual. Es uno de los templos más bonitos de Sevilla.

—Cuánto habrán visto estas paredes, ¿verdad?

—Imagino que como todas.

La mujer entonces fija su mirada en los ojos de Salvador. Lo intimida de tal forma que siente un repentino escalofrío.

—Ella está bien.

—¿Quién?

—Lo sabes perfectamente —responde María, que cierra los ojos y alza los brazos.

—No, no lo sé.

—¿Acaso no conoces a Magdalena Suárez?

El rostro de Salvador palidece. No había sospechado que María fuera a nombrarla. La muerte de aquella muchacha le había hecho plantearse su dedicación. ¿Por qué Dios se la había llevado? ¿Por qué no había hecho lo mismo con él?

—Siento su energía —asegura Santana mientras abre de nuevo los ojos. Tiene la impresión de que son diferentes. ¡Hasta han cambiado de color!

—¿Dónde? ¿Por qué me hablas de ella?

—Porque te quería mucho —responde la mujer con una voz distinta, más aguda—. Tú también la querías.

—Todos la queríamos. Era muy buena.

—Es cierto, Salvador. Pero en tu caso era diferente. ¡Estabas completamente enamorado de Magdalena! —grita María, cuya voz retumba en toda la iglesia. Parece que ha entrado en trance—. Eso no está nada bien. Para un sacerdote como tú, es pecado mortal y tu penitencia será ir al infierno.

CAPÍTULO 22

TRIANA

Sevilla, lunes, 16 de diciembre de 2019

Esa situación ya la ha vivido. Niko se ha marchado de su casa y no ha vuelto en toda la noche, como sucedió en octubre. Fue justo antes de que lo detuvieran en la iglesia de El Salvador. Esta vez ha sido ella quien le ha pedido que se marche. Aunque Cayetano se haya comportado como un estúpido, el puñetazo que le ha propinado no admite excusas. No soporta la violencia.

Como la hinchazón en el pómulo no había remitido con hielo y el ojo se le había empezado a cerrar, había acompañado a su exnovio al centro de salud más cercano. El médico le recetó unos calmantes y unos antiinflamatorios. Luego lo llevó en moto a su casa.

Triana no ha dormido en toda la noche. Ha estado muy pendiente de la puerta y de si alguien volvía a entrar. Varias preocupaciones le rondan la cabeza.

—¿Ahora vas a contarme por qué dijiste que Brenda no es de fiar?

Había aguardado a que Cayetano se recuperara y se le pasara un poco el dolor para sacarle aquel asunto. Desde que se lo soltó, se lo ha estado preguntando.

—Sinceramente, no sé por qué te dije eso. No estaba bien. Soy gilipollas.

—No te creo. Algún motivo habrá.

—El alcohol. Brenda es una buena persona, Triana. Os conocéis desde hace mucho tiempo. No le des vueltas a una tontería que dije después de beberme varias latas de cerveza.

Cayetano trata de darle dos besos para despedirse, pero ella se los rechaza, así que el chico le entrega el casco y se dirige caminando

hasta el portal del edificio en el que vive. Triana va detrás. No se ha quedado conforme con sus respuestas.

—No me importa que salgáis juntos, aunque me fastidia que no me lo hayáis contado.

—Tienes razones para enfadarte. Es tu mejor amiga y yo tu ex. Pero no queríamos hacerte más daño.

—Esa es una excusa muy mala.

—Esa es la verdad. De ti depende si la crees o no.

—¿Por qué Brenda tiene el collar de mi madre?

—¿Qué collar? No sé de qué me estás hablando.

—Uno de ámbar. Brenda lo guardaba dentro de su armario.

—Ni idea. No lo he visto nunca.

Triana resopla, desea saber la verdad a toda costa, pero no va a insistirle más. Se siente muy cansada y quiere marcharse a casa. Cayetano tampoco está para interrogatorios y, además, le parece que ha sido sincero.

—No le cuentes nada de esto a Brenda, por favor. Se enfadará conmigo —le suplica antes de entrar en el edificio—. Hablaré con ella cuando llegue el momento.

La chica le promete que no se lo dirá. Aquel ha resultado ser otro día para olvidar. Últimamente no gana para emociones fuertes, la mayoría negativas. Le encantaría, por una vez, poder irse a la cama con una sonrisa y que durara hasta la mañana siguiente. Muy al contrario, esa noche ni siquiera puede pegar ojo. Se siente confusa. También temerosa de que alguien vuelva a entrar en su casa, así que ha escondido un cuchillo de cocina bajo la almohada. La soledad la inquieta, pero no piensa llamar a Niko ni a nadie. Piensa en sus padres. ¡Los echa tanto de menos! Más que nunca.

La despierta el teléfono. Eran en torno a las ocho y media cuando se quedó dormida; y ahora, en el reloj del móvil, pone que son las diez y cuarenta y tres. Es el comisario Gaviria quien, desde su teléfono personal, la llama. Por un momento, tras acordarse de la advertencia de Niko, que no se fía del policía, se plantea no responder. Sin embargo, termina contestando.

—¿Comisario?

—Hola, Triana. ¿Puedes hablar?

—Sí. ¿Ha pasado algo?

—Me gustaría que vinieras a la comisaría y que te acompañara

Niko.

La chica se frota nerviosa la mejilla. ¿Cómo le explica que ha vuelto a discutir con su novio y que no sabe ni dónde está?

—Yo puedo ir. Niko no está conmigo ahora mismo.

—¿Puedes avisarlo?

—No. Lo siento.

—Entiendo. No te preocupes. Te espero aquí entonces.

—¿No me puede decir el motivo por el que quiere que vaya?

—Lo hablamos mejor aquí. Hasta ahora.

El hombre cuelga. No parecía demasiado contento. Espera que no sean malas noticias. ¿Y si lo son? Mientras se viste, no para de pensar en lo que Gaviria tiene que decirle. ¿Tendrá que ver con su madre? ¿Han encontrado su cuerpo? Son minutos de un tremendo agobio. Se apresura para llegar cuanto antes a la comisaría de la Alameda de Hércules. El camino se le hace eterno. Una policía nacional la recibe en la puerta. La acompaña hasta el despacho de Arturo Gaviria sin explicarle nada. El comisario no está solo. Una joven se ajusta las gafas y sonríe al verla.

—¡Blanca! ¿Qué haces aquí? —exclama Triana cuando ve a la periodista sentada en una de las sillas del despacho.

—Creo que hemos venido a lo mismo —responde la chica antes de señalar con la mano a un joven que se le parece bastante pero es un poco más joven—. Te presento a mi hermano, Sergio.

El muchacho se levanta de la silla en la que lo han sentado y le da dos besos a la recién llegada. Después Triana le da un gran achuchón a su amiga, aunque con cuidado para no hacerle daño.

—¿Y Niko? —pregunta Blanca, extrañada al no verlo con ella.

—Ya te contaré.

—¿Habéis discutido?

—Bueno, a lo mejor algo más. Pero no quiero hablar de...

En ese instante, como si hubiese estado esperando su momento, la puerta del despacho se abre otra vez y aparece el joven polaco. Saluda con un gesto de la mano a los asistentes y se sienta en otra de las sillas. Triana traga saliva y ocupa el último asiento libre. Su corazón se ha acelerado. No solo por ver a Niko. La incertidumbre de aquella reunión la está devorando.

—Bien, chicos, gracias a los cuatro por venir —dice el comisario, que se queda de pie apoyado en la mesa—. Os he citado porque creo

que todos estáis en peligro. Después de los últimos acontecimientos y de la muerte de Luna González, es hora de tomar medidas. Porque creemos que también vosotros podéis ser un objetivo.

—¿Qué? ¿Luna ha muerto? —pregunta desconcertada Triana.

—Anoche fue asesinada de un disparo en la cabeza en Bellavista —responde Blanca, que coge la mano de su hermano—. ¿No te has enterado?

—No. No he mirado las redes sociales ni he encendido la televisión en las últimas horas. ¿Quién ha sido?

Sus ojos se centran en Arturo, que tose y examina un folio que tiene encima de la mesa. Subraya algo y responde a la pregunta de Triana.

—Han detenido al jefe de informativos de Guadalquivir TV, Marco Galiano. Estaba junto al coche de Luna cuando llegó la policía tras el aviso de Blanca. Por lo visto, había reservado una habitación de hotel en el que... habían quedado.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con ese crimen?

—Mis compañeros del distrito de Bellavista le han tomado declaración a Galiano y creen que no ha sido él. No tardarán en soltarlo.

Triana asiente y observa el rostro cansado de Blanca. Tenía previsto hacerle una visita. No imaginaba que terminarían encontrándose antes en la comisaría de policía.

—¿Y qué pintamos nosotros aquí? —interviene Niko.

—Como os he dicho antes, es muy probable que los cuatro estéis en peligro —responde Arturo—. En pocas horas, además de la muerte de Luna, han entrado en el piso de Blanca y en el de Triana.

—¿Cómo sabe eso? Yo no le he contado nada.

—Tu amiga Brenda nos ha llamado para decirnos lo que sucedió ayer, Triana. Deberías haber venido tú misma a avisarnos de lo ocurrido. Necesitamos estar informados.

—En la nota que dejaron en la habitación de Celia, pedían que no acudiera a la policía —responde Niko por ella—. Yo mismo le aconsejé que no dijera nada.

—En esos anónimos siempre ponen lo mismo: nada de policía. Pero nosotros estamos aquí para resolver este tipo de casos.

—De momento, mucho no habéis hecho para ayudarla.

—Estamos en ello, Nikolai. Aunque no te lo creas, no paramos de

trabajar para encontrar a su madre y averiguar quiénes están detrás de la muerte de su padre. No dudes eso ni un segundo, Triana. Por cierto, cuando puedas, haznos llegar esa nota para que la analicemos y busquemos huellas o alguna otra pista.

Las palabras de Gaviria no logran tranquilizarla. Por lo menos el motivo de aquel encuentro no es nada malo relacionado con su madre.

—¿El que estuvo en mi piso y nos atacó a mi hermano y a mí es el mismo que entró en la casa de Triana y asesinó a Luna? —pregunta asombrada Blanca.

—Manejamos varias hipótesis.

—Te lo dije —responde Sergio después de la respuesta del comisario—. Todo está relacionado. Y lo del incendio y el helicóptero también.

—Es una probabilidad, pero no tenemos ninguna certeza.

—Estoy convencido de que ese tío fue a por Luna después de atacarnos a nosotros. La siguió y acabó con su vida.

Sergio recuerda el incidente con el hombre del pasamontañas y cómo habían logrado librarse de él. Precisamente, la denuncia de aquel suceso es lo que los había llevado a la comisaría. Cuando Gaviria se enteró de aquel episodio, unido a la llamada de Brenda y al asesinato de Luna, decidió reunirlos a todos. No hay duda de que esos hechos, acaecidos el mismo día, no son fruto de la casualidad.

—¿Van a por nosotros? ¿Por qué?

—No lo sé, Triana. De momento solo es una suposición, pero, por vuestra seguridad, tenemos que tomar precauciones. Saben dónde vivís y lo que hacéis. Hay que actuar de inmediato.

—A mí no me ha pasado nada —comenta Niko mientras se pone de pie—. ¿Me puedo marchar?

—Contigo empezó todo. Chopin puede ser el origen. Eres la pareja de Triana y la detective Mayo fue quien intentó ayudarte para desenmascarar al verdadero asesino de las partituras. Así que pensamos que también puedes estar en peligro. Tal vez el que más.

—Eso es una gilipollez. Me voy.

—Como tú quieras, Nikolai. Eres libre para hacer lo que creas oportuno. Pero si te vas, no podré protegerte.

El chico abre la puerta, pero, cuando está a punto de irse, escucha la voz de Triana:

—Niko, por favor, quédate y escucha al comisario. Ya han pasado

demasiadas cosas negativas. Tengo miedo y no estaré tranquila sabiendo que podrías ser el próximo objetivo de esa gente. No te vayas.

El joven polaco sonríe mientras niega con la cabeza. Cierra la puerta y regresa a su silla.

—Tranquila. Simplemente iba a ver si algún poli de esta puta comisaría me podía ofrecer un café. Me he pasado la noche en vela, cargando cajas de comida. No pienso dejarte sola en esto.

CAPÍTULO 23

BLANCA

Sevilla, lunes, 16 de diciembre de 2019

Los cuatro han decidido aceptar la propuesta de Gaviria: vivirán durante un tiempo juntos en una casa protegida, vigilada por un equipo especial de la policía. No utilizarán sus teléfonos y no saldrán solos a la calle. El comisario les ha facilitado unos móviles de prepago y un par de ordenadores portátiles.

—¿Pero estáis bien?

La última llamada que Blanca ha hecho con su teléfono ha sido a su madre. No le revela lo que sucedió la noche anterior con el tipo del pasamontañas ni lo de su nueva vivienda temporal. Simplemente, le ha contado que su hermano se quedará con ella un tiempo para echarle una mano.

—Sí, no te preocupes. Sergio se ha prestado a ayudarme hasta que me recupere. Además, le vendrá bien distraerse después de lo de la chica.

—¿Qué chica?

—Su exnovia, mamá. Acaban de romper.

—¡Tu hermano no me cuenta nada! ¡Ni tú tampoco! Soy un cero a la izquierda.

—No exageres. Te contamos lo importante.

Mientras lo dice se frota avergonzada los ojos. Le está mintiendo, pero prefiere que sus padres no se enteren de lo que está pasando. Si estuvieran al tanto de lo que ocurre, se volverían locos y se asustarían mucho. Blanca también está preocupada por ellos y ha quedado con Gaviria en que durante unos días la policía se encargaría de custodiarlos sin que se dieran cuenta. Lo último que le dice a su madre es que van a aprovechar una oferta que han visto en Internet y

cambiarán de móviles.

—Posiblemente tengamos nuevos números. Ya os avisaremos.

—Esto es muy raro. ¿Seguro que estáis bien, Blanca?

—Que sí, mamá. Estupendamente.

—¿No nos estáis ocultando nada?

—Estamos bien. No te preocupes. Sergio y yo nos llevamos mejor que nunca. En una semana dejaré de andar con las muletas e iré a casa a que papá me prepare su famosa carrillada —intenta contentar Blanca a su madre porque intuye que sospecha algo—. Mira, aquí está mi hermano. Te lo paso.

Antes de darle el móvil al chico, tapa el micrófono y le recuerda que no debe contarle nada de lo que está sucediendo. También Sergio mantiene la última conversación con su madre antes de marcharse a la casa protegida.

La vivienda está situada en la zona de Los Bermejales. Es un chalé de dos plantas con cuatro habitaciones y un amplio jardín. La cocina y el salón se encuentran en la parte baja. Hay un baño completo arriba y otro más pequeño abajo. La casa cuenta además con un garaje y un trastero en el que disponen de lavadora y secadora.

Gaviria los informa de que siempre habrá una pareja de agentes, que los mantendrán vigilados las veinticuatro horas del día. Les pide que si ven algo raro, avisen de inmediato.

—Vuestra seguridad ahora mismo es lo más importante. Intentaremos resolver este asunto lo antes posible para que los cuatro descanséis tranquilos y podáis regresar a vuestra vida normal.

—¿Y si no encontráis a los malos?

—Los encontraremos, Nikolai.

—Espero que tengáis más éxito que con Celia Mayo.

Gaviria está a punto de replicarle, pero se contiene. Blanca se da cuenta de la tensión que existe entre el comisario de la Policía Nacional y el joven polaco. De reojo también observa a Triana. La nota muy preocupada, pero le alegra que vayan a compartir casa y tenerla tan cerca como antes del accidente de helicóptero.

Después de elegir habitación y deshacer las maletas, los cuatro se reúnen en el salón. Tienen mucho de lo que hablar. Es Niko el primero en tomar la palabra.

—Esto es innecesario. No comprendo qué hacemos aquí metidos. Así que, por mi parte, no os puedo asegurar que cumpla las reglas que

nos han impuesto.

—Han muerto varias personas y mi madre sigue sin aparecer. Yo lo que no entiendo es que no te des cuenta de lo grave que es la situación. El comisario nos está protegiendo y van a hacer un gran esfuerzo para mantenernos a salvo —replica Triana, que se ha sentado sola en uno de los sillones—. Si te expones tú, nos expones a todos.

—No me fío de Gaviria. Ya lo sabes.

—Estás en tu derecho de creer lo que quieras. Lo importante es que no pongamos las cosas difíciles durante el tiempo que estemos en esta casa. Cumplamos las normas y ya veremos qué pasa en los próximos días. No hay otra alternativa.

—Pienso como Triana —interviene Blanca, que tiene a su hermano al lado en el sofá—. Debemos colaborar para que la convivencia sea la mejor posible en los días que estemos aquí. A ninguno nos gusta esta situación, pero es lo que toca.

—Es lo que toca —repite Sergio en voz baja.

Blanca resopla y siente la mano de su hermano en el hombro en señal de apoyo. A él no le apetece estar ahí, aunque hará lo que le ordenen. Se lo ha confesado después de hablar con su madre.

—Vosotros os conocéis. Triana y tú sois amigas. Para mí será un infierno si se alarga la estancia. Echaré de menos hasta la universidad.

—No creo que eso suceda, hermano. Odias la facultad.

—Quizá yo pueda irme antes que vosotros —replica el joven.

—A ti te conoce también el encapuchado. Te ha atacado. Así que estás en peligro, como te ha dicho el comisario.

—¿Al entierro de Luna podremos asistir?

—Me parece que no, pero no lo he preguntado.

Gaviria le confirmó antes de marcharse de la casa que no era aconsejable que acudieran al funeral de la periodista. Aunque habría policías en el cementerio, por precaución, no convenía que asistieran.

—Yo no sé si aguantaré mucho tiempo aquí dentro —insiste Niko—. El padre Salvador se preocupará mucho si no doy señales de vida. Había quedado en ir a ayudarle con la campaña solidaria de Navidad.

—Todos tenemos a personas queridas a las que nos gustaría explicarles la situación y advertirles de lo que está pasando —replica Blanca, algo cansada de la actitud hostil del polaco—. Pero nos han pedido que no lo contemos. No sabemos quién puede escucharnos. Está más que probado que no nos podemos fiar de nadie.

—¿Eso lo dices por...?

Blanca piensa en Blas, luego en Luna. Ambos colaboraron para hacer estallar un paquete explosivo en la redacción del periódico. Los dos están muertos. Como Ana Benítez, la mujer del piloto.

—Por nadie en concreto. Pero debemos tener cuidado con lo que hacemos —responde la joven, que echa mano de sus muletas para ponerse de pie—. ¿Alguien quiere un vaso de agua? Hace mucho calor en este sitio. Me parece que la calefacción está puesta a tope.

—Voy contigo —dice Triana.

Escuchan protestar una vez más a Niko, que busca el mando de la calefacción para bajar el termostato unos grados. Las dos chicas entran en la cocina. Blanca abre el frigorífico y ve una botella de agua mineral. Es lo único que hay. Le han entregado a uno de los agentes una lista de cosas que necesitan para que se las lleven lo antes posible. También han pedido ropa para Sergio, que se ha llevado la que tenía en casa de su hermana, pero solo le daría para dos o tres días más.

—Como has podido comprobar, Niko y yo no estamos en nuestro mejor momento —dice Triana al tiempo que alcanza dos vasos de uno de los armarios—. Espero que eso no afecte a la convivencia del grupo.

—¿Qué es lo que ha pasado entre vosotros? Lo veo muy irascible.

Blanca escucha con atención a su amiga, que le reconoce que cada día que pasa, y su madre sigue sin aparecer, sus ánimos van hundiéndose más y más. Y además ha descubierto que sus sentimientos hacia su novio no están muy claros. Aunque sabe que él no es el responsable de la desaparición de Celia, en su interior no puede evitar culparlo de lo sucedido. Además, le pegó un puñetazo a Cayetano la noche anterior y eso acabó por intensificar la crisis que están viviendo.

—Ha sido muy paciente y bueno conmigo en estos dos meses, pero me ha terminado agobiando. Discutimos con frecuencia y nos enfadamos con demasiada facilidad.

—¿Sigues enamorada de él?

—No lo sé. Lo quiero. Me hace falta. Aunque no sé si es amor. Ojalá toda esta mierda se acabe pronto y pueda plantearme las cosas con más tranquilidad.

—Todo ha ido muy deprisa. En realidad, a Niko lo conoces desde hace poco.

—Lo sé. Fue un flechazo —comenta Triana después de beber un trago de agua—. Con Cayetano estuve dos años, pero la relación se fue apagando y fue en ese instante cuando llegó Niko. Tengo que reconocer que mis sentimientos saltaron por los aires. Con él era muy diferente a lo que había vivido hasta ese momento. Los primeros días fueron increíbles, a pesar de lo que estaba sucediendo. Pasión, complicidad, deseo...

—Y esos fuegos artificiales se han terminado.

—Digamos que están en pausa.

A su amiga se le humedecen los ojos. Blanca desea abrazarla y ofrecerse para lo que necesite. Sus sentimientos no están en pausa. Sabe que se ha enamorado de Triana y que no tiene ninguna posibilidad de que sea recíproco. Pero el tiempo que estén juntas en esa casa va a tratar de aprovecharlo. Tal vez sea peor el remedio que la enfermedad y su corazón termine por romperse del todo.

—Ya he bajado la calefacción —dice Niko tras entrar en la cocina. Se ha quitado la sudadera, que ahora lleva sobre los hombros —. ¿Hay agua fría?

Triana llena un vaso y se lo da. Sin decir nada, vuelve a meter la botella en el frigorífico y se marcha. Blanca contempla al chico, que se bebe el agua de un tirón. Le da rabia. Él dispone de lo que ella no podrá tener jamás. No es consciente de lo afortunado que ha sido y, de alguna forma, lo ha estropeado.

—¿Por qué me miras así? —le pregunta Niko, que se da cuenta de que la periodista lo observa fijamente—. ¿Te pasa algo conmigo?

—De momento no. Pero cambia tu actitud.

—Es complicado. No va a ser fácil para mí estar aquí dentro.

—Para mí tampoco y no estoy protestando todo el rato.

—No quiero estar encerrado en una casa.

—Es por tu seguridad y también por la nuestra.

—He vivido mucho tiempo solo y sé cuidarme. No necesito a la policía. Si no han acabado conmigo ya, no van a conseguirlo ahora.

—Déjate de tonterías, Chopin. Eres un estúpido y un arrogante.

El joven se sorprende al escuchar los insultos de Blanca. También a la chica le desconcierta su atrevimiento. Lo ha dicho sin pensar. Pero esas palabras no le han salido de dentro solo por la actitud hostil de Niko, vienen de la frustración que siente por tener delante al tipo del que Triana está enamorada. Porque, aunque ahora no pasen por su

mejor momento, está convencida de que lo sigue queriendo. Y eso es lo que más le duele.

Niko va a contestarle cuando Sergio entra en la cocina. Parece nervioso y respira agitado.

—Acaban de decir en las noticias que han soltado a Marco Galiano. No es el asesino de Luna. Eso significa que el culpable está libre.

—Podría ser el encapuchado que nos atacó a nosotros —señala preocupada Blanca.

—Podría ser cualquiera —interviene Niko mientras suelta el vaso en el fregadero—. Seguiré las normas de la casa e intentaré no molestaros mucho. Sigo pensando que esto es un error y que las cosas podrían hacerse de otra forma.

—Por lo menos aquí estaremos seguros.

Niko mira a Sergio y niega con la cabeza. Después abandona la cocina.

—Estamos seguros, ¿verdad, hermana?

Blanca se acuerda en ese instante de que Luna le dijo que si la policía no hacía bien su trabajo, ella se encargaría de descubrir la verdad. Ahora está muerta y nadie sabe quién la asesinó.

—Eso espero, Sergio. Eso espero.

CAPÍTULO 24

NIKO

Sevilla, lunes, 23 de diciembre de 2019

La semana ha transcurrido tranquila. Más de lo que imaginaba. Blanca no le ha molestado y Sergio le parece un buen chaval. No son los mejores amigos, pero se toleran e incluso han mantenido charlas interesantes sobre deporte, música y cine. Juntos han hecho ejercicio cada día y se han divertido jugando al *ping-pong* en una mesa que tienen en el garaje.

Con Triana las cosas no van tan bien. Es cierto que apenas han discutido y que ambos han tratado de mantener las formas. Sin embargo, nota que su relación se está apagando. Nada es lo que fue. Ni siquiera han dormido juntos o se han besado.

—¿Me pasas la sal, por favor?

Niko coge el salero que tiene a su derecha y se lo entrega a Triana. La chica le da las gracias y continúa comiendo una ensalada de tomates, atún y aguacates que ha preparado Blanca. Ni lo ha mirado. Ninguno de los cuatro presta demasiada atención a la televisión, en la que tienen puestas las noticias de El Guadalquivir TV. Hasta que el presentador del informativo lee una última hora.

> «Hace ocho días que nuestra compañera Luna González apareció muerta en su coche, con un disparo en la cabeza, en la zona de Bellavista. Nos acaba de llegar una información de la policía según la cual se busca a un varón de raza blanca, de entre metro ochenta y metro noventa de estatura, de cuarenta a cincuenta años, con la cabeza rapada y botas de militar. El sospechoso conduciría un vehículo rojo, cuya matrícula terminaría con las letras FGR. Al parecer, un testigo vio a un individuo con estas características pocos minutos antes del asesinato de Luna en el lugar del suceso. Si tienen alguna información al respecto, pónganse en contacto con las fuerzas del orden en uno de los números que aparecen sobreimpresionados en su pantalla...».

—¡Dios mío! ¿Es el mismo tipo que nos atacó a nosotros? —exclama Sergio, que se ha levantado muy alterado—. ¡Se parece!

—Es posible. Nosotros no le vimos la cara porque llevaba un pasamontañas. Las características encajan, aunque habrá miles de personas con un físico parecido.

—¿Miles? Millones —responde Niko a Blanca—. No sé si la policía se está marcando un farol. Están un poco desesperados.

—¿Por qué harían eso? —pregunta la periodista.

—Para que parezca que avanzan en el caso, que no se han estancado, como me da la impresión.

—No tiene mucho sentido —lo contradice Triana—. Han dado hasta las letras de una matrícula como referencia. No creo que se lo hayan inventado.

—Yo tampoco creo que se lo hayan inventado —comenta Blanca—. No habrían sido tan precisos. La persona que han descrito se parece mucho a la que entró en mi piso y nos atacó. A pesar del pasamontañas, me pareció que no tenía pelo.

Niko pincha un aguacate y se guarda para sí lo que piensa. Son dos contra uno y no le apetece discutir. No confía en la policía. Su abuelo le habló de varios casos en los que habían mentido para poner nerviosos a los delincuentes. Decía que a veces había que mover el avispero para comprobar si las avispas estaban dentro.

—Ojalá atrapen al asesino de Luna —interviene Sergio—. Así a lo mejor nos permiten irnos.

—Mañana nos dejarán libres —proclama sonriente Blanca—. He hablado con el comisario para que podamos pasar la Nochebuena con nuestros padres. Ya le he dicho a mamá que iremos.

—¿Mañana ya es Nochebuena? Joder, ni me había enterado. No sé ni en qué día vivo.

—Le he pedido a uno de los agentes que esta tarde nos acompañe a comprar un par de regalos por la zona. Nos han dado permiso.

Sergio celebra las noticias que le da su hermana. En cambio, Triana se levanta de la mesa en silencio, con los ojos llorosos. Niko se da cuenta y va tras ella. La chica entra en la cocina y vierte las sobras de su plato en el cubo de la basura.

—Sé que estas fechas van a ser duras para ti. La primera es siempre la más difícil.

—Ya perdí a mi padre. Sé lo que se siente.

—Por lo menos nos tenemos el uno al otro, ¿no?

Triana no responde. Enjuaga el plato y los cubiertos que ha utilizado y los mete en el lavavajillas. Niko suspira resignado. Recuerda cuando murieron sus padres en el accidente de tráfico. Se quedó con su abuelo, que apenas le prestó atención en esas primeras Navidades sin ellos.

—¿Vamos a estar así siempre?

—No tengo ganas de hablar, Niko. Voy a echarme un rato.

—Sé que es muy duro todo lo que estás pasando, pero la vida sigue.

—¿La vida sigue? No, la vida no sigue —le responde molesta Triana—. La vida se paró el día que murió mi padre. Y volvió a detenerse cuando mi madre desapareció.

—He vivido lo mismo que tú y aquí estoy.

—Cada uno nos comportamos de manera distinta.

—Mantén la esperanza. No tires la toalla.

—Y tú no me repitas que mi madre está viva.

La joven se seca los ojos con las manos y camina deprisa hacia las escaleras. Niko la observa apenado. Cada vez es más complicado mantener una conversación sin acabar discutiendo. En los últimos días se habían dado una tregua, prácticamente no habían hablado. Pero la realidad es la que es, aunque no la asuma.

—No la presiones —le aconseja Blanca, que iba camino de la cocina y ha sido testigo de la escena—. La estás agobiando.

—No era mi intención.

—Da igual la intención. No va de eso. Triana no está bien y debes entenderla.

—Solo quiero lo mejor para ella.

—Déjala tranquila entonces.

A Niko no le gusta el tono que Blanca emplea. Lo está acusando de manera injusta. Él no es el culpable del sufrimiento de Triana.

—No estarás intentando alejarla de mí para tu propio interés, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—De que a lo mejor no soy el único que está enamorado de Triana en esta casa.

—Menuda tontería. Paso de ti.

La chica se marcha enfadada dejando a Niko con la palabra en la

boca. Hace tiempo que piensa que a Blanca le gusta su novia. Lo ha notado en comentarios, miradas y alguna que otra sonrisa. Tal vez ese sea el motivo por el que no le cae bien a la periodista.

La televisión sigue encendida en el salón, pero no hay nadie viéndola. Se sienta en el sofá y va cambiando de canal sin pararse en ninguno más de cinco segundos. Triana hacía lo mismo cuando se quedaban solos. Recuerda aquella semana en la que se escondió en su casa del barrio de Santa Cruz. Pedían *pizza*, le daba masajes en los pies y se pasaban las horas hablando de cualquier tema. Entonces era él quien no atravesaba un buen momento y ella quien lo animaba. Se han cambiado las tornas, pero él no logra ayudarla a sentirse mejor. Al contrario: cada cosa que hace o dice no hace sino empeorar la situación entre los dos.

La puerta de la casa se abre. Niko se gira y ve entrar a uno de los agentes que vigilan. No conoce su nombre de pila, solo que se apellida García.

—¿Qué tal estáis hoy? ¿Muy aburridos? —le pregunta el hombre, que se acerca al sofá para estrecharle la mano.

—Sergio y yo hemos estado jugando dos horas al *ping-pong*. Lo he machacado, así que no ha estado tan mal la mañana.

—Algún día te retaré —dice García, que simula golpear una bola con una raqueta—. Han venido a verte.

—¿A mí? ¿Quién?

—Un viejo amigo. Ven conmigo.

A Niko le sorprende que alguien haya ido a verlo. No le ha comentado a nadie lo que le está pasando ni dónde se esconde. Ni siquiera al padre Salvador, aunque le dieron permiso para llamarlo desde el móvil de prepago para contarle que estaría unos días sin aparecer por la iglesia. El cura se extrañó, pero no le pidió explicaciones. Es la única persona con la que ha contactado en esa semana.

García lo acompaña hasta el garaje y le pide que espere. No le dice de quién se trata ni para qué ha ido. Niko se pone nervioso, aunque enseguida aparece el misterioso visitante.

—¡Chopin! ¿Qué has hecho para que te metan aquí?

Gerardo Muriel, que viste de paisano, le da un abrazo tan fuerte que siente que le falta el aire.

—Te he traído unos pastelitos de La Campana, que sé que te

encantan —dice el subinspector mientras deposita sobre la mesa de *ping-pong* un paquete envuelto—. Son para ti, pero compártelos con tus compañeros si quieres.

—No sé si podré resistirme.

—Eres un goloso, Chopin.

—¿Qué haces aquí y cómo te han dejado venir?

—Me enteré en la comisaría. Pedí permiso a los jefes y, a regañadientes, me han permitido hacerte una visita.

—¿Así de fácil?

—Para nada. Ha sido muy complicado aun teniendo enchufe. Estáis muy bien custodiados. Después de lo que ha pasado, no me extraña que os protejan. He estado informándome y el caso es muy serio.

Muriel le explica que la UCO, la Unidad Central Operativa, ya forma parte del operativo. Hay gente importante que ha llegado desde Madrid para hacerse cargo de la investigación.

—Entre tú y yo, Chopin, en el mismo dosier han incluido las carpetas de la muerte de Lolo Velázquez, la desaparición de Celia Mayo, los crímenes de Montesorín, el accidente del helicóptero, el ataque a Blanca Sanz y su hermano y el asesinato de Luna González. ¡Ah! Y la muerte de la mujer del piloto en el incendio de su casa.

—¿Al final fue provocado?

—Nosotros manejamos esa información, aunque la prensa dijo lo contrario. Quizá porque alguien lo pidió. No te puedo contar más, porque a mí me explican lo justo. Pero sé qué carpetas han solicitado los de la UCO porque yo mismo se las entregué.

A Niko no le sorprende. En esos días confinados han hablado en varias ocasiones de todos aquellos sucesos y la conclusión siempre era que, por fuerza, debían de estar relacionados entre sí. Tiene que haber un hilo conductor, de momento invisible a sus ojos, que los une. Los cuatro protegidos en aquella casa forman parte de la trama y han estado presentes de una manera u otra en alguno de los hechos.

—¿Y se sabe algo de quién está detrás de estos crímenes?

—Se lleva con mucho secretismo. Debe de ser algo gordo, Niko. De dimensiones desproporcionadas —comenta Muriel echando un vistazo hacia arriba—. García me ha dicho que aquí no hay cámaras, pero no me fío mucho.

—¿Hay cámaras en la casa?

—Dentro imagino que no, sería un delito. Pero alrededor han colocado unas cuantas.

—No nos han avisado.

—Sospecho que hay más cosas que no sabréis. No os lo pueden contar todo.

El joven asiente. Seguramente Gerardo tenga razón. Aunque los estén protegiendo, considera lógico que haya circunstancias que la policía no esté dispuesta a revelarles. ¿Por seguridad? ¿Por que forme parte de la investigación? No lo sabe. Solo espera que no se estén saltando las normas y les hayan puesto cámaras o micrófonos en el interior de la casa.

—Una cosa más, Chopin —le dice Muriel mientras echa mano a su móvil para escribir un mensaje y mostrárselo.

Disimula y no muestres sorpresa por lo que
te voy a decir. Ríete.

Gerardo suelta una carcajada mientras escribe de nuevo en su teléfono. Niko no comprende lo que está pasando, pero obedece al subinspector y también se ríe. Cuando el hombre termina, vuelve a enseñarle el móvil.

El otro día estuvo en la comisaría María
Santana. La escuché hablar de ti y de Celia Mayo.
La persona a la que vino a ver fue al comisario
Gaviria.

CAPÍTULO 25

BLANCA

Sevilla, lunes, 23 de diciembre de 2019

No aguanta a ese polaco. Es un gilipollas. ¿Quién se cree que es para soltarle algo así? Espera que, tras aquella discusión, Niko no le diga a Triana que sospecha que su amiga está enamorada de ella.

Blanca se deja caer sobre la cama con un enfado de mil demonios. Lo que sienta y pase por su cabeza respecto a Triana no es asunto suyo. ¿A ese tío no le basta con agobiar a su novia y hacerla sentir mal hasta el punto de poner en peligro su relación de pareja?

El cansancio provoca que se le abran y cierren los ojos constantemente, hasta que finalmente se duerme. No había soñado con el accidente desde su llegada a la casa protegida, pero ahí está otra vez: de nuevo la misma pesadilla. En esta ocasión quien viaja en el interior del helicóptero, a su lado, es Triana.

—¿Qué le ha pasado al piloto? —pregunta, fuera de sí, su amiga.

—¡Está inconsciente! ¡Nos vamos a estrellar!

—Siento mucho lo que he hecho. Perdóname, por favor.

Blanca no entiende a qué se refiere Triana, que junta las manos y reza. ¿Por qué está pidiendo perdón? El helicóptero se estrella y a quien ve ahora es a Mercedes Reinoso. No hay rastro de su amiga, pero sí reconoce su voz.

—Oye, ¿te encuentras bien? —le pregunta Triana cuando abre los ojos—. Te he escuchado gritar desde mi habitación.

Enseguida llega también Sergio, alertado por los gritos de su hermana.

—He soñado con el accidente de helicóptero, aunque esta vez aparecías tú y no Mercedes Reinoso —le dice muy nerviosa a Triana —. Ibas conmigo dentro. Pero... he recordado algo que hasta el

momento no me había venido a la cabeza.

—¿El qué? —pregunta ansioso su hermano.

—El piloto se desmayó. Nos estrellamos porque perdió el conocimiento en pleno vuelo.

—¿Estás segura de eso?

Blanca cierra los ojos y recrea aquel instante en su mente. Sí, lo recuerda ahora con total claridad. Sucedió tal como lo ha visto en el sueño, aunque, en lugar de Triana, fue Mercedes quien se puso a rezar después de que el piloto se desvaneciera.

La chica se lo explica a su amiga y a su hermano. Pese a la impresión de revivir de nuevo el accidente, está emocionada por haber podido recuperar parte de sus recuerdos.

—¿Y sabes qué le pasó al piloto? —pregunta Sergio cuando ha concluido el relato.

—De eso no tengo ni idea, pero estoy convencida de que se desmayó. Y por esa razón el helicóptero impactó contra la Giralda.

—¿Lo envenenaron? ¿Le dio un infarto?

—Es posible. Seguro que algo le sucedió —insiste Blanca—. Su mujer ya se lo dijo a Luna. Defendía que su marido era un gran piloto y que jamás se habría suicidado. Tampoco creía que estrellara el aparato por un error humano ni para atentar contra nadie. Y descartaba cualquier problema de salud de Francisco, ya que hacía poco que le habían realizado una revisión y los valores de la analítica eran normales. No sufría del corazón.

—¿Y por eso asesinaron a Ana Benítez? ¿Porque estaba convencida de que a ese hombre le habían hecho algo para que se estrellara con el helicóptero? —interviene Sergio.

—Tiene toda la pinta. Aunque no estoy cien por cien segura de que lo envenenaran. Solo sé que se desmayó mientras sobrevolábamos Sevilla.

Esa posibilidad ya la intuía. Lo que realmente llama su atención es lo que ha recordado de Mercedes: su jefa, al contemplar ante sí su inminente muerte, pedía perdón de forma desesperada. ¿Qué vino después del impacto? Cierra los ojos e intenta encontrar en su memoria ese recuerdo perdido. Imposible. Su mente se bloquea a partir de ahí, como si topara con un muro de piedra.

—Necesito encontrar a alguien que me ayude a recordar —dice Blanca ante la atenta mirada de Sergio y Triana—. Luna, antes de

morir, fue a ver a un psicólogo para pedirle consejo.

—¿Y qué le dijo?

—No lo sé. Con el lío del encapuchado que entró en el piso, no llegamos a hablar del tema. Era un colega de Marco Galiano, el director de informativos al que detuvieron —responde Blanca a su amiga—. El terapeuta se llama Juancho Arrieta, y colabora en El Guadalquivir TV.

—Sé quién es. Lo he visto alguna vez en la tele. Un tipo curioso —afirma Triana—. ¿Crees que él podría ayudarte?

—Es un psicólogo reputado. No sé lo que habló con Luna. De todas maneras, dudo que me permitan hacerle una visita.

—Pregúntaselo al comisario. Tus recuerdos podrían servir para aclarar algunas cosas en la investigación.

—Eso pensaba Luna, hermano.

A Sergio se le nota que todavía le dura la tristeza por la muerte de la periodista. También Blanca piensa en ella y en lo último que le contó por teléfono, justo antes de que la asesinaran. Luna llegó a admitir que había colaborado con Blas en la planificación y elaboración del artefacto que explotó en *El Guadalquivir*. La policía acababa de descubrir en su casa los restos de los preparativos del paquete bomba, aunque no han emitido ningún informe oficial sobre el asunto. El amor, en ocasiones, es tan tóxico que hace que te comportes de forma inconsciente. Es lo que a Luna le ocurrió con Blas.

—¿A qué hora os vais de compras?

—Cuando García nos avise —responde Blanca, que nota a su amiga apesadumbrada. La ha delatado el fino hilo de voz que le ha salido al hablar—. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Así te distraes y te da un poco el aire frío en la cara. Llevamos muchos días encerrados en esta casa.

—No, gracias. Estoy bien.

—Anímate, mujer. Será divertido salir de excursión un rato —le insiste Sergio.

—No os preocupéis. Me pondré a leer. Tengo el libro de Manel Loureiro por la mitad y está muy interesante.

Blanca sabe que Triana miente, que no se encuentra bien. Le gustaría que fuera con ellos a comprar los regalos de Navidad para sus padres, pero no quiere presionarla. Ha criticado a Niko por hacer precisamente eso.

—¿Quieres que te compremos algo?

Triana, que tiene los ojos llorosos, niega con la cabeza. Blanca mira a su hermano y le pide con la mirada que salga de la habitación. Sergio capta el mensaje y, cuando se va, cierra la puerta tras de sí para que las dos chicas puedan hablar a solas.

—Soy una carga. Lo siento —dice Triana y, pesarosa, chasquea la lengua.

—¿Carga tú? ¡Para nada! ¿Me has visto a mí? Tardo tres minutos en subir la escalera.

—Pero ya lo haces sin muletas.

—Sí, pero me siento todavía muy torpe. Me canso demasiado cuando camino.

—Es cuestión de tiempo. Has mejorado mucho en esta semana.

Blanca sonríe y se remanga para mostrarle los músculos de los brazos.

—Toca, toca. Me estoy poniendo fuerte como el vinagre.

—Dentro de poco le ganarás los pulsos a tu hermano.

Sergio y Niko habían competido en esos días para ver quién era el más fuerte de la casa. La mayoría de veces los pulsos los ganaba su hermano, que, tras su victoria, siempre lucía las bolas de sus bíceps en señal de imponente victoria. Blanca se metía con él: le decía que era una manera muy primitiva de marcar territorio.

—Gracias por intentar animarme —dice Triana mientras apoya una mano sobre la pierna de Blanca—. Eres muy buena conmigo. Siempre lo has sido.

—No es nada. Para eso están las amigas, ¿no?

—No todas las amigas se comportan igual. Tú me has cuidado desde que nos conocimos. Incluso estando sin fuerzas y malherida en la habitación de un hospital, seguiste interesándote por la desaparición de mi madre y por mí. Eso no lo hace cualquiera y te lo agradezco. De verdad, Blanca, me encantaría compensarte de alguna manera.

La periodista se ha puesto muy nerviosa. La chica a la que ama tiene una mano sobre su rodilla y la acaricia con suavidad mientras dibuja pequeños círculos en la tela de su pantalón de pijama. Sabe que solo es un gesto cariñoso, una señal inocente de amistad. Espera que no se dé cuenta de su excitación. Debe de estar rojísima, porque el rubor le quema la cara. Le encantaría que se tumbara a su lado y

devorarse a besos.

—Te tiembla la pierna. ¿Es normal?

—Es un efecto secundario del accidente. De vez en cuando me pasa. Mi cuerpo va por su cuenta.

Triana aparta la mano y Blanca se incorpora. Le siguen ardiendo las mejillas. Sufre entonces un fuerte pinchazo en la sien. Otra vez ese dolor insoportable. Procura disimularlo para no preocupar a su amiga, pero no lo consigue. Agacha un poco la cabeza y se la sujeta con ambas manos.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te duele la cabeza?

—Un poco.

—¿También es un efecto secundario del accidente?

—Creo que sí. A veces me dan pin... chazos.

Blanca cierra los ojos, atrapada en su dolor. Experimenta uno de esos frecuentes *flashes* y ve a Mercedes Reinoso. La directora del periódico tiene la cara ensangrentada. Le da un billete y la chica se lo guarda en el bolsillo de la chaqueta. Cuando abre los ojos, se encuentra con el rostro de Triana delante, a pocos centímetros del suyo. Su amiga se inclina sobre ella y le da un beso en la parte izquierda de la cabeza; luego en la derecha. La mira a los ojos, fijamente, mientras siente las yemas de sus dedos deslizándose por la frente.

—¿Te alivia esto? —pregunta Triana mientras le masajea la sien.

—Muchísimo. Es una pasada.

—Me alegro de que te sirva. Cierra los ojos y relájate.

—Si cierro los ojos...

—¿Qué?

«Soy capaz de lanzarme y besarte en la boca hasta que nos quedemos sin aliento. Comerte entera, de arriba abajo, mientras te prometo que algún día seremos felices. Sin agobios ni planes a largo plazo. Te amaría por encima de todas las cosas...».

—Si cierro los ojos, veo cosas que no quiero ver —responde Blanca. Está temblando.

—¿Sí? ¿Como qué?

—Como... Espera un momento.

Blanca se pone de pie y, cojeando, se desplaza hasta el armario. Busca entre los abrigos que se ha traído de casa y encuentra la chaqueta vaquera que llevaba el día del accidente. Su madre la lavó y,

aunque tiene algún raspón, se conserva en buen estado. No quiso deshacerse de ella porque es una de sus favoritas.

—He soñado con esta chaqueta. Mercedes me dio esto.

La joven saca de uno de los bolsillos un billete de veinte euros. Se nota que ha pasado por la lavadora, porque está desteñido.

—¿Mercedes Reinoso te dio ese billete?

—Sí, antes de morir.

La chica le da la vuelta y entonces ve un número escrito en azul en una de las esquinas del billete. Lo estira y se da cuenta de que empieza por seis.

—¡Es un número de teléfono! —exclama la periodista sorprendida.

Triana y Blanca se sientan en la cama y examinan el billete con cuidado. Al unísono leen en voz alta los números que hay escritos.

—Seis, siete, seis, cinco, cero, dos, uno...

—¿Y los dos últimos? —pregunta confusa la periodista.

—No se ven bien. Están bastante borrados. ¿Pueden ser dos sietes? ¿Dos unos?

—¿Dos cuatros? Es muy complicado saberlo.

—¿A quién pertenecerá este teléfono?

—Me encantaría saberlo —responde Blanca, que cierra los ojos y los aprieta, como intentando recordar algo más—. Y también me gustaría saber por qué Mercedes me lo dio antes de morir. Ese sí que es un gran misterio para el que no tengo respuesta.

CAPÍTULO 26

SERGIO

Sevilla, lunes, 23 de diciembre de 2019

El policía nacional que los acompaña no es García, que se ha quedado con Triana y Niko. Aunque no es la primera vez que lo ven, no saben su nombre. Es un tipo joven, alto, rubio y con marcado acento sevillano. A Sergio y Blanca no les importa la identidad del agente, sino que por fin han salido de la casa después de una semana encerrados. La chica se ha llevado las muletas, aunque ya ha empezado a moverse sin ellas. Caminan por la calle como si fuese la primera vez que recorren Sevilla. Eso sí, la zona no es la más bonita de la ciudad: está a las afueras y casi todo lo que ven son edificios residenciales de construcción reciente.

—Me han dicho que hay una calle con varias tiendas donde podéis comprar lo que necesitéis —dice el policía mientras muestra su móvil a los hermanos para que puedan ver el mapa—. Por aquí, por favor.

El joven los guía hasta una avenida efectivamente repleta de tiendas. La mayoría son pequeños comercios y bares. No hay mucha gente paseando en ese momento.

—¿Ya sabes lo que vamos a comprar? —pregunta Sergio, que no ha pensado en nada que regalarle a sus padres.

—No. ¿Vamos a medias?

—Yo no tengo un euro. Págalo tú y, cuando volvamos a casa, te lo devuelvo.

—Qué cara más dura.

—Tú trabajas. Yo todavía me mantengo con lo que me dan papá y mamá. Parte de lo que tenía ahorrado me lo gasté en... un regalo para mi ex.

—¿En serio?

Sergio asiente avergonzado. Ahora cree que aquello fue una estupidez. ¿Un colgante para arreglar lo que ya estaba roto? Absurdo e innecesario. Pero en ese momento lo vio como una posible solución. Evidentemente, de nada sirvió.

—¿Vero era tu primera novia?

—De más de tres meses sí. Aunque he tenido algún que otro lío.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste, hermana. No eres tú la única que liga a través de aplicaciones.

—Creía que te tirabas todo el día en casa jugando a la consola.

—Tienes un concepto equivocado de mí.

—Lo que he visto y papá y mamá me han contado.

No le molesta que Blanca piense eso porque tampoco es que él haya hecho demasiado para que su hermana y sus padres sepan quién es de verdad. No se ha dado a conocer y se ha mantenido al margen de casi todo respecto a su familia. ¿Se arrepiente? Tal vez un poco. Sobre todo ahora que ha estrechado lazos con Blanca. Han perdido años ignorándose o lanzándose pullas cada vez que se veían o hablaban por teléfono.

—Pensabas que era un imbécil.

—Algo así. El mismo concepto que tú tenías de mí. A lo que hay que sumarle lo de egoísta y presuntuosa, ¿no?

—No. Jamás he pensado eso de ti —responde el chico sonriendo—. Bueno, ¿dónde entramos?

La primera parada la hacen en una tienda en la que venden objetos antiguos. Compran una pluma y un tintero para su padre. También se llevan sesenta hojas de papel pergamino para que pueda escribir como se hacía en la antigüedad. Para su madre no encuentran nada en los siguientes comercios en los que entran. Hasta que finalmente descubren un paraguas de gatos negros muy llamativo en una pequeña tienda al final de la calle. No es barato, pero terminan comprándolo.

—Ya no se podrá quejar de que nunca tiene paraguas cuando llueve —dice Sergio mientras envuelven el regalo con papel de colorines.

—Espero que no lo pierda.

—Más le vale, con lo que ha costado.

Los chicos se despiden del dueño de la tienda y salen a la calle, donde los espera el joven policía. Está mirando el móvil y parece preocupado, pero el semblante le cambia en cuanto los ve.

—¿Habéis acabado? —les pregunta.

—Todavía no. Me gustaría comprar algo más. —Blanca señala un bazar chino frente a ellos.

—Yo no quiero nada.

—Para ti no es, tonto. Le voy a regalar algo a Triana. A ver si así se anima un poco.

—Sabes que tiene novio, ¿verdad?

Las palabras de Sergio hacen que su hermana se ponga colorada. La chica suelta un bufido y avanza hacia el bazar lo más deprisa que las muletas le permiten. Era simplemente una broma, aunque en esos días de convivencia se ha dado cuenta de que Triana no es solo una amiga para Blanca. Le da un poco de pena porque cree que está condenada a sufrir si pretende tener algo más con ella.

—Tengo que comprar tabaco —le dice el policía, que parece inquieto—. Hay un estanco aquí al lado. ¿Te importa que me acerque un momento?

—No te preocupes. Sin problema.

El policía le da las gracias y se marcha corriendo. Sergio sigue los pasos de su hermana y se queda esperando en la puerta del bazar. No quiere molestarla. Si estuviera enamorado de alguien, también querría cierta intimidad para comprar un regalo. Sin darse cuenta, se pone a pensar en Luna. Ni siquiera pudo asistir a su entierro. Cuando las aguas vuelvan a su cauce, irá al cementerio para llevarle flores. Le duele no haber hecho más y que su vida terminara de esa forma. Fue un error no denunciar a aquel tipo en cuanto sufrieron el ataque. Si a la periodista la mató la misma persona que los agredió, nunca se lo perdonará.

De repente suena el móvil. Todavía no se ha acostumbrado a aquel teléfono de prepago. Es extraño, porque el número solo lo tienen sus padres. Se lo saca del bolsillo y comprueba que es su hermana quien lo está llamando.

—Dime, Blanca.

—¿Puedes entrar en la tienda? Necesito tu consejo.

—¿Un consejo? ¿Para qué?

—Para una cosa importante. Ven, por favor.

El chico cuelga intrigado y obedece a su hermana. El bazar es muy grande, pero han aprovechado hasta el último rincón. Saluda a la persona que está en el mostrador y se dirige hacia el interior del local. Solo tarda unos segundos en encontrar a Blanca. Tiene algo en las manos.

—¿Te gusta? —le pregunta cuando se percata de su presencia—. Es muy suave.

—¿Le vas a regalar a Triana ese oso?

—¿Qué le pasa? ¿No es bonito?

—Es un poco infantil —responde Sergio al tiempo que echa mano a un cocodrilo de peluche de la misma estantería—. ¿No es muy mayor para este tipo de regalos?

—No. Nunca se es mayor para un peluche. Ahora que duerme sola, le haría compañía por las noches.

—Y pensará en ti cuando vea a Winnie the Pooh, ¿no?

—¡No seas estúpido! —exclama Blanca golpeándole con el oso en la cabeza—. Este no es Winnie. Se llama Sweet Bear. Lo pone detrás.

Oyen una tos tras ellos, y, cuando se giran, ven que los observa el hombre que estaba en el mostrador. Pero no les dice nada, solo sonríe y se aleja diciendo algo en un idioma que no entienden.

—Este sí que sería un buen vigilante para la casa —dice Sergio soltando una carcajada—. En serio. Si te gusta ese oso y crees que a Triana le hará ilusión, cómpraselo. Puede que sea el único regalo de Navidad que reciba este año.

—Ahora me has hecho dudar.

La chica deja el oso en la estantería y chasquea la lengua. Sergio intenta convencerla de que no ha querido insinuar que sea un mal regalo. Ella conoce mejor a Triana, sabe lo que le gusta.

—Volvamos a por Winnie, por favor —le suplica a su hermana juntando las manos—. No tendría que haberte dicho nada.

—No te preocupes. Si tienes ra...

De repente, Blanca se queda paralizada, incluso las muletas se le escapan de las manos y caen al suelo. Pero no tarda en reaccionar para gritarle a Sergio que corra. El chico no entiende nada..., hasta que se gira y, en el extremo del pasillo, ve a un tipo con un pasamontañas cubriéndole la cabeza. Lleva una pistola en la mano.

—¡Joder! ¡Es el tío del otro día! ¿Cómo nos ha encontrado?

—¡No lo sé! ¡No te pares!

Mientras los hermanos corren por ese pasillo del bazar, oyen un disparo. Los dos se agachan y miran hacia atrás un instante. El encapuchado acaba de dispararle al hombre del mostrador. Se escuchan gritos dentro de la tienda.

—Hay que salir rápido de aquí —le dice su hermana casi sin aliento mientras cambian de pasillo para no estar a tiro del encapuchado.

—Mejor vamos a escondernos allí.

Sergio señala una puerta abierta, coge a Blanca de la mano y aceleran el paso para llegar hasta ella. La cierran tras de sí y se encierran en aquella habitación, que es un almacén repleto de estanterías. También hay un montón de cajas esparcidas por el suelo. Rezan para que aquel tipo no los haya visto. La chica le hace gestos para que caminen hasta la parte más oscura del cuarto. No encienden la luz y se mueven con extremo cuidado para no tropezar con nada.

—¿Qué hacemos? —pregunta el chico en un susurro mientras ilumina con la linterna del móvil la cara de su hermana.

—Debemos avisar al policía que ha venido con nosotros. ¿Tienes su número?

—No. Se me ha olvidado preguntárselo. No sé ni cómo se llama.

—Yo tampoco, pero tengo el móvil de García. Él podría avisarlo para que nos ayude.

Blanca saca el teléfono para hacer la llamada cuando escuchan dos disparos más. Sergio rápidamente apaga la luz de la linterna. Se oye otro disparo. Y un cuarto.

—Esto va a ser una carnicería —dice horrorizado el joven. Le tiemblan las manos y las rodillas. Llora de miedo e impotencia—. Estamos perdidos, hermana.

—Debemos mantener la calma.

—¿A cuántas personas habrá matado ya?

—Sergio, tranquilo. No nos pasará nada.

—Vamos a morir... Vamos a morir.

Nunca había estado tan tenso. Tiene la seguridad de que el hombre del pasamontañas no se irá sin cumplir su objetivo. Esta vez no fallará.

—Voy a llamar a García —dice Blanca en voz baja.

Entonces escuchan cómo se abre la puerta del almacén. Sergio pega un brinco y se abraza a su hermana. Tiene tanto miedo que no

logra evitar orinarse encima. Blanca se da cuenta y acaricia la cabeza de su hermano, que no para de llorar.

—Nos va a matar a los dos —solloza acurrucado el chico.

—No tires la toalla todavía. Ya nos salvamos una vez.

—Siento haber pensado que eras una imbécil. Te quiero mucho, hermana.

De repente se enciende la luz del almacén. Escuchan unos pasos... y una voz que les resulta conocida.

—¿Blanca? ¿Sergio? ¿Estáis aquí? —Es García, que acaba de entrar en la habitación.

La chica grita para avisar al policía de que están allí. Se pone de pie como buenamente puede y acude cojeando hasta el hombre. Sergio se percata de que se le ha mojado el pantalón. Se quita la chaqueta y se la ata a la cintura para intentar cubrir la mancha. Todavía tiene el miedo en el cuerpo y el corazón acelerado. Ha visto muy cerca el final.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el tipo del pasamontañas? —pregunta aliviada Blanca.

—Lo hemos cogido. Por suerte nos temíamos que pasara esto. Ahora todo ha terminado. Por fin estáis a salvo.

CAPÍTULO 27

TRIANA

Sevilla, lunes, 23 de diciembre de 2019

Los dos últimos meses han sido los peores de su vida. El recuerdo de su padre ha estado muy presente y, por contra, la esperanza de encontrar viva a su madre se ha ido desvaneciendo. Intenta convencerse de que la vida, tarde o temprano, le dará otra oportunidad para ser feliz, pero, al mismo tiempo, cree que no le queda nada por lo que luchar. Lo de Niko no tiene solución de momento. A Cayetano no quiere verlo más y lo de Brenda suena a traición. Algo le dice que no debe confiar en su mejor amiga, que lo del collar de ámbar tiene una explicación que no le va a gustar. Por suerte han aparecido Blanca y Sergio, dos notas positivas entre tanta negatividad. ¿Se ha transformado en una persona tóxica o es la toxicidad la que se ha apoderado de su vida?

Como tiene frío, Triana se pone un jersey sobre la camiseta y se cambia de pantalón. No le gusta ir en chándal, pero la tela es más gruesa y le proporciona un calorcillo que agradece. Tumbada en la cama, escucha cuatro canciones de una lista de Spotify de música en inglés. A la quinta se quita los cascos. No tiene nada en contra de Shawn Mendes ni de Camila Cabello, pero *Señorita* le trae demasiados recuerdos. Es uno de los temas preferidos de Niko y de los que más han oído y tarareado juntos. Malditas coincidencias.

Ha pasado más de una hora desde que los hermanos Sanz se marcharon. A ella también le habría encantado ir a comprar regalos, pero no tiene a quién entregárselos. Al pensarlo, el dolor es tan grande que la asfixia, y esa sensación de angustia se incrementa cuando visualiza su primera Nochebuena sola. La pasará en aquella casa ocultándose de alguien que no tiene rostro, que no tiene cuerpo. Un

ser peligroso, sin escrúpulos ni alma. En realidad, Triana siente que se esconde de sí misma. De la fragilidad, de los miedos y sus crueles tentaciones por acabar con todo. Nota que le falta el aire y necesita salir de esa habitación. Abre la puerta y corre hacia las escaleras. Se dispone a bajarlas cuando oye una melodía que le resulta familiar. Viene del cuarto de Niko. Es la pieza que le enseñó hace unos días. La chica se acerca a la habitación y apoya la oreja sobre la puerta. Su oído no ha fallado: es la canción que su novio ha compuesto para ella. Es trágicamente bonita; por el momento, por el momento que está atravesando su relación. Si la situación fuera otra, entraría y se lo comería a besos. Después harían el amor y se quedarían dormidos abrazados. Ahora se limita a escucharla de manera furtiva hasta que termina. En ese instante, se aleja de la puerta y baja la escalera. Está mucho más tranquila.

Ya se ha hecho de noche. Triana sale al jardín y se sienta en un escalón de la entrada. Hace frío, pero le viene bien respirar aire puro. Es una suerte que, en su confinamiento, cuenten con aquel espacio abierto desde el que se ve el cielo. Hoy casi no se apreciará la luna, que se encuentra en fase menguante. Apoya la barbilla sobre las manos y fantasea con la idea de que sus padres la observan desde alguna parte.

—¿No tienes frío? En pocos días, la temperatura ha caído de forma brusca —dice Niko, que también sale al jardín—. Hace nada estábamos en manga corta.

—Ya es invierno. En Sevilla también hace frío.

—Lo sé. Llevo viviendo aquí varios años. ¿Me puedo sentar?

La joven no responde. Niko lo toma como un sí y se sienta a su lado en el escalón. Huele muy bien. Se ha puesto el perfume que le regaló hace unas semanas. Eso no le gusta, porque hace que recuerde aquellos días en los que no discutían a todas horas.

—Ha venido a verme Muriel —dice el chico mientras juguetea con el cordón de la capucha de la sudadera.

—¿Y qué quería?

—Saludarme, comprobar que estábamos bien... y advertirme de algo. Por lo visto, María Santana es amiga del comisario.

Le sorprende la noticia, pero, en lugar de reconocerlo, suelta un resoplido de desgana. Le cansa que Niko le venga otra vez con esa cantinela.

—Me da lo mismo.

—¿En serio? ¿Te da igual que el comisario y esa mujer se hayan visto justo después de que yo fuera a visitarla?

—No sé qué hay de malo en eso.

—Gerardo escuchó que Santana le contaba a Arturo algo relacionado conmigo y con tu madre.

—Le dijo que creía que estaba viva.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Pero es lo que esa mujer te dijo, ¿no?

—Sí, pero...

—Pero nada, Niko. Ya te he pedido varias veces que no insistas con el tema. Mi madre no está viva. El día que aparezca, tendré que ir al anatómico forense para reconocer su cadáver. Ya está. ¿Vale?

—Vale. No quiero discutir otra vez.

—Yo tampoco. Perdona.

La chica levanta la mirada hacia el cielo oscuro y suspira. De nuevo se ha puesto a la defensiva. Si no es ella, es él. Siempre acaban de la misma manera.

—Niko, ¿no crees que debemos tomarnos un tiempo?

—Es lo que estamos haciendo. Llevamos una semana sin darnos besos, sin dormir juntos. ¿No es suficiente?

—Ya. Pero me refiero a... hacerlo oficial.

—¿Quieres que les contemos a todos que ya no somos pareja?

—No sé lo que quiero.

—Tal vez sí lo sabes, pero te da pánico reconocerlo —dice el chico, que se hace un ovillo—. Yo sí quiero seguir siendo tu novio. Estoy enamorado de ti, Triana. Pero comprendo tus circunstancias. No puedo pedirte más.

—¿Entonces?

Niko la mira y dibuja una de sus mágicas sonrisas, solo que en esta ocasión la magia se ha inundado de resignación. Aunque ha sido ella misma quien ha sacado el tema, a Triana se le quitan las ganas de seguir hablando de su relación. No se siente preparada. Se levanta y, con los brazos cruzados, empieza a pasear por el jardín. Durante unos minutos no hablan ni se miran. No quiere tratar de nuevo el asunto de la posible ruptura. Él parece que tampoco se atreve, pero ahora sí la observa mientras anda en círculos. La situación es de lo más incómoda y raya en lo surrealista.

—Blanca ha recordado cosas del accidente de helicóptero —suelta de pronto Triana rompiendo el silencio entre los dos—. Incluso se ha encontrado en un bolsillo de la chaqueta vaquera que llevaba puesta ese día un billete que le dio Mercedes Reinoso.

—¿Un billete?

—Sí, de veinte euros. Pero eso no es lo mejor: en el billete hay escrito un número de teléfono.

—¿Me tomas el pelo? ¿De quién es?

—No lo sabemos. Las dos últimas cifras no se ven bien.

—¿Habéis llamado a ese teléfono?

—Ya te digo que hay dos números que no se distinguen —repite Triana mientras se acerca de nuevo a él—. ¿Quieres verlo? Blanca lo ha dejado en su cuarto.

Los dos suben a la primera planta para entrar en la habitación de la periodista. Sobre la mesita de noche está el billete de veinte euros. Niko lo coge y examina el número.

—¿Qué te parece? ¿Son dos cuatros?

—No se ve bien. ¿Por qué se lo dio?

—No lo sabe. No recuerda mucho de aquel momento. Hasta hoy Blanca no había caído en que el billete estaba dentro de su chaqueta.

—Es muy extraño —reconoce Niko, que le hace fotos con su móvil—. No se me ocurre ninguna razón por la que esa mujer pudiera dárselo antes de morir.

—A lo mejor quería que Blanca tuviera ese número.

—¿Para qué? No tiene sentido. Ni siquiera comprendo que lo llevara anotado en un billete. Esas cosas se hacían antes, cuando no había móviles y apuntabas las cosas en cualquier parte.

—A lo mejor se lo dieron de improviso y lo escribió ahí porque no tenía nada más a mano.

—Me sigue sonando muy raro.

El chico se sienta en la cama y revisa una de las fotografías que acaba de hacer. Usa el *zoom* para ver más de cerca los dos últimos números.

—Creo que son dos sietes.

—¿Sí? ¿Seguro?

—No, pero mira: el palito vertical está algo inclinado. Si fuera un cuatro o un uno, estaría más recto. Los dos parecen el mismo número. ¿Llamamos?

—¿Qué? ¿Estás loco?

—¿Por qué? No hay ningún peligro.

—¿Y qué vas a decir? —pregunta Triana, que no las tiene todas consigo—. «Hola, he encontrado su número de móvil en un billete de veinte euros. ¿Conoce a Mercedes Reinoso?».

—Perfecto. Justo eso.

La chica se da una palmada en la frente. No va a salir bien. Observa cómo Niko marca el número que está apuntado en el billete y pone el manos libres.

—Esto no le va a gustar al comisario.

—A la mierda Gaviria. ¿Y si esto nos da una pista?

—¿Una pista para qué, Niko?

El joven le pide que guarde silencio. Una voz femenina responde. Niko carraspea antes de hablar. Triana lo nota nervioso.

—Hola, señora. ¿Tiene un momento?

—¿Señora? Acabo de cumplir los diecisiete años. ¿Quién eres? No me aparece tu número en mis contactos.

—Me llamo Nikolai.

—Muy bien. ¿Y qué quieres?

—Me han dado tu número y quería..., quería saludarte.

El chico cierra los ojos y se los frota mientras Triana se da otra palmada en la frente. No ha sido la mejor de las respuestas para ganarse la confianza de esa chica.

—Mira, no estoy para tonterías. Adiós.

—Espera, espera —le suplica Niko—. Perdona. La realidad es que tu número me lo dio hace tiempo una persona que se llama Mercedes Reinoso. ¿La conoces?

—Ni puta idea, tío.

—Era una periodista. La que murió en el accidente de helicóptero en Sevilla. ¿Te enteraste de eso?

La joven no contesta. Niko y Triana se miran. No ha colgado, pero tampoco dice nada más.

—¿Hola? ¿Estás ahí?

—No. Adiós.

Esta vez la chica sí da por finalizada la llamada.

—Mierda. Se ha ido.

—Normal. Yo también habría colgado.

—¿Crees que podrías haberlo hecho mejor?

—Yo no hubiera llamado. Nos podemos meter en un lío.

—«Si llega a oídos del comisario...» —imita su voz Niko, que marca de nuevo, aunque esta vez no pone el manos libres—. Ya me sé esa canción.

—Es lo que pienso.

—Ya sabes lo que pienso yo respecto a Arturo Gaviria. Joder, me sale apagado.

—Eso es que no quiere que la molestes más. No creo que esa muchacha tenga nada que ver con Mercedes Reinoso.

—Yo no lo tengo tan claro. Ha colgado cuando ha oído su nombre.

—Porque la estábamos acosando.

—No he acosado a nadie —protesta Niko, que llama de nuevo con el mismo resultado que la vez anterior—. ¿Y si no son dos sietes y son dos unos?

—Déjalo ya.

—O dos cuatros. O un cuatro y un siete.

—Basta. Me niego a seguir probando teléfonos a ciegas.

Triana se despide de Niko, cansada de aquel juego. No debería haberle dicho nada del billete. Sale de la habitación y baja la escalera negando con la cabeza. Se sienta en el salón y enciende la televisión. Pasa los canales sin pararse en ninguno. Hasta que la puerta se abre y Sergio y Blanca entran en la casa, acompañados de García. Vienen cargados con varias bolsas, muy sonrientes.

—¿Qué tal ha ido? ¿Habéis comprado muchos regalos?

—Los justos —responde Blanca, que parece muy feliz—. Aunque casi no lo contamos.

—¡Qué dices! ¿Y eso?

—Nos hemos cruzado con nuestro amigo, el del pasamontañas, pero ha sido la última vez. Ese tipo no volverá a molestarnos.

CAPÍTULO 28

NIKO

Sevilla, lunes, 23 de diciembre de 2019

—Habíamos detectado movimientos sospechosos en torno a la casa en los últimos tres o cuatro días. Por eso, cuando Blanca propuso salir a comprar regalos para sus padres, vimos la ocasión de comprobarlo. Os acompañaría uno de nuestros agentes más jóvenes, pero a cierta distancia estaría otro grupo, a cargo de García, vigilando. Dimos en el clavo, aunque reaccionamos un poco tarde. Sentimos el fallecimiento del dueño del bazar. No llegamos a tiempo, aunque hemos cumplido con nuestro objetivo y hemos capturado al tipo que estábamos buscando. No hay dudas de que ese hombre, que todavía no hemos identificado, es el que entró en el piso de Blanca y el que luego asesinó a Luna González.

Los cuatro chicos escuchan con atención al comisario Gaviria, que acudió a la casa en cuanto recibió el aviso de García de que la operación había sido un éxito.

—Como veis, las cosas se han solucionado.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? ¿No hay nadie más implicado en esta historia? —pregunta Niko, que no lo acaba de ver claro—. ¿Dónde está Celia Mayo?

—Eso todavía no lo sabemos. El detenido no quiere hablar. Ni siquiera ha abierto la boca para pedir un abogado.

—¿Y el móvil de sus actuaciones? ¿Por qué mató a Luna y cuál es la razón por la que ha ido a por ellos? —insiste el polaco mientras señala a los hermanos Sanz—. ¿No se sabe nada más?

—Danos tiempo, Niko. Acabamos de cogerlo. Ahora vamos a trabajar para enterarnos de todo y poder sacar conclusiones.

No le vale la respuesta del comisario. Se lo está vendiendo como

si hubieran atrapado al único responsable de los sucesos de los últimos meses. Para Niko está claro que ese individuo solo es una pieza más de aquella partida de ajedrez. Y probablemente el detenido solo sea un peón.

—¿Nos podemos ir a casa ya? —pregunta Sergio, más tranquilo después de haber identificado a aquel sujeto. No hay duda de que fue el que los atacó en el piso de su hermana.

—Yo me esperaría un par de días —dice Gaviria en tono asertivo pero amable—. Mañana os vais a cenar con vuestros padres, el miércoles lo pasáis aquí y el jueves todos a casa si no hay novedades importantes.

—Genial. Esperaremos hasta el jueves.

—Por supuesto, durante un tiempo habrá agentes vestidos de paisanos vigilando vuestras casas. No dejaremos de tomar precauciones.

—Si ya han capturado al culpable, ¿para qué necesitamos seguridad?

La pregunta de Niko hace pensar a Gaviria. Nota en su cara que no le hace ninguna gracia que le cuestione continuamente.

—Hasta que no hablemos con ese tipo, no vamos a descartar nada. Ya ha habido demasiadas víctimas en esta historia. Pero hablará. No me cabe ninguna duda.

—Mercedes Reinoso, Francisco Carvajal, Ana Benítez, Luna González, el dueño del bazar… y el secuestro de la detective Mayo. ¿Todo ha sido obra del mismo hombre?

—Niko. No. Lo. Sé.

Cuando el comisario Gaviria se marcha, Niko sube a su habitación muy poco satisfecho con las respuestas que le han dado. Se sienta sobre la cama y mira en el móvil la fotografía del billete de veinte euros. No ha llamado a otros números, a pesar de que su primera intención era hacerlo. Tampoco ha vuelto a contactar con la chica de antes. Quizá Triana tiene razón y no debe molestar a la gente.

Resopla, algo cansado. A pesar de que han atrapado al presunto asesino de Luna y agresor de los hermanos Sanz, no ha sido un buen día. Piensa en lo que le ha dicho su novia en el jardín. ¿Y si se toman un tiempo de verdad? Eso significaría el final de la relación. Lo tiene muy claro. La quiere, pero hace tiempo que las cosas no funcionan. Además, le pone de los nervios que crea todo lo que el comisario le

dice. Ese hombre no es trigo limpio. Cada vez está más convencido de ello.

Uno de los ordenadores que les dejaron está en su habitación. La conexión a Internet no va demasiado rápido, pero sí lo suficiente como para entrar en Google y buscar viajes a Polonia. Ha estado pensando en ello durante la última semana: si rompe con Triana o no logra arreglar sus problemas, podría alquilar su piso de Sevilla y pasar una larga temporada en el país donde nació. Hay un vuelo directo a Varsovia desde Madrid que guarda en favoritos. Se da un par de días para pensárselo bien.

Niko oye cómo sus tres compañeros de piso hablan con García, que acaba de llegar. No le interesa. Cierra la puerta de la habitación y vuelve a poner en su móvil la melodía que compuso para Triana. Le entristece que no haya servido para nada. La escribió con el corazón, pero quizá se equivocó de momento para mostrársela.

Cuando acaba, la canción vuelve a sonar. Son solo unos segundos, porque alguien lo llama al móvil e interrumpe la pieza. Se sorprende al ver el número que acaba en dos sietes.

—¿Sí? —dice temeroso, porque no sabe muy bien lo que va a escuchar al otro lado de la línea. ¿Y si lo ha denunciado por... acoso?

—¡Hostia! ¡Tú eres el ladrón ese de Sevilla! ¿Verdad? ¡El polaco!

Niko escucha la voz de la joven con la que habló antes. Sin embargo, su tono es completamente diferente.

—Eres ese Nikolai. ¿A que sí? —insiste la chica, que parece tan segura como impresionada por su hallazgo—. Increíble, tío.

—Veo que me conoces.

—¡Qué va! Yo no. Mi amiga Marta, que es fan tuya. Cuando me llamaste, le escribí para decirle que un gilipollas llamado Nikolai había conseguido mi número y me estaba molestando. Ella me contó que a ver si iba a ser el Chopin ese, que se llamaba Nikolai. Me mandó un vídeo tuyo hablando y ¡era la misma puta voz! Chaval, no me puedo creer que esté hablando con un famoso.

Niko está a punto de soltar una carcajada. Debe reconocer que aquel instante sí está siendo lo más divertido del día. Aunque, por lo que parece, el número acabado en dos sietes no tenga ningún tipo de relación con Mercedes Reinoso. Por si acaso, se lo vuelve a preguntar.

—¿Conocías a la periodista Mercedes Reinoso?

—No sabía quién era. Ya lo he mirado en Google. Fue la que se

mató en el helicóptero que se estrelló en Sevilla en noviembre. Se lio una muy gorda, ¿no?

—Sí, aquí no se hablaba de otra cosa.

—Yo es que soy de Moratalaz. Vi las imágenes del accidente. En TikTok me salen muchos vídeos de eso.

En TikTok. Niko ni siquiera tiene cuenta en esa red social en la que la gente sube vídeos bailando y haciendo tonterías. No entra en sus planes hacer ese tipo de cosas.

—Oye, sigo sin comprender por qué tienes mi número. ¿Es una cámara oculta, un reto o algo así? Es que es muy fuerte que me hayas llamado. Solo tengo ochocientos quince *followers* en Insta.

—Es una larga historia.

—Cuéntamela. Me intriga.

—No tengo tiempo. Lo siento.

—Vaya. Oye, si vienes por Madrid, podemos quedar. Yo no tengo novio ni novia ahora mismo. Estoy más libre que las nubes.

El chico empieza a considerar surrealista la conversación. Ha ligado con una adolescente que no conoce de nada, a la que ha llamado por un número escrito en un billete de veinte euros.

—Debo marcharme.

—Joder. ¡Menuda cobra me has hecho! Bueno, está bien. Pero ya tienes mi número por si algún día te apetece hablar o lo que sea.

—Muy bien. Gracias.

—¡Ah! Me llamo Daniela Montilla. Soy *DaniMOfficial* en Insta. Subo *covers* y todo eso en mi cuenta. ¡Búscame, Chopin!

La chica le cuelga después de repetirle que mire sus redes sociales. Niko suelta el teléfono encima de la cama, agacha la cabeza y se ríe durante un buen rato. Si alguien lo viera, pensaría que no está en sus cabales. Sin embargo, le ha gustado charlar con aquella joven extrovertida. La curiosidad le invade de repente. Coge de nuevo el móvil y busca en Instagram a Daniela Montilla. No tarda en encontrarla. No tiene la cuenta en privado. Sesenta y siete publicaciones, ochocientos quince seguidores y cuatrocientos seguidos. En su perfil pone que es un «proyecto de cantante» y comparte un *link* que lleva a un canal de YouTube. Es mona. Tiene el pelo largo, liso y rubio y los ojos verdes. Se la ve sonriente en la mayoría de las fotografías. Se detiene en una imagen en la que sale en bikini con una amiga, dando un salto con los brazos abiertos en la playa. Está

localizada en Benalmádena, Málaga. Le queda bien el contraste entre el color de su cabello y sus ojos claros con el tono bronceado de su piel. Niko suelta otra carcajada cuando ve que la que está etiquetada en la imagen y salta con Daniela es su amiga Marta, la fan que lo ha identificado.

Sigue mirando las fotos de la chica del número de móvil acabado en setenta y siete cuando llaman a la puerta. Cierra Instagram y da permiso para que pasen. No es ninguno de sus compañeros de casa. García entra en el cuarto y se sienta en la silla.

—Me han dicho los chicos que piensas que esto no ha terminado.

—¿Acaso alguien lo piensa? Espero que la policía no se conforme con haber pillado a ese tipejo.

—Todavía ni siquiera sabemos quién es. No quiere hablar —dice García, que coge un bolígrafo que encuentra en el escritorio y empieza a darle vueltas—. No nos conformamos con nada, y la UCO te aseguro que todavía menos que nosotros.

—¿Creéis que es el que secuestró a Celia?

—Es una posibilidad, pero no lo sabemos. En los interrogatorios que vamos a hacerle será una de las preguntas que más le repetiremos. Es uno de nuestros principales objetivos. Ojalá aparezca viva.

Niko no ha hablado mucho con ese hombre durante la semana que llevan en esa casa. Siempre va vestido de calle. No sabe su rango ni lo vio en la comisaría cuando lo retuvieron en octubre. Tal vez sea un policía nacional de apoyo. Le sorprende que le trate de manera tan familiar y preocupándose por su estado de ánimo. Además, ha dirigido el grupo que ha detenido al asesino del pasamontañas.

—¿Me dejas darte un consejo? —le pregunta García, que de nuevo hace bailar el bolígrafo sobre la mesa—. Si quieres lo tomas y si no lo dejas, como las lentejas.

—Todo el mundo se empeña en darme consejos.

—Eso es porque te ven una persona insegura.

—Es probable. Estamos en una casa custodiada por policías que han permitido que mueran varias personas y no son capaces de encontrar a otra. No es para estar tranquilo. Que se lo digan al pobre hombre del bazar.

—*Touché.* Hoy no hemos estado brillantes, lo reconozco. Es una profesión que tiene estas cosas. Acertamos con lo que iba a pasar y fallamos en el procedimiento.

—Menos mal que lo reconoces.

—Sería gilipollas si estuviera satisfecho por haber salvado dos vidas cuando hemos perdido otra por el camino. No funciona así. Revisaremos lo que ha sucedido esta tarde y tomaremos cartas en el asunto.

—¿Y el consejo?

—Ah, sí, el consejo —dice García, que esboza una sonrisilla divertida—. No te fíes del subinspector Muriel.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Gerardo es amigo mío desde hace tiempo. O eso creo. Pero... Eso.

—¿No me vas a contar el motivo por el que debo desconfiar de él?

—No.

—Ah. Muy bien. Gracias entonces por un consejo de mierda.

García se abre de brazos y después coge el bolígrafo y se lo mete en el bolsillo del pantalón. Se pone de pie y le da una palmadita a Niko en la espalda.

—No te quedes con mal sabor de boca. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Me vas a decir qué es o tengo que adivinarlo?

—Mañana cenarás con el padre Salvador. Lo hemos llamado y se ha puesto muy contento con la noticia. Así no pasarás la Nochebuena solo en esta cárcel de cinco estrellas.

CAPÍTULO 29

BLANCA

Sevilla y El Viso del Alcor, martes, 24 de diciembre de 2019

Dudan entre si contarles a sus padres o no lo que ha sucedido en los últimos días. El consejo del comisario es que esperen un poco. Cuando pasen las fiestas, podría ser un buen momento para explicarles la situación; siempre que no se produzcan novedades importantes. Blanca no lo tiene claro. Será complicado eludir las preguntas en casa. Llevan varios días fuera, con un número nuevo de teléfono, intentando aparentar que todo va bien. Intuyen que se huelen algo y que esa noche habrá un intenso interrogatorio cuando se sienten a cenar. Además, con ellos va Triana. El día anterior se lo propusieron y, aunque al principio no aceptó la invitación de sus amigos porque no estaba con ánimo para celebraciones, acabaron convenciéndola porque no podían permitir que se quedara sola en la casa.

Los tres viajan en un coche policial camino de El Viso del Alcor. Conduce el propio García, que se ha ofrecido voluntario para llevarlos. La noticia de la detención del hombre del pasamontañas no se ha hecho pública. La prensa ha hablado del altercado que se produjo en el bazar de Los Bermejales, pero lo ha anunciado como un intento de robo en el que el dueño del local falleció a causa de un disparo. Por supuesto, nadie lo ha relacionado con el accidente del helicóptero, los crímenes de Chopin o el incendio que acabó con la vida de Ana Benítez.

—¿Sigue sin hablar? —pregunta Sergio, que viaja en el asiento del copiloto.

—Así es. No ha dicho ni una palabra. Esperamos poder sacarle algo pronto, porque en un par de días pasará a disposición judicial.

—¿Nos llamarán para testificar?

—Es lo más probable. Tendréis que identificarlo ante el juez.

—Yo estoy seguro de que es él.

Blanca también. Ya se lo dijo a la policía cuando lo detuvieron. Ese tipo era el mismo que había ido a su piso e intentó asfixiarla con una bolsa de plástico. Recordar aquel instante todavía le provoca escalofríos, pero estar al lado de Triana hace que se olvide de todo. Cuando su amiga confirmó que iría con ellos a cenar en Nochebuena, se puso muy contenta. Cada minuto que pasan juntas es un regalo, aunque sabe que su relación es de amistad y no hay posibilidades de algo más. ¿Hasta cuándo aguantará su corazón el desgaste al que lo está sometiendo?

—¿Cómo es posible que no lo tengáis todavía identificado? Han pasado casi veinticuatro horas desde que lo cogisteis.

—Porque no llevaba documentos encima. Tampoco está fichado. Como no dice nada, no podemos saber ni su nombre ni dónde vive.

—O si trabaja para alguien.

—Exacto. Ese dato tampoco nos lo ha revelado y necesitamos saberlo. A lo mejor filtramos su fotografía a la prensa para ver si alguien lo conoce y nos da una dirección.

Aunque Blanca escucha con atención la charla entre su hermano y García, no deja de mirar de reojo a Triana. Tiene la cara apoyada contra una de las ventanillas del coche. Parece ausente. No ha dicho nada en todo el trayecto. De vez en cuando cierra los ojos y suspira. Le gustaría saber qué es lo que pasa por su cabeza. Probablemente esté pensando en su madre y en que va a ser la primera Navidad sin ella. Le encantaría animarla y que no se sintiera mal, pero hay cosas que resultan inevitables.

—¿Qué sucederá si ese tipo no habla jamás?

—Hablará. Siempre terminan cediendo.

—¿Y si no lo hace?

—Lo condenarán igual. De momento, está claro que asesinó al dueño del bazar. También lo acusarán de la muerte de Luna González si el testigo asegura que fue a él a quien vio cerca del hotel de Bellavista. Aunque si balística confirma que se usó la misma arma en los dos sucesos, ni siquiera necesitaremos ese testimonio. Y tenemos vuestra declaración, con la que se añadirá a su expediente un intento de homicidio, un delito de agresión y no sé cuántas cosas más. Lo

tenemos pillado por todas partes, aunque sea una tumba en lo que le quede de vida.

—Pero no sabremos con seguridad si ha intervenido en el resto de delitos.

—Nos enteraremos, Sergio. No se librará de ser juzgado por todo lo que ha hecho.

A Blanca le gusta la claridad y el optimismo con el que siempre habla García. Es una suerte que se haya encargado de su seguridad. Aunque también es cierto que ayer corrieron un gran riesgo cuando los dejaron ir de compras. Fueron simples cebos en el anzuelo de una caña, y el detenido picó. Si sabían que había alguien que los estaba vigilando, jugaron con fuego. Su hermano y ella se libraron, pero hubo un muerto. Una persona que ni siquiera tenía que ver con aquel asunto.

—Sinceramente, chicos, creo que estaremos tranquilos una buena temporada. Os podréis ir a casa el jueves. Nosotros seguiremos investigando e intentando resolver lo que nos queda pendiente saber, como dónde se encuentra la detective Mayo y si ese individuo está detrás de su desaparición.

Triana no mueve ni un músculo tras las palabras de García. Continúa con el rostro pegado al cristal. A Blanca le da pena. Para su amiga no habrá normalidad ni tranquilidad a pesar de la detención del presunto asesino de Luna. Pronto se separarán y cada una tirará por su lado. Le da miedo que se enfríe su amistad, como sucedió después del accidente de helicóptero. No se verán con asiduidad y tendrá que regresar a la redacción del periódico. Tocará afrontar una nueva etapa repleta de incertidumbre.

García aparca a cierta distancia del piso en el que viven los padres de los hermanos Sanz. No quiere que nadie los vea llegar en ese coche. Les recuerda que habrá siempre dos agentes cerca de la vivienda vestidos de paisano y les pide que, si sufren cualquier contratiempo, lo llamen. Sea la hora que sea. Les desea feliz Navidad y los cita al día siguiente a las doce, en ese mismo lugar, para recogerlos.

Cuando la madre de los chicos ve a sus hijos, se pone a llorar. Los abraza como si llevaran fuera de casa varios años. El padre se lo toma con más tranquilidad. También se alegra mucho de verlos, aunque su entusiasmo es más moderado. Blanca observa sonriente a su hermano:

menos mal que las heridas que le infligió el tipo del pasamontañas se han curado ya, si no, sus padres los estarían sometiendo en ese momento a un tercer grado para descubrir lo que había ocurrido.

—Cómo nos alegra que hayas venido a pasar la Nochebuena con nosotros, Triana —dice Carmen sujetando a su invitada por los hombros—. Espero que la cena que hemos preparado te guste.

—Y si no te gusta, lo dices y te hacemos otra cosa. Será por comida —añade Federico, que también parece feliz—. Hemos comprado comida como para veinte personas. ¿Eres vegana, vegetariana o algo por el estilo?

Triana sonríe y niega con la cabeza. Después le pregunta a Blanca dónde se va a quedar a dormir, para dejar sus cosas. La chica la acompaña hasta su dormitorio.

—Te presto mi cama para esta noche. Yo dormiré en el sofá del salón.

—No pienso aceptar eso. En la cama cabemos las dos perfectamente. ¿Por qué no dormimos juntas?

—Porque...

A Blanca le va el corazón a mil por hora. Se ha puesto muy nerviosa de repente y no sabe darle una contestación a Triana. ¡Cómo va a dormir con la chica a la que ama! Ni se lo había planteado.

—Prometo no moverme mucho. Ni roncar.

—Yo no prometo nada —dice la periodista con las mejillas ardiendo—. Quiero decir... que no sé si ronco. Y tampoco estoy segura de que no te tire de la cama.

—Nos las apañaremos bien. ¿Derecha o izquierda?

La cena de Nochebuena transcurre tranquila. Sergio se ve obligado a explicarles a sus padres lo de su exnovia, y la usa de excusa para justificar por qué se ha quedado con su hermana durante esos días. Verónica era buena chica, pero iban por caminos diferentes. Después es Blanca quien les cuenta lo que ha mejorado y lo importante que ha sido su hermano en la recuperación. Ya camina sin muletas y apenas siente dolores.

—Y tú, cariño, ¿cómo lo llevas? —le pregunta la mujer a Triana, que hasta el momento apenas ha hablado.

—Mamá, no es momento de...

—Mal —interrumpe a Blanca la joven—. Muy mal.

—Lo siento muchísimo. Debe de ser muy duro.

—Mamá, por favor...

—No te preocupes —le dice Triana a su amiga colocando una mano sobre las de ella—. Sí, es muy duro. Gracias a sus hijos lo estoy llevando mejor. Pero no saber qué le ha pasado a mi madre me está matando. Están siendo unas Navidades muy difíciles.

El silencio que se produce en la mesa es sepulcral. Blanca mira a Triana, que le aprieta la mano. Se da cuenta de que Sergio tiene las lágrimas saltadas. En esos días en los que han convivido se han hecho muy amigos. Espera que no termine enamorándose también. Más o menos tienen la misma edad, aunque ella es mucho más madura que su hermano.

—La policía de este país es una mierda —suelta Federico rompiendo el silencio—. No sé para qué pagamos tantos impuestos.

—Mi padre era policía nacional —responde Triana sonriendo—. Aunque murió asesinado hace cinco años.

Las palabras de la joven hacen que el hombre se atragante con la gamba que se acaba de meter en la boca. Bebe un trago de vino mientras su mujer le da golpes en la espalda. Triana mira a Blanca, que se ha quedado pálida, y suelta una carcajada. No esperaba esa reacción de su amiga. La periodista también empieza a reír y se les acaban uniendo los demás integrantes de la mesa. El resto de la cena es más entretenido y transcurre entre anécdotas, polvorones de la Estepa y turrones de Xixona.

—Me alegro de haber venido —le dice Triana a Blanca en la cocina. Las dos están recogiendo la mesa después del café—. Tus padres son un encanto.

—Eso es porque no vives aquí. Te aseguro que pueden llegar a ser inaguantables.

—Hoy se han portado bien. No os han hecho ni una sola pregunta comprometida.

—Porque estás tú. No se han atrevido.

—Así que por eso queríais que viniera a cenar a vuestra casa: para libraros del interrogatorio.

—Exactamente por eso.

Blanca se derrite al verla sonreír. Triana es la persona más increíble del mundo. Nunca había sentido algo parecido por nadie. Y está ahí, a su lado, compartiendo el mismo espacio. A escasos centímetros. Tan cerca y, a la vez, tan lejos. Ella es como las estrellas,

que se ven desde la Tierra pero en realidad se encuentran a muchos años luz de distancia.

—¿De qué habláis? —pregunta Sergio, que aparece en la cocina con una botella de champán en la mano—. ¿No será de mí?

—No todo gira a tu alrededor, tonto.

—No empecemos con los insultos, hermanita.

El chico saca tres copas finas de uno de los armarios de la cocina. Le da una a su hermana y otra a Triana y las llena de champán.

—¿Por qué brindamos? —pregunta el joven, al que el vino de la cena se le ha subido un poco a la cabeza—. Por que el tipejo del pasamontañas cante y suelte de una puta vez dónde está Celia Mayo.

—Brindo por ello —dice Triana chocando su copa con la de su amigo.

Blanca observa las lágrimas en sus ojos. Seguro que ha estado aguantando hasta que no ha podido más. Le encantaría besarla y darle un abrazo de esos que tendrían que ser infinitos. Sin embargo, Sergio se le anticipa. Le da varios besos en la mejilla y la abraza entre risas de ambos. Los contempla estupefacta. Le tienta coger uno de los cuchillos afilados de la cocina y cortarle las pelotas a su hermano. ¿Qué coño está haciendo?

Va a intervenir y separarlos cuando suena un teléfono. Es el móvil de prepago de Triana. La chica deja de abrazar a Sergio y responde intrigada.

—¿Sí? ¡¿Qué?! ¡¿Dónde?! No puede ser…

Blanca y Sergio la miran sin comprender lo que ocurre. Su amiga está temblando y se cubre la boca con la mano. Cuando cuelga, se tambalea y es la periodista quien evita que se caiga al suelo. Su hermano se apresura a darle un vaso de agua a Triana, que, aún temblorosa, les revela la noticia que acaba de recibir:

—Era el comisario Gaviria. Mi madre ha aparecido. Está viva. ¡Está viva!

CAPÍTULO 30

NIKO

Sevilla, martes, 24 de diciembre de 2019

Nunca había estado en la misa del gallo. Niko ha asistido a la eucaristía en la iglesia de El Salvador antes de la cena de Nochebuena. Se siente raro entre tantos sacerdotes, pero de alguna forma los considera como su familia. Eso sí, a pesar de lo bien que lo están tratando, echa de menos a Triana.

—Veo que te gusta el turrón de chocolate —le dice el padre Salvador, que se ha sentado a su lado—. Yo prefiero el de yema tostada.

—Me encanta el dulce. Ya lo sabe.

—Eres tan goloso como yo lo era a tu edad. Aprovecha ahora, que luego te apartarás de lo que lleve azúcar y se tenga que masticar. Además, esta noche es para celebrar y comer todo lo que puedas.

Sin embargo, Niko no tiene mucho que festejar. Aunque ha intentado animarse desde que llegó, está bajo de moral. Ni siquiera le ha pedido a su amigo tocar el órgano de la iglesia. Hacía tiempo que no se sentía tan solo. Cuando su abuelo murió, lo aceptó y empezó a vivir de otra manera, se convirtió en alguien autosuficiente. Consciente de que Dariusz ya no volvería, supo adaptarse. En cambio, ahora sí que comparte su vida con alguien, una persona a la que quiere y de la que, sin embargo, se ha ido distanciando poco a poco en esas últimas semanas. Hasta le ha planteado romper.

—Te veo bastante decaído. ¿Quieres hablar sobre ello?

Niko mira a su amigo, que se está tomando una infusión que huele a menta. Todavía no le ha contado lo que ha ocurrido y por qué ha estado desaparecido en la última semana. Salvador, hombre prudente donde los haya, tampoco ha hecho preguntas. El chico se lo

ha agradecido aunque tenga ganas de desahogarse.

—Es lo de siempre, padre. Problemas.

—Cuando me llamó ese amigo tuyo policía y me preguntó si podías pasar la Nochebuena con nosotros, me alegré mucho, pero, por otra parte, deduje que algo no iba bien.

—Así es. Las cosas no van como me gustaría.

—Imagino que si estás cenando aquí y no con Triana es que esos problemas están relacionados con ella.

—En gran parte. La relación se ha ido a tomar por saco.

—Y eso te hace sufrir.

—Mucho, padre Salvador. Me he planteado irme.

—¿A dónde?

—A Polonia. A lo mejor es el momento de regresar.

El hombre asiente con la cabeza y suspira. Niko lo observa mientras mastica otro trozo de turrón de chocolate. No quiere cargarle sus miserias a aquel cura que tanto ha hecho por él en los últimos meses, pero tal vez es la única persona en la que puede confiar.

—¿Te acuerdas de Magdalena? —le pregunta Salvador en voz baja mientras acerca su silla a la de Niko.

—La chica de la que me habló el otro día..., de la que se enamoró y por la que estuvo a punto de dejar la Iglesia.

—Esa misma. Cuando murió, me largué.

—¿Se fue? ¿A dónde?

—A Perú. Dos años. Desconecté de todo y me fui solo a Sudamérica sin darle explicaciones a nadie.

—¿Y qué hizo?

—Replantearme mi vida. Buscar la verdad sobre lo que sentía. Recorrí ese país tan maravilloso de norte a sur. Aunque viví casi todo el tiempo en Lima.

—¿Encontró lo que buscaba?

—Recuperé la fe, mi amor por Dios, y prometí serle fiel hasta que muriera. No pensaba que fuera a durar tanto —ironiza Salvador antes de dibujar una sonrisa cansada en los labios—. No olvidé a Magdalena. Jamás lo he hecho. Pero sí está en mi corazón de una forma diferente. Logré mi propósito.

—Fue muy valiente.

—O un cobarde, según se mire —reconoce el hombre, que juguetea nervioso con el cuchillo de partir el turrón—. Esa mujer me

intimidó. Hizo que me diera miedo hasta salir a la calle.

—¿Se está refiriendo a Santana?

—Sí. Cuando vino a verme y me dijo todas esas cosas, creí que mi vida se acababa. Ella sabía que me había enamorado de esa muchacha.

—¿Cómo se había enterado?

—No lo sé, Niko. No intenté averiguarlo. De lo único que estaba seguro es de que esa mujer podía utilizar aquello en mi contra. Si en los años ochenta hubiera corrido la noticia de un cura enamorado de una chica joven, el escándalo habría adquirido dimensiones desproporcionadas. Santana tenía el poder de acabar conmigo en cuanto quisiera.

—¿Y cuando volvió no le tenía miedo?

—No. Ya no. Pensé que Santana no tenía manera de demostrar lo que había sentido por Magdalena. Además, yo era mucho más fuerte mentalmente. Me curtí en esos dos años en Perú. Lo único que me interesaba era mi conexión con Dios y que mi alma estaba liberada. Me había comportado como un ser humano. Y aunque mis sentimientos eran los que eran, no tenía nada que reprocharme porque Magdalena y yo jamás intimamos. Solo charlábamos y nos reíamos juntos.

—Me hubiera gustado conocerla.

—Ahora tendría... ¡más de cincuenta años! Muy mayor para ti —bromea el sacerdote.

Niko se da cuenta de que, pese a su sentido del humor, a Salvador todavía le cuesta hablar de aquel tema. Sus ojos brillan como cuando estás a punto de echarte a llorar. Le agradece que haya confiado en él para contarle la historia de su amor prohibido.

—A lo que iba con todo esto: no tengas miedo de hacer lo que tu corazón te dicta. Si crees que debes irte a Polonia, adelante. Yo me marché todavía más lejos y aquel viaje hizo que el resto de mi vida cobrara de nuevo sentido.

—Si me voy, lo echaré de menos.

—Y yo a ti, Niko. Te iré a visitar a Varsovia. Hace tiempo que tengo ganas de conocer tu país.

El chico sonríe y no puede remediar darle un abrazo a su amigo. Los dos se rompen. Emocionados, intentan disimular con alguna broma las lágrimas que se secan con las servilletas de tela.

—¿Y ahora me vas a contar dónde has estado esta semana? —pregunta Salvador mientras se levanta de la mesa—. ¿O es que pensabas que no te lo preguntaría?

—Está bien, pero vamos a un lugar más tranquilo y se lo explico. No quiero que me escuche nadie.

Salvador conduce a Niko hasta la nave central de la iglesia y se sientan en la última fila de bancos.

—¿Prefieres el confesionario?

—No, estamos bien aquí.

—Perfecto. Ahora dime: ¿por qué me ha llamado un policía nacional para preguntarme si podías pasar la Nochebuena con nosotros y qué ha pasado con tu antiguo número de teléfono?

—A ver, no es fácil de contar... —reconoce Niko—. He estado en una casa protegida. La policía pensaba que estaba en peligro.

Niko le relata a Salvador lo que ha sucedido durante los últimos días. Hay momentos en los que se traba o guarda silencio para poner en orden sus ideas. Él mismo se da cuenta de que hay lagunas en su mente; fechas que le bailan y que no está seguro de cuándo han tenido lugar.

—Es una locura lo que me cuentas —dice Salvador, muy preocupado, cuando termina de hablar el joven—. ¿El tipo al que han detenido es el autor de todos los delitos o trabaja para alguien a quien todavía no han identificado?

—Lo están investigando. Aunque yo creo que es improbable que ese hombre haya actuado por su cuenta.

—¿Por qué lo piensas?

—Solo es una intuición, padre. Lo he estado reflexionando mucho. En mi opinión, se trata de un sicario que cumplía órdenes.

—Por lo tanto, seguís en peligro.

—Es muy posible. Aunque el jueves dejaremos la casa.

—¿Por qué van a por vosotros? ¿Cuál es la razón?

El chico se encoge de hombros. Está a punto de responderle cuando suena su teléfono. Se queda sorprendido cuando ve el nombre de su novia en la pantalla.

—Es Triana. Qué raro...

—¡Contesta! Querrá desearte feliz Navidad.

Niko mira el reloj y comprueba que ya es veinticinco de diciembre. Iban a ser sus primeras Navidades como pareja. Pero todo

se ha estropeado. Además, le ha dolido que, cuando le preguntó si quería acompañarle a cenar con sus amigos, los sacerdotes, ella le respondiera que ya tenía planes: los hermanos Sanz la habían invitado a pasar la Nochebuena con ellos.

—Después la llamaré.

—No seas así. Cógele el móvil a tu novia o se preocupará.

—No sé si continúa siendo mi novia.

El móvil deja de sonar. Sin embargo, Triana insiste en una segunda oportunidad. El chico mira a Salvador, que con un gesto de la mano le anima a responder. Finalmente, Niko le hace caso a su amigo.

—¿Hola?

—¡Niko! ¡Mi madre ha aparecido! —exclama eufórica Triana. Grita tanto que hasta el padre Salvador oye lo que dice—. ¡Está viva!

—¿Que... qué? ¿Quién te lo ha dicho?

—Gaviria. Voy camino de la comisaría de la Alameda. Te llamo dentro de un rato cuando..., cuando hable con ella.

—Claro, claro. Avísame con lo que sea.

—¡Qué alegría, por Dios! Hablamos luego.

—Me alegro mucho de que...

Pero Triana ya ha colgado. A Niko le ha impactado tanto la noticia que es incapaz de articular palabra. Salvador también parece asombrado.

—¡Un milagro de Navidad! —exclama el hombre, que sonríe feliz —. Menudo regalo.

—Es increíble. Celia ha aparecido con vida.

—Me fastidia reconocerlo, pero esa mujer tenía razón. Era la única que lo pensaba.

Niko se acuerda de lo que le dijo Santana en el parque de María Luisa: «La detective Mayo está viva». También le viene a la cabeza su última conversación con Gerardo Muriel, cuando le dijo que Arturo Gaviria y María se habían visto en la comisaría. Se conocían y hablaron del tema. La cabeza le va a explotar.

—¿A qué esperas? ¡Ve con Triana!

—¿Cree que debo hacerlo?

—¡Por supuesto que debes! Seguro que se alegrará de verte. ¡Vamos, corre!

La comisaría de la Alameda de Hércules no está lejos. Niko recorre aquel kilómetro y medio a toda velocidad. Cuando llega, se

encuentra al comisario en la puerta, acompañado de un policía nacional y fumando un cigarro. Gaviria lo ve, aunque no se inmuta ni cuando el chico se dirige hacia él.

—Buenas noches. ¿Ha llegado Triana?

—Feliz Navidad, Nikolai —dice Gaviria con voz tranquila—. No. Aún no.

—¿Cómo está Celia? ¿Se encuentra bien?

El comisario se queda mirándolo fijamente, da una calada a su pitillo y expulsa el humo apuntando hacia el rostro de Niko, que termina tosiendo.

—¿Por qué no te fías de mí?

Al joven le sorprende la pregunta del hombre, que arroja el cigarro al suelo y lo pisa. No parece inquieto, pero lo mira de una manera desafiante.

—¿No me vas a contestar?

—He venido a ver a Triana y a Celia. Me gustaría saber si se encuentra bien.

—No me ignores ni te atrevas a infravalorarme, Nikolai. He peleado mucho para ascender hasta donde estoy. No voy a permitir que un niñato como tú me cuestione.

—¿Ha terminado ya?

—De momento sí. Pero ándate con ojo.

Gaviria entra en la comisaría y le pide al policía nacional que retenga al chico hasta que él lo ordene. Como Niko no quiere líos, no intenta pasar. Sigue sin gustarle el comisario. Debería ser un momento de plena felicidad por la aparición de la detective Mayo y, sin embargo, acaba de llevarse una bronca.

Espera paciente a que llegue Triana. En la puerta hace frío, pero pasa el tiempo y continúan sin dejarle entrar. No deben de haber informado a la prensa todavía, porque no hay ningún periodista. Tampoco en las redes sociales han dado la noticia.

Unos minutos más tarde, un coche de policía aparca frente a la comisaría. Del vehículo se baja Triana, que no tarda en verlo. La chica se lanza a sus brazos y le da un beso en los labios. Nunca la había visto tan feliz.

—Feliz Navidad, cariño —le dice al oído. La joven está temblando—. ¿La has visto ya? ¿Está bien?

—No me dejan pasar. Me parece que te están esperando a ti.

—¡No me lo creo aún! ¡Sigue viva, como tú decías! ¡Quiero verla!

Triana está muy nerviosa. Respira hondo y se acerca al policía nacional que vigila en la puerta de la comisaría. Sin embargo, en ese instante, aparece otra patrulla. Niko contempla cómo dos agentes sacan del coche a un hombre mayor, al que no tarda en reconocer. Se trata de Juan Luis Flores, uno de los delincuentes más temidos de Sevilla y enemigo de su abuelo. Está con el rostro desencajado y no para de decir que él es inocente y que no tiene nada que ver con el secuestro de Celia Mayo.

CAPÍTULO 31

CELIA

Sevilla, lunes, 14 de octubre de 2019

Se prepara para encontrarse con Blanca Sanz en la biblioteca Infanta Elena. La periodista lleva consigo un sobre que le ha dado la hermana de la policía fallecida Ángela Diosdado y en cuyo interior había una nota que decía:

> Chopin: raíces de futuro, Justo Romero.
> Avenida de María Luisa, 8.

Al parecer se refiere a un libro sobre Chopin y la dirección es la de la biblioteca situada en el parque de María Luisa. Blanca piensa que pueden estar cerca de la resolución del caso. ¿Tienen por fin la pista definitiva sobre el asesino?

Cuando está a punto de salir de casa, llaman al timbre. Espera que no sea ningún cliente, porque debe marcharse de inmediato. Abre y delante se encuentra a Juan Luis Flores.

—Buenos días, detective Mayo —le dice el hombre, que viste un traje negro y un sombrero del mismo color. Celia se fija en la llamativa rosa que le adorna la solapa—. ¿Puedo pasar? Tengo que hablarle de algo importante.

—Tengo prisa, Juan Luis. Quizá en otro momento.

—¿Está liada con su próxima novela? Mi mujer está impaciente.

—No. He quedado con alguien.

—Le prometo que simplemente serán cinco minutos. Vengo de lejos. No me haga este feo.

Celia accede. Le envía un wasap a Blanca para explicarle que llegará un poco más tarde. Pasan al despacho y lo invita a sentarse, pero Juan Luis prefiere quedarse de pie.

—Dígame, de qué se trata.

—Quiero que me ayude a sacar a mi nieto de la cárcel. Ya le hablé de él. El padre de las dos criaturas que conoció el otro día.

—¿Me lo está diciendo en serio?

—Completamente. Aunque, como todos, Hipólito ha cometido errores, no es mala persona.

—Hay errores más graves que otros.

—Estamos de acuerdo. Pero esos niños tienen que estar con su padre. Necesitan una figura paterna que los eduque. Yo ya no estoy para esos trotes. ¿Me ayudará?

—No puedo hacer eso.

—Claro que puede. Conoce a mucha gente dentro de la policía y también en los juzgados. Haga algunas llamadas.

A Celia le molesta lo que le está pidiendo. ¿Qué se ha creído? No sabe qué idea tiene de la justicia ese hombre, pero desde luego no es la misma que la suya.

—Lo siento, Juan Luis. Es imposible.

—No es imposible. Mire esto —dice antes de mostrarle un folio que saca del bolsillo de la chaqueta—. ¿Sabe lo que es la escopolamina?

¿Qué ha sucedido? Celia abre los ojos y se encuentra en un lugar oscuro y muy estrecho. Hay un candil encendido a su lado. Debe de funcionar con pilas, porque no está conectado. Apenas se puede erguir porque el techo no es muy alto. Huele a humedad y no se oye nada. Hay una puerta de madera. Intenta abrirla, pero su esfuerzo es en vano.

—¿Dónde estoy? —se pregunta en voz baja mientras trata de recordar cómo ha llegado hasta aquel cubículo.

Se encontraba en casa, en su despacho, hablando con Juan Luis sobre su nieto..., y, de repente, ha aparecido en ese sitio. Está muy confusa. ¿Ha sido cosa de Flores? Es a la última persona que recuerda.

¿La han secuestrado?

Mientras las horas pasan, se aprende la habitación de memoria. Solo hay tres pasos entre pared y pared. El techo no debe de estar a más de un metro sesenta de altura. Además del candil, le han dejado un colchón y una manta, una botella de agua de dos litros y un cubo, que no quiere ni imaginarse para lo que es. Se sienta y reflexiona

sobre las posibles circunstancias que la han llevado a esa situación. Estaba a punto de ir a encontrarse con Blanca Sanz, que al parecer tenía una pista que podría dar con el asesino de los crímenes de Chopin. ¿Chopin? ¿Todo esto es por él?

Empieza a impacientarse y a ponerse nerviosa. Grita con la esperanza de que alguien la escuche. Se deja la garganta en cada alarido, pero nadie aparece. Piensa entonces en Triana. Su hija estará muy asustada y se preguntará qué le ha sucedido. Se tumba en el colchón y se echa a llorar. Ella también siente miedo.

¿Cuántas horas lleva en aquel zulo? No es capaz de calcularlo. Ha tenido que usar el cubo varias veces y ha vomitado en una esquina. Se ha bebido media botella de agua, aunque tendrá que racionar lo que le queda porque no sabe si alguien le traerá más cuando se termine. Se siente débil y empieza a notar que necesita comer. ¿Seguirá siendo día catorce de octubre?

El cansancio provoca que se duerma, pero es un sueño muy ligero y el ruido de unos pasos acercándose no tarda en despertarla. La persona se ha detenido al otro lado de la puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

—Hola, Celia. ¿Cómo estás?

Es la voz de un hombre joven, y tiene acento andaluz. No lo reconoce. Si alguna vez han hablado, no lo recuerda.

—Fatal. ¿Cómo voy a estar dentro de este zulo de tres por tres? He vomitado y estoy meando dentro de un cubo. Me falta el aire.

—Lo siento mucho. Imagino que no es agradable.

—Nunca me había sentido tan mal. ¿Qué hago aquí?

—No lo sé.

—¿Qué? ¿Cómo que no lo sabes? —pregunta Celia indignada—. ¿Quién es el responsable de esto?

—Tampoco te lo puedo decir.

—¿Juan Luis Flores? ¿Ha sido él? Es a la última persona que recuerdo. Fue a mi casa a pedirme que...

—Celia, no sigas, por favor. Cuanto menos hablemos tú y yo, mucho mejor.

—¿Cómo te llamas?

El silencio al otro lado de la puerta es la única respuesta que obtiene. La detective privada suspira e intenta calmarse.

—¿Voy a estar aquí mucho tiempo?

—Te he traído algo de comer y de beber.

—¿No vas a contestar a mis preguntas?

—Es un plato de pasta. Te la he preparado con tomate y carne. También te he traído una Coca-Cola, una botella de agua y algo de fruta.

—Gracias. Eres muy amable —dice Celia con la voz cargada de ironía.

—Voy a entrar en la habitación. No creo que sea necesario advertirte que no intentes nada. Será peor para ti.

—¿Me vas a matar?

—No soy ningún asesino. ¿Puedo confiar en ti?

Celia no contesta. Se plantea intentar escaparse en cuanto la puerta se abra, pero, si falla, podría complicarse su situación. Aunque aquel chico no da muestras de seguridad, no sabe cuál puede ser su reacción ni si va armado. Alguien le ha endosado el marrón de vigilarla y estará bien aleccionado. Es posible que sea uno de los nietos de Flores. Cuando fue a verlo, estudió su perfil y a sus familiares. Hipólito es el que está en la cárcel. ¿Júnior? ¿Antonio? ¿Esteban? Son más de veinte varones los que componen el clan Flores, sin contar con las parejas de sus hijas y de sus nietas.

—¿Puedo confiar en ti? —repite el joven algo alterado.

—Sí, no te preocupes.

—Bien. Voy a entrar con tu comida. Aléjate, por favor.

—Hecho —dice Celia dando unos pasos atrás. De momento, va a obedecer las instrucciones de aquel tipo.

La puerta se abre y contempla a un hombre de no más de uno setenta de estatura, bastante fornido, con la cara cubierta por un pasamontañas negro. Ni siquiera mira a Celia cuando entra. Deja la bandeja con la comida en el suelo y vuelve a salir de la habitación.

—Espero que sea de tu agrado.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé.

—¿Me podrías decir al menos qué hora y qué día es?

—Las doce y media del quince de octubre.

—Gracias.

—Adiós, Celia.

—Tengo más preguntas que hacerte.

—No es el momento ni soy la persona adecuada. Adiós.

—Saluda a Juan Luis de mi parte y dile que esto lo va a pagar muy caro.

La mujer escucha cómo el joven se marcha. Coge la bandeja y se sienta en el colchón. Devora el plato de macarrones con ansia y después un plátano. Estaba hambrienta. Se guarda una manzana y el agua para más tarde. Mientras come, piensa en cuál puede ser el motivo por el que la han encerrado en ese zulo. A lo mejor se estaba acercando demasiado a la verdad. Pero ¿qué tiene que ver Juan Luis Flores con Chopin y los asesinatos que se han cometido? ¿Niko llevaba razón y aquel hombre, enemistado con su abuelo, estaba implicado en las muertes de Enrique Mesa y de Evaristo? ¿Qué van a hacer con ella?

Los días siguientes son un calco del primero. Aquel joven aparece sobre las doce y media y le deja en el suelo una bandeja con comida y bebida. También le cambia el cubo y le trae otro con agua limpia y jabón para lavarse. En la segunda semana, el joven le lleva ropa; y en la tercera, una radio. Celia escucha cómo hablan de su desaparición. También se entera de que un helicóptero ha chocado contra la Giralda y que una de las pasajeras era la periodista Blanca Sanz, que por suerte ha sobrevivido.

—¿Cuándo me vais a sacar de aquí?

—No lo sé.

—Dile a Juan Luis que cuantos más días pasen, más castigo sufriréis los que estáis implicados en este secuestro.

En la séptima semana, Celia cae enferma. Su joven carcelero le lleva paracetamol para la fiebre, pero no consigue bajarla y le empieza a dar antibióticos. Y ya no se marcha en cuanto suelta la bandeja: sus visitas son cada vez más largas y frecuentes. Celia piensa en aprovechar aquella situación para escapar. Sin embargo, no tiene fuerzas ni para levantarse de la cama. Sufre alucinaciones y se siente débil y mareada. Ya ni siquiera escucha la radio para mantenerse informada. ¿Qué es real y qué no?

—¿A qué día estamos?

—Diecisiete de diciembre.

—Vaya, solo queda una semana para Nochebuena.

—No me gustan las Navidades. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

No es cierto. Nota que su cuerpo apenas le responde. Tose en

exceso y le duelen el pecho y las cervicales. Anda encorvada y le cuesta mantenerse de pie, ya que le tiemblan las rodillas. Apenas ha probado bocado en los últimos días y su estómago rechaza lo poco que come. Está muy débil. Siente que si los que la han encerrado no la matan, no tardará mucho en morirse en aquel zulo.

—¿Por qué no te quitas el pasamontañas? Hay confianza.

—No quiero que veas mi cara.

—¿Tanto te pareces a tu abuelo Juan Luis?

El chico no responde. Enciende la radio y deja el dial de una emisora en la que suena *El coco* de El Barrio. A su marido le encantaba ese tema. A lo mejor es una señal y pronto se reúne con Lolo. ¿Es ese su destino? Quiere resistir, sobre todo por Triana, pero no sabe si saldrá viva de ese agujero.

—¿Por qué no me dejas libre? No sé quién eres. Solo denunciaré a Juan Luis Flores. Te lo prometo. Di que no sabes cómo me he ido, que entraste en el zulo y no estaba. Por favor...

—Eso no es posible.

—He notado que tú tampoco entiendes lo que está pasando. Te han impuesto esta situación tan desagradable —dice Celia, que se retuerce de dolor en el colchón. El estómago le va a explotar—. No puedo más.

—Mañana te traeré pastillas.

—Esto ya no se cura con pastillas, muchacho. Necesito un médico.

El chico suelta una palabra malsonante en voz baja y se marcha. Celia se levanta y, a duras penas, llega hasta el cubo. Cuando ve que ha orinado sangre, se asusta. Tiene que huir como sea, y ha de ser pronto. Sin embargo, no tiene fuerzas. También está agotada psicológicamente. En esas semanas es lo que más ha trabajado consigo misma: ha llevado a cabo un ejercicio continuo de paciencia, control y determinación, ha intentado superar la adversidad a base de fuerza mental. Pero la enfermedad ha acabado por limitar su resistencia.

El jueves, diecinueve de diciembre, es un infierno. El dolor se ha vuelto insoportable. Su joven carcelero entra en la habitación y le habla muy preocupado. Responde, pero no está segura de que sus palabras se escuchen. Es una extraña sensación. Celia oye la voz de otra persona a la que no identifica. Se queda sin fuerzas y cierra los ojos. Cuando los abre, ya no está en el zulo. Esa otra habitación es

mucho más grande, y puede notar el aire refrescante que penetra en la estancia desde el exterior. Se siente un poco mejor, aunque le duele cada rincón de su cuerpo. ¿Qué ha pasado? No hay nadie a su alrededor, pero la puerta del cuarto está abierta. Se incorpora y mira por la ventana. Solo ve árboles. No entiende lo que sucede, pero debe aprovechar la ocasión. Sale de aquella casa lo más deprisa que puede. Anda desorientada, hasta que da con una carretera. Se arrodilla en el carril de la derecha y detiene a un camión. El sorprendido conductor la auxilia y la ayuda a subir al vehículo. No para de preguntarle qué le ha pasado y si se encuentra bien. Celia llora de alegría y casi no puede hablar. Oye en la radio que es veinticuatro de diciembre y tienen doce grados en Sevilla capital.

A pesar de todo, nunca se había sentido tan feliz el día de Nochebuena.

CAPÍTULO 32

SERGIO

Sevilla, jueves, 26 de diciembre de 2019

La aparición de Celia Mayo ha sido una gran sorpresa para todos. Sergio se siente muy feliz por su nueva amiga y hasta derramó unas lágrimas cuando recibió la noticia. La madre de Triana se encuentra bien dentro de lo que cabe, aunque la han ingresado en el Virgen del Rocío para hacerle algunas pruebas.

Su hermana y él han vuelto a la casa protegida por la policía para recoger sus cosas. Ya pueden regresar a sus vidas después de que hayan detenido al más que probable asesino de Luna y Ana Benítez y también a Juan Luis Flores, el presunto secuestrador de Celia; aunque si el primero no suelta prenda sobre su participación en los hechos, este último continúa defendiendo su inocencia. La detective lo acusó de drogarla con escopolamina y de mantenerla encerrada en un zulo durante más de dos meses.

—Así que ya está todo claro —dice Blanca mientras dobla un pantalón y lo guarda en la maleta—. El tipo que nos agredió es el mismo que mató a Luna e incendió la casa del piloto con su mujer dentro. Flores secuestró a Celia y Mesa asesinó a su marido Lolo Velázquez, contratado por Montesorín, que después fue su verdugo. El inspector jefe de la Policía Nacional también se quitó de en medio a Risto y a la agente Ángela Diosdado.

—¿Y lo del helicóptero?

—Si no se trató de un accidente, posiblemente también fuera cosa del hombre del pasamontañas.

—¿Por encargo de Juan Luis? —pregunta Sergio, que no lo ve tan claro.

—Casi seguro. Ese hombre es uno de los delincuentes más

peligrosos de Sevilla, pero es muy mayor. Necesitaba ayuda para ejecutar su plan y contrató a ese sicario.

—¿Y la razón de todo esto?

—Sergio, no somos la policía. Deja que sean ellos los que investiguen —responde Blanca con una sonrisa—. ¿Te vienes a mi piso o prefieres ir con papá y mamá?

—Comeré en tu casa y esta tarde volveré a El Viso. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Lo que necesites, hermano. ¿Me ayudas con la maleta? Estoy casi recuperada del todo, pero no sé si podré bajarla sola por la escalera.

Sergio carga con el equipaje de Blanca y se detiene en el salón, donde suena música clásica. Es un nocturno de Chopin. Niko está allí, sentado en un sillón y leyendo algo en su móvil. Parece distraído. El polaco no se percata de su presencia hasta que llama su atención con un chasquido de dedos.

—Ey, ¿qué tal? —reacciona Niko—. ¿Ya os vais?

—Sí. García nos está esperando fuera.

—El final de la aventura.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Me quedaré un rato más. Luego me iré a casa caminando.

—Está un poco lejos.

—Me apetece andar —dice Niko con una sonrisa en los labios—. Ya nos veremos, Sergio. Un placer haberte conocido.

Primero se dan la mano y luego un abrazo. Aquel joven seguramente tenga muchos defectos, pero a él le ha caído bien. De aquella experiencia tan extraña sale con una mejor relación con su hermana y con dos nuevos amigos. Aunque también ha perdido por el camino a Luna. Apenas la conocía, pero se acuerda de ella cada día.

García los está esperando en el coche para llevarlos al piso de Blanca. No hablan demasiado con el policía durante el trayecto.

—¿Hay algo nuevo relacionado con los detenidos? —le pregunta la joven al policía cuando ya están cerca de su casa—. ¿Juan Luis o el tipo que nos atacó han dicho algo?

—No he hablado esta mañana con mis compañeros. He venido directamente a por vosotros.

—Ojalá confiesen y esta historia acabe pronto.

—Seguro que estamos cerca del final, Blanca. Tenemos

encerrados a los culpables. Veremos si ambos están relacionados y el secuestro de Celia está conectado con los crímenes que ese tipo ha cometido. De todas maneras, debéis ser prudentes. Si veis algo raro, no dudéis en avisarnos. Estaremos muy pendientes de vosotros.

—¿Puedo regresar a la redacción del periódico?

—Eso es asunto tuyo. Si te sientes con fuerza, adelante. No hay problema.

Sergio se alegra por su hermana. Que tenga ganas de volver al trabajo es buena señal. Aunque también le preocupa que crea que ya no hay ningún peligro y se relaje en exceso. Todo parece más o menos resuelto, pero restan algunos cabos por atar. ¿Y si el del pasamontañas no actuó por su cuenta ni tiene nada que ver con Flores? ¿Hay alguien más detrás de aquella historia?

—Hemos llegado. Chicos, gracias por vuestra disponibilidad y por facilitar nuestro trabajo. Tened cuidado y, si no os veo más, feliz año.

—Igualmente, García. Muchas gracias por todo.

—¡Feliz 2020!

Cuando entran en el edificio donde vive Blanca, a Sergio le viene a la cabeza el día que fue a visitarla. Venía de desahogarse con una amiga porque acababa de romper con su ex y estaba hecho polvo. Tiene la impresión de que ha pasado mucho tiempo desde entonces y, a la vez, siente que ocurrió hace nada. Por suerte, se encontraba con su hermana cuando el tipo del pasamontañas intentó asesinarla. Se llevó varios golpes, pero logró salvarla.

—Otra vez en casa —dice la chica, que se deja caer en el sofá—. ¡Y ya no necesito muletas!

—Hace nada ni te podías levantar sola de la cama. Me alegro de que te hayas recuperado.

—Y yo. Qué alivio. Aunque todavía tengo dolores.

—Es normal. ¡Ibas dentro de un helicóptero que se estrelló!

—No hay ni un día en el que no lo recuerde.

—Es que es muy fuerte, Blanca.

—Las secuelas serán para siempre, pero necesito rehacer mi vida cuanto antes. Mañana llamaré al periódico para que me digan cuándo me puedo reincorporar.

—¿Estás segura?

—Sí, Sergio. Debo tratar de dejar atrás estos meses tan difíciles y centrarme en el presente. Han pasado muchas cosas.

—Y has podido con todas.

Blanca no responde. Hace una mueca y mira hacia otro lado. Tiene algo en la cabeza que no ha superado. Su hermano se da cuenta, pero no le pregunta. Prefiere que salga de ella hablarle de lo que sucede.

—El frigorífico estará medio vacío. ¿Pedimos comida china? —pregunta la joven intentando cambiar la expresión de su rostro.

—Arroz tres delicias, pollo con almendras y plátano frito.

—¿Y tallarines con ternera?

—Muy bien. Lo que sobre, para la cena.

—¡Ni lo dudes!

Durante la comida siguen analizando lo que ha ocurrido en los últimos días. En las noticias hablan de la liberación de Celia Mayo. No ofrecen demasiada información al respecto. La prensa solo suelta conjeturas y datos que le ha facilitado la policía sevillana. Los chicos se plantean lo que van a contarles a sus padres. Deciden que Sergio les dirá la verdad y luego llamará a su hermana para que hable con ellos y confirme lo que él les ha contado. Seguro que se enfadarán, pero espera que acaben entendiéndolos, porque, además, la policía les había pedido que fueran discretos, incluso con sus familiares.

—¿Sabes a qué hora cierra el cementerio? —pregunta Sergio mientras recoge los restos de la comida.

—¿Para qué?

—Necesito hacer una visita. A... Luna.

—Voy contigo.

—¿También te sientes un poco culpable de lo que le pasó?

—Algo sí, pero no somos los responsables.

—Si hubiéramos denunciado de inmediato a ese hombre...

—No sabías lo que iba a pasar. No le des más vueltas.

En Internet encuentran que el cementerio de Sevilla cierra cuando se oculta el sol. Se dan prisa y llegan a tiempo. La tumba de Luna González está hacia la mitad del camposanto. Sergio le deja un ramo de flores que ha comprado a la entrada.

—Me hubiera gustado conocerla más —susurra emocionado el joven—. Tengo la sensación de que nos hubiéramos llevado muy bien.

—Luna tenía sus cosas, pero se hacía querer.

—He visto varios vídeos suyos en YouTube. Seguro que muchos estaban enamorados de ella.

—Yo nunca la vi de esa manera —dice Blanca con una sonrisa triste—. Pero debo reconocer que era una de las chicas más guapas que he conocido.

—Sí, era muy guapa.

—No entiendo qué vio en Blas. El amor es ciego.

Él no lo conoció, pero su hermana le ha contado la historia completa de Luna y Blas. Una trama compleja que acabó en tragedia. El compañero de Blanca se suicidó y la periodista de televisión terminó ejecutada en su coche, con una bala en la cabeza. Ambos prepararon juntos el explosivo que estalló en el despacho de la directora de *El Guadalquivir*. Le cuesta creer que Luna participara en algo así, pero ella se lo confesó a su hermana la noche en que fue asesinada. La policía encontró en su casa los residuos y las herramientas con las que habían fabricado la bomba.

—¿Nos vamos? Estoy helada.

—¿Puedo quedarme un minuto a solas?

—Claro. Te espero en la salida.

Blanca le da un toquecito en el hombro y se marcha. Sergio aguarda unos segundos a que su hermana se haya alejado. Cierra los ojos y reza un padrenuestro. Luego le pide a Dios que cuide de su alma y le promete a Luna que volverá a visitarla de vez en cuando. En esta ocasión no llora, aunque siente cómo se le forma un nudo en la garganta.

—Adiós, Luna. Feliz Navidad —susurra como despedida, y esboza una última sonrisa antes de irse.

Aquella experiencia le ha hecho recapacitar. Mientras se dirige a la salida del cementerio, piensa en lo que hará en los próximos días. Se ha dado cuenta de que ha estado perdiendo el tiempo. Es joven, pero la vida es muy corta. Todo puede acabarse en cualquier instante. Le apetece probar cosas nuevas, conocer gente y enamorarse de alguien con quien compartir momentos y pasiones. Debe olvidarse de Verónica para siempre. Es parte del pasado. A partir de ahora, se quejará menos e irá a ver a su hermana más a menudo. Un nuevo Sergio está en proceso.

Casi es de noche. Enseguida localiza a su hermana, junto a la cancela del cementerio. Está hablando por el móvil, caminando de un lado a otro. Su rostro preocupado indica que algo grave ha pasado. En cuanto termina la llamada, le pone al tanto de lo que acaba de

suceder.

—La vida no nos da una tregua. Era García. Me ha dicho que Juan Luis Flores ha aparecido muerto en la comisaría.

CAPÍTULO 33

TRIANA

Sevilla, jueves, 26 de diciembre de 2019

Triana está en el hospital Virgen del Rocío cuando recibe una llamada de García para informarla de la muerte de Juan Luis Flores. La chica resopla y entra en la habitación en la que su madre sigue ingresada. No hace ni dos días que la detective Mayo apareció. Tras haber permanecido secuestrada más de diez semanas, sufre secuelas físicas y aún habrá que valorar las psicológicas. La policía ya ha encontrado el zulo donde estuvo retenida desde el catorce de octubre: una pequeña casa en la provincia de Córdoba, cerca del municipio de Montoro. La vivienda disponía de un sótano, y allí es donde la habían mantenido encerrada. El camionero que la recogió en la carretera ha sido la pieza clave para localizar aquel lugar.

—¿Todo va bien, Triana? —le pregunta su madre desde la cama.

La chica le cuenta lo que acaba de pasar: Flores ha aparecido muerto en el calabozo de la comisaría. Aunque García no se lo ha confirmado, da por hecho que se trata de un suicidio.

—No te voy a decir que me alegro, pero tampoco siento ningún tipo de lástima por él. Descanse en paz. Ya no le hará daño a nadie.

—A mí tampoco me da pena. No puedo perdonar lo que te ha hecho. Pero ¿no complica esto la situación?

—¿En qué sentido?

—No sabemos el motivo por el que Flores te secuestró ni si estaba implicado en todo lo que ha pasado —dice Triana mientras le coge la mano a su madre. La tiene muy fría y de color azulado, así que se la frota para que entre en calor—. Pero tú no pienses en eso ahora. Debes descansar y recuperarte.

—Estoy bien. Tengo ganas de volver a casa.

—Yo también quiero que regreses. No sabes lo que han sido estas semanas sin ti. Pensaba que..., que... no te vería más.

—Por suerte se ha quedado en un susto.

—Mamá, lo que ha pasado es mucho más que un susto.

Celia no dice nada más. Asiente con la cabeza y se gira hacia el otro lado. Cierra los ojos y se acurruca. Triana la observa con tristeza: está muy delgada y no tiene buen aspecto. Los pómulos se le han hundido y se le han marcado en exceso las facciones de la cara. Es como si hubiese envejecido diez años de golpe. Los médicos han dicho que se recuperará, pero necesitará tiempo. En unos días la tratará un psicólogo para que la ayude a superar el trauma de haber estado encerrada tantos días.

—Voy a la cafetería a por un café y a llamar a Niko. No sé si se ha enterado de la muerte de Flores. ¿Necesitas algo?

La mujer no contesta. Triana repite la pregunta, pero Celia continúa sin responder. Se ha quedado dormida. La chica sale de la habitación y coge el ascensor para bajar a la cafetería. Siente una gran presión a ambos lados de la cabeza. Va a ser duro, aunque más duro era cuando pensaba que estaba muerta. Debe tener paciencia y cuidar de su madre mientras se encuentre en ese estado. Las lesiones no son graves, pero la han debilitado. Todavía está pendiente de que le hagan más pruebas que determinen el alcance de sus problemas físicos. Los médicos han apreciado en las primeras exploraciones síntomas de hipotermia, deshidratación e incluso una infección de orina. El encierro también le ha afectado al estómago, las rodillas y las cervicales.

Triana pide un café con leche y se sienta en una de las mesas del fondo de la cafetería. En el móvil, en el WhatsApp, se encuentra un mensaje de audio de Blanca. Se había olvidado de quitar el *mute* en el teléfono. Acerca el *smartphone* al oído y escucha la grabación de su amiga.

AUDIO DE BLANCA

Hola, imagino que García te habrá informado ya de lo de Flores. A nosotros nos ha llamado mientras estábamos en el cementerio. Hemos venido a visitar la tumba de Luna, ya sabes que no pudimos ir a su entierro. Tengo ganas de que todo esto termine de una vez por todas. ¿Cómo está tu madre? Mañana iré a visitarla al hospital y de

paso te veo a ti. Espero que estéis bien y la prensa no os esté dando demasiado la paliza. Los conozco bien. Si necesitas que haga algunas llamadas, avísame.

Son veintisiete segundos. Después hay otro audio mucho más corto.

AUDIO DE BLANCA
Sergio y yo te echamos de menos. Cuando todo esto pase definitivamente, tenemos que quedar los tres. Un beso.

Ella también los echa de menos. Blanca se ha convertido en una especie de hermana mayor y Sergio es un chico especial. Los dos han formado parte de la peor época de su vida y, sin ellos, la convivencia en la casa protegida habría sido más difícil.

Va a contestarle a su amiga cuando Niko solicita una videollamada por WhatsApp. Duda, porque no tiene cara para que la vea en directo. Chasquea la lengua. Qué más da eso ahora. Acepta y aguarda a que aparezca su imagen en la pantalla.

—Hola, me has leído el pensamiento. Estaba a punto de llamarte —dice Triana mientras se peina con la mano—. ¿Me ves bien?

—Muy guapa, como siempre.

Él también está tan guapo como siempre, aunque lo nota cansado. Lo aprecia en sus ojos, algo cerrados. Su novio también ha tenido unos meses muy difíciles y eso le ha pasado factura.

—Imagino que me llamas por lo de Flores.

—Sí. García me ha avisado hace unos minutos. ¿Qué piensas?

—¿Qué quieres que piense? Ese criminal se ha suicidado. Le reconcomería la culpa por lo que le ha hecho a mi madre. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Era un hombre muy mayor, que ha vivido toda clase de experiencias. Para muchos era el delincuente más peligroso de Sevilla; incluso mi abuelo mantuvo duros enfrentamientos con él.

—Ya me contaste que Dariusz y Juan Luis no eran precisamente amigos.

—No se caían bien. Flores era un tipo temido en la ciudad y siempre se libraba.

—Quizá por eso se ha quitado la vida. No quería pasar en la

cárcel lo poco que le restaba de existencia —conjetura Triana—. Le iban a caer unos cuantos años.

—¿Te han dicho cómo se ha suicidado?

—No. Ni siquiera me han confirmado que haya sido un suicidio. ¿Tú lo sabes?

—No. No lo sé —responde el chico, que se queda pensativo unos segundos y se rasca la barbilla con brío.

¿No está de acuerdo en que Flores se ha quitado la vida? ¿Es que Niko cree que alguien ha entrado en el calabozo y lo ha asesinado a sangre fría? Esa sería otra vuelta de tuerca a la historia. No parece posible. Aunque es cierto que en esa comisaría ya se dieron circunstancias extrañas cuando Montesorín formaba parte del cuerpo de la Policía Nacional.

—Seguro que nos dirán algo más cuando investiguen su muerte —comenta Niko poco convencido—. ¿Cómo está tu madre?

—Igual. Quiere volver a casa, pero me da que tendrá que permanecer ingresada unos días. Los médicos son optimistas, porque no parece que haya nada grave. A mí me mata verla tan débil.

—Está viva, Triana. No puedes pedir más. Lo normal en estos casos es que la persona desaparecida aparezca muerta o no aparezca.

—Ya lo sé. En realidad, podemos sentirnos afortunadas. Lo hubiera firmado hace unos días —dice la chica, que observa cómo un joven se sienta en la mesa que está justo al lado. Le extraña porque apenas hay gente en la cafetería y hay muchos sitios libres. Además, juraría que la está mirando.

—¿Te vas a quedar esta noche en el hospital?

—No. Me iré cuando mi madre cene y regresaré mañana a primera hora. En la habitación solo hay una silla y es casi imposible dormir en ella. También yo necesito descansar. Esto puede ir para largo.

—¿Quieres que vaya a tu casa y me quede contigo?

Triana no sabe qué responder. Lleva dos noches durmiendo en el hospital y sería la primera que pasaría sola después de mucho tiempo. Tendrá que avisar a García para que mande a alguien a su casa. Durante unos días la policía va a continuar cerca de ellos por si acaso. En realidad, le apetece que Niko vaya esa noche. En Los Bermejales han estado muy fríos y se han comportado como si no fueran pareja. Sin embargo, cuando su madre le preguntó por él, le respondió que

todo seguía como siempre.

—Vale, pero vente cenado. No sé a qué hora saldré de aquí.

—De acuerdo. Te llevaré un serranito del bar En La Espero Te Esquina por si no has comido nada cuando llegues.

—No juegues con eso. Sabes que me encantan.

—Si no te lo comes, lo guardaré para desayunar mañana.

La chica sonríe y se riza el pelo con los dedos. Se sonroja cuando se da cuenta. ¿Vuelve a sentir algo especial por aquel joven polaco que un día le arrebató el corazón?

Su sonrisa desaparece de repente al ver cómo el joven que se ha sentado en la mesa de al lado se levanta y la mira fijamente. Parece muy tenso.

—¿Qué ocurre?

—Aquí hay un tío que no sé qué quiere —dice en voz baja y acercando su cara a la pantalla.

Disimuladamente, gira el móvil y le muestra con la cámara al muchacho del que habla.

—No me gusta ni un pelo —le dice preocupado su novio—. Vete de la cafetería y sube a la habitación. No me cuelgues.

—No te preocupes. El hospital está repleto de gente. Tengo poca batería y la cámara gasta mucho. Te llamo cuando llegue arriba.

—Espera. No me cuelgues.

—Niko, tranquilo. No hay nada que temer. Ahora te llamo.

—Está bien. Hasta ahora. Ten cuidado.

Triana se despide de Niko y se pone de pie para marcharse. En ese instante, el joven se apresura a salir a su encuentro y le pide que se detenga.

—No sé quién eres, pero voy a llamar a la policía.

—Espera, por favor. Solo quiero... disculparme.

—¿Disculparte por qué?

—Quiero pedirle perdón a tu madre —responde el joven con los ojos vidriosos—. Fui su carcelero en el zulo donde estuvo encerrada. No pasó ni un solo día en esas diez semanas en que no me arrepintiera de lo que estaba haciendo.

—¿Qué dices? ¿Eso es verdad?

—Por desgracia, sí. Me llamo Carlos Flores y soy uno de los nietos de Juan Luis.

—Voy a llamar a la policía.

—¡No! ¡Por favor! —exclama el joven—. Me voy a entregar. Lo prometo. No puedo vivir con esto en la conciencia. Yo no soy así. Mi abuelo ha muerto y ya no tengo miedo.

—¿Le tenías miedo?

—Mucho. Me obligó a vigilar a tu madre. Yo no quería, pero no sabes cómo era.

—¿Y por qué no lo denunciaste?

—Deja que vea a tu madre y me disculpe. Luego te lo explicaré todo.

—No creo que te dejen verla. Hay un policía custodiando la habitación. Únicamente se aceptan visitas de familiares y amigos. Además, es muy tarde.

El móvil de Triana suena. Es Niko. Seguro que está preocupado porque no lo ha llamado aún. Coge el teléfono y le dice que está todo bien. Cuando se vaya del hospital, le mandará un wasap.

—Permíteme entonces que me disculpe contigo —insiste Carlos cuando Triana termina de hablar por el móvil—. También has sufrido mucho por lo de tu madre.

—Ni te lo imaginas. Ha sido un infierno.

—Lo siento. Te juro que lo siento.

—¿Por qué lo hicisteis? ¿Por qué secuestró tu abuelo a mi madre?

—No lo sé. Yo simplemente tenía que encargarme de controlar que no se escapara y esperar instrucciones. Le llevaba la comida, agua y jabón para que se pudiera asear, ropa limpia y hasta me salté las normas y le di una radio para que estuviese informada. Hice lo que pude para que su estancia fuera lo menos mala posible. Pero se puso muy enferma y los planes cambiaron. Iban a asesinarla.

—¡Por Dios! ¿Quién la iba a matar?

Carlos se tapa la cara con las manos. Triana escucha el sollozo de aquel chico bajito y con cara de no haber roto un plato en su vida. Tampoco él tiene que haberlo pasado bien, aunque no lo disculpa. ¡Fue el que retuvo a su madre en aquella habitación! ¡El que permitió que la tuvieran encerrada en un zulo!

—Mi abuelo era el mismísimo demonio, pero solo recibía órdenes —responde Carlos con los ojos hinchados—. No sé quién quería que tu madre muriera, pero escuché la conversación telefónica en la que mi abuelo decía que él no iba a matar a Celia, que esa no era su misión y no se iba a ensuciar las manos con la sangre de la detective Mayo. Que

se encargara otro.

—¿Y no sabes quién era esa persona con la que habló Juan Luis?

—Era una mujer. Por la familiaridad con la que hablaban, tenía pinta de que había confianza entre ellos. Me dio la impresión de que se conocían desde hacía bastante tiempo.

—¿No escuchaste nada que pueda servirnos de pista para averiguar la identidad de esa mujer?

—No me enteré de mucho. Quedaron en verse en la plaza de España el día de Navidad. ¡Ah! Mi abuelo no la llamaba por su nombre. Le decía Bruja.

CAPÍTULO 34

NIKO

Sevilla, jueves, 26 de diciembre de 2019

No conoce a Carlos Flores. Ni siquiera de oídas. Triana llama a Niko para explicarle la conversación que acaba de mantener con el nieto de Juan Luis en la cafetería del hospital. El muchacho le ha pedido disculpas por lo que ha hecho. Él no las habría aceptado. Tampoco está seguro de que vaya a ir a entregarse a la policía, como le ha asegurado a su novia. Esa gente no es de cumplir promesas. Lo importante es que Celia se encuentra bien y que su hija vuelve a sonreír. Está mucho más relajada. Quizá todavía tengan una última oportunidad para salvar su relación.

—Me tengo que marchar. No tardarán en traerle la cena a mi madre. Cuando estemos en mi casa, te lo cuento todo con más detalle —comenta Triana—. Aunque una de las cosas que me ha dicho Carlos me inquieta.

—No te fíes mucho de ese tío.

—Ha sido sincero, Niko. No creo que me haya mentido. Deberías haber visto sus ojos mientras hablaba. Ha reconocido su culpa y está arrepentido.

—Es un Flores. La peor calaña que hay en Sevilla.

Niko siente odio hacia Juan Luis, a pesar de que está muerto. Y, aunque su nieto le haya pedido perdón a Triana, él tampoco se salva de su animadversión. El daño que han hecho es imperdonable.

—Carlos me ha asegurado que su abuelo solo cumplía órdenes de otra persona.

—¿De quién?

—Parece que de una mujer a la que llamaba Bruja. Había quedado con ella en la plaza de España ayer por la mañana, pero

detuvieron a Juan Luis en Nochebuena y no pudo asistir al encuentro.

—¿Bruja? ¿Y se iban a ver en la plaza de España?

A Niko enseguida le viene una persona a la cabeza: la mujer que le aseguró que Celia Mayo estaba viva, la misma que jugó con su mente cuando fue a verla.

—María Santana —dice el polaco, que mira al techo con resignación.

—No creo que pueda ser otra, aunque Carlos no escuchó su nombre ni sabía de quién se trataba. Yo tampoco se lo revelé.

Triana le cuenta que el nieto de Juan Luis escuchó una conversación telefónica en la que, supuestamente, Santana hablaba con su abuelo acerca de su madre. Le dijo que había que matar a la detective y Flores se negó a hacerlo. Fue entonces cuando Carlos decidió liberar a la mujer que tenían secuestrada en el zulo de Montoro. La habían sacado del sótano y la habían llevado a una de las habitaciones de la casa. Un médico de la confianza de su abuelo, al que no conocía el joven, la había atendido porque no se encontraba bien. El día veinticuatro, el chico ya no pudo más y permitió que se fuera. Vio que se despertaba y salía desorientada al bosque. La siguió hasta la carretera y contempló cómo un camionero la socorría. Sabía que aquel era el final y que pronto su abuelo y él serían arrestados. Sin embargo, la policía solo fue a por Juan Luis. Eso significaba que, de momento, Celia no había delatado a su carcelero, del que desconocía su identidad, aunque sospechó desde el principio que era uno de los nietos de su captor.

—Luego te explicaré más cosas de la charla con Carlos Flores.

—Muy bien. Ten mucho cuidado cuando regreses a casa.

—Tranquilo. Avisaré a García de que esta noche no la pasaré en el hospital.

—¿Denunciarás a ese tío?

—Si en los próximos días no se ha entregado a la policía, como me ha asegurado, iré a la comisaría de la Alameda. Pero quiero hablarlo primero con mi madre.

—¿Se lo contarás a Gaviria?

—Ya sé que tú no confías en él, Niko, pero yo sí.

—El comisario y María Santana se conocen y se reunieron hace poco. Sigo sin fiarme de ese hombre. ¿Quién te dice que no han planeado juntos el secuestro de tu madre?

Triana no responde. Le fastidia que le tenga tanta fe a Arturo Gaviria, pero no quiere discutir. Para arreglar lo que se ha roto entre los dos, debe mostrarse cuidadoso con sus palabras y no meterse en demasiados charcos. No se va a enredar en una disputa por teléfono.

—Ya hablaremos. Ahora me tengo que ir.

—Vale, nos vemos dentro de un rato en tu casa. Triana, ten mucho cuidado.

—Y tú. Recuerda que también pueden ir a por ti.

—¿Sigues queriendo el serranito?

—Por supuesto.

El chico se despide con una sonrisa y se tumba en la cama de su habitación. No se siente en peligro, por mucho que el comisario lo convenciera para que se quedara en la casa protegida con Triana y los hermanos Sanz. Nunca se ha visto amenazado desde que Montesorín murió. No es el objetivo de nadie. ¿Qué saben Blanca, Triana o Celia para que alguien esté dispuesto a hacerles daño?

No para de darle vueltas a lo que su novia le ha contado respecto a María Santana. ¿Y si va a buscarla y le pregunta? Podría meterle presión para que confesara. Pero ya es de noche y no estará en su lugar habitual en la plaza de España. A lo mejor, después de la detención de Juan Luis Flores, se ha escondido por temor a que la relacionen con el secuestro de Celia. Sin embargo, ese hombre ya no podrá acusarla porque está muerto.

La prensa acaba de dar la noticia en las redes sociales y han comenzado las especulaciones. Algunos divagan con teorías de la conspiración y otros simplemente se alegran de que ese tipo tan peligroso haya fallecido. El nombre del secuestrador de Celia Mayo es *trending topic* y también el de la detective privada.

Está leyendo tuits con diferentes opiniones sobre la muerte de Flores cuando suena el teléfono de prepago que le dio la policía. Es un móvil acabado en setenta y siete. ¿Otra vez ella?

—¿Sí?

—Hola, Chopin —lo saluda una chica con voz cantarina—. ¿Cómo estás?

—Bien, Daniela. Bien.

—¡Te acuerdas de mi nombre! ¡Flipo en colores! —exclama la joven con la que habló el otro día—. Mis amigas no se creen que seas tú. Piensan que no he estado charlando contigo, que me lo he

inventado. Son unas capullas.

—Me dijiste que tú no me conocías, que fue tu amiga Marta la que pensaba que yo era Chopin.

—Sí, sí. Marta es la única. Las otras piensan que estoy mazo loca y que miento.

Daniela habla de una forma y a una velocidad que a veces le cuesta comprender. Aunque lleva muchos años en España, conversando con personas como ella, es en casos como este cuando nota que es de otro país y que su lengua materna no es el castellano.

—¿Qué quieres? Estoy ocupado.

—¿Podemos hacer una videollamada?

—No, no podemos.

—Porfa. Solo serán dos o tres minutos. Te lo prometo. Algo rapidito. Me gustaría ver tu cara.

—No.

—Por favor, Niko. Y ya no te molesto más.

—Estaba a punto de salir. He quedado.

—Joder, tío. Siempre estás de aquí para allá. Eres un especialista en cobras.

—No te comprendo.

—A ver si no vas a ser Chopin y me la estás colando. Como mis amigas tengan razón, me cuelgo del Madroño de Sol.

—Tú misma. Piensa lo que quieras.

—Joder, macho. ¿Eres siempre así de borde? ¡Adiós!

Niko resopla cuando Daniela le cuelga. ¿Es normal ese comportamiento infantil en la gente de su edad? Es la última vez que contesta a la llamada de ese número acabado en setenta y siete. Sin embargo, no ha pasado ni un minuto cuando su móvil suena de nuevo. Otra vez es ella. No lo coge. La joven no se da por vencida. Cuenta hasta seis intentos más. O responde o quita el sonido hasta que se canse. Opta por lo primero.

—Me estoy agobiando, Daniela.

—Lo siento. La borde he sido yo. No quería molestarte. ¿Me perdonas?

—Si no me llamas más.

—¿Entraste en mi cuenta de Instagram?

Lo ha acorralado. Si dice que sí, puede meterse en un bucle. Toca mentirle para que no se venga arriba.

—No. No entré.

—Mientes. Sin querer, o queriendo, le diste *like* a una foto mía en bikini.

—¿Qué? ¿Yo...? ¡No!

Niko escucha la carcajada de Daniela y cae en la cuenta de que eso no es posible porque hace bastante tiempo que borró su perfil de Instagram.

—Te has puesto nervioso.

—Tú eres la que me pone tenso.

—Eso está bien. Me gusta. No suelo dejar indiferente a nadie —dice la chica. Se la nota feliz por su hazaña—. ¿Te parecí guapa?

—No te he visto.

—Mientes, Nikolai Olej... Olej..., coño, qué difícil es tu apellido. ¡Y mira que he practicado para cuando habláramos! ¡Olejnik!

Ahora es Niko el que sonríe, aunque trata de disimularlo. Esa alocada chica puede salir por cualquier lado, pero debe reconocer que le cae bien. Y sí, le pareció guapa cuando la vio en las fotos.

—Daniela, de verdad, me tengo que marchar.

—Está bien. Por lo menos he conseguido que charláramos un rato y nos hemos echado unas risas. Me voy contenta. ¿Cuándo puedo llamarte y que no tengas tanta prisa?

—Es difícil. Siempre tengo prisa.

—Qué tonto. Tú sí que sabes dar calabazas a una mujer. ¡Hablamos, Chopin!

De nuevo es la joven quien decide que la conversación ha finalizado. Niko se queda mirando el móvil. Otra charla surrealista. De repente se da cuenta de que está sonriendo. Aquella joven es un torbellino. Recuerda su *nick* y entra en su Instagram. A continuación, pulsa en el *link* que hay en su perfil; es un enlace a su canal de YouTube. Durante un rato se entretiene viendo vídeos de Daniela Montilla. No solo tiene buena presencia y una cara bonita, sino que canta muy bien. Su preferida es una *cover* de *The winner takes it all* de ABBA. Si se esfuerza, tiene suerte y se sabe mover en las redes sociales, puede conseguir un buen futuro en el mundo de la música.

Está tan ensimismado con las interpretaciones de Daniela que el tiempo se le ha pasado volando. Son más de las ocho y media. Ha quedado en verse con Triana en su casa. ¡Y tiene que ir todavía a por los serranitos! Por unos minutos se ha olvidado de todo y de la forma

menos previsible: gracias a una chica que ha conocido a partir de un número de teléfono apuntado en un billete. Ese misterio todavía no se ha resuelto: ¿de quién es el móvil escrito en los veinte euros que Mercedes Reinoso le entregó a Blanca antes de morir en el helicóptero?

Está preparándose para irse cuando otra vez suena su *smartphone*. No puede ser. ¿Daniela Montilla? No, no es ella. Frunce el ceño cuando ve el nombre de la persona que lo está llamando. Su tono es seco cuando responde.

—No me llames a este número.

—Lo siento, tienes razón. Me lo dijiste.

—Quedamos en que no ibas a...

—Se lo voy a contar.

—No le puedes contar nada —dice Niko mientras se rasca nervioso la frente—. Ahora no es el momento. Si hablas, te prometo que me las pagarás.

—¿Me estás amenazando?

—Sí, tómalo como una amenaza.

CAPÍTULO 35

BLANCA

Sevilla, viernes, 27 de diciembre de 2019

Anoche escribió a sus compañeros, en uno de los grupos de WhatsApp del periódico, que les haría una visita al día siguiente. Su intención es la de incorporarse la próxima semana, antes de fin de año. Es hora de seguir adelante con su vida, aunque todo ha cambiado desde la última vez que pisó el edificio en el que trabaja. Ni siquiera sabe qué puesto le corresponde ni conoce a su nueva jefa. Tras la muerte de Mercedes Reinoso, han designado a otra periodista como directora. Su nombre es Rebeca Solís, y es sobrina del dueño del grupo que dirige los medios de comunicación de El Guadalquivir. Algunos consideran su nombramiento como un enchufe y dicen que no está cualificada para el cargo. Sin embargo, esta mujer de treinta y siete años tiene un gran currículo y ha ido escalando posiciones desde abajo en la prensa sevillana. Ser directora de un periódico emergente no lo regalan, aunque su tío sea el propietario.

Apenas ha desayunado porque el estómago se le ha cerrado. Eso mismo le pasaba cuando empezaba un nuevo curso en el colegio. Los nervios del primer día. Hace bastante que no ve a sus compañeros, aunque ha mantenido el contacto con ellos a través de WhatsApp. Varios se han alegrado mucho de que vaya a verlos y eso la ha animado. No es que tenga grandes amigos en *El Guadalquivir*, pero echa de menos el día a día en la oficina. Después de las minivacaciones que le dio su anterior jefa, para que se recuperara de lo de Blas y de lo sucedido con el caso Chopin, llegó el accidente de helicóptero. Desde principios de octubre no pisa el periódico.

Cuando se baja del autobús, está muy nerviosa. Todavía no camina con la agilidad que le gustaría, pero al menos ya no necesita

muletas, todo un logro. Antes de entrar en el edificio, se para a tomar una manzanilla en la cafetería de enfrente. Son muchos los recuerdos que le vienen a la cabeza y sabe que se le agolparán las sensaciones en cuanto cruce la puerta de la redacción.

Está a punto de pagar cuando un joven se acerca a ella.

—¿Blanca? ¿Blanca Sanz?

—Hola, sí. Soy yo —responde sorprendida la periodista, que no conoce a aquel muchacho. ¿Será uno de los hombres de García?

Al salir de casa, le dijo al policía que vigilaba el edificio que no hacía falta que la acompañaran hasta el periódico. Prefería ir sola. Si tenía cualquier problema o sospechaba que alguien la estaba siguiendo, llamaría al móvil que le habían dado para esos casos.

—No hemos coincidido nunca. Me llamo Gabriel Rosado. Trabajo en El Guadalquivir TV. Encantado.

El joven periodista le da dos besos y se sienta en el taburete de al lado. A Blanca le suena de haberlo visto en la tele, pero ni siquiera conocía su nombre.

—¿Te reincorporas hoy?

—No, vengo de visita. Empiezo la semana que viene. Si mi jefa lo estima oportuno.

—Me gusta la nueva directora. Rebeca es una mujer muy inteligente y tiene buenas ideas. Va a dar mucho que hablar. La entrevisté para la tele cuando la designaron para dirigir el periódico y me encantó lo que me contó.

—No puedo opinar porque no la conozco todavía —dice Blanca, que no tiene suelto y le entrega un billete de veinte euros al camarero.

De pronto, se da cuenta de que ese billete es el que le dio Mercedes Reinoso. ¿Qué hacía dentro de su cartera? Rápidamente, le pide al camarero que se lo devuelva y saca otro del mismo valor para pagar.

—¿Le tienes cariño a ese billete? —pregunta Gabriel, perplejo al ser testigo de aquella escena.

—No exactamente, pero tenía un número de móvil anotado —responde Blanca, muy tensa, mientras se guarda los veinte euros en el bolsillo. Necesita cambiar de tema inmediatamente—. ¿Llevas mucho tiempo en El Guadalquivir TV?

El joven le explica que se incorporó a finales de octubre y que, a sus veintiséis años, está entusiasmado con la oportunidad que le han

dado. Blanca lo escucha sin prestar demasiada atención. Tiene ganas de irse, pero no quiere ofender a Gabriel. Además, lo del billete la ha puesto aún más nerviosa, así que aprovecha esos minutos para calmarse.

—Aunque hay momentos en esta profesión muy difíciles. Como cuando fui a cubrir la noticia del incendio de la casa de Ana Benítez, la mujer del piloto de... tu accidente de helicóptero.

—Es lo que tiene el periodismo. A veces te encuentras situaciones que no resultan nada sencillas.

Gabriel asiente y se queda mirando fijamente a Blanca, que se siente incómoda. ¿Ha sacado el tema a propósito o solo ha sido una casualidad?

—Oye, Blanca. ¿Cómo fue? ¿Te acuerdas de todo lo que pasó?

—Perdóname, pero no me apetece hablar de eso.

—¿Por qué? ¿Alguien te ha presionado para que no lo cuentes?

—Nadie me ha presionado para nada.

—¿Entonces?

—Me tengo que ir —dice la chica mientras se ajusta las gafas. A continuación se levanta del taburete.

—Hay un rumor cada vez más extendido entre nuestros compañeros. Se dice que también debía viajar en el helicóptero siniestrado el alcalde. ¿Es eso verdad?

Blanca evita responder. Cuando sale de la cafetería, cojea de forma ostensible. Gabriel la sigue de cerca. ¿Qué es lo que pretende?

—No quiero molestarte, de verdad. Te respeto muchísimo. Pero seguro que tú sabes si De Gomar tenía que ir dentro de ese aparato. ¿Crees que alguien intentó matarlo y que se libró por no haberse subido al helicóptero esa mañana?

—Yo no creo nada. Solo que he estado varias semanas sin poder caminar y todavía me duelen las piernas y sufro fuertes pinchazos.

—No me extraña. ¿Se han puesto en contacto contigo desde la alcaldía? ¿Has hablado con Santiago de Gomar?

—No he hablado con nadie.

—¿Seguro? ¿De Gomar o su equipo te han pedido que no escribas nada al respecto?

La chica se detiene cuando llegan al otro lado de la calle. Resopla y abre los brazos en señal de queja.

—¿En serio? ¿Me estás intentando sacar una información?

—Eres parte de la noticia. He tenido la fortuna de encontrarme contigo. Es normal que trate de aprovechar este golpe de suerte.

—No. No es normal. Soy tu compañera y trabajamos para el mismo medio de comunicación. Esto no viene a cuento, Gabriel.

—Por supuesto que viene a cuento. Todos quieren saber la verdad.

—No así.

—Me enteré de que Luna y tú erais muy amigas. Ella habría hecho lo mismo.

—Luna era una gran periodista. Jamás me habría abordado de esta forma —dice Blanca muy enfadada—. No tengo nada más que hablar. Si me disculpas, prefiero entrar sola. ¿Es posible?

Gabriel se aparta y permite que la chica avance hasta la puerta del edificio donde se encuentra la redacción de *El Guadalquivir*.

—¡Eres una de las protagonistas de la noticia del año! ¡No soy el único que quiere saber qué hay detrás de ese accidente de helicóptero!

Los gritos de Gabriel hacen que Blanca se sienta incómoda. Varias personas se la quedan mirando mientras entra en el edificio. El guardia de seguridad de la puerta la saluda con excesiva amabilidad. Se siente cohibida y observada. Se apresura a subir hasta la planta en la que trabaja, la misma en la que estalló el explosivo que prepararon Blas y Luna. Se ha restablecido la normalidad y, al contrario que la última vez que estuvo allí, ya no hay obras ni albañiles. Permanece unos segundos en el pasillo recuperándose hasta que uno de la sección de deportes la ve. Grita su nombre y se lanza a abrazarla. No es consciente de que la ha estrujado demasiado fuerte. Enseguida llegan más periodistas, que forman un corrillo a su alrededor. Aunque sonríe, está muy agobiada.

—Dejadla tranquila. Sois muy pesados. A trabajar —dice la voz de una mujer que aparece con un café humeante en la mano—. Hola, soy Rebeca Solís. Tenía muchas ganas de conocerte. ¿Quieres que charlemos tranquilas en mi despacho?

La mujer no espera una respuesta. Apoya la mano en la espalda de Blanca y la invita a que la siga hasta el fondo del pasillo.

—Uno de tus compañeros me avisó de que venías. Yo prefiero no estar presente en esos grupos de WhatsApp en los que se pone verde al jefe. ¿Cómo va todo?

—Mejor. Todavía no me encuentro al cien por cien, pero estoy

casi recuperada.

—He estado a punto de llamarte varias veces —dice Rebeca, que abre la puerta de su despacho y, con un gesto de la mano, la invita a entrar—. Pero he preferido respetar tu intimidad. No quería meterte presión.

—Gracias. Han sido unas semanas difíciles.

—Estoy al tanto. No te preocupes.

Las dos toman asiento, una frente a la otra. Le parece una mujer muy atractiva. Tiene los ojos grandes y verdes y el pelo castaño, largo y ondulado. Viste una camisa blanca y chaqueta y falda negras. También se ha puesto medias oscuras y tacones a juego. Lleva los labios pintados de rojo suave y rímel en las pestañas. Se fija en los tres *piercings* que adornan su oreja derecha.

—Quiero incorporarme la semana que viene. Si lo ve bien.

—Por favor, Blanca, tutéame. Te saco unos cuantos años, pero todavía soy joven para que me tratéis de usted.

—Está bien. ¿Cómo lo ves?

—¿Seguro que estás preparada para regresar a la redacción?

—Sí. Necesito una rutina y empezar a concentrarme en cosas del trabajo.

La mujer asiente con una sonrisa y cruza las piernas. Saca el móvil y escribe un mensaje mientras le responde que no ve ningún problema en que se reincorpore ya si está lista. Blanca la contempla con cierto pudor porque no quiere que se le note que se siente ligeramente intimidada por su nueva jefa.

—Le he escrito a mi tío para decirle que estás aquí.

—¿Al señor Solís?

—Sí. ¿Lo conoces personalmente?

—Nunca he hablado con él.

—Ha seguido muy de cerca los acontecimientos. Mercedes Reinoso era su ojito derecho y le dolió mucho su fallecimiento. Yo estaba muy a gusto en mi anterior trabajo como jefa de sección en otro periódico de la ciudad. No quería ocupar este puesto, pero me convenció. Es un hombre que tiende a depositar su confianza en muy pocas personas.

—¿Va a venir ahora?

—Hoy es imposible. Problemas de agenda. Seguramente la semana que viene, cuando te reincorpores. ¿Quieres que comamos

juntas el lunes y mi tío se una en el café? Así podréis charlar con calma. Le gustaría hablar contigo.

Blanca no sabe qué responder. Teodomiro Solís es uno de los hombres más ricos de Sevilla. Hace algo más de dos años, el grupo empresarial que dirige apostó por la creación de una flota de medios de comunicación de primer nivel. El Guadalquivir cuenta con periódico, radio y televisión propios y tiene una web muy visitada por los usuarios interesados en información local.

—Me parece bien. Aunque no sé qué puedo aportarle yo.

—No te agobies con eso. Es un hombre muy sencillo. Ha estado muy pendiente de tu salud.

—¿El señor Solís se ha interesado por mí?

—Sí. Incluso fue a verte al hospital, pero todavía estabas inconsciente. Y aunque después no quiso molestarte, está al día de todo lo que ha pasado. Sabemos lo del ataque que sufriste en tu piso, lo de la casa protegida y hasta tus problemas con Blas y la buena relación que mantenías con Luna González.

La expresión en el rostro de Blanca refleja su asombro. Son datos que ella no le ha proporcionado a nadie y que solo sus compañeros de casa, sus padres y la policía conocen.

—¿Y cómo estáis enterados de todo eso?

—Porque Teo Solís se entera de todo, querida. No hay nada que pase en Sevilla que no controle. Mi tío te encantará. Además, por lo que sé, tiene grandes planes para ti.

CAPÍTULO 36

TRIANA

Sevilla, lunes, 30 de diciembre de 2019

Se ha pasado el fin de semana entre el hospital y su casa. Por suerte, su madre se encuentra mucho mejor y no cree que tarden en darle el alta. Todas las pruebas médicas que le han hecho han sido positivas. Tiene algo de anemia y varias secuelas por haber estado encerrada en un zulo más de dos meses, pero nada que revista gravedad. Un psicólogo va a ir a visitarla esa mañana para analizar su estado anímico y evaluar si está en condiciones de abandonar el Virgen del Rocío. Por las noches le está costando dormir, pero es algo normal tras la experiencia traumática que ha vivido.

Niko también ha ido al hospital un par de días. La detective privada se ha alegrado mucho de verlo. ¿Y ella? ¿Vuelve a sentir mariposas en el estómago cuando están juntos? Triana no lo tiene claro, aunque han dormido en la misma cama e incluso han vuelto a hacer el amor. No está muy segura de si son otra vez pareja, pero todo indica que están retomando la relación donde la dejaron. Le gusta tenerlo a su lado y la hace sentir bien. Le encanta mirarlo de reojo, sin que se dé cuenta. Es muy guapo y tiene una sonrisa increíble. Entonces retrocede en el tiempo y regresa a ese día en el que apareció en el despacho de su madre pidiendo ayuda. No tenía ni idea de que acabaría siendo su novio ni de todas las batallas que iban a librar.

—¿Me puedes traer un zumo, por favor? Tengo la boca seca.

—¿Ya no te queda agua? Si te acabo de traer una botella.

—Ni la he abierto, pero me apetece un zumo de melocotón. Necesito algo dulce —se queja Celia, que se destapa y hace el amago de levantarse de la cama—. Si quieres, voy yo.

—No, mamá. Ya voy yo a la cafetería a por tu zumo.

La mujer sonríe y levanta el dedo pulgar. Triana coge el bolso y sale de la habitación. Su madre se está mal acostumbrando. La tiene de recadera, aunque no le importa. Dada la terrible experiencia por la que ha pasado, está dispuesta a darle todos los caprichos que pida. ¡De momento y hasta que se ponga bien!

Se monta en el ascensor para bajar a la cafetería y aprovecha para tomarse un café. Lee las noticias en el móvil y presta especial atención a un artículo que habla de la detención de Carlos Flores. Aquel chico cumplió su palabra y, después del entierro de su abuelo, se entregó a la policía. Ese medio lo llama «el carcelero de Montoro». No le puede perdonar lo que hizo, pero su madre tal vez estaría muerta si no le hubiera permitido escapar de la casa donde la mantenían secuestrada.

De la que no sabe nada es de María Santana. Su nombre no ha aparecido en ninguna parte. En varias ocasiones se ha visto tentada de llamar a Gaviria para pedirle que investigue lo que le dijo Carlos. Pero como Niko no deja de repetirle que no se fía del comisario y el nieto de Juan Luis ha acabado entregándose, ha preferido permanecer al margen. Ahora le toca centrarse en su madre y no seguir removiendo el fango.

Aunque las cosas se han calmado, sigue teniendo a su alrededor a policías que vigilan tanto a su madre como a ella. Es incómodo, pero se ha acabado acostumbrando. No les han comunicado hasta cuándo van a seguir protegiéndolos a los cinco. Niko es el que peor lo lleva. Ha pedido que lo dejen solo, porque no necesita guardaespaldas. Le agobia cruzarse con un agente cada vez que se mueve.

—Cualquier día me los voy a encontrar en el baño.

—No seas exagerado. Solo hacen su trabajo. Están protegiéndote.

—No quiero protección. No me hace falta.

—¿Y si hay un criminal por ahí suelto que está esperando el momento adecuado para acabar contigo?

—Eso no va a pasar. Y si ocurre..., me defenderé. Como siempre he hecho.

—Eres muy valiente, Chopin —bromea Triana, desnudos en la cama, después de que hayan tenido sexo—. Pero ya sabes lo que se dice: de valientes está el cementerio lleno.

—También se suele decir que si mueres joven, tendrás un cadáver bonito.

—Ese refrán no me gusta.

—Ni a mí que me vigilen.

Sigue en la cafetería, leyendo noticias sobre la detención de Carlos Flores, cuando recibe un mensaje de WhatsApp. Es un audio de Brenda. Se sorprende porque hace tiempo que no hablan. Su amiga le envió un wasap el día de Navidad para desearle felices fiestas y decirle que se alegraba de que hubiese aparecido viva su madre. Respondió con un simple «Gracias. Feliz Navidad para ti también». Le da al *play* y escucha lo que ha grabado:

> AUDIO DE BRENDA
> Hola, espero que estés bien. Últimamente no paro de ver noticias en la tele sobre lo de tu madre. ¿Cómo se encuentra? ¿Estáis ya en casa? Ojalá la pesadilla haya terminado y todo vuelva a la normalidad. Te echo de menos, Triana. No sé qué ha pasado para que nos hayamos distanciado tanto. No me gusta estar así. Te ayudé y estuve a tu lado cuando lo necesitaste. Creo que estás enfadada conmigo y no me atrevo ni a llamarte ni a hacerte una visita. No quiero molestarte en estos momentos tan complicados para ti. Cayetano me contó que sabes lo nuestro. Perdóname, pero me pillé de verdad. Uno no puede controlar lo que siente. Estoy muy triste y me gustaría que lo arregláramos antes de que termine este año de mierda.

A Triana le parecen sinceras las palabras de Brenda y no le agrada notar que hay angustia en su tono de voz. También ella se siente mal por lo que ha pasado, porque es su mejor amiga y ha estado a su lado cuando más lo requería. Sin embargo, le fastidia que la haya engañado y no le contara que estaba saliendo con Cayetano. Y luego está el misterio del collar de ámbar. Está convencida de que el que vio en su armario era el de su madre. ¿Por qué lo tenía ella y cuál es el motivo por el que le mintió?

—Hola, amor —le dice Niko. No lo ha visto llegar—. Tu madre me ha dicho que habías bajado hace dos horas a buscar un zumo de melocotón para ella.

—¿Dos horas? Esa mujer tiene atrofiado el sentido del tiempo. No hace ni quince minutos que bajé.

—Me ha pedido que te des prisa, que tiene la boca seca. Y yo también.

Niko se inclina sobre Triana y le da un beso en los labios. Cortito, suave y dulce. Sabe a zumo de piña. Le gusta, aunque se siente extraña besándole en la cafetería del hospital. A pesar de que hasta han mantenido relaciones sexuales, no consigue disfrutar de esa parte de la relación como lo hacía antes. No lo comprende. A lo mejor solo es una cuestión de tiempo.

—Me he entretenido leyendo algunos artículos que hablaban de Carlos Flores.

—El carcelero de Montoro. Sí, yo también he leído algo —reconoce el joven mientras caminan hacia el ascensor.

—Mi madre le está agradecida a ese chico por dejar que se fuera. Toda su ira se centra en Juan Luis Flores.

—¿Le has hablado de María Santana?

—No, no le he dicho todavía nada. Ella la conoció hace tiempo, como te conté hace un par de semanas, porque vino a casa y se ofreció como asesora o algo así. Pero la rechazó y medio discutieron.

—Lo recuerdo.

—Prefiero no hablarle de la conversación que tuvo Juan Luis con esa mujer hasta que se recupere completamente. No quiero que se entere de que su vida corrió peligro. Además, tampoco sabemos con seguridad que eso pasara.

—Tienes razón. Es simplemente la palabra de Carlos Flores, que ni siquiera sabe quién era la persona con la que charló su abuelo. Aunque que la llamara Bruja y quedaran en la plaza de España deja muy clara su identidad.

—La cabeza de mi madre va a mil por hora y, al mismo tiempo, se atranca en sus pensamientos. Se bloquea. De noche duerme poco porque se pone a pensar en lo que vivió en aquel zulo y llega a confundir la realidad. Cuantas menos cosas le digamos relacionadas con todo lo que ha sucedido desde que la secuestraron, mucho mejor. Al menos por ahora.

Niko le da la razón y le asegura que no va a hablar con Celia de temas complicados. Triana sonríe y le coge la mano cuando salen del ascensor. No discuten desde hace días, lo que le parece un gran adelanto. Algunas veces piensa que el chico no le lleva la contraria para que no se enfade. Es como si su novio estuviera colocando poco a

poco los ladrillos para levantar la casa que se había caído.

—¡Por fin! —grita Celia cuando los ve aparecer—. ¿Has ido al frigorífico de casa a por el zumo? ¡Estoy muerta de sed!

—De nada, mamá.

La mujer le arrebata la botellita de cristal y se sienta en la cama para bebérsela. No tarda más de quince segundos en vaciarla. Su hija la observa y le sonríe a Niko. El joven le coge otra vez la mano y se la aprieta. Triana nunca imaginó que volvería a vivir un instante como ese.

A unas calles del hospital Virgen del Rocío, una chica no para de mirar su móvil esperando una respuesta. Brenda se está volviendo loca. Triana no le ha contestado al audio que le envió hace un rato. Seguirá enfadada por lo de Cayetano y por lo del collar de ámbar. Sabía que, si se enteraba de la relación que mantiene con su expareja, terminarían así las cosas. El amor es cruel y despiadado. Aunque no se arrepiente, le gustaría arreglar su amistad con Triana.

—¿Por qué no nos vamos a dar una vuelta? Estamos de vacaciones y no me apetece quedarme en casa.

—Cállate. Me tienes harta —le dice Brenda a Cayetano mientras escribe en el móvil—. Si no le hubieras dicho que estamos juntos, todo habría sido mucho más fácil. ¡Ahora ni me habla! ¡No quiere saber nada de mí!

—¿Pretendías esconderle lo nuestro toda la vida?

—No estoy segura de que esto vaya a ser para toda la vida —le suelta sin levantar la mirada del teléfono.

—¿En serio? ¿Y por qué estás conmigo entonces?

No puede explicárselo, aunque tal vez ya lo sepa. Cayetano se ha convertido en una tapadera. Le gustaba hace unas semanas y no está nada mal en la cama, pero su verdadero amor es otro. Sin embargo, se ha metido en un callejón sin salida del que no encuentra la forma de escapar.

El pitido del móvil anuncia que tiene un wasap. Sabe que no es de Triana. Lo lee para sí un par de veces y vuelve a escribirle al mismo número. El corazón se le va a salir del pecho mientras teclea.

BRENDA

Tus amenazas no me asustan. Me da lo mismo que estés en el hospital. Necesito verte y

hablar contigo. Llámame lo antes posible. No puedo aguantar más, Niko.

CAPÍTULO 37

BLANCA

Sevilla, lunes, 30 de diciembre de 2019

No puede negar que la idea de conocer al señor Solís la pone nerviosa. El propietario de los medios de comunicación que forman El Guadalquivir es una de las personas más influyentes en Sevilla. Ya leyó cosas sobre él cuando entró en el periódico: nació en Osuna, uno de los pueblos más bonitos de la provincia, tiene cincuenta y siete años y se quedó viudo hace una década. Empezó trabajando como mozo de almacén cuando todavía era un adolescente y se ha convertido en uno de los empresarios más ricos del país a base de acertar con diversas inversiones. Es el dueño de un grupo que se dedica al sector inmobiliario y de la construcción.

Blanca se ha pasado todo el fin de semana pensando en qué planes tendrá Teodomiro Solís para ella. Según su sobrina, se había interesado mucho por su salud y hasta había ido a visitarla al hospital. Eso la pone más tensa.

El regreso a la redacción ha sido tranquilo. Rebeca le ha pedido que escriba un artículo de opinión sobre Mercedes Reinoso. Lo publicarán el dos de enero, tanto en papel como en la web del periódico. En la mesa más cercana, donde solía sentarse Blas, hay una compañera nueva que la ha recibido como si fuera una estrella del *rock*. Se llama Alexandra Moreno y se incorporó hace poco. Más o menos tiene su edad, aunque le parece más joven. Durante toda la mañana, no ha dejado de hacerle preguntas sobre el accidente de helicóptero y su recuperación.

—Así que has estado entretenida —le dice Sergio, que la ha llamado por teléfono antes de que se vaya a comer con su nueva jefa.

—Sí, mi compañera habla por los codos. Y en pocos días ya se ha

enterado de todos los cotilleos de la redacción.

—¿Está buena?

—Sergio, no empecemos.

—¿Qué? No he dicho nada malo. Estoy abierto al amor de nuevo.

Su hermano no tiene remedio. Acaba de terminar con Verónica y ya se ha puesto otra vez en el mercado. Debe reconocer que sintió celos en Nochebuena cuando se abrazó a Triana. ¡Casi la besa en la boca! Por suerte, eso no pasó, porque se habría ganado un buen tortazo.

—Hoy no he visto ningún poli por casa. ¿Ya se han cansado de vigilarme?

—En realidad, tú no deberías estar en peligro. Si te viste implicado en esta historia, fue porque estabas conmigo el día que ese tipo entró en mi piso.

—Ya lo sé. Papá no para de mirar por la ventana. Se ha convertido en mi guardaespaldas. Y mamá no me deja ir solo a ninguna parte.

—Son muy pesados, pero es normal que estén preocupados —comenta Blanca, que se levanta de su mesa para acudir al despacho de Rebeca. Son las dos, la hora prevista para irse a comer juntas—. Sergio, te dejo. Tengo comida con la nueva jefa y su tío.

—¿El millonario?

—Sí. Espero no meter mucho la pata.

—Lo harás bien. Ya me contarás qué tal te ha ido. ¡Ah! Una cosa más.

—Dime, rápido.

—Voy a invitar a Niko, Triana y a su madre a que pasen el fin de año en casa. Se lo he preguntado a papá y mamá y están de acuerdo. ¿A ti te parece bien?

—No sé si Celia podrá salir mañana del hospital.

—Le mandé antes un wasap a Triana para preguntarle cómo se encontraba y me dijo que creía que hoy o mañana le darían el alta.

—Ah. No lo sabía.

La idea de su hermano es buena, aunque no está segura de que acepten. Le encantaría comenzar el 2020 con Triana, pero también estará Niko y eso le gusta menos. Habló con su amiga durante el fin de semana y, según parece, esos dos vuelven a estar otra vez juntos. Cualquier remota esperanza de que surgiera algo entre ellas se ha

esfumado.

—¿Se lo digo entonces? Cena, uvas y después un bingo en casa en plan tranquilos.

—¿No vas a salir de fiesta?

—No me apetece. Prefiero... estar con vosotros.

Nunca imaginó que Sergio diría algo así. Su hermano desaparecía en Nochevieja en cuanto se tomaba las uvas. No les contaba ni a dónde iba. Regresaba a la mañana siguiente sin dar explicaciones y se marchaba directamente a la cama. No lo volvían a ver hasta la cena.

—Muy bien. Habla con Triana y con Niko y pregúntales si les apetece pasar el fin de año en casa. Luego llamaré a mamá por si quiere que yo lleve algo de comer.

—Encárgate del turrón, que ya me he comido el que había. De la cena de mañana me encargaré yo.

—¡No me lo puedo creer! ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano?

—Sigues siendo un poco tonta. ¡Adiós! Suerte con el señor Solís, y si te sube el sueldo, compra turrón del caro.

Blanca se despide de su hermano con la sensación de que ha madurado en las últimas dos semanas. La difícil experiencia a la que se ha enfrentado le ha servido para dejar atrás a ese muchacho insolente y despreocupado que había sido hasta entonces. Se ha transformado en un chico amable, atento y cariñoso. Prefiere esa versión que la anterior.

Rebeca ya está preparada cuando llama a la puerta de su despacho. La directora del periódico avisa de que se va a comer y pide que no la molesten hasta que regrese. A pesar de que Nina Esparza se ha recuperado totalmente de las lesiones que le provocó el paquete explosivo que le estalló en las manos, Rebeca ha preferido incorporar como secretaria personal a una chica que se llama Inmaculada López, con quien ya había trabajado en su anterior medio.

—Nina es una buena persona y mi tío me ha contado que Mercedes estaba encantada con ella, pero, para adaptarme desde el principio, me he decantado por traerme a Inma, porque la conozco muy bien y confío plenamente en ella.

—¿Y qué ha pasado con Nina?

—Se ha ido a la tele, a informativos. Allí estará estupendamente con Marco.

Blanca palidece cuando escucha el nombre del tipo con el que Luna había quedado en el hotel de Bellavista la noche en que le dispararon en la cabeza. Según le contó, Galiano había intentado acostarse con ella y, al negarse, la había chantajeado con ir a la policía por el asunto del explosivo. A Marco lo detuvieron como presunto asesino de su amiga periodista, pero pronto lo dejaron en libertad sin cargos. Aquel tipo le parece repugnante y ojalá pronto reciba su merecido.

—Como no sabía muy bien tus preferencias, he reservado en un restaurante italiano cerca de aquí. Es un local pequeño, pero cocinan de lujo —le dice Rebeca una vez fuera del edificio—. Pregunté a tus compañeros por tus gustos, pero no estaba segura de que me estuvieran tomando el pelo. Así que no me arriesgué: comida italiana, que le gusta a todo el mundo.

—Me encanta la pasta.

—¡Genial! A mí también me apasiona. Pasé tres años en Turín y fueron los mejores años gastronómicos de mi vida. La comida piamontesa es la *migliore del mondo*.

La mujer le cuenta que estuvo trabajando en una agencia de noticias italiana que le sirvió de gran experiencia para curtirse como periodista. Aprendió el idioma y se enamoró de un romano, un compañero de profesión con el que se casó. Luego regresó a España y, a los dos meses, se divorciaron.

—Giancarlo era el hombre de mi vida. Hasta que apareció Ángel —confiesa Rebeca sonriente—. Y Ángel lo fue hasta que conocí a Bruno, que es mi pareja actual. He aprendido que nunca se sabe dónde aparecerá el próximo hombre de tu vida.

A Blanca le sorprende que su nueva jefa le esté dando tantos detalles de su vida privada, pero le gusta la franqueza y el humor con los que lo cuenta. No dramatiza y se ríe cada vez que acaba una frase. Se nota que no es una pose. En la comida, la charla es muy amena y Rebeca continúa dándose a conocer. Piden una ensalada de *burrata* con tomate y orégano para compartir y coinciden en el tipo de pasta que van a comer: *tagliatelle*. Blanca, con salsa carbonara; y la directora de *El Guadalquivir,* a los cuatro quesos.

—Me encanta el *formaggio* —admite Rebeca cuando tiene delante su plato—. ¿Y tú mantienes algún tipo de relación con alguien? No respondas si no quieres.

La pregunta sorprende a Blanca, que estaba enrollando uno de los *tagliatelle* con mucho cuidado para no salpicar.

—Estoy soltera y sin compromiso —contesta mientras, por los nervios, se le desenrolla la pasta y cae lacia al plato—. A mis veintidós años todavía no he encontrado a nadie para esa clase de compromisos.

—Eres muy joven. Ya tendrás tiempo de algo más formal. ¿Te gustaría tener hijos?

—Bueno, no lo he pensado.

—Yo lo deseaba hace unos años. Sin embargo, se me han ido quitando las ganas. No lo descarto, pero tampoco me obsesiona. Por suerte, hoy día, en España, las mujeres ya no tenemos esa presión de ser mamás. La que quiere lo tiene y la que no, pues a otra cosa. ¿No?

—Pienso lo mismo.

—¿Y tu sueño cuál es? No vale decir ser feliz o alguna de esas frases Disney que suelta la gente en las entrevistas de trabajo. El sueño de verdad, por el que darías lo que fuera.

«Que Triana se fijara en mí, se enamorara y pudiera compartir con ella el resto de mi vida sin pensar en lo que puedan decir los demás...».

—Han pasado tantas cosas últimamente que con tener estabilidad me conformo —dice Blanca después de meditar su respuesta unos segundos. Es lo único que se le ha ocurrido y se atreve a responder.

—Imagino que has debido de sufrir mucho: lo de Chopin, la muerte de Montesorín delante de tus propios ojos, luego el accidente de helicóptero, el ataque de ese tipo, lo del bazar... Demasiado bien estás, querida Blanca. Otros no aguantarían ni una décima parte.

—La vida tiene estas cosas.

—¿Has recuperado completamente la memoria?

—¿Cómo sabes eso?

—Ya te he dicho que no se nos escapa ni una —responde Rebeca después de engullir los *tagliatelle* que había enrollado en su tenedor—. Estamos muy atentos a todos vosotros.

—Me acuerdo de la mayoría, aunque hay momentos del accidente que no consigo aclarar. A veces sueño con lo que sucedió ese día o me vienen *flashes*.

—¿Mercedes Reinoso aparece en esos sueños?

—Sí. La veo morir. Se me ponen los vellos de punta cuando lo recuerdo.

—Qué duro debe de ser. ¿La apreciabas mucho?

—No empezamos de la mejor forma y tuvimos nuestros problemillas. Era muy autoritaria y no se casaba con nadie. Pero le cogí cariño. Cuando me desperté y me dijeron que estaba muerta, lo sentí profundamente.

Se da cuenta de que Rebeca la está mirando atentamente. Se ruboriza. Es una mujer imponente y, además, es su jefa. La ve juguetear con el tenedor y tiene la sensación de que está eligiendo la siguiente pregunta, una cuestión que no es tan fácil de plantear como las anteriores.

—¿Crees que debemos contar ya que el alcalde tendría que haber ido en ese helicóptero?

—Lo sabes.

—Sí, desde el principio. Nos suplicaron desde el Ayuntamiento que no lo contáramos para no entorpecer la investigación de la policía.

—No soy yo quien debe decidirlo.

—¿Tu opinión cuál es?

—La verdad es que...

En ese instante, un hombre ataviado con un abrigo negro y un sombrero gris entra en el pequeño restaurante y se dirige a la mesa en la que están sentadas Blanca y Rebeca.

—Hace un frío que pela. Hemos entrado en el invierno. ¡Ya era hora! —exclama Teo Solís antes de darle dos besos a su sobrina—. Cada día te veo más guapa.

—No es verdad, tío.

—Claro que sí. Eres igual que tu madre —comenta el hombre esbozando una gran sonrisa. Después se gira hacia Blanca, quien se pone de pie para ofrecerle su mano—. Hola, ¿qué tal ha ido tu regreso a la redacción? ¿Te hemos tratado bien?

—Muy bien, señor.

—Me alegro mucho. Siéntate, por favor.

La chica obedece. Teodomiro también toma asiento, aunque se deja puesto el abrigo. El sombrero se lo entrega a un camarero para que se lo guarde. A continuación, le pide un capuchino templado. Les ruega a sus acompañantes que sigan comiendo y vuelve a comentar el frío que hace esa mañana en la ciudad. No tarda en ir al grano.

—Tengo un poco de prisa, porque me esperan en una reunión

dentro de media hora. Así que te voy a contar para qué quería hablar contigo. En primer lugar, no puedo dejar pasar la oportunidad de darte las gracias por todo lo que has hecho. Tu entereza es digna de alabar. Eres una gran profesional a pesar de tu juventud.

—No he hecho nada especial, señor.

—Eso no es cierto. Has vivido situaciones muy complejas en este año que termina y no has dudado en incorporarte a tu puesto en cuanto te has encontrado un poco mejor.

—Tenía ganas de volver al periódico.

—Eso te honra, Blanca. La mayoría se hubiese quedado en su casa. Me gustaría recompensarte —dice Teodomiro mientras saca un papelito del abrigo—. Sé que Mercedes te había prometido un aumento de sueldo. Yo te voy a ofrecer una cantidad mayor que la que ella te iba a dar.

El hombre escribe una cifra en el papel y se la muestra. La chica no puede creerse lo que está viendo.

—No merezco tanto, señor. Gracias.

—Sí te lo mereces, pero no quiero que seas una simple redactora. Esta cantidad de dinero viene acompañada de dos cosas: serás la directora de la web y también la imagen de El Guadalquivir.

—No lo comprendo. ¿A qué se refiere?

—Vamos a hacer una campaña de promoción de los medios del grupo y quiero que tú aparezcas en todas partes.

—¿De verdad? ¿No es una broma?

—No, querida. ¡Tu cara estará hasta en los carteles que vamos a colocar en la estación de Santa Justa!

CAPÍTULO 38

CELIA

Sevilla, lunes, 30 de diciembre de 2019

A las cinco de la tarde recibe el alta en el hospital Virgen del Rocío. El médico le ha asegurado que está todo en orden y que es positivo que pase lo que queda de Navidades en su casa. Necesita reposo, pero también regresar a la normalidad. Una vez por semana visitará al psicólogo durante todo el mes de enero. Todavía quedan pendientes los resultados de algunas pruebas y tendrá que hacerse diferentes revisiones en los próximos meses para comprobar que su cuerpo está sano.

El camino hasta su casa en un coche de la policía se le hace extraño. El catorce de octubre la secuestraron y la metieron en un zulo. Ni siquiera pudo ver cómo se la llevaban hasta la casa donde la retuvieron.

—¿Estás bien, mamá? —le pregunta Triana, que viaja a su lado.

—Sí, no te preocupes.

—Te tiemblan las manos.

—Es que tengo frío.

García, que es quien conduce el coche, escucha a Celia y pone la calefacción. La mujer se lo agradece, aunque continúa temblando. Sabe que no es por el frío. Puede que no esté recuperada del todo y que los nervios por volver al lugar donde Juan Luis Flores la secuestró le estén pasando factura.

—¿Seguro que ese hombre está muerto? —pregunta la detective, que se frota las manos para intentar calmarse y entrar en calor.

—Sí. Está muerto y enterrado. Se quitó la vida en el calabozo ahorcándose con su propio cinturón —responde el policía antes de detener el vehículo frente a un semáforo en rojo—. Todo ha acabado,

Celia. No tiene que preocuparse. Aunque uno de nosotros estará vigilando su casa para que se sienta segura.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé. No piense en ello. Ni notará nuestra presencia.

—Muchas gracias por su trabajo —dice la mujer, que le da la mano a su hija—. Por cierto, usted no tiene acento sevillano. No lo he visto nunca por la comisaría de la Alameda. ¿Es policía nacional?

—Sí, lo que pasa es que no trabajo ahí.

—Ah, ¿en qué comisaría trabaja?

García parece que titubea ante la pregunta de Celia. Ese hombre no le suena de nada. Ni de la época de su marido ni tampoco de los últimos tiempos, cuando surgió el caso Chopin.

—Vamos de un lugar a otro. Cinco compañeros y yo formamos parte de un equipo especial de la Policía Nacional. Nos encargamos de operaciones extraordinarias. Nos llamaron para esta misión y aquí seguimos.

—¿Los llamó el comisario Gaviria?

—No. Esto viene por otro lado. Directamente de arriba. No me pregunte más porque tampoco puedo darle más datos.

Celia mira sorprendida a su hija, que también parece extrañada por la revelación de García. No sabía que los hilos se habían movido a tan alta escala.

—¿Cómo vais a pasar el fin de año? —pregunta el hombre, que trata de evitar más cuestiones como la anterior.

—En casa, supongo —contesta Celia.

—No te lo he dicho, mamá —interviene Triana—. Antes me ha escrito Sergio, el hermano de Blanca. Nos han invitado a pasar la Nochevieja en su casa, con sus padres.

—¿A nosotras?

—Sí. Y a Niko. ¿Qué te parece?

A Celia no le apetece ir a la casa de unos desconocidos. No se encuentra con fuerzas y no desea verse sometida a un interrogatorio continuo sobre cómo fue la experiencia de permanecer secuestrada más de dos meses.

—A mí me parece un gran plan —dice García tras aparcar—. Así os tendré a todos juntos en el mismo sitio en un día tan complicado.

—No tengo ganas de fiesta, Triana.

—No vamos a hacer ninguna fiesta, mamá. Solo es una cena y ni

siquiera tendremos que cocinar nosotras. Sergio me ha dicho que se encargaría él.

—Bueno, ya lo hablaremos. Gracias por traernos, García.

—Me quedaré un rato por aquí y luego vendrá otro de mis compañeros. Ya os avisará por teléfono. Buenas tardes y estamos para lo que necesitéis.

Triana ayuda a su madre a bajarse del coche y se despiden del policía. Las dos caminan unos metros hasta el portal de su casa. Y justo cuando la joven está abriendo la puerta, a Celia de repente le empiezan a fallar las rodillas. Siente como si le faltasen fuerzas y se fuera a caer. Se apoya en el hombro de la chica, que se da cuenta de que algo no va bien.

—¿Qué te pasa, mamá?

—No lo sé. Las rodillas. Me tiemblan.

—¿Tanto frío tienes?

—No es eso. Es como si..., como si mi cuerpo no me dejara entrar en casa.

—Es algo que está en tu mente. Debes tranquilizarte.

—¿Cómo hago eso?

—Respira hondo. ¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

La detective niega con la cabeza y hace un esfuerzo por entrar en la casa. Aquellas pequeñas convulsiones no las sufre solo en las rodillas, también en las manos. Nunca le había sucedido algo así.

—¿Volvemos al hospital?

—No. Espera —le pide Celia a su hija. Respira varias veces como le ha dicho Triana y pone un pie en el escalón de la entrada—. Tengo que vencer a mis miedos.

—Es muy valiente por tu parte, pero no tienes que forzar nada.

—No quiero volver a ser prisionera de nadie.

La mujer pone el otro pie en el escalón y, muy despacio, cruza la puerta. A su izquierda queda el despacho donde estuvo hablando con Juan Luis Flores. Recuerda que aquel tipo le pidió que hiciera lo posible para sacar a uno de sus nietos de la cárcel. Ella se negó y después apareció en aquel agujero en el que no vio la luz del sol a lo largo de diez largas semanas. Nunca supo dónde estaba ubicado aquel zulo. Incluso cuando logró escapar, no relacionó aquella casa con el sitio en el que había estado retenida.

—Muy bien, mamá. Lo has conseguido.

Celia mira a su alrededor y contempla el pequeño patio que antecede al salón, la cocina y el pasillo que conduce a las habitaciones y los baños. Aquel ha sido su hogar durante mucho tiempo. No debería tener miedo.

La mujer se sienta en el sofá y respira más aliviada. Triana se acuclilla frente a ella y le acaricia las rodillas.

—¿Mejor?

—Creo que sí, gracias.

—Es una reacción normal, mamá. No te preocupes. Todo irá pasando.

—No me gusta sentirme tan débil.

—¿Y cómo quieres estar? Te han encerrado en un maldito zulo en el que tenías que hacer tus necesidades en un cubo. No has comido bien y no te ha dado el aire en dos meses. ¡Lo raro es que no hayas perdido la cabeza por completo!

—No estoy muy segura de eso.

La chica se incorpora y le planta un cariñoso beso en la frente.

—Mañana te vas a poner guapa —le dice Triana mientras le acaricia el cabello y sonríe—. Te voy a alisar el pelo, a maquillar bien, y te vas a poner tu mejor vestido. Ese rojo despampanante que tanto le gustaba a papá.

—No me apetece.

—Eso lo dices porque acabas de vivir una experiencia traumática.

—Hablas como el psicólogo.

—¿Recuerdas qué carrera estuve a punto de elegir antes que Bellas Artes?

—Siempre quisiste estudiar eso. No cuela.

Triana suelta una carcajada. Aquella risa es música para sus oídos. Cuánto ha echado de menos a su hija. Le alegra que, a pesar de las circunstancias, puedan volver a bromear. Ella también ha sufrido mucho y se merece ser feliz.

—¿Dónde está Niko?

—Tenía algo que hacer. Luego vendrá a cenar.

—¿Se ha portado bien contigo en estos meses?

—Sí. Hemos pasado mucho tiempo juntos —responde Triana, pero su madre, que la conoce bien, se percata de que, cuando habla de su novio, la joven se muestra dubitativa—. Me ha ayudado a sobrellevarlo.

—Sé que me quieres proteger y que no me has contado todo lo que me he perdido en este tiempo, pero pronto empezaré a hacerte preguntas, porque tengo muchas dudas.

—No le des vueltas ahora. Debes descansar e intentar no pensar demasiado.

—Te haré caso, pero no mucho. ¿Me acompañas a mi habitación?

Su dormitorio está como el día que la secuestraron. Triana se ha encargado de mantenerlo limpio en su ausencia. La ropa de cama está recién lavada y planchada y huele muy bien.

—Mamá, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro, hija. Dime.

—¿Dónde guardas el collar de ámbar que le compraste a aquella mujer en los puestecitos de plaza Nueva?

—En aquella cajita de música —dice señalando una de las estanterías.

—¿Puedo verlo?

—Espera.

La mujer toma el joyero musical de la estantería y lo abre. Suena el *Para Elisa* de Beethoven. Del interior saca el collar al que Triana se refería.

—No me lo puedo creer... —dice asombrada la chica, que coge el accesorio para examinarlo de forma minuciosa.

—¿Qué sucede?

—No tengo ni idea, mamá. Pero no entiendo nada.

—¿Me lo explicas, por favor?

—Mientras preparo la cena, te lo cuento. Antes quiero hacer una llamada.

Triana sale del cuarto y deja a Celia sola. La mujer guarda el collar en la cajita y la vuelve a colocar en su sitio. Camina por la habitación como si hiciera años que no pisa aquel suelo. Se fija en los marcos con las fotos que tiene con su hija y con su marido; también en las figuritas que iba comprando en los distintos países a los que viajaba cuando era más joven. Ya no le tiemblan las piernas, pero el corazón se le acelera. La añoranza de no tener a Lolo a su lado ha sustituido al miedo. Ha pensado mucho en él durante su encierro. Hasta creyó que se reunirían pronto.

De fondo escucha a Triana hablar por teléfono. No sabe a quién ha llamado, pero parece que le está pidiendo disculpas. ¿Qué habrá

pasado en su ausencia?

Celia sale de su habitación para recorrer toda la casa. Su hija se ha ido a su cuarto a continuar la conversación telefónica. Ahora se está riendo; esa es una buena señal. Ella también tiene ganas de reírse, pero para eso debe superar algunos traumas. Siente un escalofrío al posar su mirada en la puerta del despacho.

—¿Sabe lo que es la escopolamina?

La pregunta que le hizo Flores resuena en su cabeza. Es lo último que recuerda de aquella mañana de octubre. Había quedado con Blanca Sanz y nunca acudió a la cita.

Tiene que vencer sus miedos de una vez por todas.

Empieza a temblar otra vez conforme se acerca al despacho. Sin embargo, en esta ocasión no se detiene. Entra en aquella habitación y respira hondo. La vista se le va primero a los numerosos papeles que hay sobre la mesa; después, a las carpetas que están en el suelo y, por último, a una pared de la que cuelgan algunas fotos clavadas con chinchetas. En una sale ella. Se trata de un cartel en el que se pide que llamen a un número de teléfono si la ven o tienen alguna pista sobre su paradero.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —le pregunta su hija, que lleva el móvil en la mano.

La mujer no responde. Camina hasta la mesa para coger un folio que sobresale del resto. Tiene escrito un nombre y dos interrogantes. En la parte de arriba hay una pregunta en rojo y en mayúsculas: ¿QUIÉN ORDENÓ ASESINAR A LOLO VELÁZQUEZ?

—¿Qué es esto, Triana?

—Una investigación.

—¿Del asesinato de tu padre?

—Sí. Niko y yo hemos estado ocupados. A papá lo asesinó Enrique Mesa por orden del inspector jefe Montesorín, pero hay dos personas más implicadas en su muerte.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo el comisario Gaviria. No han dado con la identidad de esos dos sujetos porque sus nombres aparecen en clave en unos documentos que encontraron en la casa de Mesa. Lo he estado investigando porque creía que tu secuestro y el crimen de papá estaban relacionados. Al principio, estaba convencida de que si averiguaba quiénes eran esas dos personas podría dar contigo.

—¿Y no sabes todavía quiénes son?

—No, pero ahora estás tú aquí para descubrirlo. Cuando te veas con fuerzas para ello, yo te pondré al día y te ayudaré. Esa gente tiene que pagar por todo lo que nos ha hecho.

CAPÍTULO 39

NIKO

Sevilla, lunes, 30 de diciembre de 2019

Sale de la casa de Brenda muy enfadado. La joven le ha asegurado que no le dirá nada a Triana, pero no confía en ella. Y le queda por vivir una situación aún más desagradable. Porque, en la misma calle donde vive la chica, se cruza con Cayetano. No se veían desde el incidente que protagonizaron hace un par de semanas.

—Pillado in fraganti —le dice Cayetano. Se ha plantado delante de él y le cierra el paso—. Ya me imaginaba que Brenda me ponía los cuernos contigo.

—No estoy para tonterías. Tengo prisa.

—¿Qué pasa, polaco de mierda? ¿Me tienes miedo?

—Fuiste tú quien tuvo que ir al médico la última vez.

—Porque me cogiste en un mal día.

—Con esa cara es imposible que tengas un día bueno.

—Eres un gilipollas. Tienes a todo el mundo engañado y solo eres un puto delincuente que no se sabe ganar la vida de otra manera que no sea robando.

Aquellas palabras le han ofendido, pero Niko logra fingir una media sonrisa. No piensa meterse en líos por culpa de ese larguirucho. Porque, si se enfrentaran y de nuevo le partiera la cara, seguro que iría directo a Triana para contárselo. Así que lo rodea y, sin siquiera mirarlo, prosigue su camino.

—¿Quién folla mejor de las dos? Yo diría que tu novia. ¿O ya lo habéis dejado definitivamente?

—Es demencial que hables así de dos chicas —le dice Niko sin detenerse.

—¿Me vas a dar lecciones? ¿Tú a mí? ¿Chopencito, el del abuelo

ladrón? No te tengo miedo, capullo. ¿Por qué no te vas a tu país y nos dejas tranquilos a los de aquí? Estamos hartos de gente como tú.

Niko intenta mantener el control. Se traga la ira que otras veces le ha jugado malas pasadas y se aleja sin responder. Cayetano, por su parte, continúa insultándolo para tratar de sacarle de sus casillas. Esta vez no lo logra. Su abuelo se habría sentido orgulloso.

La casa de Brenda solo era la primera parada del recorrido. Un autobús lo lleva hasta la plaza de España. Desde que Triana le contó la conversación que había mantenido Juan Luis Flores con aquella mujer a la que llamaba Bruja, tenía planeado hacerle una visita a Santana. Quiere oír de su boca que ella no tiene nada que ver con el secuestro de Celia Mayo y que no había ordenado asesinar a la detective privada. Quizá se esté poniendo en riesgo si realmente María es tan peligrosa como para disponer la muerte de alguien. No está muy seguro de encontrarla en el lugar que suele frecuentar y donde la visitó la primera vez. Es muy posible que se haya quitado de en medio una temporada tras la detención y posterior muerte de Flores.

En el autobús le manda un wasap a Brenda. No es asunto suyo, pero está preocupado. Cayetano iba hacia su casa, y no con muy buena predisposición precisamente.

NIKO
Lo siento si he sido un poco brusco contigo.
No quiero malos rollos,
pero ahora estoy bien con Triana y no deseo
fastidiarla más. Por cierto, ¿ha pasado por ahí tu
novio? Me lo he encontrado cuando he salido y
me ha estado provocando e insultando. Dice que
le has puesto los cuernos conmigo. Espero que no
sea tan cobarde de pagar los platos rotos contigo.

Brenda no es mala chica, pero es de impulsos demasiado exagerados. Siente que se haya enamorado de él, porque su corazón siempre le ha pertenecido a Triana.

BRENDA
No le diré nada, aunque..., bueno, tú sabrás.
Cayetano ha venido a mi casa. Está llorando como
una Magdalena. Menos mal que no están mis
padres. Se le ha ido toda la fuerza por la boca
cuando se ha encontrado contigo. Vamos a

romper.

No le parece ni mal ni bien, aunque se alegra de que ese capullo se quede sin pareja. Si le contara a Brenda los comentarios que ha soltado hace un rato, no solo acabaría con la relación, sino que lo echaría de su casa a patadas. Esta vez ni siquiera tiene la estúpida excusa de que se ha bebido un par de cervezas de más. Ojalá desaparezca de su vida para siempre.

Cuando se baja del autobús, va directamente a la plaza de España. Hace bastante frío y sopla ligeramente el viento. No es el mejor clima para pasear. Sin embargo, ve a varios grupos de turistas haciéndose fotos en los bancos dedicados a las provincias de España. Como la otra vez, no encuentra a María Santana. Da una vuelta por la zona, pero ni rastro de la mujer. Se está haciendo tarde y las posibilidades de que aparezca son mínimas. A lo mejor se ha marchado de la ciudad y no vuelve a verla, lo que tampoco sería una mala noticia. Quién sabe. Sentado en uno de los bancos, espera a que se haga de noche. Durante unos minutos reflexiona sobre lo caprichoso que es el destino. Han sucedido muchas cosas en los últimos meses. Todo empezó con los robos en aquellas casas de lujo. Chopin es el origen y, sin él, no habría conocido a Triana.

El móvil suena cuando está a punto de irse. Es Muriel. No habla con él desde que fue a visitarlo a la casa protegida. Antes de responder, recuerda el consejo que le dio García: no debía fiarse de él.

—Hola, Gerardo. ¿Qué tal?

—¡Chopin! ¿Cómo va todo, tío? ¿Por dónde andas?

—Estaba dando una vuelta por el parque de María Luisa.

—¡Coño! ¿A esta hora? ¿Con el frío que hace?

—¿No decías que Sevilla era un lujo porque se puede ir en invierno en manga corta?

—¡Hoy no! Está la tarde para quedarse en casa y no moverse del brasero, tapado con la ropa de camilla.

—Eres un blando, Muriel. A Varsovia te llevaba yo para que vieras lo que es tener frío.

El subinspector de la Policía Nacional suelta una carcajada y un par de palabras malsonantes en referencia al país natal de Niko.

—Oye, te llamaba para dos cosas —dice el hombre cuando termina de reír—. ¿Cómo está Celia? Me he enterado de que hoy le

daban el alta. ¿La ves bien para salir ya del hospital?

—Está algo débil todavía, pero los médicos creen que es bueno que se vaya a casa.

—Claro. Cuanto antes haga vida normal, mucho mejor, ¿no?

—Sí. Tardará un tiempo en sobreponerse del todo, aunque es una mujer muy fuerte y seguro que pronto se habrá recuperado.

—Es muy duro lo que ha tenido que pasar. Diez semanas encerrada en un zulo. Menudo hijo de puta Juan Luis Flores. Me alegro de cómo ha terminado ese malnacido. Ahorcado entre rejas con su propio cinturón.

—Fue un suicidio, ¿verdad?

—A mí no me preguntes eso, Chopin. Yo no tengo ni idea. Es lo que dice el informe y lo que ha quedado archivado. No hay que darle más vueltas.

Que Muriel no lo tenga claro le hace sospechar que alguien pudo encargarse de aquel individuo antes de que pasara a disposición judicial. Le sigue resultando extraño que un hombre tan mayor y con tantas vivencias a sus espaldas se quitara la vida de esa forma. No encaja con su personalidad.

—Lo importante es que Celia se encuentra bien. Pero te llamaba también por otra cuestión.

—Dime, me tienes en ascuas.

—Tu amiga María Santana ha estado hoy aquí otra vez.

—¿Qué? ¿Para qué?

—Se ha visto con el comisario. Solo han sido cinco minutos, aunque bastante intensos.

—¿Y te has enterado de lo que han hablado?

—No, pero sé que han discutido. En un momento determinado, he escuchado a Santana gritar que se largaba de Sevilla. Si no he oído mal, tenía un tren a Madrid para esta tarde.

—¿A qué hora?

—No lo sé. Creo que no lo ha mencionado. Simplemente le repetía al comisario que nadie le impediría coger ese AVE. Ni él ni nadie.

—Joder, va a huir.

Niko le cuenta a Muriel la charla telefónica que Santana mantuvo con Flores y la orden que la mujer le dio.

—Qué hija de puta la bruja esa.

—No te puedo asegurar que esto sea verdad, Gerardo. Se lo contó Carlos a Triana. No me fío mucho de ese chico, pero ¿y si es real?

—Es una acusación muy seria, Niko.

—No le digas nada al comisario, por favor. Tampoco me fío de él.

—Tranquilo. Seré una tumba.

El chico examina el reloj del móvil y comprueba que son más de las cinco de la tarde. A lo mejor María todavía no se ha ido.

—Voy a ir a Santa Justa.

—¿Ahora?

—Sí. Tengo que encontrar a esa mujer antes de que desaparezca.

—Iré contigo. Nos vemos allí.

A Niko no le da tiempo a responder porque Muriel cuelga. Preferiría ir solo, pero la ayuda de su amigo no le vendrá mal en caso de que la necesite. Es policía y puede ejercer como tal en un momento dado.

No hay ni tres kilómetros desde la plaza de España a la estación de trenes. Decide coger un taxi y observa en el navegador del coche que llega en diez minutos. En ese tiempo le da para pensar que lo que está haciendo es una locura. Ignora incluso la hora a la que sale el AVE de Santana. ¡Es que ni tan siquiera sabe si todavía se encuentra en Sevilla!

En Santa Justa hay mucho trasiego de personas. Mañana es Nochevieja y la gente sale y entra de la ciudad en masa.

—¡Niko! —escucha que grita alguien junto a la cafetería de la entrada.

Es Muriel, que se aproxima a él sin el uniforme de policía y, en apariencia, algo sofocado.

—He venido corriendo desde Nervión —dice Gerardo, que apoya las manos en las rodillas para intentar recuperar el aliento que le falta—. ¿La has visto?

—No. Hay mucha gente.

—¿Cuándo sale el próximo tren a Madrid?

—En cuarenta y cinco minutos —responde Niko, que acaba de revisar la web de Renfe—. Tienen que estar a punto de embarcar.

—Mira, ya están haciendo la cola delante de la vía 3. ¡Vamos!

Los dos atraviesan el vestíbulo de la estación para salir a la zona en la que los pasajeros pasan el primer control para acceder a las vías. Una azafata vigila que nadie baje todavía por las escaleras mecánicas

hasta el andén.

—¿La ves?

—No —responde Muriel mientras escrutan a las personas que esperan en la fila—. Aquí no está, Niko.

—Creo que no va a ir en este tren.

—A lo mejor ha cogido uno anterior.

—O uno que salga más tarde. No lo sabemos.

—¿Qué hacemos? ¿Esperamos?

Niko y Muriel se quedan en Santa Justa pendientes de cada uno de los pasajeros que acceden al control de equipaje. María Santana no aparece. El siguiente AVE no efectuará su salida hasta dentro de una hora. Deciden esperar. Se sientan en la cafetería y piden un par de cafés. Mientras los toman, el chico recibe un mensaje de Triana preguntándole dónde está. Ella y su madre ya han llegado a casa. Responde que se reunirá con ellas para la cena.

—A ese tío lo conozco yo —comenta Muriel de repente. Señala a un hombre que viste una chaqueta de cuero negra y vaqueros azules —. Es de la UCO.

—Se volverá a Madrid.

—No lleva maleta.

Los dos se fijan en los movimientos del policía. No deja de mirar a un lado y a otro, como si estuviese buscando a alguien. De pronto, se escuchan gritos que vienen de fuera de la estación. El hombre de la UCO sale corriendo hacia el exterior de Santa Justa. Niko y Muriel se levantan y también acuden para ver qué está sucediendo. Hay muchísima gente. Algunos gritan y otros piden una ambulancia. Entre la muchedumbre contemplan a una mujer tendida en el suelo. A María Santana le acaban de clavar un cuchillo que la ha herido de muerte.

CAPÍTULO 40

TRIANA

Sevilla, lunes, 30 de diciembre de 2019

Al descubrir que hay tres personas presuntamente responsables de la muerte de su marido, Celia le pide a su hija que le cuente con detalle todo lo que ha sucedido en las semanas que ha estado ausente. En el hospital solo le dio algunas pinceladas de lo que había ocurrido con Montesorín, Niko o Blanca y le habló del accidente de helicóptero, del que ya sabía por la radio que Carlos le había llevado, y del incendio en el domicilio de Ana Benítez. También la informó de los motivos por los que acabaron en una casa protegida, con la policía veinticuatro horas al día pendiente de su seguridad.

—Necesito saber más, Triana. Quiero que me lo cuentes todo.

—¿No es mejor que pasen unos días, que te recuperes por completo, antes de enterarte de temas que aún están por resolver?

—Tú misma me has dicho que soy la que puede averiguar quién está detrás del crimen de tu padre.

—Sí. ¡Pero no ahora! No quiero que te alteres, mamá.

—Sabes que no voy a parar hasta llegar al final de esta historia, ¿verdad?

—Acabas de salir del hospital. Hace unos minutos ni siquiera eras capaz de entrar en casa. No te precipites, por favor.

A Triana le preocupa que a su madre la supere la situación. No está en las condiciones adecuadas para afrontar la realidad. Debe tener paciencia y esperar a que su cuerpo y su mente sanen totalmente.

—¿Sabes el motivo por el que asesinaron a tu padre?

—Mamá, por favor. No es el momento. Ya lo analizaremos.

—Solo dime eso. ¿Habéis encontrado la respuesta?

—No.

—Pero si Montesorín y otras dos personas pagaron a Mesa para que lo matara, es que papá tenía que saber algo muy gordo. ¿Has hablado con el comisario de este tema?

—Varias veces. No me ha querido decir el nombre en clave de esas personas.

—Tengo que llamar a Arturo.

—No, mamá. Por favor —le ruega Triana, que sigue a su madre hasta el salón, donde se ha dejado el móvil—. Espera. Cálmate.

—Seguro que Gaviria dispone de la información completa. Tal vez esos seudónimos me digan algo a mí. Debo hablar con él.

—Un momento. Niko no se fía del comisario.

—¿Qué? ¿Por qué?

Triana le pide que se siente y comparte con ella las sospechas de su novio. Añade también lo que sabe de María Santana: la visita que le hizo Niko en el parque de María Luisa, sus encuentros con Gaviria y la charla telefónica que escuchó Carlos Flores entre su abuelo y ella, en la que hablaron de su posible asesinato.

—¡Esa mujer vino a verme hace un tiempo!

—Lo sé, me acuerdo.

—Quería colaborar conmigo y le dije que no. Luego me habló de tu padre. Me dijo que donde estaba se encontraba bien, que estuviese tranquila y no me preocupara por él. La invité a que se marchara. Me dio un poco de miedo.

—De alguna manera, ha estado implicada en todo esto.

—Tras su visita, busqué información sobre ella. Había sido una persona muy influyente en Sevilla. Había gente rica y poderosa que confiaba ciegamente en su supuesto poder para captar la energía de los muertos. Hasta colaboró con la policía.

—Según parece, también es capaz de conectar con la energía de los vivos. A Niko le aseguró que tú estabas viva.

—Sin embargo, ella quería verme muerta.

—Eso es lo que Carlos Flores me reveló. Por eso te liberó.

—Ese chico, después de todo, me salvó. Me gustaría hablar con él.

Triana resopla y se sienta al lado de su madre. La mira fijamente y le habla muy claro:

—Tienes que parar. Aunque estés en casa, todavía no te has

recuperado. Estás débil, con las defensas por los suelos. Si te alteras o empiezas a hacer muchas cosas que requieren un gran esfuerzo, te pondrás peor. Date unos días para descansar y no te involucres en...

En ese instante suena el móvil. ¿Brenda? Ha hablado hace un rato con ella para pedirle disculpas por lo del collar de ámbar. Al final estaba guardado en una cajita de música. Seguramente, el que encontró en el armario de su habitación era uno muy parecido comprado en el mismo sitio. Te lo venden como una artesanía única y resulta que existen copias exactas. Además han tratado el tema de Cayetano. No debe enfadarse más por ese asunto. Su amiga es libre para salir con quien quiera, aunque le sigue molestando que no se lo contara. Las dos han acabado llorando y riendo al mismo tiempo. Como cuando llueve y está el arco iris fuera. Lo importante es que vuelven a ser amigas.

Pero no es Brenda quien la llama.

—Hola, Niko. ¿Vienes ya para casa?

—Han asesinado a María Santana —responde muy nervioso su novio.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En la estación de Santa Justa. Ha sucedido muy cerca de donde yo estaba. Le han clavado un cuchillo en el corazón.

—Joder, Niko. ¿Qué dices?

El joven le explica que había ido a la estación con Muriel a intentar hablar con Santana porque sabía que tenía intención de marcharse a Madrid. Alguien ha aprovechado la gran cantidad de gente que había en Santa Justa para acuchillarla y darse a la fuga.

—Nadie ha visto quién ha sido —dice Niko. Se le nota muy tenso —. La policía acaba de llegar. Aún no se han llevado el cadáver.

—Madre mía. Ten mucho cuidado, por favor.

—Gerardo está conmigo. Aquí hay algo que se nos escapa, Triana. ¿Quién quería muerta a esa mujer? ¿Por qué la han asesinado?

—¿Tendrá relación con lo de Juan Luis Flores?

—No lo sé, pero ambos estaban implicados en el secuestro de tu madre. Y, entre tú y yo, Muriel no me ha asegurado que lo de Flores en la comisaría fuese un suicidio, como se ha dado a entender.

A Triana no le sorprende lo que le cuenta Niko. La muerte de ese hombre es muy extraña. La forma, el momento y el lugar no parecen propios de un tipo como Flores.

—Hemos descubierto también que la UCO estaba en la estación ya antes del ataque. Muriel ha reconocido a un tipo vestido de paisano que forma parte del dispositivo que ha venido desde Madrid. Ha sido de los primeros en llegar hasta María Santana, pero ya estaba muerta cuando ha intentado auxiliarla.

—¿Ha ido a la estación por ella?

—No lo sé, pero es muy posible.

—Niko, márchate de ahí. Empezarán a llegar policías y periodistas. No conviene que te vean en la escena de un crimen. Si se confirma que esa mujer estaba relacionada con el secuestro de mi madre, alguien puede deducir que la has matado tú para vengarte.

—Eso no pasará, pero voy para tu casa.

—Bien. Aquí te esperamos.

El chico cuelga y Triana se queda pensativa. Otra persona que muere de forma violenta en Sevilla. No puede ser casualidad. Tiene razón su novio: hay algo que se les está escapando.

—¿He oído bien? ¿Han asesinado a María Santana? —le pregunta su madre, que enciende la televisión para ver si dicen algo.

—Sí, en Santa Justa. Alguien le ha clavado un cuchillo en el pecho.

—¿Qué hace Niko en la estación?

—Había ido a buscarla para hablar con ella. Quería saber si era cierto lo que Carlos Flores me contó en el hospital. Ya sabes, lo que te dije antes de ella y Juan Luis.

—María Santana lo planeó todo. Me quería muerta.

—Mamá, es mejor que no te preocupes más de esto y descanses.

—¡Cómo voy a descansar si acaban de matar a la persona que podría haber organizado mi secuestro! ¿Qué coño está pasando, Triana?

La chica se encoge de hombros y envía un mensaje desde su móvil. Le escribe un wasap a Blanca sobre la muerte de Santana. Enseguida la periodista le responde.

BLANCA
Acaban de ponerlo en uno de los grupos del periódico. Ya ha ido una de mis compañeras a la estación para cubrir la información. Tengo que hablar contigo. Esta noche te llamo.

—Tu padre, Mesa, Risto, la policía Ángela Diosdado, Montesorín, Mercedes Reinoso, el piloto del helicóptero y su mujer, el dependiente del bazar, Luna, Juan Luis Flores, Santana... ¡Es una auténtica locura! ¿Algún muerto más que yo no sepa?

—No es seguro que todas esas personas estén relacionadas con la misma historia.

—Pues lo parece, cariño. Desconozco la información completa, que espero que me cuentes cuanto antes, pero cada una de esas personas parece relacionada con alguna de las otras que también han fallecido.

—Mamá, déjalo. Te lo suplico. Es por tu bien.

—¿Sabes esa teoría de que todos estamos conectados? —le pregunta su madre ignorando la petición de Triana—. Cada uno de nosotros tiene conexión con todas las personas del planeta porque conocemos a alguien que conoce a un tercero y ese tercero a un cuarto. En esos cuatro pasos, todos estamos conectados. Bien. Esa fórmula la podríamos aplicar a este caso. Tengo muy claro que existe un hilo conductor asociativo entre las personas que he nombrado y que han fallecido de una forma u otra.

—Estoy más o menos de acuerdo. Aunque no veo algunas conexiones tan claras.

—Son clarísimas, hija.

—¿Cuál es la conexión entre papá, Mesa, Risto, Montesorín... y la gente que viajaba en el helicóptero?

—Blanca —responde rápidamente Celia, y su voz suena muy segura—. Yo había quedado con ella la mañana que apareció Juan Luis Flores en casa y me secuestró. Íbamos a averiguar la identidad de Chopin. Nos estábamos acercando a la verdad.

—Al final, fue Blanca quien lo descubrió.

—Sí. Y por esa razón, a lo mejor, provocaron el accidente del helicóptero. Y, más tarde, asesinaron a Luna, porque Blanca y ella tenían contacto directo y estrecho.

—¿Entonces el accidente del helicóptero no tiene nada que ver con Mercedes Reinoso ni con el alcalde?

—No entiendo a qué te refieres. ¿Qué pinta Santiago de Gomar en todo esto?

—Él debía ir dentro del aparato que se estrelló. Una reunión de última hora en el ayuntamiento hizo que se librara. No ha salido en la

prensa y todavía es algo confidencial. Blanca lo sabía y nos lo contó a Luna y a mí. Niko también está enterado. ¡Ah! Y la mujer del piloto.

—Y han ido a por todos vosotros.

—En realidad, a Niko y a mí no nos han hecho nada. Solo entraron en casa para dejarme una nota y decirme que estabas viva.

—¿Quién entró?

—No lo sé. Se supone que el tipo que está en la cárcel.

Celia niega con la cabeza. Se acaricia la barbilla con insistencia y se levanta del sofá. Triana contempla a su madre deambular de un lado a otro del salón, hablando consigo misma.

—No fue ese tipo. Te habría intentado matar, como trató de hacer con Blanca y su hermano; y después disparó a quemarropa a Luna González. La persona que entró en casa mientras dormías solo quería avisarte de que yo estaba bien.

—¿Carlos Flores?

—Tiene sentido.

—¿Y si también fue él quien me llamó por teléfono para decirme que estabas viva?

—No me has hablado de esa llamada. ¿Cuándo fue?

—Uf. Es que ya no sé qué te he contado y qué no. La cabeza me va a explotar.

Celia sonríe y regresa al sofá. Ahora es ella la que le acaricia el cabello a su hija.

—Tenías razón. Debemos tomarnos esto con más calma. No solo por mí; también por ti, Triana. Tú has sufrido tanto como yo. No quiero agobiarte más.

—No se puede comparar. Has estado secuestrada más de dos meses. Yo simplemente... he rezado para que estuvieras viva y volvieras a casa.

—Aquí estoy, cariño. Al cincuenta por ciento, pero estoy. Tus oraciones han sido escuchadas por quien sea y te han hecho caso —dice Celia con una gran sonrisa dibujada en su rostro cansado—. Vamos a hacer una cosa: me voy a relajar un poco en lo que queda de año, pero, en cuanto empiece el 2020, vamos a ir a por esos cabrones.

—Eso es pasado mañana.

—Exacto. Me faltan fuerzas, pero estoy muy motivada para seguir adelante. Encontraremos a todos los implicados en esta macabra historia. Sean quienes sean.

CAPÍTULO 41

SERGIO

El Viso del Alcor, lunes, 30 de diciembre de 2019

Ha estado hablando con su hermana y todavía no puede creer lo que le ha ofrecido Teo Solís. ¡Será la imagen de los medios de comunicación que forman parte de El Guadalquivir! De simple redactora a estrella mediática. Un ascenso meteórico en apenas unos meses, y con solo veintidós años.

Sergio ha visto muy feliz a Blanca, aunque también muy nerviosa. Que vaya a aparecer en carteles, anuncios o marquesinas de autobuses la expondrá todavía más. Su cara va a estar por todas partes. ¿Es eso lo mejor para una persona a la que han tratado de asesinar y a la que la policía sigue protegiendo? Si el único responsable de esos intentos de homicidio fue el tipo que está en la cárcel, no habrá problema. Lleva detenido unos cuantos días, aunque la policía no ha conseguido averiguar quién es. El juez ya lo ha enviado a prisión, sin opción a libertad bajo fianza, hasta que se tramite el proceso penal. Según les ha contado García, aquel hombre no ha hablado aún y ha rechazado la defensa de un abogado.

—No nos habíamos encontrado nunca nada parecido. Su comportamiento es muy extraño. Nos entiende perfectamente, pero no sabemos si es español o no. Ni si trabaja solo o para alguien. El caso es que ha decidido no abrir la boca y solo se ha comunicado con señas cuando le han preguntado si necesitaba beber o comer o si se sentía bien. Hasta hemos pensado que podía ser mudo o que tenía la lengua o la garganta en mal estado, pero lo hemos descartado. Entre nosotros lo llamamos Pasalic, porque alguien de la UCO dijo que le recordaba físicamente a un criminal croata que detuvieron en Marbella hace unos años con ese apellido.

Sergio siente escalofríos cada vez que recuerda el enfrentamiento que tuvo con ese Pasalic en el piso de su hermana. Por suerte, entre los dos consiguieron echarlo, aunque después fuera a por Luna. De eso se sigue lamentando.

—¿Al final cuántos seremos para cenar mañana? —pregunta su madre, que ha entrado en su habitación sin llamar, como hace normalmente.

—Todavía no lo sé. Triana no me ha contestado.

—No creo que su madre esté para mucha Nochevieja. Esa pobre mujer lo ha tenido que pasar muy mal estos meses.

—Por eso, si vienen, vosotros no vais a hablarle del tema.

—¡Claro que no! ¿Acaso piensas que soy tan estúpida?

—No me hagas responder a ese tipo de preguntas —bromea el joven, que no ha soltado el mando de la consola mientras habla con su madre.

—¡Tener hijos para esto!

Las palabras de Sergio ofenden a la mujer, que sale del cuarto mascullando frases ininteligibles, pero que no parecen muy cariñosas. El joven se gira sonriente y niega con la cabeza. No está mal vivir con sus padres. Sin embargo, echa de menos la casa en la que ha estado durante una semana. Sobre todo extraña a sus compañeros de aventura. Incluso a Blanca. Precisamente, su hermana es quien acaba de enviarle un wasap.

BLANCA
Han asesinado a María Santana, la mujer de la que nos hablaron Niko y Triana. Esa especie de vidente que sostenía que Celia Mayo estaba viva. ¿Te acuerdas?

¡Por supuesto que se acuerda! En la casa donde los protegían la nombraron varias veces. La buscó en Internet, donde la describían como una persona muy particular. Decían que era capaz de establecer contacto con los muertos. También captaba la energía de las personas desaparecidas. Le sorprende el mensaje que le manda Blanca y enseguida intenta informarse de lo que ha sucedido. En algunos tuits simplemente explican que han matado a una mujer en la estación de Santa Justa, aunque no revelan su identidad. Le pregunta a su hermana si se trata de Santana y rápidamente se lo confirma. Hay otro

asesino suelto por las calles de Sevilla. Alguien que no es Pasalic.

—He escuchado el móvil. ¿Es Triana? —le pregunta su madre, que ha vuelto a entrar en su habitación sin llamar a la puerta—. ¿Te ha contestado?

—No. Es Blanca.

—¿Y qué quiere?

—Me ha dicho que, para cenar mañana, haremos croquetas y empanadillas.

—¿En serio? ¿Esa será la cena?

—Sí. Y huevos rellenos. Con eso tendremos de sobra —responde el joven. Le cuesta aguantar la risa—. Es broma. No me ha dicho nada de la cena, mamá. No te estreses todavía.

—Eres mala persona, Sergio.

—Y tú muy inocente.

—He pensado que si vienen Celia y los dos chicos, habrá que preparar algo de carne y algo de pescado, ¿no? ¿Te vas a encargar tú o le digo a tu padre que lo organice?

—Yo me encargo de todo, no te preocupes. Aunque todavía no sé si seremos solo nosotros o tendremos invitados.

—Por si acaso, voy a la frutería a por más uvas. Solo compré para cuatro.

—Muy bien.

—Ya no hay policías en la calle, ¿no?

—No. Se han marchado. Yo ya no les intereso. Mañana, cuando venga Blanca, volverán para vigilar que no pase nada.

—Dios bendito. Esto parece una serie norteamericana de esas sobre mafia y crimen organizado. ¿Por qué todo nos toca a nosotros menos la lotería?

La mujer se va del dormitorio después de persignarse. En el fondo, Sergio sabe que a su madre le va la marcha y se sentía importante cuando alguno de los policías la saludaba o la ayudaba a subir la compra. Su padre, poco a poco, también ha cambiado el concepto que tenía de los cuerpos de seguridad del Estado. Por lo menos, desde que él regresó a casa, no ha vuelto a hablar mal de ellos.

Apaga la consola y consulta las redes sociales por si se sabe algo más de lo que ha sucedido en la estación de trenes. Nada nuevo, aunque se fija en un comentario de alguien que se encontraba en Santa Justa cuando se ha producido el crimen.

«Ha pasado cuando yo acababa de llegar a Sevilla. Salía de la estación y me he encontrado a un montón de personas alrededor de una mujer bajita y vestida de negro. Tenía algo clavado en el pecho. La policía ya estaba allí, intentando que nadie se acercara, aunque había mucha gente que dificultaba su trabajo».

El tuit es de un chico que escribe para Onda Bética y que, en su perfil, tiene una foto con la camiseta del Betis. Como ese, empiezan a aparecer otros comentarios sobre el mismo suceso. Aunque sabe que sus padres se enterarán tarde o temprano, Sergio prefiere no contárselo para que no se pongan nerviosos antes de tiempo.

Intenta no agobiarse. Sin embargo, nota que le falta el aire. Necesita salir.

—Me voy a dar una vuelta —le dice a su padre, que está sentado en el sillón del salón leyendo una revista de ciclismo.

—¿Tú solo? ¿A dónde?

—He quedado con una amiga —le miente. Sabe que no se opondrá a algo así.

—Bien. Pero ten cuidado y no tardes mucho.

—Volveré para la cena.

Sergio sale del edificio y empieza a deambular por las calles de El Viso, sin una dirección determinada. Nota el intenso frío en su rostro. Se cruza con muy pocas personas. Hace tiempo que no ve a sus amigos del pueblo, pero no le apetece quedar con ninguno. Simplemente tenía ganas de salir de casa, alejarse un rato de su habitación, de la consola y de sus padres. ¿Fue eso lo que le sucedió a Blanca? ¿Por eso se marchó?

La profunda melancolía que siente lo acompaña mientras sigue caminando y recuerda los acontecimientos de los últimos días. La ruptura con Verónica ha sido dura, pero se ha sentido mejor gracias a Blanca, Niko y Triana. Entonces ve el autobús que va a Sevilla. ¿Es una señal? La parada está a menos de un minuto. ¿Lo hace?

El chico no se lo piensa dos veces. Se pone a la altura del autobús y corre en paralelo, de manera que prácticamente llegan a la vez a la marquesina. Incluso dispone del tiempo necesario para recuperar el aire, porque hay varias personas que estaban haciendo fila y suben antes que él. Tras pagar, se acomoda en la última fila. Un hombre que ha llegado también corriendo, justo detrás de él, se sienta al lado. El autobús arranca de nuevo y Sergio saca su móvil para avisar a sus padres de que, posiblemente, esa noche no irá a cenar. Su madre lo

llama, pero prefiere no responder. Le envía un wasap para decirle que está en el autobús y que no se preocupe. Quiere darles una sorpresa a Triana y a su madre. Después de escuchar un audio de su padre echándole la bronca, chasquea la lengua y cierra los ojos.

De repente, siente un pinchazo. Cuando se toca el abdomen, descubre que tiene la mano cubierta de sangre. Le duele muchísimo. El tipo que viaja a su lado sonríe mientras deja caer al suelo una pequeña daga. Le tapa la boca e impide que Sergio grite. Nadie mira hacia atrás.

—¿Estás bien? —le pregunta el presunto agresor—. Menudo bote has dado. Me has asustado.

Sergio se encuentra delante el rostro del tipo que acaba de acuchillarlo. Ya no tiene sangre en la mano ni le duele la zona donde le ha pinchado. La pequeña daga ya no está en el suelo, ha desaparecido. ¿Solo ha sido un breve sueño?

—Lo siento. Me he quedado dormido —responde el joven mientras intenta espabilarse. Aún lleva el susto metido en el cuerpo.

—No te preocupes. ¿Mala noche?

No le apetece hablar. Asiente con la cabeza. Después saca los auriculares del bolsillo de la chaqueta y busca una canción en Spotify. Elige *Creep* de Radiohead, un tema que no es de su generación pero que siempre le ha gustado. Esta vez no cierra los ojos. Apoya la cara contra el cristal y vigila de reojo al hombre sentado a su lado. No va a obsesionarse con él, aunque le parece que están demasiado juntos. La pierna derecha del desconocido invade descaradamente su espacio. Eso le incomoda, pero no se lo dice. Es un tipo grandote, con ojos claros y nariz de boxeador. No parece español, aunque su acento no le ha sonado de fuera. Si hubiera tenido que apostar, se la habría jugado a que es originario de algún país del Este de Europa. Entonces piensa en Pasalic. No es posible que aquel pasajero tenga relación con el hombre que intentó matarlo dos veces y que ahora está entre rejas. Imposible.

La canción de Radiohead se interrumpe porque su hermana le envía un wasap.

BLANCA
Mamá se ha enfadado mucho. Dice que no los has avisado de que te ibas a Sevilla. ¿Vienes a verme? Ahora mismo no estoy en casa.

Sergio le responde que ha sido algo improvisado. Su intención es darles una sorpresa a Triana y a su madre y luego tenía pensado ir a su piso para cenar con ella, pero que si no puede, no pasa nada. Blanca le manda un audio para decirle que llegará sobre las nueve y rogarle que tenga mucho cuidado. Lo de María Santana podría estar relacionado con ellos.

—Perdona, amigo —le dice el hombre de al lado, que además llama su atención tocándole el hombro—. Tienes el volumen de los auriculares muy alto.

—Disculpe. Ahora mismo lo bajo.

Aquel tipo le provoca escalofríos. Ahora duda si su acento es o no es español. Su mente funciona muy rápido. Baja el volumen de los AirPods y resopla. Aunque en el autobús viaja más gente y, por tanto, no es el mejor sitio para cometer un asesinato, también es cierto que están sentados en la última fila y nadie se enteraría si decide cargárselo como en el sueño que ha tenido hace unos minutos.

—Perdona otra vez, amigo. Siento molestarte. ¿Conoces a María Santana? He oído que la nombraban en ese audio que te han enviado.

—¿Por qué me dice eso? —pregunta desconcertado Sergio.

—Porque acabo de enterarme de que la han asesinado hace un rato en la estación de Santa Justa. Y yo sé quién ha sido.

CAPÍTULO 42

BLANCA

Sevilla, lunes, 30 de diciembre de 2019

En su regreso al periódico, ha tenido de todo. El día empezó tranquilo, pero luego se ha ido animando. La comida con su nueva jefa ha sido muy interesante, sobre todo cuando ha aparecido Teodomiro Solís. El dueño de El Guadalquivir le ha hecho una oferta imposible de rechazar. No le gusta demasiado tener que ser el rostro visible del grupo, ¡pero es que su sueldo actual se va a triplicar! Además la ascienden a directora de la parte digital del periódico; será quien controle los contenidos y dirija la web. Al único que le ha contado las novedades ha sido a su hermano, que no se lo creía cuando han hablado por teléfono. A sus padres les dará mañana la sorpresa, cuando vaya a verlos, y a Triana la llamará por la noche.

Su entusiasmo se ha visto empañado por la noticia del crimen de Santa Justa. No está muy segura de lo que debe pensar al respecto.

—Vaya tela lo de esa pobre mujer... —murmura Alexandra, su nueva compañera de redacción—. Acaba de escribirme Almudena desde la estación de trenes para pedirme que busque información sobre María Santana. Quiere que en la web, junto a la noticia del suceso, aparezca el perfil de esa señora. Por lo visto era bastante famosa en la ciudad. ¿Tú la conocías, Blanca?

—Algo había escuchado sobre ella.

—¿Sí? Yo nada. He leído que era médium, vidente o una historia rara de esas.

—No sabría explicarte, Alexandra.

—Menudo marrón. Como soy la nueva, me toca hacer estas cosas. ¿Cuándo me van a dejar salir a la calle en busca de noticias jugosas o escribir un artículo sobre un caso interesante?

Blanca sonríe y no le responde. La mayoría de los periodistas recién salidos de la facultad aceptan sus prácticas o primeros trabajos con una idea equivocada de la profesión. No tardan en darse cuenta de que, en realidad, se van a pasar muchas horas en la oficina en labores de intendencia o cubriendo aburridas ruedas de prensa. Ella, en cambio, tuvo la suerte, o la desgracia, de encontrarse con el caso Chopin entre sus manos en cuanto entró a formar parte de *El Guadalquivir*.

—¿Qué tal ha ido la comida con Rebeca? —le pregunta Alexandra, que no parece con muchas ganas de buscar la información que le han solicitado desde Santa Justa—. Es buena tía, ¿no?

—Me ha caído bien.

—Tú serás de sus favoritas. Ojalá yo consiga llegar adonde has llegado tú. Me encantaría convertirme en una leyenda del periodismo.

Blanca se ajusta las gafas. ¿Leyenda del periodismo? Lleva todo el día halagándola y exagerando. ¡Si trabajan una al lado de la otra y hacen lo mismo! Al menos de momento. Tanto piropo la pone nerviosa.

—Voy a ver a la jefa antes de irme. ¿Mañana vienes?

—Sí, hija mía. Tengo que currar el último día del año. Qué remedio.

—No te estreses. Yo estaré contigo. Me han pedido un artículo homenaje sobre la anterior directora del periódico. Así que estaré contigo.

—¡Me alegro! Es un honor compartir espacio con alguien como tú.

Alexandra es muy intensa, pero le resulta simpática. No parece que le tenga envidia o que la trate de forma especial por su reciente fama. Trabajará a su lado unos días más antes de mudarse a su propio despachito. Ha pactado con el señor Solís que empezará a dirigir la web cuando pasen las Navidades, hacia la segunda quincena de enero. No lo hará sola: durante un tiempo, tendrá con ella a alguien más experimentado y especialista en ese terreno. La idea es darle aún más fuerza a la versión digital y aumentar el número de suscriptores y visitas. También en esos días se hará las fotografías que servirán para la campaña de imagen de El Guadalquivir.

La puerta del despacho de Rebeca Solís está cerrada. Toca y escucha la voz de su jefa.

—Adelante, pasa.

La directora la recibe con una sonrisa y le pide que se siente. Blanca prefiere quedarse de pie porque solo ha ido para despedirse.

—Me voy ya, pero quería darte de nuevo las gracias por todo. Todavía me cuesta creerlo.

—Lo importante es que tú estés bien y que te tratemos como te mereces.

—Tu tío es genial. Vuelve a darle las gracias de mi parte cuando hables con él.

La mujer se levanta de su asiento para acercarse a Blanca. Rebeca la pone nerviosa. Huele muy bien y es verdaderamente atractiva. Se ha quitado la chaqueta y lleva solo la camisa, que ni siquiera tiene abrochada completamente. Se ajusta las gafas e intenta no mirarle el escote.

—Es un acierto que vayas a ser el rostro visible de El Guadalquivir.

—Me pone algo tensa que todo el mundo me vea, pero es una oportunidad única.

—Lo es, querida. Me alegro de haber convencido a mi tío de que te lo propusiera.

—¿Ha sido cosa tuya?

—En gran parte —responde Rebeca, que se sienta sobre la mesa y cruza las piernas—. A ver, entre nosotras, mi tío es un hombre muy ocupado y apenas presta atención a ciertas cosas. A ti te conocía más por lo del accidente que por tu trabajo en el periódico.

—Es lógico. Somos muchos y yo acabo de empezar.

—¡Pero eres la persona más mediática de este edificio! ¡Había que aprovecharlo! ¡Has sobrevivido nada menos que a un accidente de helicóptero! ¡Ese puto aparato se estrelló contra la Giralda y tú estabas dentro!

Blanca empieza a ver claro el motivo por el que le han ofrecido el nuevo puesto y ser la imagen de la marca El Guadalquivir. No lo han hecho por su buen papel en el caso Chopin; lo que pretenden es sacar músculo delante del resto, mostrar que ellos tienen en su plantilla a la superviviente del accidente del que más se ha hablado en la historia de Sevilla.

—Eres una buena periodista. De eso no hay duda —le asegura Rebeca, que parece haberse dado cuenta de lo que piensa Blanca—.

Pero, tal y como le he insistido estas semanas a mí tío, solo hay una persona que ha vivido lo que has vivido tú, querida. Aprovéchalo.

—No creo que deba sacar nada a cambio de una tragedia.

—Eso no lo he dicho yo, Blanca. Es como si una mujer que es guapa no le sacara partido a su belleza. Que sí, que hay otras virtudes y otros valores muy importantes, por supuesto, pero no todos vamos a la guerra con las mismas armas.

Comprende lo que la directora quiere decir, pero se siente decepcionada. Ella también ha pecado de inocente, como su compañera Alexandra. En el mundo del periodismo hay demasiados intereses, y eso es algo que no debería olvidar nunca más.

—Me tengo que ir. Mañana te veo —se despide cabizbaja Blanca.

—Mi tío te acabará apreciando. Eres una de las mejores periodistas que tenemos. Todo el mundo en este medio de comunicación lo cree.

—Muchas gracias.

—¡Piensa en el sueldazo que vas a tener y que todo el mundo te va a reconocer por las calles de Sevilla! No está nada mal para una chica de veintidós años de El Viso del Alcor.

Blanca sale del despacho de Rebeca sin decir nada más, recoge sus cosas y se marcha. Mientras baja las escaleras, reflexiona acerca de las palabras de su nueva jefa. La vida funciona así. A lo mejor tiene que dejar de ser tan idealista y disfrutar de lo que le van a dar. La están utilizando, pero también está sacando un cuantioso beneficio. Después de lo que ha pasado en esas últimas semanas, es para estar satisfecha. Y, por qué no, orgullosa.

En la calle ya es de noche. Se abrocha el abrigo porque hace frío. Los cambios de temperatura tan exagerados que tiene esa ciudad ya le han costado más de un resfriado. Está a punto de cruzar un semáforo cuando se percata de que un hombre la observa. A ella también le suena su cara. Está segura de que lo ha visto en alguna parte. Enseguida cae en quién es: Juancho Arrieta, el psicólogo que colabora con El Guadalquivir TV. Luna fue a verlo para hacerle una consulta relacionada con la memoria.

—Eres Blanca Sanz, ¿verdad? Soy Juancho Arrieta —se presenta el hombre, que se ha dado cuenta de que la chica también sabía quién era él—. Vengo algunas veces al canal de televisión a pasar consulta.

—Le conozco. Encantada.

—He oído hablar mucho de ti.

—Espero que cosas buenas.

—Todas inmejorables. Te has convertido en una especie de leyenda dentro de El Guadalquivir. Te aprecian mucho.

—Seguro que no es para tanto —dice abrumada Blanca—. ¿Viene a grabar?

—Sí. Voy a dejar algunas cosas preparadas porque me iré de vacaciones una temporada.

—A veces hay que desconectar.

—Exacto. Como psicólogo lo recomiendo. A mis pacientes y a mí mismo —bromea Juancho—. Hace ya algunos días, pero te doy el pésame por el fallecimiento de Luna. Sé que erais muy amigas.

—Gracias. Sí, nos hicimos amigas y me ayudó mucho.

—Pobre chica, tan joven y lo mal que terminó por culpa de un desgraciado. Espero que el culpable de su muerte no salga nunca de la cárcel.

Juancho continúa lamentando el crimen de la periodista y maldiciendo a su asesino. Blanca se fija en él mientras habla. Viste de forma elegante, tiene buena planta y parece más alto en persona que en la televisión. Sin duda, está en forma. Es un gran orador. Vocaliza muy bien y, aunque no es andaluz, algunas veces se le nota que lleva mucho tiempo viviendo en Sevilla.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? Si no quieres, no la respondas —le dice Arrieta una vez que ha acabado de elogiar a la periodista fallecida—. ¿Eras tú la amiga de la que me habló? Cuando quedé con ella, me hizo una consulta en referencia a la pérdida de memoria tras sufrir un accidente. Hice cábalas y pensé que podría tratarse de ti. ¿Me equivoco?

No le sorprende la pregunta. Hace unos días pensó en contactar con él para que le explicara si había alguna forma de recordar lo que ha olvidado del accidente.

—No se equivoca. Era yo.

—Estaba casi seguro. ¿Cómo te encuentras? Sé por amigos en común que has estado bastante mal. ¡Aunque yo te veo fenomenal!

—Me estoy recuperando todavía. Me canso bastante y algunas veces me duelen las piernas, las costillas y la espalda. Tengo una ligera cojera también.

—Eso es normal. Fue un accidente muy grave. ¿Y los recuerdos?

—Sigo teniendo lagunas. Me vienen *flashes* o sueño con lo que pasó. Sin embargo, hay fases que no están muy claras en mi cabeza.

—También es lógico. Como le expliqué a Luna, yo no soy especialista en neuropsicología. Por eso le escribí a un amigo experto en ese tema. Después pasó lo que pasó y..., bueno, no los pude poner en contacto.

—¿Qué le dijo su amigo?

—Me soltó un rollo larguísimo en un mensaje de audio. Habla todavía más que yo. Su conclusión fue que la amiga de Luna fuera a verlo y así podría analizar el caso con mayor precisión. Y, mira qué casualidad, ¡la tengo aquí delante!

—¿Puedo ir a verlo en algún momento?

—Por descontado. Si quieres lo llamamos ahora y a ver si tiene hueco para mañana o para después de fin de año.

—Trabajo, pero si me atiende, podría arreglarlo.

—Magnífico —dice Arrieta, que busca en el móvil el teléfono de su amigo—. Por cierto, Blanca, ¿alguna vez te han hipnotizado?

CAPÍTULO 43

CELIA

Sevilla, lunes, 30 de diciembre de 2019

—¿Seguro que estarás bien?

—Que sí, pesada. Vete ya.

—Puedo hacer la compra por Internet y que nos la traigan mañana.

—¡Que no! Date prisa o te cerrarán el supermercado.

—¿No quieres venir conmigo?

—Estoy cansada y los vecinos me freirán a preguntas —dice Celia, que deja escapar un bostezo—. Me quedaré en el sofá viendo la tele. No te preocupes.

—Vale, no tardo nada.

—Si hay periodistas, no les contestes y saluda de mi parte a García si sigue por ahí.

—Imagino que ya habrá venido otro. ¡Hasta luego, mamá!

Triana se pone el abrigo y se marcha. El frigorífico está prácticamente vacío y necesitan comprar algunos productos básicos como leche, huevos, yogures y fruta. Ni siquiera tienen compresas o papel higiénico. En cuanto Celia escucha cerrarse la puerta, se pone de pie. Por fin se ha quedado sola.

Es verdad que no se siente con demasiadas fuerzas y que su cuerpo se está resintiendo de los días que estuvo encerrada en el zulo de Montoro, pero no deja de pensar en todo lo que Triana le ha contado. Además, hace unos minutos han asesinado a María Santana. Su instinto le dice que algo muy grave está pasando en Sevilla.

De camino al despacho, vuelve a sentir el tembleque en las piernas. ¿Será posible que no sea capaz de superar el trauma de lo que sucedió en aquella habitación? Tiene que vencer al miedo. Antes de

sentarse, baja la persiana por si hay algún reportero curioso merodeando cerca de la casa. Respira hondo varias veces y después trata de centrarse en el montón de papeles que se extiende sobre la mesa. Sin duda, su hija y Niko han estado investigando a fondo. Vuelve a coger el folio que está encima del resto. En voz alta lee la pregunta escrita en mayúsculas y en rojo: ¿QUIÉN ORDENÓ ASESINAR A LOLO VELÁZQUEZ? Una de las personas implicadas fue el inspector jefe Javier Montesorín. ¿Y las otras? Triana le ha contado que la Policía Nacional tiene dos nombres más, aunque están en clave y todavía no han logrado descifrarlos. Va siendo hora de entablar una conversación con Gaviria. Tiene su móvil personal. Es tarde y tal vez ni siquiera se encuentre en la comisaría o esté muy liado con la muerte de Santana, pero no se va a quedar con la duda. Marca su número y espera impaciente a que conteste. Al quinto *bip* escucha la voz del antiguo jefe de su marido.

—¿Sí?

—Hola, Arturo. ¿Cómo estás?

—Celia, ¿ocurre algo? ¿Va todo bien? —pregunta Gaviria. Lo nota tan preocupado como cansado.

—Sí, tranquilo. Más o menos estoy recuperando la normalidad.

—Me alegro. ¿Cómo han ido las primeras horas en casa?

—Tengo que adaptarme a caminar por habitaciones que tienen más de uno sesenta de altura. Todavía ando encorvada —bromea la detective privada para intentar quitarle hierro al asunto. Las cervicales es de las partes de su cuerpo que más le duelen—. Pronto seré la de siempre, Arturo.

—Esa es una magnífica actitud, aunque tómatelo con calma.

—Eso dice mi hija.

—Triana es una joven muy inteligente. Hazle caso. No es fácil regresar al día a día como si nada hubiese pasado. Has sufrido una experiencia muy dura que tu mente debe canalizar hasta que solo sea un mal recuerdo.

—Os haré caso y procuraré tomarme el tiempo que sea necesario y no acelerar mi recuperación. Pero tengo una pregunta que hacerte. Por eso te he llamado.

—A ver, dime, ¿qué es lo que quieres saber?

—Mi hija me ha contado que encontrasteis un documento en la casa de Enrique Mesa en el que aparecían tres nombres en clave

relacionados con el asesinato de mi marido. ¿Es eso cierto?

—Sí, aunque prefiero no hablar de ese tema, Celia. Está bajo investigación oficial.

—Venga, Arturo. Soy detective privada. Y al que mataron es a Lolo. Tengo derecho a estar al tanto de todos los detalles. ¡Me lo debes después de cinco años de angustia y dolor!

—No insistas, por favor. Tú lo que debes hacer ahora es descansar y recuperarte.

—¿Crees que puedo estar tranquila sabiendo que a mi marido lo mataron y que se sabe algo de los que se lo encargaron al cabrón de Enrique Mesa?

Cuando Triana se lo contó en el hospital, no daba crédito y se puso a llorar como una Magdalena. Se había pasado el último lustro dando palos de ciego, aunque estaba segura de que Lolo no había muerto accidentalmente al caerse por aquel puente ni, por supuesto, se había quitado la vida. A su esposo lo habían asesinado. La confirmación de sus sospechas despertó de nuevo su ira y las ganas de descubrir la verdad.

—Montesorín fue uno de los tres que contrató a Mesa. ¿Y los otros dos? ¿Cuáles son sus seudónimos?

—No puedo hablar de asuntos confidenciales. Ya lo sabes.

—¡Son los asesinos de Lolo, Arturo! ¡A lo mejor puedo ayudaros! —exclama la mujer, a punto de perder los nervios—. Solo dame esos dos alias o lo que sea. Por favor, te lo suplico. He movido cielo y tierra durante cinco años de mi vida buscando una maldita pista que me llevara hasta el asesino de mi marido.

Le entran ganas de llorar. Se levanta de la silla y se sienta en el suelo, en uno de los rincones del despacho. Se siente desolada. En aquella habitación no hay un cubo donde orinar ni el techo está a menos de un metro sesenta de altura; no huele a humedad ni tiene un carcelero que le impida cruzar la puerta. Pero la angustia es parecida. Juan Luis la drogó con burundanga y le robó su libertad mientras hablaban entre esas mismas cuatro paredes.

—Dalmita y Escudera. Esos son los nombres en clave que no sabemos aún a quiénes corresponden —dice el comisario tras unos tensos segundos en silencio—. Investiga si quieres. Pero no le cuentes a nadie que he sido yo quien te los ha revelado. Me estoy jugando mi carrera como policía.

—Gracias, Arturo. Lolo siempre decía que eras el mejor.

—Tu marido fue un gran tipo y uno de los mejores policías que he conocido. Quizá por eso lo asesinaron esos malnacidos. Si das con los culpables, házmelo saber y ejerceremos toda nuestra fuerza sobre ellos. Eso sí, sé muy discreta y no te metas en líos. No quiero tener que volver a buscarte.

Celia le da de nuevo las gracias y le promete que tendrá mucho cuidado. En cuanto cuelga, apunta en el folio, junto a los interrogantes que habían escrito Triana y Niko, los seudónimos que le ha pasado Gaviria: Dalmita y Escudera. ¿A quiénes corresponderán? *A priori* no le dicen nada. Si los especialistas que tiene la policía no han sido capaces de averiguar la identidad de esos alias, es que debe de ser muy complejo hacerlo.

—¡Ya estoy en casa! —exclama desde la puerta principal Triana, que llega cargada con varias bolsas—. ¿Mamá?

Celia sale del despacho y le enseña el folio a su hija. Esta suelta la compra en el suelo y lo examina con atención.

—¿Dalmita y Escudera? ¿Quién te ha dado estos nombres?

—El comisario. He llamado a Gaviria hace un rato.

—¡Mamá! ¡¿No quedamos en que no ibas a hacer nada hasta el año que viene?!

—No me riñas —dice Celia, que coge dos de las bolsas y las lleva hasta la cocina. Su hija va detrás con el resto—. Arturo me lo debía.

—¿Y no tiene alguna pista de a quién corresponden esos seudónimos?

—No. Ninguna. Al menos a mí no me ha dicho nada.

—¿No te suenan de algo?

—No, Triana. Ni idea. El año que viene lo investigaré a fondo.

La chica sonríe mientras abre el frigorífico y comienza a guardar las cosas que ha comprado en el supermercado.

—Hay varios periodistas fuera.

—¿Has hablado con ellos?

—No. Solo les he dicho que se fueran a casa, que aquí no tenían nada que hacer.

—Estos pobres son unos mandados. Sus jefes tendrían que ser los que estuvieran en la calle, pasando frío.

—No debería haber nadie, mamá. Ya se les ha enviado una nota de prensa en la que les hemos dicho que estás bien y que solicitamos

su respeto y comprensión. La semana que viene podrías hablar con ellos.

—Qué pesadez. Pero haré un esfuerzo —responde Celia mientras coloca las naranjas y los plátanos en el frutero—. ¿Estaba García?

—No. Ha venido uno jovencito, alto, con el pelo rapado. Muy guapo. Lo he visto varias veces. Es simpático.

—A ver si te vas a enamorar.

—Yo ya estoy enamorada. Mi novio se llama Niko, ¿lo recuerdas?

—Perfectamente. El chico gafe que ha puesto nuestra vida patas arriba.

—¡Mamá! ¡No digas eso! ¡Pobre!

Las dos ríen y se meten con Niko mientras terminan de ordenar la compra. Celia se siente muy afortunada de poder volver a disfrutar de momentos así con su hija. Ahora los valora más. Durante muchos días pensó que jamás regresaría con ella.

Son casi las ocho cuando recibe una llamada al móvil desde un número que no tiene entre sus contactos. Triana le pide que responda.

—¿Sí?

—Hola, Celia. ¿Me reconoces?

No podrá olvidar esa voz en lo que le quede de vida. La ha estado escuchando durante más de dos meses. Al otro lado del teléfono se encuentra la única persona con la que habló mientras permaneció en aquel zulo.

—Carlos Flores.

—Veo que ya sabes mi nombre —dice el chico, que después sorbe por la nariz. Celia tiene la impresión de que ha estado llorando—. No dispongo de mucho tiempo, pero he querido gastar mis primeros cinco minutos de teléfono en la cárcel contigo.

—¿Me llamas desde la cárcel?

—Sí. Esta mañana pasé a disposición judicial y hace un rato me han encerrado aquí. Me lo merezco, aunque esté muerto de miedo.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Te llamaba para pedirte perdón por lo que te hice antes de que esto se complique todavía más. Mi abuelo fue el verdadero culpable de tu secuestro y quiero que sepas que yo solo cumplí órdenes bajo amenazas. Seguramente pensarás que me podría haber negado, pero, en ese caso, habrías tenido otro carcelero, probablemente más duro que yo.

Las palabras de Carlos parecen sinceras. Aquel chico ha madurado desde la primera vez que se encontraron en el agujero donde estuvo presa.

—Seguro que otro no me hubiera dejado libre —dice Celia—. Así que te guardo rencor por una parte, pero, por otra, te estoy agradecida.

—Lo siento. De verdad que merezco que me odies para siempre. Espero que no tengas demasiadas secuelas del encierro.

—Alguna que otra, pero se pasarán —explica la detective, que ha caminado hasta el salón para sentarse en el sofá—. ¿Cuánto tiempo tienes permitido de teléfono?

—Nada. Se me acaba ya.

—¿Me dejas que te haga una pregunta rápida antes de que te vayas?

—Claro. Dime.

—Me ha contado mi hija que un día alguien, de manera anónima, la llamó y dijo que yo estaba viva. Al día siguiente entraron en casa y dejaron una nota sobre la cama de mi habitación con el mismo mensaje. ¿Fuiste tú?

—No. Yo no tengo nada que ver con eso.

—¿De verdad?

—Te secuestró mi abuelo. No sé ni el nombre de la calle en la que vives —le asegura Carlos—. A mí no me contó nada, Celia. Solo era tu carcelero y la persona que te liberó. Nada más.

—¿Y no sabes si Juan Luis o alguien de tu familia pudo hacerlo?

—No lo sé, pero no creo. Lo único que me mandó hacer mi abuelo fue la estupidez de encender tu móvil lejos de donde estaba la casa.

—¿Para qué?

—Porque escuché varias veces el sonido de sirenas de policía muy cerca de la casa de Montoro. Se lo dije al viejo y temió que nos localizaran. Entonces me pidió que fuera a algún sito lejano y encendiera el móvil. A mí se me ocurrió llamar al despacho. Puse un audio antiguo de wasap al azar y colgué rápidamente. Sabíamos que la policía captaría la señal del móvil y empezaría a buscar por la zona en la que tu teléfono se había encendido. Solo fue una maniobra de despiste, y dio resultado. Lo del audio fue una gilipollez, pero pensé que a Triana podría gustarle volver a oír la voz de su madre.

CAPÍTULO 44

BLANCA

Sevilla, lunes, 30 de diciembre de 2019

La noche es de las más frías que recuerda en mucho tiempo. Está agotada. Lo nota especialmente en las piernas: le cuesta andar el tramo que hay entre la parada de autobús y el edificio en el que vive. Demasiadas emociones para un solo día. No tiene ganas ni de preparar la cena, así que es posible que haga un pedido de comida rápida. Su intención del *fast food* aumenta cuando ve a su hermano esperándola en el portal.

—Se me olvidó que venías —dice la periodista mientras le da un abrazo—. ¿Qué tal con Celia y Triana?

—No he podido verlas —responde apesadumbrado Sergio—. He ido hasta la calle donde viven en el barrio de Santa Cruz y me he encontrado con un montón de periodistas haciendo guardia. Me ha dado muchísima vergüenza llamar a la puerta de su casa y que me fotografiaran o me hicieran preguntas.

—¿Por qué no se lo has dicho a Triana? Habría hecho algo.

—¡Era una sorpresa! No sabía que iba. Además, me he quedado sin batería en el móvil. ¿Me dejas cargarlo ahora?

—Claro, pero vamos dentro. Me muero de frío.

Los hermanos piden unos nachos y unos burritos a un restaurante mexicano. Mientras esperan la comida, llaman a sus padres, que siguen enfadados con Sergio. Se quedan más tranquilos cuando se enteran de que está con ella y de que va a dormir en su piso.

—¿Estás bien en casa? —le pregunta Blanca desde su habitación al tiempo que se quita la ropa de calle y se pone el pijama—. ¿Te están agobiando mucho?

—No es eso. O sí. Yo qué sé.

—Papá y mamá son muy pesados. Aunque solo quieren lo mejor para nosotros.

—Ya, pero no se dan cuenta de que nos hemos hecho mayores —dice Sergio mientras consulta la prensa deportiva en el móvil—. Tú te viniste a estudiar a Sevilla. E, incluso sin estar recuperada del accidente, te fuiste de El Viso porque no los aguantabas.

—Es que no tenía ninguna intimidad.

—Yo estoy harto de que entren en mi cuarto sin llamar. Algún día me pillarán... jugando al *Fortnite*.

Blanca suelta una carcajada y regresa al salón. Atusa el cabello de su hermano y se sienta a su lado.

—Echas de menos la casa, ¿verdad?

—¿Tú no?

—Bueno, a Niko no mucho.

—Pero a Triana demasiado. ¿Me equivoco?

—Esa es una batalla perdida, Sergio —responde tras soltar un suspiro—. La tengo como amiga y ese es un gran triunfo.

—¿A Niko lo odias porque es su novio?

—Niko no me cae bien porque se cree el ombligo del mundo. Ya sabes que no soporto a la gente egocéntrica.

—¿Eso va también por mí?

—No, hermano. No va por ti. Tú te has convertido en un tío estupendo —contesta acompañándose de una tierna sonrisa—. Voy a hacer una excepción esta noche y a poner la calefacción. Estoy helada.

—Me parece una buena idea. Por cierto, me tienes que dar detalles de lo que ha pasado hoy en el periódico. ¡Menudo trabajazo te ha salido!

—Sí, aunque había letra pequeña. Te lo cuento mientras cenamos. El repartidor está a punto de llegar.

Los burritos y los nachos de aquel restaurante mexicano están riquísimos. Los chicos están hambrientos y los devoran. Entre mordisco y mordisco, Blanca le cuenta a su hermano su conversación de aquella tarde con Rebeca Solís. Incluida la letra pequeña a la que la joven se refería.

—Así que se van a aprovechar de mi popularidad para que sea la imagen del grupo de comunicación. De paso firmaré un contrato de exclusividad con ellos. De esta manera me tendrán atada unos cuantos años.

—¿Con cláusula de rescisión como los futbolistas?

—Me parece que no hay cláusulas de esas.

—¿Y cuál es el problema?

—Me están usando, Sergio. De hecho, el puesto que me han dado como directora de los contenidos digitales del periódico es para que esté contenta. No sé muy bien si voy a saber hacerlo. Me van a asignar a alguien especializado para que me ayude las primeras semanas.

—Sigo sin ver el problema.

—No me quieren por mi labor periodística, me quieren por lo que ha pasado. ¡Es... frustrante!

—Tienes veintidós tacos y vas a cobrar más de tres mil euros al mes. ¿Y te quejas? ¡Eres demasiado idealista, hermana!

—Quizá, pero me he sentido un poco *chof* cuando la jefa me ha dicho que su tío apenas sabía quién era y que solo me conocía por lo del accidente de helicóptero; que la idea había sido suya para aprovechar el tirón de mi repentina fama.

—Eres una buena periodista. Lo sabe todo el mundo.

—Pero me van a vender como otra cosa, y eso es lo que no me termina de convencer.

—Que pongan mi cara en las marquesinas de las paradas de autobuses si quieren y me paguen la mitad que a ti. ¡Sería el chico más feliz del mundo!

Tal vez su hermano tiene razón. No debe fustigarse porque El Guadalquivir quiera emplear su rostro como imagen de la marca simplemente por haber sido la superviviente del accidente de helicóptero del que todo el mundo ha hablado.

—No te muevas. Yo me encargo de recogerlo todo y de fregar —le dice Sergio cuando acaban de cenar—. Te he visto cojear antes. Descansa.

—No te voy a llevar la contraria en eso. Gracias.

—¿Quieres que prepare café?

—Perfecto. Por cierto, ¿has vuelto a hablar con Triana de la cena de mañana?

—Qué va. Luego le mandaré un mensaje. A ver si se apuntan.

—No te preocupes. Tengo que llamarla para contarle lo de la oferta de Solís. Se lo diré yo.

El silbido de su hermano, acompañado de una imitación de Shin chan recreando su mítico «uh, uh», la hacen reír, aunque en su interior

siga doliéndole que Triana solo vaya a verla siempre como a una amiga.

—¿Sabes que me van a hipnotizar? —le dice Blanca mientras toman el café después de la cena.

—¿En serio? ¿Para qué?

—Para ver si así puedo recordar lo que me sucedió el día del accidente. Todavía tengo muchas lagunas en mi mente.

—¿Es necesario que lo hagas?

—No lo sé, pero me resulta extraño no acordarme de unos minutos de mi vida.

—¿Cuándo será? ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. He quedado el jueves con un especialista en neuropsicología —le explica Blanca mientras busca en WhatsApp el mensaje que antes le envió Juancho Arrieta.

JUANCHO ARRIETA
Me ha escrito Gervasio Lombán. Mañana no puede atenderte. Ya sabes, es 31 de diciembre y todo eso... Pero tiene un hueco el jueves. Si me das tu consentimiento, le escribo ahora mismo para que te dé una cita.

—¿No te da miedo lo que puedas tener guardado en tu memoria?

—Me da más miedo no recordarlo nunca y que sea algo importante.

—Si vuelves a ese momento, sufrirás. Fue una experiencia horrible. Por esa razón tu mente no almacenó esos minutos tan críticos.

—Correré el riesgo. Lo más probable es que todo se quede igual. No soy muy optimista con lo de la hipnosis. He buscado información en Internet y hay un cincuenta por ciento de gente que dice que es una buena solución y otro cincuenta que asegura que es un timo. Quiero comprobarlo por mí misma para opinar.

—Eres una valiente, hermana.

—No es para tanto. —Blanca se pone de pie para llevar los vasos del café a la cocina—. Voy a llamar a Triana antes de irme a dormir.

—Suerte.

Y, tras escuchar de nuevo la imitación de Shin chan de su hermano, entra en su habitación y cierra la puerta. Tiene ganas de oír

la voz de la chica de la que está enamorada. Aunque le apetece aún más verla. ¿Y si le propone una videollamada por WhatsApp? ¿Aceptará?

Toma asiento en la cama, se pone los auriculares y envía la petición. Cruza los dedos para que Triana acepte. Y... ¡acepta! Su amiga aparece en la pantalla del móvil. Ella también va en pijama. Se peina un poco con las manos y esboza media sonrisa.

—Pensaba que no aceptarías la videollamada.

—¡Y no la iba a aceptar! Pero me he dicho... ¡qué coño! Y aquí me tienes. Con mis mejores galas y mis estupendas ojeras del cansancio acumulado de todo el día.

—Estás tan guapa como siempre.

—¡No mientas ni trates de ligar conmigo, querida amiga! ¡Estoy sensible y no tardaría en caer rendida a tus encantos!

Blanca se ajusta las gafas nerviosa. Sabe que está bromeando. No cree que Triana se imagine lo que siente por ella, porque, si se lo imaginara, no haría esa clase de comentarios.

—Antes de que te cuente lo que me ha pasado hoy en el periódico, ¿vais a venir mañana a la cena de Nochevieja?

—Por mí sí. Ahora intentaré convencer a mi madre. No le apetece mucho.

—Si no quiere venir, no la fuerces.

—Es bueno que salga y haga un poco de vida social. Tus padres y tu hermano son un encanto. Así que voy a tratar de que vayamos y pasemos el último día del año con vosotros. Mañana te lo confirmo.

—¿Niko vendría?

—Ni idea. Ha cenado y se ha ido a su casa. No he hablado con él de eso. Esta noche solo se ha tratado el tema del crimen de María Santana. Él estaba en la estación cuando ha ocurrido.

—¿De verdad? Qué casualidad.

—Demasiada. Nos persiguen las coincidencias.

—¿Ya se sabe quién la ha asesinado?

—He visto en los informativos que la policía sigue peinando los alrededores de Santa Justa, Nervión, el Polígono San Pablo... Pero no me apetece hablar más sobre eso. Estoy saturada —reconoce Triana, que hace un mohín de disgusto que a Blanca le parece adorable—. ¿Qué es lo que te ha pasado en el trabajo? Me tienes en ascuas.

Blanca le cuenta cómo le ha ido en su regreso al periódico, la

comida con su nueva jefa y la oferta irrechazable del dueño del grupo. Triana escucha atónita y emocionada, no se pierde ni un solo detalle de las explicaciones de la periodista. Y verla tan feliz por ella es algo que ilusiona mucho a Blanca. Además, su amiga piensa como Sergio: la experiencia que va a vivir y el sueldo que va a cobrar están por encima de las razones por las que la han elegido para ser la imagen de El Guadalquivir y su excesiva idealización de la profesión. ¡Al final ha sido una gran idea la de iniciar aquella videollamada!

—¿Qué es eso que ha sonado? —pregunta Triana, que ha escuchado el ruido de un timbre.

—Es el telefonillo. Alguien ha llamado.

—¿A esta hora? Son más de las once.

—Voy a ver.

—Ten cuidado, por favor. No le abras a nadie.

Blanca finaliza la videollamada y sale de la habitación temerosa. Sergio está junto al telefonillo, pero no se ha atrevido a cogerlo. Vuelven a llamar. Aquel sonido molesto provoca una tensión en el ambiente del apartamento que hace contener la respiración a los dos hermanos. A la tercera, la chica responde.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunta con voz cautelosa.

—Buenas noches, Blanca. Soy Alderete. Perdona las molestias. Solo era para decirte que esta noche estaré yo de guardia. Si necesitáis cualquier cosa, llamadme al número que os dimos.

—Muchas gracias. Buenas noches.

La chica resopla y mira a su hermano aliviada. A los dos les ha venido a la cabeza los recuerdos del día en que apareció el tipo del pasamontañas y los agredió. Por suerte, ese hombre está en la cárcel, aunque no se sabe nada nuevo sobre él.

—Menudo susto —dice Sergio, que regresa al sofá en el que dormirá esa noche.

—Ya ves. Estaba hablando con Triana y me he puesto supernerviosa.

—¿Todo bien con ella?

—Todo normal.

—¿Hablando de crímenes y esas cosas?

—No. Esta noche no. Nos hemos dado un respiro —responde Blanca sonriendo—. Buenas noches, Sergio.

La joven se da la vuelta para regresar a su habitación cuando su

hermano la llama.

—Se me ha olvidado contarte que en el bus se me ha sentado al lado un tipo que decía que sabía quién había asesinado a María Santana.

—¿Hablaba en serio?

—Totalmente.

—¿Y quién te ha dicho que era?

—Tenía dos versiones. En la primera, culpaba a los terraplanistas —responde Sergio, que no puede evitar una sonrisa burlona—. Decía que ellos están detrás de muchas de las muertes extrañas que han sucedido en los últimos tiempos en Sevilla.

—Muy coherente. ¿Y la segunda versión?

—Esta no te la esperas.

—¿Los *illuminati*? ¿Los extraterrestres que han llegado de Ganimedes en trece millones de platillos volantes?

—No, en su segunda versión culpa a alguien más terrenal y sevillano: Santiago de Gomar, nuestro querido alcalde. Y me ha justificado su teoría.

CAPÍTULO 45

NIKO

Sevilla, martes, 31 de diciembre de 2019

Se despierta pronto. Mira a su derecha y no ve a Triana en la cama. Tarda unos segundos en acordarse de que anoche volvió a casa después de cenar y no se quedó a dormir con su novia. Se levanta, va al baño y se viste. No tiene ganas de preparar el desayuno, así que se pone el abrigo y baja a la calle. Saluda con la mano al policía que está haciendo guardia y camina hasta la cafetería que hay junto al edificio donde vive. La camarera lo recibe con su sonrisa habitual.

—Buenos días, Chopin. Me alegro de verte por aquí el último día del año. ¿Cruasán a la plancha con mermelada y café?

—Sí, Dolores. Muchas gracias.

Niko le echa un vistazo a la prensa en su móvil mientras espera a que le sirvan. La noticia del asesinato de María Santana ocupa los titulares de los medios locales. Hay un artículo de opinión en *El Guadalquivir*, que firma la propia directora del periódico. En él se pregunta qué es lo que está pasando en Sevilla. ¿Por qué hay tantas muertes?

—No era de mi agrado, pero nadie tendría que morir así —dice Dolores mientras deposita el desayuno sobre la mesa—. Hace unos días me preguntaste por María Santana y fíjate cómo ha terminado. Le echamos una maldición. Descanse en paz. Ahora tendrá más cerca a los muertos, con quienes decía que podía hablar.

A Niko le suena despectivo el comentario de la camarera. Prefiere no contarle que él estaba en la estación de trenes cuando se produjo el crimen. Vio el cuerpo inerte de aquella mujer en la entrada de Santa Justa.

Mientras desayuna, recibe un mensaje de Triana.

TRIANA
Buenos días. Espero que hayas dormido bien. Te he echado de menos. Anoche se me olvidó comentarte que Sergio y Blanca nos han invitado a pasar la Nochevieja con ellos y sus padres en El Viso. A mi madre ya la he convencido. ¿Te apuntas? Dime algo cuando lo decidas.

La idea no le apetece. No sería la primera vez que se come las uvas solo. A su abuelo esa costumbre española no le agradaba. La ilusión por la noche de *Sylwester*, como conocen en Polonia al último día del año, se ha ido desvaneciendo con el paso del tiempo. Cuando era niño, sus padres lo llevaban a la Plac Bankowy en Varsovia y veían los fuegos artificiales. Le asustaba el ruido que hacían los cohetes y los petardos, pero se quedaba embelesado contemplando los múltiples colores que se dibujaban en el cielo.

Prefiere no responderle todavía a Triana. Le encantaría pasar esa noche con ella y con su madre, pero no de esa manera. A Blanca no le cae bien y el sentimiento es mutuo. Tampoco le ilusiona acabar el año en casa de unos desconocidos. Se lo pensará a lo largo de la mañana.

—Mira, ese tío es el que nos tiene que salvar de las desgracias —le dice en tono irónico Dolores tras acercarse a su mesa y señalar la televisión. Varios periodistas están haciéndole preguntas al alcalde de Sevilla—. La mayoría de políticos no sirven *pa na*.

En el informativo matinal aparece Santiago de Gomar hablando sobre María Santana. La reconoce como una persona muy respetada en Sevilla y anuncia que harán todo lo posible por encontrar al culpable de su muerte cuanto antes.

—Ese es un inútil que solo se preocupa por la gomina de su pelo —insiste la camarera, que permanece con los brazos en jarra mientras escucha las declaraciones del alcalde.

—Veo que no te cae bien.

—Es un fantoche. No ha acertado en nada de lo que ha hecho hasta ahora. No vale. Todos sabemos cómo llegó al poder en esta ciudad.

El sonido del teléfono de Niko interrumpe las quejas de Dolores, que se retira a la barra mascullando más improperios sobre De Gomar.

Es el número de Muriel. Quedaron en llamarse hoy, pero no le esperaba tan pronto.

—Hola, Gerardo. ¿Cómo estás?

—Mal, Chopin. Gaviria quiere verme. En cinco minutos tengo una reunión con él. No me huele nada bien.

—¿Por qué lo dices?

—Creo que me han pillado —dice el subinspector. Lo nota muy inquieto—. Van a por mí. Lo sé desde que García llegó. Me han estado vigilando. He sido un gilipollas por no hacer las cosas bien.

—¿De qué te acusan? ¿Qué has hecho?

—Ahora no tengo tiempo de darte detalles. Me he metido en un lío.

Niko recuerda que García le advirtió sobre Muriel. Le pidió que no se fiara de él.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

—Sí, por eso te llamo. Tienes que ir a mi casa. Mi mujer no está allí en este momento. Hay una llave debajo del felpudo de la entrada. Ahora te paso la ubicación.

—¿Para qué tengo que ir a tu casa?

—No me hagas demasiadas preguntas, por favor —le pide Muriel, cada vez más nervioso—. En el garaje, hay un par de cajas de FedEx. Deshazte de ellas.

—¿Por qué?

—No preguntes y llévatelas lo más lejos posible. Escóndelas. Tíralas al Guadalquivir. Lo que sea. Niko, hazme ese favor y luego te daré las explicaciones que necesites. ¡Rápido, no hay tiempo!

—¿Qué hay dentro de esas cajas?

Gerardo no le responde. Lo escucha respirar de manera agitada. De fondo oye a otra persona. Parece la voz del comisario. La llamada se corta. Unos segundos más tarde, recibe un mensaje de Muriel con la localización de su casa. La dirección es de un chalet de Heliópolis.

Niko no entiende nada. Tampoco está seguro de ayudar a Gerardo. A lo mejor se mete en un lío y lo acusan de colaborar con él en lo que sea que está implicado. Por otra parte, tiene mucha curiosidad por saber qué hay en el interior de esas cajas.

Paga y sale de la cafetería. El policía que se está encargando de protegerle lo ve desde el coche patrulla. De nuevo se saludan. Maldita sea. Se había olvidado de él, de que, tras la muerte de Santana, han incrementado otra vez la seguridad. Eso significa que piensan que el asesinato de María puede tener algún tipo de relación con él. ¿Se

encontrará realmente en peligro?

—Hola, agente —le dice el chico, que se ha acercado hasta el vehículo—. Estará cansado. No hace falta que esté pendiente de mí.

—Acaba de empezar mi turno. Me encuentro bien, gracias.

—Puede irse y hacer otra cosa de más provecho.

—Hago lo que tengo que hacer. Cumplo órdenes.

—Ya. Lo que pasa es que no necesito custodia.

—Me han pedido que no me separe de ti, Niko. Podrías estar en peligro.

—Le repito que no necesito vigilancia. No soy el objetivo de los malos, ¿entiende?

—Son órdenes del comisario. Lo siento.

Niko se da cuenta de que es como dialogar con un muro. No va a conseguir convencer a ese policía de que se marche. El estúpido de Gaviria siempre lo está molestando. Saca el móvil del bolsillo y lo llama. No se lo coge a la primera. Sin embargo, unos segundos más tarde su móvil suena. Es él.

—Niko, ¿para qué me has llamado?

—Comisario, necesito que me quite la vigilancia.

—Eso no es posible de momento.

—Estoy en mi derecho de no querer protección.

—Simplemente estamos haciendo nuestro trabajo.

—No me va a pasar nada.

—Eso no lo sabes.

Al chico se le agota la paciencia. Ha decidido ir a casa de Muriel y no puede porque tiene a ese policía pendiente de él. Está cansado de que no tengan en cuenta sus opiniones. Así que pasa al ataque y se rebela.

—¿Voy a tener que salir corriendo y meterme por calles estrechas de Sevilla para despistar al policía que me vigila?

—No te está vigilando a ti. Ya lo sabes. Es por tu seguridad.

—Da lo mismo. Me incomoda. No quiero que esté aquí.

—Te comprendo, pero es nuestra obligación que no te ocurra nada.

—¿Esto es por lo que le ha sucedido a su amiga María Santana?

—¿Mi amiga? ¿Qué estás diciendo?

Niko percibe el nerviosismo en la voz de Arturo Gaviria, que carraspea antes de hablar. Es su oportunidad para desenmascarar a

aquel tipo del que no se fía desde hace mucho tiempo.

—¡Vamos, comisario! Usted se llevaba estupendamente con esa mujer. Los han visto juntos varias veces. ¿Ya le ha contado Carlos Flores que estaba implicada en el secuestro de Celia?

—Ese asunto es confidencial.

—¿No me va a reconocer que su querida Santana quería matar a la detective Mayo?

—No sigas por ahí.

—¿Por qué? ¿Tiene miedo de que la verdad salga a la luz?

—Niko, cállate o tendré que...

—¿Detenerme? ¿Otra vez me quiere retener en la comisaría? ¿No tuvo bastante con la vez pasada, cuando terminé en el hospital con un disparo en la pierna?

El comisario no responde a las preguntas de Niko. El chico guarda silencio, impaciente, esperando una contestación que no llegará porque Arturo Gaviria le ha colgado. De repente, el policía que está dentro del coche sale y camina hacia él. Su gesto poco amistoso hace retroceder al muchacho, que, cuando va a echar a correr, se encuentra con dos personas más que le cortan el paso. Una de ellas es un hombre fornido ataviado con una boina que le cubre la calva; la otra es una mujer a la que antes vio en la cafetería. Entre los dos lo interceptan y lo agarran de los brazos. Tienen mucha fuerza y Niko no logra zafarse. El policía que hacía guardia abre la puerta trasera del coche e intentan meterlo a la fuerza.

—¡Esto es abuso policial! —grita desesperado Niko—. ¡No pueden tratarme así! ¡No hay derecho a esto!

La gente se queda mirando la escena asombrada, pero nadie hace nada. Ni siquiera Dolores, que ha salido de la cafetería al escuchar los gritos, intenta ayudar al chico.

Finalmente, los tres policías logran reducirlo y lo introducen en el coche.

—¡Me estáis haciendo daño!

—No seas capullo y colabora —le dice la mujer, que se ha sentado a su izquierda. El policía hercúleo está a su derecha, sujetándole las manos—. Si te estás quietecito, ni siquiera te pondremos esposas.

—¡No he hecho nada! ¿Por qué coño me vais a poner esposas?

—Por tu seguridad, chaval. Que no te enteras. ¿Quieres que te

maten?

—Nadie me va a matar. No estoy en peligro como os empeñáis en creer. Al que deberíais detener es al cabrón del comisario Gaviria. ¡Tenéis que ir a por él, no a por mí!

—No sabes nada —insiste la mujer—. El comisario solo te está protegiendo. Tu vida está en peligro y gracias a nosotros no te va a pasar nada.

CAPÍTULO 46

TRIANA

Sevilla, martes, 31 de diciembre de 2019

Tiene las mejillas congeladas. Aquel último día del año ha amanecido con unas temperaturas muy bajas en Sevilla. ¡Pero si hace nada estaban a veinte grados! Triana se calienta las manos sujetando con fuerza el vaso con café.

—¿Quieres más zumo? —le pregunta su madre, que se ha levantado del sofá.

—No, gracias. Igual me tomo otro café. Tengo mucho frío.

—Exagerada. Voy a exprimirme un par de naranjas más. Ahora vengo.

Triana observa a su madre salir del salón. Todavía camina encorvada.

Han desayunado lo mismo: tostadas con tomate, aceite y sal, café con leche y zumo de naranja. Que tenga apetito es muy buena señal. En el hospital le costaba comer y las primeras veces vomitaba parte de lo ingerido. En pocos días ha mejorado mucho.

Mira el móvil para comprobar si Niko le ha respondido el wasap. Le ha preguntado si quiere ir a cenar a casa de Blanca y Sergio. Anoche se le pasó. Se puso a hablar con su amiga periodista por videollamada y le dieron las dos de la madrugada. Se ha convertido en un gran apoyo. Lo que le ha ofrecido Teo Solís es de locos. Al acabar la carrera de Bellas Artes, ya le gustaría un trabajo tan bien remunerado como el que va a tener Blanca.

Celia regresa con el vaso de zumo hasta arriba. Por lo visto, ha exprimido más de dos naranjas. Se sienta a su lado y enciende la televisión. Sonríe al verla quejarse del poco jugo que tienen las frutas de ahora, y le entran ganas de llorar. Pero de la emoción, porque hace

solo una semana pensaba que su madre estaba muerta.

Después de una noticia que hablaba sobre un misterioso virus detectado en China, el presentador del informativo de El Guadalquivir TV anuncia que van a conectar en directo con una rueda de prensa de Santiago de Gomar. El alcalde está rodeado de micrófonos y grabadoras. No tiene muy buena cara.

—¿Los periodistas nos han dejado tranquilas a nosotras y se han ido con él?

—Seguro que los jefes nos han enviado a los becarios —responde Celia, que se pasa la lengua por la comisura de los labios para saborear el último trago de zumo—. Con tanta prensa vigilando no necesitamos a policías haciendo guardia.

—Déjalos. Si se estorban, que se peleen entre ellos.

Ninguna de las dos presta demasiada atención a las declaraciones del alcalde, que está dando el pésame a los familiares y amigos de María Santana. Asegura que encontrarán a su asesino cueste lo que cueste. Sin embargo, después de unos minutos respondiendo preguntas sobre el crimen de la mujer, un periodista cambia de tema radicalmente y lanza una cuestión que nadie esperaba. Y el alcalde el que menos.

—¿Ha leído lo que acaban de publicar en la versión digital de *El Guadalquivir*?

—No, no me ha dado tiempo. He estado muy ocupado esta mañana.

—La información de mis compañeros, de hace tan solo unos minutos, dice que usted debería haber viajado en el helicóptero que se estrelló contra la Giralda en el pasado mes de noviembre. ¿Es cierto?

A Santiago se le desencaja la cara. Hasta se despeina al pasarse la mano por su cabello milimétricamente colocado y engominado. De inmediato, pide un móvil para leer la noticia. Alguien se lo entrega y, entre el murmullo de los presentes, segundos más tarde, da por acabada la rueda de prensa.

—Saltó por fin la liebre. Ahora ya todo el mundo sabe que el alcalde era el objetivo real del atentado —comenta Triana, que le escribe un mensaje a Niko para darle la noticia—. Se abre la veda de las especulaciones y las teorías conspiranoicas.

—Me dijiste que la policía aún está investigando el suceso, ¿no?

—Sí. No querían contar nada para no entorpecer la labor policial

y evitar que se dispararan los rumores. Pero a alguien de *El Guadalquivir* se le ha terminado la paciencia y han sacado la exclusiva. Hace semanas que Blanca me lo contó. También lo sabía Luna, que estuvo haciendo preguntas.

—¿Por qué querrían quitarse de en medio a De Gomar? ¿Tanto poder tiene?

—Mamá, todavía no es 2020. ¿Recuerdas lo que prometiste y no paras de saltarte?

—Es verdad, cariño. Perdona. Es que le doy vueltas a todo y la mayoría de acontecimientos que me tocan de cerca están relacionados con muertes, asesinatos y actos criminales. ¿Desde cuándo Sevilla es como *Juego de tronos*?

—Quizá desde que grabaron en Osuna y en Santiponce —bromea la chica, que saca la lengua y recoge el desayuno.

Con la noticia que acaba de salir en *El Guadalquivir*, el accidente de helicóptero va a volver a la primera línea informativa y Blanca estará de nuevo en el candelero. ¿Ese es el motivo por el que Teo Solís la quiere de imagen de la marca?

La llamada de su amiga no se hace esperar.

—¿Te has enterado? —pregunta Blanca, que ni siquiera la saluda.

—Sí, acabo de verlo en las noticias. ¿Has sido tú la que ha puesto la noticia en la web?

—¡No! Ni me han avisado, aunque también aparece mi nombre en la información.

—¿Nadie te ha advertido lo que iba a pasar?

—Nadie, Triana. Ayer la directora me preguntó si era el momento adecuado para sacar la noticia del alcalde, pero no llegué a darle una respuesta.

—¿Estás en la redacción?

—Sí. Imagínate cómo está esto. No paran de sonar los teléfonos —dice muy agobiada Blanca—. Me están llamando. Luego hablamos.

—Paciencia y mucho ánimo.

—No me queda otra. Adiós.

Cuando cuelga, se queda pensando en lo que se le ha ocurrido antes. ¿Aquello no habrá sido un movimiento del medio para hacer aún más popular a Blanca? Ya se quejaba de que la estaban utilizando. Tal vez esta ha sido una maniobra brillante para hacer publicidad de su propio producto.

—¿Cómo está?

—Desbordada. La he notado muy estresada.

—Sé que no puedo hablar del tema y que me tengo que relajar, pero ¿relacionaron lo del helicóptero con mi secuestro en algún momento?

—Mamá, ¿otra vez?

—Solo esta pregunta y ya me voy a leer un rato. Tengo lectura atrasada.

—Niko, Blanca y yo lo pensamos. En realidad, el accidente tapó lo de tu desaparición. Dejaron de hablar de ti en los medios de comunicación para centrarse en esa otra tragedia. Además, nadie creyó realmente que fuera un atentado. Se analizó como un suicidio del piloto, un error mecánico, y hasta se dijo que a ese pobre hombre le había dado un infarto mientras volaba.

—¿Nadie insinuó que podría haberse tratado de un homicidio?

—No. Solo la policía y nosotros, porque sabíamos lo del alcalde. Ten en cuenta que los que viajaban en el helicóptero eran Mercedes Reinoso, Blanca y el piloto. En principio, no había motivos para matar a ninguno de ellos, y menos de esa manera tan inverosímil. No eran personas mediáticas.

—Comprendo. Lo de siempre: los medios se quedaron más con la espectacularidad del suceso que con las razones por las que se había producido. Si hubiera estado el alcalde dentro del aparato o se hubieran enterado de que tenía que haber viajado en ese helicóptero, las cosas habrían sido diferentes.

—Eso me pareció a mí. ¿Has visto las imágenes?

—No, aún no.

La chica busca el vídeo en su móvil y se lo enseña. Celia lo mira aterrada y le pide que se lo ponga de nuevo.

—Es un milagro que Blanca saliera con vida de ese accidente.

—Sí, tuvo mucha suerte. Ha perdido parte de los recuerdos de ese momento, aunque el jueves va a ir a un especialista en neuropsicología para intentar recuperarlos.

—¿A través de la hipnosis?

—Eso le han dicho. Está un poco nerviosa por lo que pueda recordar, pero cree que Mercedes le dijo algo que podría ser importante. Ha soñado varias veces con la directora del periódico tratando de decirle algo justo después del accidente, antes de morir.

—Es complicado que su mente recupere lo que ha borrado.

—Lo sabe, pero ha elegido intentarlo. Seguramente la acompañe a la consulta.

—Veo que os habéis hecho muy amigas.

—Cuando tú desapareciste, estuvo a mi lado. Hasta se quedó conmigo alguna noche a dormir —dice con una gran sonrisa—. Es un amor de chica, aunque ella y Niko no se llevan bien.

Celia fuerza una tos que Triana no sabe cómo interpretar.

—¿Qué ocurre?

—Así que tu amiga y tu novio se odian.

—No diría que tanto, pero les cuesta estar en el mismo sitio y no discutir.

—¿Eso no se deberá a que tiene celos?

—¿Niko de Blanca? Imposible.

—¿Y Blanca de Niko? Si no recuerdo mal, a ella le gustan las chicas.

—Ya lo sé —dice molesta Triana—. ¿Solo porque es lesbiana le van a tener que gustar todas las chicas? Ese es un pensamiento muy antiguo, mamá.

—Yo no hablo de todas las chicas, hablo de ti. ¿Estás segura de que no siente nada y solo te ve como a una amiga?

Está a punto de responderle cuando suena el timbre de la puerta. Las dos se levantan al unísono. Es Triana quien se dirige hasta la entrada de la casa y abre. Delante se encuentra con Brenda. Permanecen quietas unos segundos y acaban abrazándose. Por detrás aparece Celia, que también saluda con mucho cariño a la amiga de su hija.

—Qué alegría verte —dice emocionada Celia.

—¡La alegría es mía! ¡Dios! ¡Cuánto tiempo! Te veo estupenda.

—Bueno, todavía no estoy recuperada del todo, pero no me puedo quejar. Pasa, anda. ¿Quieres algo de beber o de comer?

—No, acabo de desayunar. Muchas gracias, Celia.

—¿Te han molestado mucho los periodistas?

—No. Solo he visto a un par de tíos con cámara de fotos. No me han dicho nada.

—Eso es que se han ido todos a la rueda de prensa del alcalde.

Entran en el salón y se sientan. Aunque Brenda no quiere beber nada, Celia va a la cocina a buscar una botella de agua y tres vasos.

—Me alegro de que tu madre esté tan bien.

—Han sido semanas muy complicadas con un final feliz.

—Tendría que haber ido al hospital. He pensado mucho en vosotras estos días.

—No le des más vueltas. Lo importante es que todo ha salido bien y que mi madre puede contarlo.

Las chicas escuchan cómo suena el teléfono del despacho. Celia grita que va ella, aunque su hija le dice que no lo coja.

—He dejado a Cayetano —suelta de repente Brenda—. Nuestra relación no tenía sentido.

—Vaya. Lo siento mucho. No sé muy bien qué decir.

—Él siempre te quiso a ti, Triana. Estaba conmigo porque tú te fuiste con otro.

—Si salió contigo es porque quiso. Es una tontería que te infravalores.

—No me infravaloro. Es la realidad. Cayetano nunca se enamoró de mí.

Brenda parece triste. Se pregunta si será cierto lo que dice su amiga. Cuando Cayetano fue el otro día a su casa, le dijo que todavía sentía algo por ella, pero estaba muy borracho.

—He venido para hablar contigo de otra cosa —reconoce Brenda—. Algo de lo que no estoy orgullosa. Me lo he estado callando todo este tiempo, pero no soy capaz de dormir tranquila.

—¿De qué se trata, Bren? Me estás asustando.

En ese instante, Celia regresa al salón. Camina con la cabeza agachada y masticando alguna que otra palabra ininteligible. Cuando levanta la mirada, tiene una sonrisa de oreja a oreja y los ojos iluminados.

—¿Quién era, mamá?

—No os lo vais a creer. Me han llamado del Ayuntamiento.

—¿Y eso? ¿Para qué?

—Me van a organizar un homenaje el jueves por la mañana. El propio Santiago de Gomar me lo ha comunicado en persona. Me ha dicho que quiere que Sevilla entera reconozca la valentía y la entereza de una de las suyas. ¿No os parece muy fuerte?

CAPÍTULO 47

BLANCA

Sevilla, martes, 31 de diciembre de 2019

Si el primer día de su regreso al trabajo fue relativamente tranquilo, aunque en lo personal estuviera lleno de noticias importantes, el segundo ha sido una locura desde que ha llegado a la redacción. La información que han publicado en la web y la posterior pregunta de su compañero en la rueda de prensa del alcalde han dinamitado el último día del año. Hasta Alexandra está excitada por los acontecimientos.

—¡Tía, qué maravilla es esta! ¡La redacción echa humo! Todo el mundo corriendo de un lado para el otro. ¡Me encanta!

—¿No querías periodismo de verdad? Aquí lo tienes —dice Blanca, que ha tenido que silenciar el móvil por la cantidad de llamadas que estaba recibiendo.

—Ojalá fuera siempre así.

—No aguantaríamos mucho este ritmo.

La mañana ha sido muy intensa. Las redes sociales del periódico están repletas de interacciones, las visitas a la web se han multiplicado y su jefa ya la ha llamado un par de veces a su despacho para comprobar cómo marchaba todo y si se sentía muy agobiada por el desarrollo de los acontecimientos. Rebeca le ha reconocido que ha sido ella quien ha ordenado lanzar la bomba informativa que guardaban sobre Santiago de Gomar. También se ha disculpado por no haberla consultado antes.

—¿Te imaginas que el alcalde no viajó en el helicóptero a propósito? —suelta de pronto Alexandra—. Se inventó lo de la reunión en el ayuntamiento para no subir con vosotras porque sabía que iba a pasar algo. Eso sí que sería un bombazo.

—¿Y por qué razón iba a hacer eso De Gomar?

—Yo qué sé. Le caíais mal tú o Mercedes Reinoso.

—Mercedes y él eran muy amigos. Vino un día al periódico para que lo entrevistáramos y había mucha complicidad entre ellos.

—Entonces tú eras su objetivo. Lo preparó todo para que la palmaras.

A Blanca se le escapa una sonrisa. Alexandra tiene muchos pajaritos en la cabeza y fantasea. Hace muy poco tiempo que conoce a esa chica, pero el suficiente para darse cuenta de que tiene una gran imaginación. A lo mejor eso es lo que vio en ella Rebeca Solís cuando decidió contratarla.

—Yo no soy tan importante como para que el alcalde quiera asesinarme.

—¿Cómo que no? ¡Tú eres la puta ama! ¡La que desveló lo del caso Chopin! Eres una de las periodistas del momento.

—No le he hecho nada a ese hombre para que desee mi muerte.

—Eso no lo sabes, Blanca. Además, han pasado casi dos meses del accidente. ¿Por qué no han vuelto a atentar contra el alcalde si la primera vez salió mal?

Debe reconocer que no tiene respuesta para esa pregunta. Y es cierto que a quien han intentado matar más veces ha sido a ella, que sobrevive de milagro. Las cuestiones que plantea Alexandra son cuando menos interesantes. Aunque sigue sin verlo claro. No hay un móvil que justifique que el alcalde quisiera la muerte de Mercedes Reinoso o de ella. Evidentemente, tampoco del piloto que murió en pleno vuelo, dando pie a que el helicóptero perdiera el control y se estrellara contra la Giralda.

—Voy a hacer una cosa —dice Blanca mientras se levanta de su mesa—. Voy a tratar de localizar a alguna de las personas que entraron en el ayuntamiento ese día y forzaron la reunión con el alcalde. Si esa protesta realmente existió y por ella De Gomar se vio obligado a cambiar sus planes, tu teoría no tendría ninguna validez.

—¿Tienes algún contacto que te pueda facilitar esa información?

—Yo no, pero seguro que la jefa me da algún nombre.

Blanca acude una vez más al despacho de Rebeca Solís. Está hablando por teléfono y le pide que espere. La directora discute con alguien y hasta lo insulta. Es la primera vez que la ve fuera de sí. Para concederle un poco de intimidad a su jefa, la chica decide salirse al

pasillo.

Ahora no puede dejar de pensar en la teoría de Alexandra y le viene un recuerdo a la cabeza. No es del día del accidente de helicóptero, sino de hace pocas horas. Su hermano le contó una anécdota sobre un tipo que se sentó a su lado en el autobús que hace el trayecto de El Viso a Sevilla. Aquel hombre le dijo que Santiago de Gomar había asesinado a María Santana y hasta sabía el motivo.

—Me explicó que un día fue a la plaza de España y, desde una de las barquitas, vio a Santana, que estaba con un señor vestido de manera elegante. Aunque llevaba sombrero y gafas de sol, lo reconoció: aquel hombre era Santiago de Gomar. De hecho, cuando se bajó de la barca, se acercó a él y le pidió una foto. El alcalde se negó y dijo que se había equivocado de persona, que no era Santiago de Gomar. Luego le gritó a Santana algo que no pudo entender y se marchó en dirección al parque de María Luisa. No le gustó su comportamiento y pensó que, tal vez, si él no se hubiera aproximado, ese tipo le habría hecho daño a María Santana.

Aunque el testimonio del tipo del autobús fuese real, no significa nada. Lo más probable es que ni se tratase del alcalde. Le ha resultado curioso que, con pocas horas de diferencia, dos personas hayan acusado a Santiago de Gomar de estar implicado en un crimen. Eso sí, ninguna con una base sólida ni con fundamento.

Blanca ya no escucha hablar por teléfono a Rebeca, así que decide entrar de nuevo en su despacho. La directora del periódico tiene las manos en la cabeza y se masajea las sienes. Mira a la chica y le pide que se siente.

—Es el peor día desde que llegué. No para de llamarme gente preguntándome por la noticia que hemos dado. Algunos me han insultado. El gabinete de prensa del Ayuntamiento tenía un cabreo de los grandes. ¡Hasta mi tío se ha enfadado por no avisarle!

—¿El señor Solís no lo sabía?

—Claro que lo sabía, pero no quería que lo anunciáramos aún —responde sulfurada Rebeca—. Le habían pedido que no dijéramos nada hasta que la policía nos diera el visto bueno. ¡Gilipolleces! Mucho hemos tardado en dar la noticia. ¿No te parece?

Blanca se encoge de hombros. Antes o después, aquello iba a salir a la luz. Solo espera que dure poco el impacto de la información. O, por lo menos, que le salpique lo menos posible.

—Venía a pedirte una cosa.

—¿Tú también me vienes a mendigar? Hoy todo el mundo quiere algo de mí.

—Eres la directora del periódico más influyente de la ciudad. Es normal que recurramos a ti.

—Ya, ya. A ver, dime, ¿qué necesitas?

—El contacto de alguna de las doce personas que se reunieron con De Gomar el día del accidente. Me gustaría corroborar toda esa historia de la protesta, saber cómo se desarrollaron los acontecimientos exactamente.

—¡Ja! Ilusa. Eres la cuarta persona que me lo pide hoy —dice Rebeca levantando las piernas y apoyando los pies en la mesa del despacho sin ningún tipo de pudor. Blanca traga saliva—. Es imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—No hay forma de conseguir el listado con la identidad de esas personas.

—¿No se sabe quiénes fueron?

—Yo no lo sé y toda la gente a la que he solicitado la información me dice que es un dato confidencial. Llevo intentándolo desde ayer. Quería algún testimonio que complementara la noticia que hemos dado, la parte referida a la causa por la que el alcalde tuvo que cambiar su agenda y no se subió al helicóptero.

—¿El Ayuntamiento no dispone de esa lista de trabajadores de la limpieza?

—Si la tiene, no me la ha querido dar. Ni la policía. Ni el sindicato. Ni la Consejería de Empleo, Empresa y Trabajo Autónomo de la Junta. Ni el Ministerio de Trabajo. Ni nadie. Es un puto misterio. Hasta le he enviado un wasap a Santiago para ver si él recuerda el nombre de alguna de esas personas.

—¿Y qué te ha contestado?

—Me ha dejado en visto.

Blanca no imaginaba que obtener esa información iba a resultar tan complicado. ¿Luna llegó a hablar con alguna de esas personas? No lo recuerda. Sabe que estuvo haciendo preguntas para averiguar más datos sobre lo que pasó ese día, pero no le contó si entre los entrevistados se encontraba alguna de las personas que se colaron en el ayuntamiento para reivindicar una subida de sueldo y mejores

condiciones laborales. Fue una noticia que pasó de puntillas y de la que solo se sacó una escueta nota de prensa. Todo el interés se centró en el accidente de helicóptero que se estrelló en pleno centro de la ciudad.

—Imagino que De Gomar estará igual o más saturado que nosotros.

—No lo creo. Habrá un parachoques que filtre lo que le envían. Lo más preocupante para Santiago debería ser que alguien quiso asesinarlo, a pesar de que no lo consiguió. ¿Quién es esa persona? El principal sospechoso es el tipo que está en la cárcel y que se niega a hablar y del que no saben ni su identidad. No es seguro que él fuese el responsable del accidente. Es más, apostaría a que el causante es otro. A pesar de que ese sujeto te atacara a ti después y prendiera fuego a la casa de la mujer del piloto. Dos hechos que parecen claramente relacionados con el siniestro del helicóptero.

—¿Piensas que ese hombre sin identidad es el que ha diseñado todo esto?

—No lo sé, y eso que tengo buenas fuentes. Mi tío es amigo desde hace muchos años del comisario Gaviria, al que conoces —dice Rebeca mientras baja de nuevo los pies al suelo—. Entre tú y yo, Blanca, creo que aquí hay más fuegos artificiales que hechos acreditados.

—No te entiendo.

—Lo que quiero decir es que se ha creado un gran escenario, con grandes números, para una sola función y un público selecto.

—Sigo sin comprender.

—Yo me entiendo —dice Rebeca, que suelta un grito cuando el teléfono del despacho suena de nuevo—. A ver qué quieren ahora.

Blanca regresa a su mesa más confusa. Su jefa no ha sido nada clara. Tampoco ha podido conseguir el contacto que pretendía para confirmar qué pasó en el ayuntamiento la mañana en que se estrelló el helicóptero. ¿Cuál es la realidad? Lo próximo que hará será buscar lo que se publicó en la prensa, ese día, sobre aquella reunión improvisada. Tal vez encuentre algún nombre del que tirar.

—¿Todo bien? Pareces un poco ida —le dice Alexandra tras acercarse a su mesa.

—Rebeca no tiene los nombres de la docena de trabajadores que se colaron en el ayuntamiento.

—¿No? Qué raro.

—Me ha asegurado que ha intentado conseguir esa lista por varios medios y que le ha resultado imposible.

—Eso da más consistencia a mi teoría. ¡Fue una reunión fantasma! Ni se celebró. Se la inventaron para justificar que De Gomar no se montara en el helicóptero cuando la noticia saliera a la luz y que así nadie sospechara de él.

—No sé, Alexandra. Aquello salió en la prensa. Esto no es *CSI: Miami* ni hay un guionista dándole un toque dramático a la historia. No creo que sea todo tan rebuscado. Seguro que esa reunión se llevó a cabo, el alcalde tuvo que cancelar su agenda de manera inesperada y no viajó con nosotras por esa razón. Fue casualidad que se salvara del accidente que, presuntamente, alguien había preparado para él.

—Las coincidencias no existen, Blanca. Cada vez lo veo más claro. El tiempo me dará la razón: el alcalde de Sevilla lo planeó todo. Y tú eras su objetivo.

La mañana sigue su curso y, poco a poco, la situación se va tranquilizando. Sigue intentando localizar, por otras vías diferentes, a alguien del personal de limpieza que se reunió con el alcalde. Como temía, hay pocos artículos sobre el tema. Lo que lee una y otra vez en los medios digitales es la nota de prensa oficial. No aparecen nombres. Hace algunas llamadas, pero, como le ha sucedido a su jefa, nadie le facilita la información que busca.

¿A qué viene tanto misterio?

Antes de ir a comer se toma un respiro y examina el móvil. Lleva toda la mañana sin mirarlo. Tiene unas veinte llamadas perdidas, la mayoría de números desconocidos. También hay una de su madre y otra de su padre. Mientras come, los llamará. Sergio le ha escrito un wasap para preguntarle por el asunto estrella del día. Sin embargo, hay un mensaje de audio que no esperaba y enseguida capta su atención. Se pega el *smartphone* a la oreja y lo escucha:

AUDIO DE GERVASIO LOMBÁN

Hola, Blanca. ¿Cómo estás? Soy Gervasio Lombán,
el amigo de Arrieta. Sé que tenías cita el jueves
por la tarde, pero hoy me ha fallado el último
paciente del día y tengo un hueco a las cuatro.
Serías mi última paciente del año. ¿Puedes venir?
Juancho me ha contado tu caso y creo que
podemos conseguir algo interesante. La hipnosis
no hace milagros, pero es más eficaz de lo que la

gente se imagina. Avísame con lo que sea cuando oigas mi mensaje. Gracias.

La chica se lo piensa unos segundos. No cree que haya problemas para salir un poco antes del periódico. Tal vez esa tarde descubra por fin lo que ocurrió dentro de aquel maldito helicóptero que tanto está dando que hablar.

CAPÍTULO 48

NIKO

Sevilla, martes, 31 de diciembre de 2019

Lleva casi dos horas esperando en esa sala que conoce perfectamente. Es la misma donde lo interrogaron Montesorín y Muriel en octubre. El lugar en el que recibió un disparo en la pierna. Todavía sueña con aquel momento y evoca el terrible dolor en la rodilla herida.

Niko no comprende las razones por las que lo han detenido. Lo que tiene muy claro es que Gaviria es un hijo de puta y sus manos están manchadas de sangre. ¿Cómo probarlo? No tiene ni idea. Ni siquiera le han permitido llamar a Triana. Le han requisado el móvil y lo han llevado a la comisaría sin darle explicaciones.

La puerta de la habitación se abre y entran el comisario, la mujer policía con la que ha viajado en el coche y García. Los tres toman asiento y hablan en voz baja entre ellos. No puede oír lo que dicen.

Arturo Gaviria es el que primero se dirige a él.

—Otra vez aquí. Me has estado dando por culo hasta el último día del año. Menudo 2019 he tenido contigo, Chopin de los huevos —dice el comisario mientras llena un vaso con el agua de una jarra y se lo ofrece al chico—. Yo no sé qué es lo que te imaginas, Niko, pero te aseguro que estás muy equivocado. Muy muy muy equivocado.

El chico suelta una risita irónica y rechaza el agua. No lo han esposado ni han cerrado la puerta con llave. Podría intentar escapar. No cree que esta vez nadie se atreva a dispararle, aunque los tres van armados. Sin embargo, debe aprovechar la ocasión para que el comisario confiese; es el momento perfecto para quitarle la careta delante de otros. Aunque, tal vez, García y esa mujer también están en el ajo y son sus cómplices.

—No se haga el tonto, Arturo. ¡Conozco perfectamente su

relación con María Santana!

—Mi relación con esa mujer era inexistente —responde el hombre con una tranquilidad que choca con el tono exaltado de Niko.

—¿Me va a decir que no ha venido nunca a verle?

—Claro que ha venido. Nadie lo niega. Hay cámaras de seguridad por todas partes. Estará grabado. Yo también fui a verla a ella.

Niko no esperaba esa respuesta. Le sorprende que Gaviria lo reconozca y, además, se muestre tan calmado. ¿Será algún truco?

—Entonces, ¿lo reconoce?

—Por supuesto. Nos vimos varias veces. Ese era el plan, que estaba funcionando hasta ayer. Es muy probable que María Santana formara parte de una agrupación delictiva que está detrás de la muerte de varias personas en Sevilla. Andábamos detrás de ella desde que murió Mesa.

—¿De qué coño me está hablando?

—Como intento explicarte —responde Gaviria alzando la voz y con un tono que ahora denota impaciencia—, de una organización criminal a la que hace tiempo que intentamos echar el lazo y de la que, según descubrimos, María Santana era un miembro importante. Yo, directa y personalmente, me he encargado de investigar a Santana durante las últimas semanas. Me gané su confianza. Estaba a punto de soltarlo todo, pero ayer decidió marcharse y en la estación la asesinaron. Todo el trabajo se fue a la mierda en un instante.

Niko permanece en silencio para que Gaviria prosiga con sus explicaciones. El comisario reconoce que la mujer quería ir a Madrid y, desde la capital, coger un vuelo hacia alguna ciudad de Sudamérica, donde pretendía ocultarse durante un tiempo.

—¿Quién la mató?

—Lo estamos investigando: analizando las cámaras de vigilancia de Santa Justa, repasando imágenes en las redes sociales, preguntando a posibles testigos en los alrededores de la estación...

—¿Sabe que Santana estaba implicada en el secuestro de Celia Mayo?

—De eso nos enteramos por Carlos Flores, pero no podíamos detenerla. Todavía no era el momento. Casi había conseguido que me hablara de las personas que forman parte de esa peligrosa organización de la que te he hablado. Queríamos llegar hasta quienes la dirigen.

El chico no puede creerse lo que está escuchando. ¿Cómo no se ha enterado de todo esto hasta ahora?

—A Santana se la han cargado y me detenéis a mí. ¿Yo qué tengo que ver con esa puta organización criminal? ¿Piensa que formo parte de ella? Porque le diré que no tengo ni zorra idea de lo que me habla.

El comisario mira a la mujer y le hace una señal de aprobación para que continúe ella.

—Mi nombre es Victoria Garcés y trabajo en la Brigada de Estupefacientes.

—¿Estupefacientes? ¿Esa organización criminal está relacionada con las drogas?

—No, Niko. Se han mezclado varias cosas. Te lo voy a explicar.

—Espero que sea muy clara, porque no estoy entendiendo absolutamente nada.

—No te preocupes. Te voy a poner al día y contarte hasta donde podamos —indica Victoria, que habla de manera sosegada—. ¿Sabes quién es Jarek Michalski?

—Me suena a nombre polaco.

—Correcto —asiente la mujer, que le enseña una imagen en el móvil—. Es este hombre. La foto no es de hace mucho.

A Niko le resulta familiar. Ha visto a ese tipo en alguna parte, aunque le da la sensación de que no era tan mayor. Aquel sujeto tiene el pelo completamente blanco y arrugas en la cara y en el contorno de los ojos. Su mirada intimida.

—Jarek Michalski es el motivo por el que tú estás en España —interviene Gaviria—. Es el hombre al que tu abuelo engañó en Polonia y por el que huisteis de tu país cuando eras un crío.

—¿Ese tipo tenía negocios con mi abuelo?

—Sí. Y ahora está en España porque quiere vengarse.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Porque nos lo acaba de confirmar Gerardo Muriel. Se conocen muy bien porque han trabajado juntos.

Niko palidece. La cabeza le da vueltas y es incapaz de encontrar el sentido a lo que está escuchando. Nunca había oído hablar de Michalski, aunque le suena de haberlo visto en Polonia hace mucho tiempo.

—Esto es de locos y no tiene lógica. ¿Qué relación hay entre Gerardo y ese delincuente?

—Te lo vamos a contar. Es para lo que te hemos traído —responde Victoria, que es la que más confianza le transmite de los tres.

—Ya te advertí que no te fiaras mucho de Muriel —añade García—. Finalmente, hemos descubierto que no era trigo limpio.

—¿Qué ha hecho?

—Muchas cosas, algunas muy graves. Entre ellas, traficar con droga.

—¿Michalski y Muriel eran socios?

—Algo así. Todo comenzó cuando Jarek se enteró de que tu abuelo había elegido España para huir. Por suerte, se enteró muy tarde, y habían transcurrido varios años desde vuestra huida —dice el comisario, que toma el relevo de García para seguir dándole explicaciones a Niko—. Michalski llegó a Sevilla hace unos meses, en busca de Dariusz. Tu abuelo se la había jugado en Polonia y, por lo visto, le debía bastante dinero de un botín. Sin embargo, alguien le informó de que su venganza no sería posible porque Dariusz había fallecido. A Jarek le gustó la ciudad y se quedó un tiempo. Conoció a una sevillana con la que empezó a salir. En pocas semanas, tenía montado su propio negocio de compra y venta de drogas.

—Ahí fue donde contactó con Muriel —continúa Victoria a petición de Gaviria—. Por lo que sabemos, Gerardo llevaba bastante tiempo trapicheando. Al principio con cantidades pequeñas de hachís o coca, incluso para consumo propio. Pero, poco a poco, las cantidades fueron mayores. Conseguía la droga por soplos que le daban delincuentes a los que detenía e interrogaba y también se llevó fardos incautados en diversas operaciones policiales. Se hizo amigo de varios sujetos con los que traficaba y comercializaba, y uno de esos individuos fue Michalski.

La mujer hace una pausa para beber agua. A Niko todavía le cuesta asimilar esa información. A pesar de que García le advirtió sobre Muriel, jamás habría sospechado que era un policía corrupto.

—Hace poco, Michalski le reveló a Muriel el auténtico motivo por el que había viajado a Sevilla. Muriel se quedó de piedra. No le dijo que conocía al nieto de Dariusz Olejnik, porque le habías caído bien y te tenía afecto. Sin embargo, según nos ha contado Gerardo cuando lo hemos detenido, en una noche de alcohol y drogas se le fue la lengua. Jarek vio clara su venganza. Te convertiste en su nuevo objetivo.

—¿Cuándo fue eso?

—Justo antes de irte a la casa donde os teníamos protegidos —responde García—. Ese fue el motivo por el que tú también entraste y la razón por la que ese tipo no fue antes a por ti.

—Estabas en peligro y de los cuatro eras el que más nos preocupaba —interviene Gaviria—. Pero no podíamos avisarte. Eres tan estúpido, cabezón y bocazas que seguro que lo hubieras estropeado todo. No habrías confiado en nosotros y seguro que se lo habrías soltado a tu amigo Gerardo.

—Yo no...

—Tú sí, Nikolai —le interrumpe el comisario, que se pone de pie de manera enérgica—. Sé que no te caigo bien, pero he estado cuidándote durante este tiempo. He movido a parte de mi equipo y a gente de otros departamentos para que nadie te hiciera daño. ¡La UCO me ha prestado hombres para vigilarte! ¡Lo nunca visto! ¡Y casi me lo estropeas todo hoy! Menos mal que ayer conseguimos el permiso del juez y pinchamos el teléfono de Muriel. Porque ¿sabes quién te estaba esperando en la casa de la localización que te ha pasado el subinspector? Exacto: Jarek Michalski.

—¿Es cierto eso?

—Totalmente cierto, Niko —contesta la policía.

Victoria Garcés le explica que el subinspector no quería venderlo, pero Michalski le advirtió que haría daño a su mujer si no le entregaba al nieto de Dariusz Olejnik. Aunque al principio se negó, Gerardo sabía que aquel tipo era muy peligroso y que cumpliría su amenaza en caso de no hacer lo que le pedía. Así que Muriel terminó llamando al chico para pedirle el favor de ir a buscar a su casa esas cajas de FedEx que, en realidad, ni siquiera existían.

—Muriel está detenido y ha confesado —indica satisfecho Gaviria—. Nos ha dicho que te pidamos disculpas en su nombre. No quería que te hicieran daño y se alegra de que nos hayamos interpuesto a tiempo. A buenas horas.

—¿Y Michalski dónde está?

—Se ha escapado —responde García—. Por eso te hemos retenido este tiempo. Lo siento si hemos sido un poco bruscos contigo. No estábamos seguros de tu reacción ni de si te fugarías. Si lo hacías, volverías a ponerte en peligro.

—Yo pedí que te usáramos de cebo, que fueras a la casa que te dijo Muriel y así atrapar a ese criminal in fraganti. Agradece a Victoria

que me convenció para no utilizarte.

La sonrisa de Gaviria no deja a las claras si lo que está diciendo es verdad o se trata de una broma de mal gusto. En cualquier caso, parece que estaba equivocado con el comisario. Gracias a él está vivo.

—¿Michalski y Muriel tienen alguna relación con la organización criminal a la que estáis investigando?

—No, son dos casos distintos que se han cruzado. En un momento determinado, sospechamos que Gerardo también estaba metido en ese otro tema. Podría haber sido un infiltrado y trabajar para esa gente —dice el comisario—. Sin embargo, lo hemos descartado. Solo es un estúpido traficante de drogas que se pasará un tiempo entre rejas.

Niko resopla y tamborilea con los dedos sobre la mesa. Tiene la garganta seca. Coge el vaso de agua que antes le ofreció Gaviria y se lo bebe de un trago. Mira al comisario, por quien ha empezado a sentir cierto respeto y simpatía.

—Así están las cosas. Como ves, no dejamos de trabajar ni el último día del año.

—¿Y yo qué hago ahora? ¿Vuelvo a la casa protegida?

—No lo sé, Niko. Hemos estado vigilándote de cerca. Incluso con más gente de la que te imaginas y que te mereces. Ya estás al tanto de todo. Te toca a ti mover ficha. ¿Qué es lo que quieres hacer?

CAPÍTULO 49

TRIANA

Sevilla, martes, 31 de diciembre de 2019

Descalza, abre el frigorífico. Saca una lata de Coca-Cola y le da un largo sorbo. Mientras se sienta en una silla de la cocina, piensa que no hay un solo día de los últimos meses en que se haya sentido en paz. ¿Está enfadada? ¿Triste? ¿Resignada? ¿Tal vez decepcionada? Se restriega los ojos, todavía húmedos, y, con rabia, lanza el refresco al suelo. No puede creerse lo que le ha hecho.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunta su madre, que acude rápidamente a la cocina al escuchar el ruido—. ¿Qué ha pasado aquí?

Celia ve el refresco esparcido por todas partes. El suelo está pringoso. Mira a su hija, que se ha hecho un ovillo en la silla. Se ha puesto el pijama y va sin zapatillas ni calcetines. No son ni las tres de la tarde.

—¿Estás bien, cariño?

—No. Estoy mal. Fatal. ¡Cómo se ha atrevido a engañarme de esa forma!

—Ya te he dicho que no voy a entrar en ese tema.

—¡Pues deberías! —exclama Triana alzando la voz—. Deberías reconocer que mi novio es un cabrón. Ojalá no lo hubiera conocido nunca.

—Es imposible dar marcha atrás. Lo único que puedes hacer es pensar en el futuro y lo que quieres para ti.

—Lo odio, mamá. Lo odio.

—Eso no es verdad. Lo quieres demasiado. Por eso duele más. ¿Por qué no te echas un rato y descansas?

—Porque la que debería hacer eso eres tú.

—Yo no he lanzado una lata de Coca-Cola al suelo.

La joven suelta un bufido. Se pone de pie y va a buscar una fregona y un cubo para limpiar la cocina. Se ensucia los pies descalzos con el refresco derramado, pero le da lo mismo. Acaba de recibir uno de los mayores golpes de su vida. La han traicionado.

—Esto es muy duro.

—Te comprendo perfectamente. Es lógico que estés así.

—Confiaba en él. Me siento una imbécil.

—No eres ninguna imbécil. La culpa no es tuya. El imbécil ha sido Niko —le dice su madre, que coge papel de cocina para restregar los manchurrones del frigorífico—. Y, por favor, ponte unos zapatos para andar por casa. Me estás poniendo nerviosa.

Unas horas antes, Triana estaba celebrando con vítores la noticia del homenaje que le van a rendir a su madre. Se lo merece después de todo lo que ha pasado. La abraza y le pregunta qué se va a poner para la ceremonia. No lo tiene pensado, pero debe ir elegante. El evento se realizará el jueves en el Cartuja Center y Santiago de Gomar será quien lo presida. También asistirá una representación de la Policía Nacional de Sevilla y algunas personalidades de la ciudad.

—No me da tiempo a comprar nada. Iré de negro y con tacones. Me pondré pendientes grandes y el collar de ámbar —dice la mujer, que todavía no se lo cree.

Al escuchar que Celia se pondrá el collar, Triana y Brenda se miran. Nota algo raro en su amiga y se acuerda de que ha ido a su casa no solo para visitar a su madre. Quería hablar de un asunto importante. Un tema que, según le ha confesado antes, no la deja dormir tranquila por las noches.

—¿Podemos ir a tu habitación? —le pregunta muy seria Brenda —. Hay una cosa que me gustaría decirte.

—Claro. Vamos.

La chica le da otra vez la enhorabuena a Celia por la gran noticia que acaba de recibir y sigue a Triana hasta su cuarto. Cada una se sienta en un extremo de la cama. Se da cuenta de que Brenda elude su mirada y, nerviosa, se frota las manos. La conoce bien: algo importante ha ocurrido.

—¿Qué pasa, Bren? ¿Tan grave es lo que me tienes que contar?

—No sé si después de esto me vas a volver a hablar.

—No digas tonterías. Por supuesto que vamos a seguir hablando.

No creo que hayas hecho nada tan malo como para que te eche de mi vida. Somos amigas desde hace mucho tiempo. Hicimos la promesa de que siempre estaríamos juntas.

—Espera a oír lo que te tengo que decir. No tengo perdón.

—Estás empezando a darme miedo de verdad. ¿Qué has hecho?

Brenda sale un momento de la habitación y, cuando regresa, aparece con la cajita de música de su madre, en la que guarda sus joyas. Del interior saca el collar de ámbar que Celia compró en los puestecitos de artesanía de plaza Nueva. Triana no entiende lo que está haciendo.

—Tenías razón. Este es el collar que encontraste en mi armario —confiesa Brenda, que vuelve a meter el complemento en la cajita—. No deberías haberlo encontrado. Estaba escondido en mi habitación para que precisamente tú no lo vieras.

—Para un momento... No lo comprendo. ¿El que estaba en tu cuarto era el collar de mi madre?

—Sí. No existen dos iguales. Es una pieza de artesanía.

—¿Y qué hacías tú con él? —pregunta Triana, cada vez más alterada—. ¡Tenía que estar en mi casa! ¿Lo robaste?

—Yo no. Fue Niko.

—¿Qué? Eso no es cierto —dice temblorosa.

—Sí, Triana. Es la verdad. Te lo prometo. Fue él quien lo cogió. Pero hay una explicación.

No sabe si quiere escucharla. El corazón le late muy deprisa. ¡Niko ya no es un ladrón! Le da miedo lo que pueda contarle su amiga porque creía firmemente que esa parte oscura de la vida de su novio había quedado atrás.

—No estabais bien desde que tu madre desapareció, y eso lo tenía desquiciado. Cada vez os enfadabais más y empezó a temer que se acabara vuestra relación. Entonces se le ocurrió algo: si te convencía de que tu madre seguía viva, había una opción de que todo volviera a ser como antes.

—Niko siempre mantuvo la fe. Decía que estaba viva, que seguro que volvería a casa algún día. Era mucho más optimista que yo.

—Lo sé. Hablamos muchas veces sobre el tema. Era lo que queríamos todos, pero también él fue perdiendo la esperanza —dice Brenda, que mira hacia arriba y suspira—. Por eso ideó un plan. Y yo fui quien lo ayudó a llevarlo a cabo.

—¿Qué plan? Por Dios, Bren, ¿de qué me estás hablando?

—¿Recuerdas la llamada que te hizo un anónimo? —Triana asiente con la cabeza—. Pues era yo.

—¿Tú? ¿Cómo? ¡Te habría reconocido!

—Hablé con un distorsionador. Yo ni siquiera sabía que eso existía, pero Niko consiguió uno. No son muy caros en Internet.

—Joder. ¡Eras tú! ¿De verdad?

—Sí. Niko decía que si alguien te aseguraba que tu madre estaba viva, podrías volver a ilusionarte y las cosas entre vosotros mejorarían. Pero no funcionó. Al contrario, todo fue a peor. Hasta te intentaste suicidar.

A Brenda se le humedecen los ojos mientras recuerda aquel día. Fue una de las peores noches de su vida. Pensó que perdía a su amiga para siempre. Por suerte, Niko apareció a tiempo y evitó la tragedia.

—Ese día, antes de irnos a cenar, encontraste el collar en mi armario —continúa Brenda—. No debería haberte dejado entrar sola en mi habitación sabiendo que lo tenía ahí guardado. Precisamente, Niko me lo dio para que lo escondiera. Fue un gran fallo que después no conseguí arreglar porque tú ya te habías enfadado y sospechabas que te estaba mintiendo. Fue complicado improvisar cuando me acusaste de tener el collar de tu madre..., porque tenías razón

—Joder, Brenda. ¿Para qué coño queríais el collar?

—Lo íbamos a utilizar más adelante. Niko lo cogió de tu casa. Se lo había visto varias veces a Celia. Te lo iba a mandar en un sobre, o a dejar en alguna parte, como una especie de prueba de vida, para que pensaras que esa persona que se había puesto en contacto contigo para decirte que tu madre no había muerto era de fiar. La cuestión era que siguieras manteniendo la esperanza de que Celia iba a volver a casa. Pero, al encontrarlo en mi armario, temimos que nos pillaras.

El enfado de Triana va en aumento. Porque no solo la engañaron, sino que le hicieron creer que se había vuelto loca con el tema del collar de ámbar. ¡Sabía que era el de su madre! Siempre lo supo.

—Alucino con vosotros. Me estoy quedando a cuadros.

—En cuanto Celia apareció, Niko puso el collar de nuevo en su cajita de música. Ya no era necesario. Sabía que, cuando tu madre volviera a casa, le preguntarías por él.

—¡Estupendo! El ladrón que devuelve su botín. Me suena de algo. ¿Hay más puñaladas o has terminado?

—Hay más —responde Brenda muy abatida—. El que dejó la nota encima de la cama de tu madre también fue Niko.

—¡Me cago en la puta! ¿En serio? ¡Hicisteis pensar a todos que eso estaba relacionado con lo que les sucedió a los hermanos Sanz! ¡Hasta llamaste a la policía para denunciarlo! ¡Estáis locos!

Brenda camina de un lado a otro del cuarto cada vez más nerviosa. Mientras lo hace, le explica a Triana cómo sucedió todo:

—Aquella semana estabais peor que nunca. Esa horrible noche, delante de mí, le dijiste que no sabías si le querías. Fue un golpe tremendo para él. Necesitaba actuar rápido para recuperar el terreno perdido. Te hizo creer que alguien había entrado en tu casa y había dejado aquella nota en la que decía que tu madre estaba viva y te pedía que no fueras a la policía.

—Así que fue Niko quien entró, puso la nota y dejó la puerta abierta de la casa.

—Sí. Intuyó que te entraría miedo y le dejarías pasar la noche contigo. Así fue. La jugada le habría salido bien si Cayetano no hubiera aparecido. Fue la noche en que le pegó y le soltaste que no querías verlo más.

—Qué estúpida fui. Me lo tragué todo. ¡Qué estúpida! No forzaron la entrada. Debí imaginármelo. Solo él y mi madre tienen llave de la puerta de casa. —Su sonrisa denota ironía y, sobre todo, abatimiento—. Pero no entiendo algo: si estabais compinchados, ¿por qué llamaste a la comisaría para denunciar que alguien había entrado en mi casa?

—Fue un arrebato, Triana —reconoce Brenda con tristeza—. Llamé a la comisaría porque quería denunciar a Niko, pero al final me eché atrás cuando aquel poli me empezó a hacer preguntas. Así que le conté que habían entrado en tu casa, pero no que había sido tu novio quien lo había preparado todo.

—¿Por qué lo querías denunciar si lo habíais planeado juntos?

—Yo solo seguía sus instrucciones. Pero me empecé a sentir utilizada. Era un segundo plato. Hasta sé que follasteis cuando apareció en tu casa aquella tarde de la nota. Me lo contó todo. Por un lado quería que tú y él estuvierais bien, pero por otro... no. Soy patética.

Las dos chicas se miran. Están frente a frente, como en un duelo. Triana prefiere eludir la pregunta que, de forma persistente, no cesa

de rondar por su cabeza. Sin embargo, Brenda responde sin necesidad de que se la plantee:

—Sí, estoy enamorada de Niko. Es una desgracia, pero es la puta verdad.

CAPÍTULO 50

CELIA

Sevilla, martes, 31 de diciembre de 2019

No se va a meter en la relación de su hija con Niko. También le ha parecido mal lo que ese chico ha hecho, aunque en el fondo lo que pretendía era que Triana se sintiera mejor. No es una excusa ni una disculpa, porque la ha engañado y eso debe tener consecuencias. Ahora es ella quien tiene que decidir cuáles son el castigo y la penitencia.

—Yo ya me imaginaba que el que había entrado en casa aquel día era Niko —dice Celia mientras acaba de fregar el suelo de la cocina—. Lo sospechaba.

—¿Lo sabías?

—No estaba segura, pero era una opción muy probable por las circunstancias que me habías descrito. Desgraciadamente, no me equivocaba.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y si no tenía razón? Lo habría acusado sin pruebas, solo por una hipótesis. A veces, es mejor dejar pasar las cosas y esperar a que caigan por su propio peso que adelantarte a los acontecimientos y estar equivocada.

Celia le explica a Triana que, cuando le contó que un intruso había entrado a dejar una nota en la que decía que estaba viva y le pedía no acudir a la policía, ya sabía que no podía ser el tipo que atacó a Blanca y había asesinado a Luna. No era su *modus operandi*. No cuadraba, y tampoco cree que la policía lo pensara cuando Brenda lo denunció. Ese criminal no se andaba con tonterías ni habría ido a su casa con notitas anónimas. Directamente habría estrangulado o le habría rebanado el pescuezo a Triana mientras dormía. Pensó

entonces en Carlos Flores, pero el chico le dijo que no había sido él. Ni siquiera sabía dónde vivían. Lo vio sincero e incapaz de mentirle después de lo que había hecho.

—Cuando terminé de hablar con Carlos, enseguida pensé en Niko. Fue una corazonada. Mientras estaba en el hospital no paró de decir que él siempre confió en que yo seguía viva. No era lo normal. Lo normal hubiera sido que pensara que estaba muerta. En un noventa y tantos por ciento de los casos de desapariciones no voluntarias es lo que suele pasar. Además, él, tú y yo somos los únicos que tenemos llave de casa.

—Fui muy tonta. Debí darme cuenta cuando comprobé que no habían forzado la entrada.

—No era algo obvio, cariño. No podías pensar que tu novio estaba implicado. Niko no es mal chaval, aunque a veces tome decisiones equivocadas.

—Era un ladrón profesional, mamá. Algo podría haber intuido.

Celia deja el cubo y la fregona en una esquina de la cocina y le pide a Triana que salga para que se seque el suelo.

—¿Cómo llevas lo que siente Brenda?

—No lo sé. Me resulta raro. No sé cuándo ni cómo ha podido pasar.

—Niko es muy guapo, misterioso y más cariñoso de lo que parece. Tiene un aura especial. A ti te pasó, ¿por qué no le iba a pasar a ella?

—Porque es mi mejor amiga. Se supone que no puede enamorarse de mi novio.

—Estuvo saliendo con Cayetano.

—Ya no era mi pareja cuando comenzaron a salir.

—Son cosas que suceden. Es imposible controlar los sentimientos.

—Por lo menos me ha jurado que no han hecho nada. Ni siquiera se han besado.

—Es que Niko sigue enamorado de ti.

—La palabra *amor* creo que se nos ha quedado un poco grande, mamá —dice Triana, que se vuelve a encoger y a hacerse un ovillo, esta vez en el sofá del salón—. No sé si voy a poder perdonarle. Cada vez que lo mire, pensaré en el collar de ámbar, en la nota que dejó en la cama y en todas las mentiras que me ha contado.

—Habla con él y que te dé su versión.

—La única versión en este caso es la verdad. Y no me apetece volver a escucharla.

Celia ve a su hija muy dolida. Le da pena que esté así, pero es que no ha salido de una y se ha encontrado con otra. Lamenta que sufriese por ella cuando Juan Luis Flores la secuestró. Las secuelas también quedarán en la mente de Triana. A lo mejor para siempre. Necesita desconectar, respirar aire que no sea tóxico. Cuando se recupere, le propondrá irse una temporada a alguna parte las dos juntas. Un viaje sin fecha de retorno a algún pueblo pequeño con playa.

—Al final, ¿qué vamos a hacer esta noche?

—A mí se me han quitado las ganas de fiesta, mamá. ¿Llamo a Sergio y le digo que no vamos?

—Sabes que mucho no me apetece ir, pero creo que a ti te vendrá bien. Blanca seguro que te anima. Le hace ilusión que nos comamos las uvas con ellos.

—¿Entonces le envío un wasap de confirmación?

—Ya me habías convencido. Vamos a El Viso del Alcor a pasar la Nochevieja.

La chica sonríe, aunque continúa con los ojos vidriosos. Se despide de su madre con un abrazo y le dice que va a echarse a descansar un rato. Esa noche es posible que se acueste muy tarde y debe estar fresca. Tiene que recargar fuerzas, las mismas que ha perdido después de la conversación con Brenda.

—Voy a apagar el móvil. Si Niko viene, dile que... No sé qué le puedes decir. Pero no estoy preparada para hablar con él. Todavía no.

—Tranquila, si aparece por aquí, ya me las arreglaré.

—No sé nada de él desde ayer. El wasap que le envié me lo ha dejado en visto. Espero que no le haya pasado nada.

—Seguro que está perfectamente. No pienses más en él. Vete a descansar.

Triana asiente. Le da otro abrazo a su madre y se retira a su habitación. Le duele verla tan baja de ánimos. No es la primera vez ni la última que sufrirá por amor.

El problema de su hija con Niko y Brenda le ha impedido disfrutar de la noticia que recibió antes. Se tumba en el sofá y cierra los ojos. Visualiza cómo será el homenaje. Sonríe. ¿Realmente se lo merece? En realidad no ha hecho nada. Solo fue capaz de resistirse y

no rendirse en una situación extrema.

Pero ellos piensan que es una especie de heroína para Sevilla.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Buenos días, le hablo del Departamento de Comunicación del Ayuntamiento de Sevilla. Le paso con el alcalde.

—¿El alcalde? ¿Me está tomando el pelo? ¿Esto es una broma de esas que hacen en la radio?

—¿Celia Mayo? —pregunta otro hombre.

—Sí, soy yo.

—Encantado de saludarla. Soy Santiago de Gomar. ¿La pillo en un buen momento?

—Por supuesto, por supuesto.

Ha reconocido su voz. ¡No es ninguna broma! Menuda cara se le debe de haber quedado. No imaginaba que el alcalde de Sevilla se fuera a poner en contacto con ella.

—¿Cómo está? ¿Qué tal ha pasado estos días? Me hubiera gustado llamarla antes, pero he preferido esperar a que transcurriera un tiempo prudencial y a que saliera del hospital.

—Estoy mejor, gracias. Todavía tengo algunas secuelas estomacales y eso... Pero lo llevo bien.

Se tapa los ojos con una mano y se muere de vergüenza por lo que acaba de soltarle al alcalde. ¿Secuelas estomacales? A saber las imágenes que se le vienen a la cabeza a De Gomar por culpa de su respuesta. Está muy nerviosa. No es que sea un ídolo o un gran referente para ella, ni siquiera lo votó en las últimas elecciones, pero es la persona que manda en Sevilla. No todos los días un alcalde llama al teléfono de tu despacho.

—Es horrible lo que le ha sucedido. Lo lamento mucho.

—Gracias. No le voy a negar que han sido los dos peores meses de mi vida.

—Lo siento, Celia. De corazón. Pero ha demostrado valor, superación y una fortaleza vital encomiable. Por eso hemos querido prepararle un homenaje.

—¿Un homenaje? ¿A mí?

—Sí. Ya se pondrán en contacto con usted, pero reserve esta fecha: dos de enero, a las once de la mañana, en el Cartuja Center.

—Dos de enero. Eso es... ¡este jueves!

—Sí. Siento las prisas. Hasta hace un rato no teníamos la confirmación. Queríamos que fuera una sorpresa y que no se filtrara. Ya sabe cómo es la prensa y las cosas que se dicen en las redes sociales. Por eso no la hemos avisado hasta ahora.

No puede creer lo que está escuchando. ¡Le van a organizar un homenaje dentro de dos días! Ella no es mucho de ese tipo de eventos, pero no puede negar que le hace ilusión.

—Celia. La tengo que dejar. Está siendo una mañana de locos. Espero que se encuentre bien y nos veamos el jueves. Alguien del Ayuntamiento se volverá a poner en contacto con usted.

—Muchas gracias, alcalde. Un placer.

—El placer ha sido mío. Adiós.

El timbre hace que se despierte. ¿Ha soñado con que el alcalde de Sevilla la ha llamado por teléfono para anunciarle que van a darle un homenaje? ¡No lo ha soñado! ¡Es verdad! De nuevo suena el timbre. La puerta de la habitación de Triana sigue cerrada. Seguramente se habrá quedado dormida con los auriculares puestos. Se levanta y, mientras se arregla un poco el pelo con las manos, camina hasta la entrada. Entonces regresan el temblor en las rodillas y el pánico. ¿Y si es alguien que quiere hacerle daño? Es imposible, porque hay policías vigilando. También quedan algunos periodistas haciendo guardia en la calle. La tercera vez que llaman a la puerta, sus malas sensaciones aumentan. Está bloqueada. No se atreve a abrir.

—¡Soy yo! ¡Niko! ¿Estáis en casa?

La voz del novio de Triana la tranquiliza. Debería haber gritado su nombre desde el principio. Se apresura a dejarlo pasar y cierra rápidamente, tras asegurarse de que no hay nadie más cerca.

—¿Está Triana?

—Sí, pero dormida. Me ha dicho que, si venías, te dijera que luego te llamaría. Estaba agotada y le dolía mucho la cabeza. Se ha tomado hasta un calmante.

—¿Tan mal se encontraba?

—Sí, una jaqueca horrible. Casi se desmaya y todo.

—Vaya. Necesitaba hablar con ella urgentemente… —dice el joven mientras se rasca la barbilla—. ¿Puedo esperar aquí a que se despierte? A lo mejor no tarda mucho.

—Dos horas mínimo.

—¿Dos horas?

—Es lo que dura el efecto de la pastilla —improvisa Celia, que ya no sabe qué más decirle para que se vaya—. Bueno, yo también me voy a echar una siesta. Estoy agotada. Tengo mucho sueño aún que recuperar.

El chico no se mueve. Su expresión es de preocupación. A lo mejor Brenda le ha contado la charla que ha tenido con su hija y viene a darle explicaciones, a intentar arreglarlo.

—Tienes que irte. Ven luego.

—Prefiero esperar, Celia.

—Mira, Niko, no sé qué pasó por tu cabeza ni por qué te comportaste así, pero...

—Me han retenido varias horas en la comisaría —suelta el joven sin dejar que Celia acabe de hablar—. Hay un delincuente suelto por Sevilla con muy malas intenciones que me tiene en su punto de mira. Venía a preguntarle a Triana si quiere venirse conmigo a Polonia. Ahora mismo es más seguro para mí estar en mi país que aquí.

CAPÍTULO 51

BLANCA

Sevilla, martes, 31 de diciembre de 2019

Al final es Sergio quien la acompaña a la consulta de Gervasio Lombán. Justo después se marcharán juntos a El Viso para cenar con sus padres y también con Triana y Celia, que han aceptado la invitación. Le hace mucha ilusión pasar la Nochevieja con las dos. Además, en un mensaje, su amiga le ha dicho que Niko no va a poder ir. ¡Doble felicidad!

—Se te nota cansada, hermana —dice Sergio mientras caminan por la calle Trajano.

—Ha sido una mañana de locos. La noticia de que el alcalde tendría que haber viajado en el helicóptero siniestrado nos ha pasado por encima. He tenido hasta que silenciar mi móvil y avisar de que no me pasaran más llamadas en la redacción.

—Porque eres parte de la noticia. Ibas en ese maldito aparato.

—Ya lo sé. He contestado a las tres primeras personas que se han puesto en contacto conmigo para preguntarme por el suceso. A la cuarta ya le he dicho que no tenía nada que decir. No podía más.

—Es lo que te espera a partir de ahora. ¡Vas a ser la cara de El Guadalquivir! Toda Sevilla te conocerá y querrá hablar contigo.

—No hagas que me arrepienta de la decisión que he tomado.

—Piensa en tu cuenta bancaria. Se te pasarán todos los males.

La felicidad no está solo en el dinero. Ayuda a que no tengas que hacer encaje de bolillos para llegar a final de mes, pero hay cosas más importantes. La salud, por ejemplo. Si no estuviera sana y el accidente le hubiese dejado lesiones graves y permanentes, no vería de la misma forma la oferta económica de Teo Solís.

Los hermanos Sanz llegan a la calle Javier Lasso de la Vega,

donde tiene la consulta Gervasio Lombán. Es un edificio pequeño de solo tres plantas. Llaman al telefonillo del tercero A y enseguida responde una mujer.

—Buenas tardes. Soy Blanca Sanz, tenía cita a las cuatro.

—Muy bien. Le abro.

Los chicos suben por la escalera hasta el tercer piso. Una mujer joven vestida con una bata blanca los recibe en la puerta. Los invita a pasar y les pide que se sienten en la sala de espera. El doctor Lombán los atenderá enseguida.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. No sé muy bien qué va a salir de esto.

—Podemos irnos y dejarlo todo como está.

—No. Ya he llegado hasta aquí y debo continuar. Necesito respuestas, Sergio. Pero es cierto que no esperaba encontrarme tan tensa.

—Has acumulado demasiada tensión hoy. Ahora te relajarás.

Eso espera. Ha leído que la hipnosis no es para todo el mundo. Algunas personas no son capaces de concentrarse porque tienen una capacidad de atención demasiado baja. Es una cuestión relacionada con las neuronas, no tiene que ver con la personalidad de cada uno.

Mientras esperan al psicólogo, a Sergio le suena el móvil y le dice a Blanca que tiene que salir a responder. La chica se queda sola. Observa cómo los pies se balancean arriba y abajo. Los detiene, pero a los pocos segundos vuelven a moverse. Es como si fueran los de otra persona. Debe calmarse.

La puerta de la sala de espera se abre y aparece la mujer que la ha atendido antes. Le pide que la acompañe y le advierte que debe ir sola. Ahora avisará ella a su hermano de que ha empezado la sesión. Entra en una habitación poco iluminada y escasa en decoración. Ni siquiera hay cuadros en las paredes. Gervasio Lombán se levanta de una butaca y le da la mano. Se trata de un hombre de estatura mediana y una buena mata de cabello castaño. Lleva gafas, una bata como la de su ayudante y no tiene acento andaluz. Se lo imaginaba de otra forma. Más excéntrico, más tipo doctor loco de dibujos animados. Sin embargo, al menos físicamente, su apariencia es la de una persona bastante normal.

—Encantado de conocerla, Blanca. Muchas gracias por venir en un día tan complicado para usted. Y no lo digo solo porque sea treinta

y uno de diciembre.

—Veo que ha leído lo que ha pasado.

—He estado muy liado, pero me han puesto al día sobre el tema del alcalde, el viaje que no hizo y todo lo demás —le explica el hombre mientras con un gesto la invita a sentarse en un sillón negro de piel—. ¿La han molestado mucho tras la noticia de hoy?

—Digamos que he terminado la mañana un poco saturada.

—No me extraña. ¿Quiere hablarme sobre ello?

A Blanca no le apetece incidir otra vez en lo mismo. Ha ido a ver a ese hombre para intentar recuperar sus recuerdos perdidos, no para desahogarse y que analice su estado mental. A lo mejor una cosa está relacionada con la otra, pero, si puede elegir, no va a meterse de nuevo a explicar lo que se ha contado ese día de Santiago de Gomar.

—¿Podemos comenzar directamente con la sesión?

—Claro. No hay problema —dice Lombán con una sonrisa amable—. La noto nerviosa. Cálmese. No le va a pasar nada malo.

—Estaba tranquila hasta hace unos minutos.

—¿Le da miedo lo que pueda ver o decir?

—No lo sé. De lo único que estoy segura es de que quiero acabar con esta incertidumbre de una vez por todas.

—Sabe que esto no siempre funciona, ¿verdad?

—Algo he leído.

—Voy a intentar desbloquear su mente mediante la relajación, ayudarla a que recupere esos momentos que su cerebro se ha encargado de reprimir. Es posible que lo logremos y es posible que no. Quiero que lo sepa antes de iniciar la sesión. Y ahora ¿puede hablarme de esos minutos que no consigue recordar? ¿Me pone en antecedentes, por favor?

Blanca le cuenta a Gervasio Lombán lo que sucedió ese día antes del accidente del helicóptero. Mercedes Reinoso le pidió que la acompañara esa mañana. Iban a disfrutar de un paseo por el cielo de Sevilla. Le habla del instante en que se subieron al helicóptero y de otros recuerdos que, en diversos *flashes*, le han ido llegando los últimos días: como las maravillosas vistas de la ciudad desde arriba y de lo bien que lo estaba pasando... hasta que el piloto sufrió un desvanecimiento. A partir de ahí, todo está confuso para ella. Ha tenido sueños y recuerdos repentinos muy confusos en los que había visto a la directora de *El Guadalquivir* con el rostro cubierto de sangre.

También le explica que en esas visiones había hablado con Mercedes, aunque no recuerda muy bien sobre qué. Blanca duda entre contarle lo del billete o no, pero finalmente lo saca del bolsillo del pantalón y se lo muestra.

—¿Esto se lo dio Mercedes?

—Sí. No sé por qué. No recuerdo si me lo llegó a explicar.

—¿Y ese número? ¿Es de un móvil?

—Eso parece. No se ven bien las dos últimas cifras. Hemos estado investigando, pero ninguno de los dueños de los teléfonos a los que podría corresponder el número conocía a Mercedes Reinoso.

—Qué curioso —dice el hombre, que examina con detalle el billete—. Bien, creo que ya tengo bastante información. Debemos regresar a ese viaje en helicóptero, antes de que se estrellara, e intentar averiguar poco a poco qué sucedió después. Sobre las visiones y *flashes* que ha tenido..., es lo normal. Después de una situación de estrés postraumático, es habitual que se tengan visiones tanto ciertas como imaginadas.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que no todo lo que ha visto, soñado o cree haber recordado sucedió de verdad. Es decir, que hay posibilidades de que su cerebro se lo haya inventado.

—¿Y con la hipnosis voy a saber qué es verdad y qué no?

—Con la hipnosis vamos a tratar de reordenarlo todo y darle sentido. ¡Organización!, que decía mi difunta madre. Pero lo primero que debe hacer es firmarme esta autorización. Según este formulario, acepta que yo la hipnotice. Es una cuestión solo protocolaria, pero necesaria para la Administración.

Una vez que Blanca ha leído y firmado el documento, el doctor Lombán le pide que se relaje en el sillón de piel. Que estire las piernas y extienda los brazos. Debe estar cómoda, pero no tanto como para dormirse.

—Algunos piensan que en la hipnosis te duermes. No. Debe hacer caso a lo que le voy a ir pidiendo, por lo tanto no quiero que se duerma. Aunque antes, si no le parece mal y para crear un clima menos frío, empezaré a tutearla. —Blanca asiente conforme—. Tienes que escucharme con atención. Ahora voy a poner música. ¿Alguna petición? ¿Estopa? ¿Ana Mena? ¿Queen?

Blanca está a punto de pedir Taylor Swift, pero rápidamente se

da cuenta de que Gervasio bromeaba. Lo que oye es una melodía relajante. Suena un piano y como si las olas del mar rompieran en la orilla. El hombre atenúa la luz de la habitación y comienza a hablar en un tono cálido.

—Cierra los ojos, Blanca. Relájate. Escucha mi voz. Relájate. Poco a poco. Eso es. Muy bien. Respira hondo. Suelta el aire —dice Lombán, de manera pausada, dejando pasar varios segundos entre orden y orden—. Desde ahora te vas a concentrar solo en mi voz. El sonido de mi voz te va a proporcionar relajación, calma, y contactará con tu mente subconsciente. Eso es. Solo vas a escuchar mi voz. Cada vez vas a estar más y más relajada. Respira profundamente y suelta el aire lentamente. Muy bien. Otra vez. Respira hondo y expulsa el aire muy lentamente —continúa el psicólogo—. Lo primero que vamos a hacer es relajar tu cuerpo. Vas a imaginar todos los músculos de tus ojos. Piensa en lo que rodea a tus ojos y respira hondo mientras sientes tus párpados, tus cejas. Eso es. Piensa en cada uno de los músculos que están alrededor de tus ojos. Así. Concéntrate en esos músculos y en esas fibras y nota cómo se van soltando. Concentra tu imaginación en la parte de arriba de tus ojos. En la parte de los laterales. Eso es. Ahora piensa en la parte de abajo de tus ojos. Los músculos se relajan. Muy bien. Respira hondo, Blanca. Y suelta poco a poco el aire. Usa el poder de tu imaginación para sentirte muy bien. Puedes conseguir esto y mucho más.

La chica obedece cada una de las peticiones del terapeuta. A continuación, Lombán le pide que la relajación que ha conseguido avance como una ola por todo su cuerpo, partiendo desde la cabeza. Se detiene en la cara, el cuello, los hombros, los brazos, el pecho y el abdomen. Hace que se centre en cada uno de los dedos de las manos. Siempre respirando hondo y concentrándose en su voz. Blanca se imagina los músculos que tiene en las piernas, en la pelvis, y acaba en los dedos de los pies. El proceso tarda unos quince minutos. Nunca había estado tan relajada. No hay rastro de tensión.

—Ya tenemos tu cuerpo en armonía. Ahora vamos a relajar tu mente. Sigue escuchando mi voz. Nota cómo tu pecho sube y baja lentamente. Tu cuerpo está relajado. Ahora vas a contar hacia atrás desde el número doscientos. Cada vez que digas un número, añadirás la frase «profundamente relajada». Respirarás hondo y doblarás el nivel de relajación de tu mente. Posiblemente, hacia el ciento noventa,

tu relajación será tan profunda que los números se desvanecerán. Escucha mi voz, Blanca. Y, cuando te diga, empieza a contar desde el doscientos.

Blanca sigue cada una de las indicaciones de Gervasio. Cuando llega al ciento noventa y dos, comienzan a desvanecerse los números como él le ha dicho. Respira hondo y cuenta varios números más. Lombán le pide ahora que piense que está en lo más alto de una escalera de diez peldaños.

—Vas a ir escalón a escalón, bajando lentamente. Respira hondo en cada uno de ellos. Cuando llegues al cuarto escalón, empezarás a ver el helicóptero en el que subiste. Y me irás contando lo que está sucediendo. Empieza a bajar los escalones, Blanca. Uno a uno. Despacio. Concéntrate en mi voz. Tranquila. Calmada. Soltando el aire. Muy bien.

La joven periodista cuenta en voz alta los escalones que está bajando, tal como le ha explicado el psicólogo. Cuando llega al cuarto, Lombán le pide que describa lo que ve.

—Estoy dentro del helicóptero con Mercedes. Estamos sobrevolando el río. Es maravilloso. También veo los edificios más altos de la ciudad y la Torre del Oro. Es increíble.

Entonces, Blanca se detiene. Arruga la frente y da un pequeño brinco. Lombán le pide que se relaje, que continúe con los ojos cerrados y que le cuente lo que pasa.

—Dios mío, el piloto... está inconsciente. Creo que está muerto. El helicóptero está descontrolado. Mercedes reza a mi lado. No sé qué dice. Todo es muy confuso. ¡Nos vamos a estrellar!

Blanca da un grito, pero no abre los ojos. Lombán le pide que se tranquilice. Le dice que todo está bien, que tiene que respirar hondo. Es horrible lo que le ha pasado, pero tiene que reunir valor y mirar a su alrededor. ¿Qué es lo que ocurre?

—Estoy... herida. Me duelen mucho las piernas. Todo es muy confuso. No..., no veo a Mercedes. Sí, sí. ¡Está allí! Pero tiene la cara cubierta de sangre y tose. Creo que..., creo que está muy mal. Quiero ayudarla, pero no puedo. Me duelen mucho las piernas. También tengo sangre. La siento en la boca. Dios mío, no quiero morir.

—No vas a morir, Blanca. Estás viva. ¿Qué pasa ahora?

—Me duele mucho el cuerpo. Mercedes me dice algo que no entiendo y saca..., saca algo de un bolsillo y me lo da. Es... un billete.

Sí, creo que es un billete de veinte euros. Me duele mucho. Creo que me voy a desmayar.

—Tranquila, Blanca. Tranquila. Continúa.

—Cojo el billete y creo que me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta. Mercedes me dice algo más.

—¿Qué es lo que te dice? Piénsalo, Blanca.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. ¿Qué te dice?

Blanca se queda en silencio unos segundos, apretando los párpados, y finalmente responde a la pregunta de Gervasio Lombán.

—Mercedes me está hablando. Está agonizando. Dice que se llama Escudera y que..., que... hay algo importante en... una caja fuerte. Está en... Benidorm. Sí, Benidorm. Los números en el billete. Le pregunto por eso. No me responde. Ha cerrado los ojos. Creo que está muerta. ¡Dios mío, Mercedes está muerta!

CAPÍTULO 52

NIKO

Sevilla, martes, 31 de diciembre de 2019

—¡No te puedes llevar a Triana! ¡Después de todo lo que le has hecho! ¡¿Cómo va a irse contigo a Polonia?!

Los gritos de Celia le molestan. Están completamente fuera de lugar. Ni siquiera le ha dado la oportunidad de explicarse.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta Triana, que sale de su habitación descalza y en pijama, frotándose los ojos—. ¿Por qué gritas, mamá?

—¡Quiere que te vayas con él a Polonia!

—¿Qué? ¿A Polonia?

—Sí, solo durante unos meses. Pero hay una razón. ¿Me dejáis que os la cuente o nos vamos a pasar gritando toda la tarde?

—Primero hablemos de las mentiras que me has soltado en las últimas semanas —replica la chica con las manos en jarra—. ¿O vas a fingir que no sabes a qué me refiero?

—Claro que lo sé. Por eso he venido en cuanto he podido.

Al salir de la comisaría, se ha encontrado con un larguísimo audio de Brenda. Antes de escucharlo, daba por hecho lo que le iba a decir. No era muy difícil imaginarlo. Sin embargo, ha resultado mucho peor. El mensaje era una mezcla de sentimentalismo, odio, súplica y desahogo. Siete minutos de palabrería insufrible. En conclusión: Triana ya se ha enterado de todo lo que habían hecho y su relación pende de un hilo una vez más.

—¿Y bien? Dime.

—Lo primero que quiero hacer es pedirte disculpas.

—No las acepto. Es inadmisible cómo me has engañado.

—¡Inadmisible! —coincide Celia con su hija.

—Entiendo que estés enfadada, pero todo lo que hice fue por ti. Por lo nuestro.

—No me vale, Niko. No me vale.

—Por favor, intenta entenderlo. Estabas agobiada con el secuestro de tu madre. Cada día nos alejábamos más. Que pensaras que tu madre estaba viva era mi única opción de que no se derrumbara lo que habíamos construido entre los dos. La única opción de que siguiéramos juntos.

—No era la única opción —se queja Triana—. Mentir nunca es una opción. ¡Lo que me ha contado Brenda me ha hecho sentir estúpida y humillada!

—No me quedó más remedio.

—No es verdad.

—Sí lo es. No vi otra manera de recuperarte.

—¿Sabes qué es lo que pienso? Que es tu manera de ser. Llevas la mentira en la sangre.

—Estás siendo muy dura.

—Creo que el antiguo Niko ha vuelto..., o quizá nunca se fue —dice Triana, que se cruza de brazos—. No puedo estar con una persona que tiene esa facilidad para engañar a los demás. Pensaba que habías cambiado, pero continúas siendo el mismo de siempre.

Las palabras de Triana le hieren en lo más profundo de su alma. Suspira y agacha la cabeza. Su novia está muy decepcionada y no parece que vaya a convencerla de que lo perdone. Se siente mal por lo que ha hecho, pero en su momento pensó que aquel era el único camino posible para salvar su relación de pareja.

—Voy a llamar por teléfono. Si necesitas algo, estoy en el salón —le dice Celia a Triana con dulzura.

Le hace una carantoña a su hija en la cara y, sin siquiera dedicarle a él una mirada, se marcha del patio. A Niko le da pena que Celia lo trate así. Posiblemente, esos van a ser sus últimos minutos en esa casa y está convencido de que jamás olvidará todo lo que ha vivido entre aquellas paredes.

—Me ha quedado muy claro lo que sientes. No te molestaré más, pero tengo que contarte lo que ha pasado esta mañana.

—¿Otra de tus mentiras?

—No, esta vez es verdad. Me han retenido en comisaría para avisarme de que estoy en peligro. Hay un tipo muy peligroso en las

calles de Sevilla que va a por mí. Quizá también vaya a por ti o a por tu madre. No lo sé. Por eso me gustaría que te vinieras conmigo a Polonia. Aunque creo que eso no va a poder ser, ¿verdad?

La chica niega con la cabeza y se sienta en el escalón del patio. Desea consolarla porque ve lágrimas en sus ojos, pero no sabe cómo hacerlo. Cualquier cosa que le diga está de más y solo empeoraría la situación. Niko se sienta a su lado y le cuenta la historia de Jarek Michalski. Le explica el problema que tuvo con su abuelo, la relación con Muriel y lo que el comisario y los otros dos policías le han estado explicando del caso. También menciona la información que Gaviria le ha proporcionado sobre una organización criminal a la que está investigando la policía y en la que estaba metida María Santana.

—El comisario me ha preguntado qué es lo que quería hacer ahora. Michalski está libre. Vuelvo a estar en peligro, pero no quiero a gente siguiéndome las veinticuatro horas del día para protegerme ni que me encierren en otra casa custodiada como la de Los Bermejales.

—¿Por eso te vas a ir a Polonia?

—Sí. Les he dicho que el lugar más seguro para mí ahora mismo es Varsovia. A Michalski lo están buscando y, si intenta salir del país, lo atraparán. En cambio, yo hace tiempo que estoy pensando en regresar. Es un buen momento. Contigo habría sido perfecto.

—Aunque lo nuestro fuera bien, no me podría haber ido. Mi vida está en Sevilla. Mi madre, mis amigos, mi carrera... Tengo que volver a la normalidad.

—Te entiendo.

—No lo entiendes.

—Sí, Triana. De verdad que te comprendo.

—Las cosas son así.

—Pensaba que... Da igual. Ya da igual —dice el joven, que esboza media sonrisa. Mira a los ojos llorosos de la chica—. ¿Hasta aquí entonces?

A Triana no le salen las palabras y se cubre la cara con las manos. Escucha su sollozo. Es desalentador. También él se emociona. Aparte de la pérdida de sus padres, es el momento más duro que recuerda. Jamás había sentido tanto amor por alguien.

—Vale, me marcho. Cuídate.

—Lo mismo digo. Avísame el día que cojas el avión hacia Polonia.

—Intentaré que sea lo antes posible. Michalski me estará buscando.

—Gaviria te protegerá. Al final no ha sido tan malo como pensabas.

—No, no lo ha sido.

Los chicos se miran fijamente una vez más. Niko la ayuda a ponerse de pie y le acaricia la mejilla. Tiene ganas de darle un beso, pero se contiene. No puede ser. Tampoco se prometen que ya se verán o un hasta luego. Es el fin de la última página.

Abre la puerta y, sin más, se va.

En la calle hace frío y se escuchan algunos cohetes. Hay gente que ya está celebrando el Año Nuevo a pesar de que faltan algunas horas para que sean las doce. Otra vez se va a comer las uvas solo. Llega hasta la plaza de Doña Elvira y se sienta en un banquito libre. Solo puede pensar en Triana. Y se echa a llorar.

—¿Te encuentras bien?

La voz es la de García, que lo ha seguido sin que se diera cuenta. Ya se lo habían advertido: Sevilla no es un sitio seguro para él y lo van a proteger hasta que den con Michalski.

—Déjeme en paz.

Sin embargo, el policía no le hace caso y toma asiento a su lado. Niko protesta, pero no le pide que se vaya. Los dos guardan silencio unos minutos, hasta que el hombre saca un cigarro y lo enciende.

—¿Quieres uno?

—No fumo. Debería saberlo. Ha estado conmigo una semana en esa puta casa. ¿Me ha visto fumar alguna vez?

—Uno no sabe cuándo va a ser la primera vez. Pero haces bien, el tabaco es una mierda, mata a personas y destroza familias.

—¿Y por qué coño no lo deja?

El hombre sonríe. Da una calada y se gira para expulsar la bocanada de humo hacia atrás y no echársela en la cara a Niko.

—En ocasiones, uno no actúa como debe. ¿Te suena de algo?

—No sé a qué se refiere.

—Sabíamos que eras tú quien entró en la casa de Triana y dejó esa estúpida nota.

—Lo sabíais…

—Sí, Niko. Somos más listos y eficientes de lo que crees y te contaba tu abuelo Dariusz. La policía no es tan tonta.

—Algunas veces no lo demostráis —dice el chico, que saca el móvil y se lo enseña a García—. Sé que me lo habéis pinchado. Este y el otro teléfono.

—Solo para asegurarnos de que estás bien.

—Y una mierda. Me estáis vigilando por si acaso meto otra vez la pata.

—Te aseguro que simplemente estamos velando por tu seguridad. Hay gente que quiere tu cabeza. Ya lo sabes.

—Vais a descansar cuando me vaya a Polonia.

—Igual me marcho contigo. Me encanta ese país —dice García, que da otra calada al cigarro. Esta vez el humo va directo al rostro de Niko, que trata de apartarlo con las manos—. Es broma. Tengo mucho trabajo aquí. No se me ha perdido nada en tu país.

—¿Tiene familia? ¿Esposa? ¿Hijos?

—Intento no hablar de temas personales en el trabajo. Pero no, no tengo hijos. Me casé una vez. Se fastidió porque no supimos cuidarlo. Duró poco. No te lo aconsejo.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

El hombre se pone de pie y tira el cigarro al suelo. Lo pisa y saca el móvil del bolsillo de su gabardina.

—¿Te llevamos a tu casa? Es para avisar a mis compañeros. Yo me despido por hoy.

—No sé a dónde iré. Igual me quedo en esta plaza hasta que den las doce.

—¿No vas a ir a El Viso con Blanca y Sergio a pasar la Nochevieja?

—No estoy invitado.

—Comprendo —dice García, que extiende el brazo para despedirse—. Feliz año, Niko. Espero de corazón que el 2020 sea mejor para ti.

El chico se levanta del banco y estrecha la mano del policía.

—Feliz año, García. Yo también espero que el año que viene sea mejor para todos.

—Seguro que sí. Ya lo verás.

Se ha hecho de noche y las farolas de la plaza de Doña Elvira son testigos del saludo entre ambos.

El estallido de un cohete irrumpe en la noche sevillana. Ha sonado muy cerca. Niko tarda en darse cuenta de la mancha roja que

brota de la gabardina del policía. García se desploma en el suelo. El chico grita su nombre, pero no obtiene respuesta. Mira hacia su derecha y contempla cómo un tipo con la barba y el cabello blancos se acerca con una pistola en la mano. Le está apuntando.

Niko permanece de pie, desafiante, delante de Jarek Michalski. Solo ante el peligro. No piensa salir corriendo. Eso se terminó. Si ese tiene que ser su final, que así sea.

CAPÍTULO 53

SERGIO Y BLANCA

Sevilla, martes, 31 de diciembre de 2019

—Los números que están escritos en el billete no pertenecen a ningún móvil. Tienen que ser los de una combinación que abra una caja fuerte en Benidorm.

Sergio está emocionado por lo que su hermana le ha contado. La sesión de hipnosis ha sido un éxito. En cambio, Blanca sigue teniendo muchas dudas. El doctor Lombán ha conseguido que recupere algunos recuerdos del momento posterior al accidente, aunque su mente ha vuelto a nublarse y ya no lo ve tan claro como cuando estaba sentada en aquel sillón negro de piel.

—No estoy segura, Sergio.

—Yo sí lo estoy. Mercedes guardaba algo en esa caja fuerte que quería que vieras.

—¿En Benidorm?

—Eso es lo que has recordado que te dijo antes de morir, ¿no? A lo mejor tenía allí una casa donde pasaba las vacaciones.

—No me suena de nada. Nunca me ha hablado de eso.

—¿Por qué no llamas a alguien del periódico que la conociera mejor y se lo preguntas? Alguien que lleve más tiempo que tú en la redacción.

—Hay que ser muy discretos con esto, Sergio. Además, mis compañeros se habrán ido ya a sus casas para prepararse para la noche. Y mañana es fiesta.

Ellos también están a punto de irse. Los esperan en El Viso del Alcor. Después de la sesión con el doctor Lombán, el agente Alderete los ha llevado al piso de Blanca para que recogiera algunas cosas. El mismo policía está esperándolos en el coche.

—¿Has hablado con Triana del tema? —le pregunta el joven mientras salen del edificio.

—No. Lo de la hipnosis prefiero contárselo en persona. No sabe que he ido hoy. Solo le he enviado un wasap para preguntarle la hora a la que van a llegar. No me ha respondido.

—Debe de estar muy ocupada arreglándose para ti.

El chico le guiña un ojo y Blanca le da una colleja. De vez en cuando hace estúpidas bromas de ese tipo, y maldita la gracia que le hacen a ella. En eso su hermano no ha cambiado, pero, como no son con maldad, se las perdona. Todo lo que tiene que ver con Triana la influye. Cada vez más. Esa noche estarán juntas y eso la entusiasma y la pone nerviosa a partes iguales. Desea que el 2020 sea un año especial y no podría empezarlo en mejor compañía: al lado de la persona a la que ama, aunque ella no lo sepa.

En el coche, Sergio y Blanca viajan en silencio. No comentan nada sobre la hipnosis y las consecuencias de la sesión con Lombán. Han decidido que no hablarán del asunto delante de nadie, ni siquiera de la policía, hasta que aclaren lo que la chica ha recordado que le dijo Mercedes Reinoso.

La periodista no para de pensar en lo del número, la caja fuerte y Benidorm. Intenta acordarse de si su antigua jefa le mencionó algún piso alquilado en esa ciudad o de si hizo algún viaje a tierras alicantinas. No le viene nada a la cabeza. En realidad, no tuvieron una relación demasiado cercana, a pesar de que se acabaron cogiendo cariño. Lo cierto es que Mercedes sabía más de ella que ella de Mercedes. El billete de veinte euros con el número... ¿se lo entregó porque sabía que iba a morir y quería que investigase alguna cuestión relacionada con el periódico?

Todo es muy extraño y sigue sin tener las respuestas que buscaba.

—Hemos llegado, chicos —dice Alderete, que aparca enfrente del edificio donde viven sus padres—. Uno de mis compañeros estará pronto por aquí y me tomará el relevo en la guardia. Que vaya todo bien y feliz año.

El policía saca de la guantera un gorrito naranja con forma de cono, que se coloca en la cabeza, y un matasuegras. Los hermanos Sanz se despiden de él hasta el año que viene mientras el hombre hace sonar el objeto festivo de forma insistente.

Sus padres los están esperando en la entrada del piso. Tras los

besos y abrazos de rigor, Sergio recibe un pequeño sermón de su madre, que le echa la bronca por haberse ido solo a Sevilla el día anterior sin avisarlos. Después es su padre quien toma el relevo y le cae otra buena reprimenda.

—Pobrecillo, no ha hecho nada malo. Tenéis que darle más cuerda —le defiende su hermana—. Vamos a tener la noche en paz. En nada llegarán nuestras invitadas. Prometedme que no las atosigaréis ni le haréis preguntas incómodas a Celia.

—Por favor, hija. No sé por quién nos tomas.

—Hemos hablado ya de esto, mamá. Cuidado con lo que decís.

—Las trataremos como a reinas —suelta el hombre, que ya se ha puesto la chaqueta y la corbata para la ocasión.

—Más os vale.

Blanca le da un beso a su padre y otro a su madre y se marcha a su habitación para arreglarse. Sergio no hace ningún comentario y también se mete en su cuarto. Se sienta en la cama y respira hondo. Le encantaría tener la personalidad de su hermana y ser capaz de vivir sin dar explicaciones, sin tener que pedir permiso para todo. Siempre ha sido bastante independiente e incluso pasota, pero últimamente se ahoga en aquel lugar. Va siendo hora de volar del nido. Necesita otro sitio al que ir.

—¿Puedo pasar? —le pregunta Blanca, unos minutos más tarde, desde el otro lado de la puerta.

—Adelante. No estoy haciendo nada.

La chica entra y le muestra el vestido que ha elegido para esa noche. Es uno muy corto rojo, con alguna transparencia. Se ha puesto medias y zapatos de tacón. No lleva las gafas y se ha hecho un recogido en el pelo.

—Guau. Menudo cambio.

—¿Qué tal? ¿Voy mona?

—Estás pibón, hermana. Vas a impresionarla.

—No empecemos con eso otra vez, por favor —protesta Blanca, que se sienta en el borde de la cama—. ¿Te ha llamado o te ha escrito?

—¿Triana? No.

—A mí no me ha contestado el mensaje que le envié. ¿Le mandamos un audio?

Los chicos graban un divertido mensaje de voz de casi un minuto

en el que le preguntan a su amiga la hora a la que van a llegar.

—Espero que al final no se eche atrás —comenta Blanca mientras se coloca bien las medias—. Voy a maquillarme. ¡Arréglate, que se hace tarde!

—Todavía tengo que preparar la cena.

—¡¿Qué?! ¿No está ya hecha?

—¡Pero si no he tenido tiempo! ¡He estado en Sevilla desde ayer! —exclama el chico rascándose la cabeza—. Tranquila, avisé a papá esta mañana y ellos se han encargado de todo. ¡No se puede estar en dos sitios a la vez!

—Joder, menudo susto. ¡Tú y tus estúpidas bromas!

Blanca se ríe y le da otra colleja, esta vez con más fuerza. Sale de la habitación mientras lo amenaza con no dejarle dormir más en su piso si continúa comportándose así. Sergio la ve contenta a pesar de todo lo que le ha sucedido en los últimos meses. A lo mejor está disimulando, o tal vez sean los nervios de pasar el fin de año con Triana. En cualquier caso, le encanta verla feliz cuando hace nada estaba postrada en la cama quejándose de dolor y sin poder moverse.

A las nueve, la mesa está lista. Sin embargo, las invitadas no han llegado aún. Blanca ha llamado a Triana, pero no se lo ha cogido. También ha marcado el teléfono del despacho de Celia, y el resultado ha sido el mismo. El móvil de la detective no está operativo.

—Niko tiene apagado su teléfono —comenta Sergio, que ha intentado contactar con el chico para preguntarle si sabía dónde estaba su novia.

—Igual se han encontrado con un atasco.

—¿A estas horas? No lo creo, mamá.

Blanca está poniéndose muy nerviosa. No deja de mirar el móvil. ¿Y si le ha pasado algo? Aunque las cosas se han calmado después de las últimas detenciones, puede que todavía haya alguien que quiera hacerles daño. De hecho, tras la muerte de María Santana, todos han vuelto a recibir protección policial. Eso la tranquiliza. A Triana y a su madre las están vigilando como a ella y a Sergio.

—¿Qué hacemos? ¿Empezamos a comer?

—¡Papá, ten un poco de paciencia!

—Es que tengo hambre, hija. No he merendado para tener apetito ahora. ¡Nos van a dar las uvas!

Sergio abre la ventana del salón y se asoma. El aire frío le da de

lleno en la cara. Divisa el coche en el que están haciendo guardia esa noche. Ya lo ha visto alguna vez. Distingue a un par de policías vestidos de calle en su interior. Los compadece y le fastidia que les toque currar por su culpa en una fecha tan señalada. Hacen un trabajo ingrato y poco valorado. Si por él fuera, los mandaría a casa para que pasaran la noche con sus familias. Pero ellos dicen que solo cumplen con su obligación. Luego les bajará algo de la cena y un par de copas de champán, aunque entiende que es probable que, estando de servicio, no puedan beber alcohol.

Entonces las ve. Las dos salen de un coche oscuro que las ha dejado a unos cincuenta metros de distancia. Celia y Triana saludan a los policías de guardia y se dirigen hacia la puerta del edificio.

—¡Ya están aquí! —grita el chico justo antes de que suene el timbre del telefonillo.

Blanca se apresura a abrir y las espera en la entrada. Está temblando por el frío que se ha colado por la ventana y, sobre todo, por la tensión acumulada. Creía que ya no vendrían y que el año comenzaría con mal sabor de boca. Después del día que ha pasado, no estaba preparada para que ella no apareciera.

La periodista se queda embobada cuando contempla a Triana. Se ha puesto un abrigo negro largo, pero debajo puede atisbar un bonito y escotado vestido azul oscuro. Parece más alta por los tacones y se ha maquillado como el día de Nochebuena. Está preciosa y a ella se le cae la baba.

—Perdón por el retraso —dice Celia, que le da un abrazo a Blanca—. Hemos tenido varios contratiempos. Incluido que mi hija se ha dejado el móvil en casa y el mío se ha quedado sin batería. Espero que puedas prestarme un cargador.

—Somos un desastre —añade Triana, que mira de arriba abajo a su amiga—. Estás increíble. Menuda belleza.

—¿Y yo qué? —pregunta Sergio, que no tarda en llegar.

—Tú eres un *gentleman*. El tío más guapo de El Viso.

Blanca observa cómo su hermano agarra por la cintura a Triana y la besa en las mejillas de una forma que ella no se atrevería. Siente celos de Sergio, siempre más lanzado que ella para esas cosas. Sus padres también hacen acto de presencia y las presentaciones se suceden.

Mientras los mayores se sientan a la mesa y hablan del frío que

hace esos días y otras cuestiones sin demasiada trascendencia, los jóvenes van a la cocina a buscar la comida.

—Muchas gracias por invitarnos —dice Triana, que coge una bandeja de ensaladilla que reposa sobre la encimera—. Para mi madre y para mí es un placer pasar esta noche con vosotros. Os estamos muy agradecidas.

—Gracias a vosotras por venir. Intentaremos que lo paséis bien y que mis padres metan la pata lo menos posible.

—No te preocupes, Blanca. A eso no nos gana nadie. Mira la que hemos liado con los teléfonos. Somos un cuadro.

—¿Y Niko? ¿Tenía otro compromiso o ha preferido no salir de su casa? —pregunta Sergio, que parte el pan y lo echa en una cestita de mimbre—. Imagino que no le gustan mucho este tipo de celebraciones.

—Las fiestas no son lo suyo.

—¿Los polacos se comen las uvas hoy a las doce?

—Es una tradición española —responde Triana de manera algo seca—. Él pasa de todo eso.

A Blanca le resulta rara la actitud de su amiga. Está muy rígida y, a pesar de ir maquillada, se le notan los ojos algo hinchados e irritados. Juraría que ha estado llorando. Quizá por eso han llegado tarde. ¿Le habrá pasado algo con Niko?

Los chicos distribuyen los platos de comida sobre la mesa del salón y los seis se disponen a pasar una entretenida cena de Nochevieja. Es Sergio quien levanta la copa para el primer brindis.

—Por mi hermana, Blanca, por Celia Mayo y por Triana, tres supervivientes que se merecen que, a partir de ahora, todo les vaya bien. ¡Y por Niko Olejnik, aunque no haya querido pasar la noche con nosotros! También brindo por él.

A Blanca no le gusta la parte final del brindis de su hermano. Parece que a Triana tampoco. Se ha fijado en ella. Negaba con la cabeza y los ojos se le han puesto rojos. Los labios le temblaban cuando han chocado sus copas.

—Seguid vosotros, voy un momento al baño —dice la chica del vestido azul despampanante después de beberse el champán—. ¿Al fondo, a la derecha?

—Dónde si no —responde Sergio, que se sirve un par de rollitos de jamón de york rellenos de huevo hilado.

Triana le da las gracias al joven y se levanta de la mesa. Blanca la observa preocupada. Presiente que algo no va bien, así que sale tras ella. La coge de la mano antes de que entre en el cuarto de baño y la guía hasta su habitación.

—¿Qué te pasa? Pareces muy triste.

—No es nada.

—Venga, Triana. Ya te conozco. ¿Qué es lo que sucede? Puedes contármelo.

—He roto con Niko —responde Triana. Se muerde el labio nerviosa.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. No me encuentro muy bien. No iba a venir, pero... al final ha sido mi madre la que me ha convencido. Estoy todavía asimilándolo.

—Deberías habérmelo dicho.

—¿Para qué, Blanca? Tú no puedes hacer nada.

La intensidad de la mirada de Triana es tan hipnotizadora como las cálidas palabras de Gervasio Lombán durante la sesión. Procura evitar sus ojos y se fija en sus labios, pero la solución al remedio es todavía peor. Las ganas inmensas de besarla la desbordan. Se contiene. Solo puede desearla, porque dar un paso hacia adelante sería retroceder para siempre.

Sin embargo, de repente, los labios de Triana se aproximan lentamente y se unen a los suyos. Ese giro de los acontecimientos no lo ha visto venir. Y, aunque no parezca real, es el beso más auténtico que ha dado en sus veintidós años de vida.

Cuando sus bocas se alejan, Blanca no sabe qué decir. Tartamudea e improvisa:

—¿Sa... sabes que... hoy me... han hipnotizado?

CAPÍTULO 54

TRIANA

El Viso del Alcor, martes, 31 de diciembre de 2019

La cena ha ido mejor de lo que esperaba. Los padres de Sergio y Blanca se han portado muy bien con ellas. Han comido hasta hartarse y se han reído mucho. Le encanta ver a su madre tan alegre y dicharachera. Además, no ha salido ni una sola pregunta sobre el secuestro ni acerca de todo lo acontecido en los últimos meses. Aunque no se encuentre en su mejor día, Triana se siente afortunada.

—¿Cuánto falta para las doce? —pregunta Sergio, que se está comiendo el enésimo trozo de turrón de chocolate.

—Media hora —le responde su padre, de pie y con varios vasos en las manos, en pose de camarero—. ¿Queréis uvas con pepitas o sin pepitas? Hemos comprado de las dos.

La mayoría prefiere sin pepitas. Los adultos son ahora los que se encargan de recoger las sobras de la cena. Celia le da un beso en la frente a su hija y también se va a echar una mano en la cocina. Le ha susurrado que la quiere.

—¿Pongo música? Esto está muy parado —comenta Sergio, que busca en Spotify alguna lista con canciones actuales para fiestas—. A ver si os gusta esta.

El tema que suena es *Secreto*, de Anuel y Karol G. No es de sus preferidas, pero se pone de pie y baila con su amigo. Blanca los observa en silencio. Antes ha sucedido algo extraño entre ellas. Fue un impulso. Ni siquiera se explica el motivo por el que la besó. Tendrán que hablar sobre el tema cuando se queden a solas. De lo que sí han charlado brevemente ha sido de la sesión de hipnosis. Cuando estaba en el punto más interesante, las han llamado para que regresaran a la mesa. Tras las uvas, retomarán la conversación.

—Un momento. ¿Podéis parar la música? —dice Blanca, que está mirando el móvil—. Uno de mis compañeros acaba de escribir en uno de los grupos de WhatsApp del periódico y dice que ha sucedido algo grave en el barrio de Santa Cruz. Han encontrado a alguien muerto en la plaza de Doña Elvira.

—Eso está muy cerca de donde vivo —comenta Triana, que deja de bailar con Sergio y acude junto a la periodista—. Se escuchaban sirenas cuando nos hemos ido, pero imaginábamos que era por algo relacionado con las fiestas.

—Le he preguntado al chico que le ha tocado cubrir la noticia. Siempre hay alguien de guardia por si ocurren cosas de este tipo.

—¿Se sabe qué es exactamente lo que ha pasado?

—Parece que han matado a un hombre de un disparo. La policía no ha ofrecido más información de momento. Es complicado que se sepan más detalles hasta mañana.

—Lo de esta ciudad en los últimos meses es increíble —dice Sergio. Al chico se le han quitado las ganas de bailar—. Todo empezó con los crímenes de aquel falso Chopin, y, desde entonces, en Sevilla no hemos dejado de tener una muerte trágica tras otra.

Triana no puede estar de acuerdo con su amigo. El inicio de aquella ristra de asesinatos en la ciudad tuvo lugar mucho antes: en concreto, cinco años atrás, cuando mataron a su padre. El inspector Velázquez fue la primera víctima, aunque quien le preocupa ahora mismo es Niko. El tipo peligroso al que engañó su abuelo está viviendo en Sevilla y lo está buscando porque quiere venganza. La joven se estremece al pensar que pueda encontrarlo.

—Sergio, ¿puedes llamar a Niko para preguntarle cómo está?

—Lo hice antes de que vinierais y me salió que no tenía el móvil encendido.

—¿Puedes probar de nuevo, por favor?

El chico asiente. Lo llama otra vez, pero el teléfono sigue apagado. Lo intenta una segunda vez y lo mismo.

—Se habrá quedado sin batería, como le ha pasado a tu madre.

A Triana no le convence la explicación de Sergio, aunque no quiere alarmarse. Lo más probable es que apagara el móvil cuando se fue de su casa para que no lo molestasen. Acababan de romper y no le apetecería hablar con nadie. Ni por un momento quiere pensar que la persona a la que han disparado en la plaza de Doña Elvira sea Niko.

Trata de convencerse de que todo está bien cuando suena el teléfono de Blanca. Su amiga lo coge y, durante un par de minutos, habla con alguien. Cuando cuelga, con solo mirar su cara se entiende que no ha recibido una buena noticia.

—El hombre al que han disparado es García.

—¿Qué? ¿Han asesinado a García?

—Sí. Me han pedido que no salgamos. Todavía no saben muy bien qué es lo que ha sucedido. Todo es muy confuso. Van a enviar otra patrulla de refuerzo.

—¿Y Niko?

—¿Qué pasa con él?

—¿Te han dicho si está bien? ¿Lo tienen localizado? ¿Hay alguien que lo vigile?

—No he preguntado por él, Triana. Imagino que estará en su casa tranquilamente y que también lo habrán avisado de lo que ha sucedido.

—Tiene el teléfono apagado —interviene Sergio con preocupación.

Los adultos han acabado de recoger y regresan al salón con las uvas y otra botella de champán. Triana le comenta en voz baja a Blanca que no diga nada sobre el asesinato de García. También le hace un gesto con el dedo a Sergio para que guarde silencio. No quiere que su madre se altere. Estaba siendo una gran noche y todo acaba de fastidiarse.

Solo faltan cinco minutos para las doce.

—¿Os dais cuenta de que ya se acaba el 2019? Menudo año hijo de puta.

—Papá, no digas tacos.

—Es la verdad, hija. Que se lo digan a esta buena mujer. Seguro que ha sido uno de los peores años de su vida.

—No lo estropeemos a dos minutos de las campanadas, que íbamos bien.

Triana observa de reojo a su madre, que sonríe. No le ha molestado el comentario de Federico. Menos mal. Hará todo lo que esté en su mano para que sea feliz. Por eso no es el momento de contarle lo de García. Su cabeza, de todas maneras, está en otra parte: ¿dónde se ha metido Niko y por qué tiene el móvil apagado desde hace tantas horas? Joder, no debería preocuparse tanto por él. Le da

pena haberlo dejado solo en un día tan señalado. Falta un minuto para las doce y va a empezar el año nuevo sintiéndose culpable. A lo mejor podría haber tenido más paciencia. Le quiere, pero no puede perdonárselo todo. Ha traspasado el límite. Sigue enfadada y eso es lo que cuenta, ¿no?

—¡Triana! ¡Espabila! —grita su madre mientras le da con el codo para avisarla—. ¡Ya vamos por la tercera!

La chica escucha la cuarta campanada y empieza a meterse las uvas en la boca a toda velocidad. Ha leído que da mala suerte no comerse las doce a tiempo. Sin embargo, esta vez le resulta imposible. Le quedan dos cuando suena la última campanada.

—¡Feliz Año Nuevo, cariño!

—¡Feliz Año Nuevo, mamá! Te quiero mucho —dice la joven con los mofletes inflados.

—Yo también te quiero.

Madre e hija se dan un largo abrazo mientras Triana traga las uvas que se han quedado pendientes. Después se abraza a Sergio, les desea feliz año a Carmen y a Federico y termina delante de Blanca. Las dos se miran y se sonríen. Se conocieron en el peor momento, pero su amistad se ha ido haciendo más fuerte.

—Espero que el 2020 sea mejor para ambas —dice la periodista levantando una copa.

—Sí, que este año traiga solo cosas buenas.

Brindan sin apartar los ojos la una de la otra. Enseguida se unen los demás y el choque de copas se repite.

—¿Quieres llamar a alguien para felicitarle el año? —le pregunta su madre, que ya tiene la batería del móvil cargada.

—No, gracias. No me apetece hablar con nadie.

—Bien. Si lo necesitas, dímelo. Y anímate.

Ha estado a punto de pedírselo para llamar a Niko, pero le da pánico que no lo coja o que lo tenga apagado como hasta ese momento. Reza para que esté bien y que el mantenerse incomunicado solo sea un arrebato de los suyos motivado por lo que ha pasado entre ellos.

El ruido de los cohetes que lanzan en las calles de El Viso es ensordecedor. Sergio grita que baja a la calle a llevarles una copa de champán y un poco de jamón a los policías que están haciendo guardia.

—¿Podemos hablar en mi habitación? —le susurra Blanca al oído.

—Claro, vamos.

Triana acompaña a su amiga hasta su cuarto. A lo mejor desea una explicación sobre el beso de antes. Será difícil justificar por qué lo hizo. Ni ella misma lo sabe.

Entran en la habitación y cierran la puerta. Blanca parece intranquila y no deja de suspirar. Se acerca y le coge la mano. Está cálida y húmeda. Se la nota muy nerviosa.

—Solo fue un beso instintivo —se anticipa a decir Triana antes de que le hable—. No sé muy bien por qué lo hice. Seguramente por la confusión que tengo en la cabeza. Acabo de romper con Niko y tú eres siempre tan buena conmigo que me apeteció en ese instante. Nada más.

—Un beso instintivo.

—Eso es. Lo siento si te hice pensar otra cosa. No me gustaría que nos hiciéramos daño por algo así. Perdóname. Te has convertido en alguien muy importante para mí.

Blanca suelta la mano de Triana y se sienta en la cama. De la mesita de noche saca un cuaderno. Busca una página en concreto, la arranca y se la entrega.

—¿Qué es esto?

—He apuntado algunas cosas que he dicho hoy durante la sesión de hipnosis. Para que no se me olviden.

—¿Era esto de lo que querías hablar?

—Sí, Triana. Lo del beso ya lo suponía.

Está segura de que no era eso lo que quería decirle en la habitación, pero no puede hacer nada por ella. Se ha equivocado dándole aquel beso y lo siente si está sufriendo ahora mismo. Últimamente, se ha especializado en romper corazones y no le gusta.

—Gervasio Lombán ha sabido guiarme hasta los recuerdos que había perdido tras el accidente de helicóptero.

—¿Has sufrido mucho en la sesión?

—Un poco. Sobre todo cuando recordaba la charla con Mercedes Reinoso.

Triana echa un vistazo a la hoja que le ha pasado Blanca. Lo ha escrito como si se tratara de una historia para el periódico. Le llama la atención lo de la caja fuerte y Benidorm. También lo del número en el

billete. Parece que no se trataba de un móvil, sino de una combinación. La chica da un brinco cuando lee una de las frases.

—¿Qué significa lo de «Mercedes me dijo antes de morir que se llamaba Escudera»?

—Fue una de las partes del sueño que recordé. Además, fue de las que vi con más claridad. ¿Por qué?

—¡Es uno de los alias que aparecía en los documentos que encontraron en casa de Mesa! ¡Ella estaba implicada en el asesinato de mi padre!

—¿Qué dices? ¡Eso no es posible!

—Te aseguro que...

Triana no continúa hablando porque Sergio abre la puerta y entra corriendo en la habitación. Está muy acelerado. Blanca le pide que se tranquilice y se siente, pero su hermano permanece de pie, respirando agitado. Toma aire y cuenta la razón por la que está tan alterado.

—Acabo de bajar a ver a los polis que hacen guardia para llevarles champán y algo de comer. Me han dado las gracias, pero me han dicho que no podían aceptarlo. Después les he preguntado por García. No me han querido decir nada, pero, cuando ya me iba, han llamado al móvil a uno de ellos y, en voz alta, ha repetido la dirección que le acababan de dar. Hablaban de que habían encontrado a otra persona muerta. Esa dirección era de la calle donde vive Niko.

CAPÍTULO 55

NIKO

Sevilla, martes, 31 de diciembre de 2019

Cinco horas antes de fin de año.

La sangre que le cae desde el labio le está manchando la ropa. Supone que ese tipo, que sabe pegar fuerte, se lo ha debido de romper. Se nota que está acostumbrado a hacerle daño a la gente. Por lo menos no lo ha asesinado, como ha hecho con el pobre García. Mientras camina, percibe la pistola en su espalda. Ya le ha advertido que, si no se comporta, lo matará a él y a todo el que pase por su lado. Dice que no tiene nada que perder.

—¿Quieres que tú y yo hablemos en polaco o prefieres que lo hagamos en español?

—Haz lo que te dé la gana.

—Bien, muchacho. Hablaremos en tu idioma actual. Me cago en tus muertos, como dicen en Sevilla. Me apasionan las palabrotas españolas. —Jarek suelta una carcajada muy desagradable.

Le ata las manos por delante, con una cuerda, y le obliga a subir a un coche blanco, aparcado cerca de la plaza en la que se han encontrado. Le insiste en que si hace alguna tontería, le pegará un tiro como al tío de la gabardina.

—El coche es robado. El mío lo tengo en el taller. ¿Sabes hacer un puente?

—No, no sé.

—¿Tu abuelo no te lo enseñó? Ese hijo de puta se olvidó de mostrarte las cosas importantes de la vida. Primera lección: saber hacer un puente. Segunda lección: no te hagas amigo de los policías.

—¿Y tú por qué te juntaste con Muriel?

—Ese es un trozo de mierda. Le gusta más la coca que la placa.

Mucho cuerpo para tan poco hombre. Casi me pescan por su culpa. Por suerte, yo soy más listo que toda esa chusma. La policía española es una calamidad.

Michalski celebra que el motor se pone en marcha y arranca pisando a fondo el acelerador. Se salta un paso de peatones y está a punto de atropellar a varias personas.

—Apaga el móvil y mételo en la guantera —le ordena.

—No puedo con las manos atadas.

—Claro que puedes. Demuestra tu habilidad. Haz lo que te digo.

El chico obedece, aunque, efectivamente, le cuesta hacerlo. No sabe muy bien lo que pretende aquel tipo y es mejor no hacerle enfadar. Ya se ha llevado una buena hostia antes de subir al coche.

—¿A dónde vamos?

—A tu casa. Quiero pisar y oler el sitio donde se escondía la rata de Dariusz.

—¿Sabes dónde vivo?

—Por supuesto, Nikolai. Sé dónde vives tú y dónde viven tu novia y su madre. Sé hasta dónde están enterrados tus padres. He hecho los deberes. Me dedico a esto, chaval. Así que pórtate bien y solo tendrás que preocuparte por lo que te pase a ti.

A Niko se le hiela la sangre cuando escucha a Michalski. No puede arriesgarse a cometer errores porque el perjudicado no sería solo él. Que tenga la dirección de la casa de Triana y Celia le preocupa más que lo que le vaya a pasar ahora. Ese hombre parece dispuesto a todo y no está demasiado bien de la cabeza.

—Acabarás en la cárcel.

—Qué dices, capullo.

—La policía irá a por ti en cuanto encuentren a García. No tienes a dónde ir. Te buscarán hasta que te encuentren y luego lo pagarás.

—Puede ser que eso ocurra, aunque lo dudo. En cualquier caso, antes quiero divertirme un poco contigo. Después de tantos años buscando a un Olejnik, tengo derecho, me lo he ganado.

—¿Esto es por lo que te hizo mi abuelo?

—Podríamos decir que sí, que es una venganza a título póstumo. Me llevé un gran chasco cuando vine a Sevilla y me contaron que ese puto viejo había muerto. Solo fue comparable a la alegría que me llevé cuando Muriel me habló de ti. Los ojos se me iluminaron y, desde entonces, he estado soñando con este momento.

—¿Qué vas a hacerme?

—Nada, Nikolai. Nada.

Se oye el estruendo de los cohetes y algunos fuegos artificiales iluminan la noche sevillana. No hay mucha gente por la calle, ya que la mayoría está en sus casas a punto de cenar. Se pregunta qué pensará Triana cuando se entere. A lo mejor, la próxima vez que alguien le hable de él será para darle el pésame.

Sin esperarlo, en un semáforo en rojo, Michalski le vuelve a dar un bofetón. En esta ocasión el golpe impacta contra la nariz del chico. Niko suelta un alarido de dolor que se mezcla con la risa macabra de aquel hombre. Ha sentido cómo le crujía el tabique nasal, aunque no sangra ni parece roto. ¿Es eso lo que le espera en las próximas horas?

Durante un rato, Michalski no le dice nada. Prefiere canturrear canciones españolas de los ochenta. Tiene especial predilección por Alaska y Mecano. Niko aprovecha la tregua para cerrar los ojos e intentar calmarse. Dominar el miedo es esencial en esos instantes. No tiene muchas opciones de salir indemne de aquella situación. Su objetivo debe ser moderar los daños en la medida de lo posible, pero tiene que saber a lo que se enfrenta realmente. ¿Jarek se conformará con darle un escarmiento y partirle unos cuantos huesos o querrá llegar hasta el último extremo? El tipo sabe que, pase lo que pase, es carne de prisión. Porque, después de haber matado a un policía, Gaviria y los suyos no pararán hasta encontrarlo.

—Estás muy callado, princesita —le dice Michalski cuando llegan a la calle en la que vive Niko—. ¿Estás asustadito?

—Estoy bien, gracias.

El hombre aparca e, inmediatamente después, le arrea otro tortazo. Le da con la palma de la mano, pero con una fuerza descomunal. No puede creer que aquel tipo, que a primera vista no parece muy fuerte y que seguro que pasa de los sesenta años, pueda golpear con tanta violencia.

—Me alegro. Ahora vamos a bajar del coche y a entrar en el edificio. Te repito lo mismo que antes: cero tonterías. Cualquier gilipollez y disparo. Y después de matarte a ti, iré casa por casa disparando al que me abra hasta que me quede sin balas. ¿De acuerdo?

Niko asiente y le pide que coja la llave que guarda en el bolsillo del abrigo, ya que no puede alcanzarla con las manos atadas. Juntos,

con la pistola pegada a los riñones, se dirigen apresuradamente al bloque de pisos donde vive el chico. Si se encuentran con alguien en ese corto trayecto, quizá pueda intentar hacer algún gesto para pedir auxilio. Sin embargo, no coinciden con nadie.

—El edificio no es muy bonito. Espero que el interior esté mejor. ¿Vives en el ático?

—Sí. Arriba del todo.

Los dos suben por la escalera hasta la última planta. Jarek abre la puerta del apartamento y suelta un silbido.

—¡Menuda choza tienes! El abuelo te dejó un sitio bonito en el que vivir. Ya veo en qué se gastó mi dinero ese cabrón. ¿Tienes calefacción? Se me han quedado los huevos helados.

Niko enciende uno de los radiadores del salón y se sienta en el sofá a petición de Michalski, que permanece de pie.

—Quítate la ropa —le ordena de repente—. Venga, no tengo todo el día.

—¿Qué dices?

—Que te desnudes.

—No voy a hacer eso.

El hombre se acerca por detrás y vuelve a pegarle con fuerza. Niko siente cómo la cabeza le retumba por el golpe recibido en la nuca. Jarek insiste en que se quite la ropa y él vuelve a negarse. Esta vez lo que le suelta es un puntapié en la rodilla derecha. El dolor es inmediato. Niko se quiebra y agarra la zona en la que le ha dado con la bota.

—¿Te vas a despelotar o quieres que te siga pegando? No te preocupes, no te voy a violar, si es lo que piensas. A mí solo me van las tías. Simplemente es para añadir un poco de pimienta al espectáculo y para asegurarme de que no llevas micros ni mierdas de esas.

—Estoy limpio.

—Vamos a comprobarlo. ¡Venga, coño! ¡Desnúdate!

Finalmente, el chico obedece. Con las manos atadas, se desnuda como puede y se queda solo con el bóxer puesto. Michalski suelta una carcajada cuando ve un dibujo de Goku en la ropa interior del joven.

—Esto está siendo más divertido de lo que esperaba. ¿Te lo ha regalado tu novia?

—No. Me lo compré yo.

—¿En serio, Nikolai? Joder. Si es que, aunque estés jugando a cosas de mayores, todavía eres un niñato. ¿Verdad, Chopin? —le dice Jarek, que coge una silla y se sienta frente a él. La pistola la pasa de una mano a otra—. Lo de tu abuelo fue la mayor putada que me han hecho, pero a ti no te voy a perdonar que te apropiaras del nombre de un polaco ilustre para firmar tus robos de mierda. ¿Te creías Lupin o el doctor Moriarty? ¡Encima me he enterado de que has devuelto todo lo que mangaste! Hay que ser maricón.

—Lo de las partituras de Chopin fue lo primero que se me ocurrió. No fue nada pretencioso.

—Ya, ya, ya. ¿Y seguro que no te queda nada de lo que te llevaste de esas casas? Porque una de las cosas por las que te he invitado a este *show* es para recuperar lo que tu abuelo me robó.

—Lo devolví todo.

—No me lo creo.

—Te lo juro. Por eso el juez me perdonó.

—¿Y cómo te ganas la vida? ¿De dónde sacas el dinero para comer?

—Del aire. Solo hago dos comidas al día.

Michalski niega con la cabeza y dibuja una sonrisa maligna. Se levanta de la silla y le atiza otra patada, esta vez en la espinilla izquierda. Sin darle tiempo a que se recupere, Jarek levanta otra vez la pierna y la coz la dirige ahora contra su rostro. Aquel golpe lo noquea durante unos segundos. Le pitan los oídos y nota cómo le arde el pómulo derecho.

—Te has pensado que esto es un juego, Nikolai. Lo que me hizo tu abuelo fue muy grave y solo podía terminar así. Quizá te mate, no serías el primero; o quizá te deje con vida. Para eso tienes que ser obediente y aplicado. Si me vacilas, te va a tocar sufrir tanto que vas a querer que te remate lo antes posible pegándote un tiro. ¿Entendido?

—Entendido.

—Buen chico. Y ahora dime: ¿de dónde sacas el dinero para comer y pagar las facturas?

—He seguido robando.

—¿De verdad? ¿O es otra de tus vaciladas?

—Soy un profesional y un adicto a delinquir. Uno no se quita de eso de la noche a la mañana.

—Muriel me dijo que lo habías dejado.

—Lo intenté, pero no pude. Nadie lo sabe ni se ha dado cuenta. Ni siquiera mi novia —confiesa Niko. La cara se le está hinchando por momentos—. Lo tengo todo en el cuarto del piano. En una caja fuerte.

—¿Dónde está eso?

—En la habitación del fondo del pasillo.

—¿Ahí guardas todo?

—Casi todo. El resto lo escondo en el trastero de un hangar. Te proporcionaré los datos si quieres.

Michalski arruga el ceño y, con la pistola, le da un golpecito en el hombro.

—Si me estás engañando —le advierte—, terminarás con una bala en la sien.

—No estoy mintiendo. Nunca lo hago.

—Lo que les hagas a tu novia o a tus amigos no me importa. Lo que me importa es que no me mientas a mí. Vamos a esa habitación del piano. ¡Levántate!

Niko obedece. Guía a su agresor hasta el final del pasillo y abre la puerta. Pasa delante y enciende la luz. Hace frío en aquel cuarto. Le indica dónde está la caja fuerte y Michalski se acerca a abrirla.

—¿La combinación?

—Cinco, uno, tres, cinco, dos, cero.

—¿Tiene algún significado especial?

—No. Mi abuelo puso ese número y yo lo dejé. No soy de hacer cambios porque sí.

Jarek marca los números que Niko le dicta y, efectivamente, abre la caja. Se lleva una gran sorpresa cuando la encuentra vacía. No es la única sorpresa para Michalski. El chico, aun con las manos atadas, logra golpearle en el rostro con los puños, como si estuviera utilizando un bate de béisbol. La pistola sale volando y cae sobre el piano que tantas satisfacciones le ha dado. Niko, más ágil y rápido que su secuestrador, llega primero al arma ante la incredulidad de Michalski, que retrocede.

—Me has subestimado e infravalorado, Jarek. Soy el segundo Olejnik que te la juega.

Dos disparos coinciden con las campanadas de la iglesia más cercana. Al final no se va a comer las uvas solo, el cadáver de Michalski lo acompañará. Sabe que no tendrá más remedio que dar parte a la policía de lo sucedido, pero ha disparado a ese tipo en

defensa propia. Solo tienen que analizar las numerosas heridas que le ha infligido. Espera que le crean. Respira hondo y se tumba en el sofá del salón. Está agotado. Se quita la cuerda de las manos, que todavía le tiemblan. A pesar de ser un delincuente, es la primera vez que mata a un hombre. Le duele todo el cuerpo y, aunque lo lógico sería que el dolor se encargara de mantenerlo despierto, se siente tan exhausto que, en cuanto cierra los ojos, se queda profundamente dormido.

Su abuelo estaría orgulloso de él.

CAPÍTULO 56

BLANCA

El Viso del Alcor, miércoles, 1 de enero de 2020

¿Eso es resaca? Le duele muchísimo la cabeza y tiene náuseas. Anoche se bebió los restos de la botella de champán con la que brindaron después de las uvas y media de otra que encontró en la nevera. Blanca no está muy acostumbrada a beber y le está pasando factura.

«Un beso instintivo». La madre que la parió. ¿Eso existe? Si no existe, su querida Triana se lo ha inventado y Blanca sabe perfectamente lo que significa. Ha sido como cruzar el mar para morirse en la orilla.

Es temprano, pero sus padres ya se han despertado y tienen la televisión a un volumen excesivamente alto. Sobre todo si te duele la cabeza.

—¿Qué estáis viendo tan pronto? *¿Callejeros viajeros?*

—El canal 24 Horas. Es horrible lo de ese policía. ¡Nosotros lo conocíamos! Era de los nuestros.

A su padre le falta cuadrarse y que suene el himno. Nunca había sentido tanta devoción por alguien de las fuerzas del orden. Sin embargo, tiene razón. Que ayer asesinaran a García ha sido una manera horrible de empezar el año.

—¿Tú lo sabías? —le pregunta su madre, también afectada por el crimen.

—Me lo dijo un compañero del periódico. Anoche no quisimos asustaros y preferimos no contaros lo que le había sucedido a García.

—Deberías habernos avisado —se queja Federico.

—Estoy de acuerdo con tu padre. Teníamos derecho a saber que habían matado a uno de los policías que ha estado estos días con vosotros.

Blanca sale del salón resoplando. Cuando no es una cosa es otra. No tiene ganas de discutir con ellos. Huele a café recién hecho. Se sirve uno solo y se sienta a la mesa que está pegada al frigorífico. La llamaban «la mesa del desayuno» cuando era pequeña. Su madre grita desde el salón que deje café para Sergio. Está claro que el año ha empezado como terminó el anterior.

Un beso instintivo, maldita sea.

Fue su hermano quien les contó que habían asesinado a alguien más durante la noche y que se había localizado el cadáver en la calle en la que vive Niko. Se lo había oído decir a los policías que hacían guardia.

Triana entró en pánico. Le pidió el móvil y comenzó a llamar al chico desesperadamente, pero él lo tenía apagado. Entonces recurrió al comisario. Arturo Gaviria estaba en casa con su familia, pero sus hombres lo tenían al tanto de lo sucedido. Efectivamente, había un muerto en el edificio de Niko, pero no era él. El fallecido se llamaba Jarek Michalski y era un peligroso delincuente polaco.

—¿También tú te has despertado por el ruido de la televisión? —le pregunta su hermano, que aparece en la cocina despeinado y con grandes ojeras—. Hacía nada que me había quedado dormido. No he pegado ojo en toda la noche.

—Pues tienes mejor cara que yo.

El chico se queda mirando a su hermana y sonríe socarronamente. Luego se echa en una taza el café que queda y un poco de leche.

—¿Has hablado con Triana? —le pregunta Sergio mientras se pone azúcar.

—No. Ahora le enviaré un mensaje. Lo último que supe de ella era que había ido a casa de Niko y que respiraba aliviada al ver que estaba bien a pesar de los golpes que le había propinado aquel tipo.

—Llegué a pensar que lo habían asesinado.

Blanca también lo creyó. De hecho empezó a plantearse cómo sería la vida sin él. Lo hubiera sentido por su amiga, pero a ella no la habría afectado tanto. Le duele pensar así, pero es la realidad. Ese chico no le cae bien y cada uno tiene lo que se merece. Además, por su culpa, todo el que le rodea se pone en peligro.

—¿Sabes? Como esta noche no he conseguido dormir, le he dado muchas vueltas a lo que quiero hacer a partir de ahora y cómo lo

quiero.

—Sí que te has levantado profundo, hermano.

—Es que hemos puesto el contador a cero otra vez. ¿Por qué no aprovecharlo para cambiar lo que no nos gusta?

—¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a ir de casa?

—Lo has adivinado. Es lo primero que quiero hacer —dice muy convencido Sergio—. Tengo dinero ahorrado de cosas que vendí por Internet. Todavía puedo sacar más con la consola, varias camisetas y zapatillas de deporte que apenas me he puesto y algunos libros que están prácticamente nuevos. Dejaré la carrera y me buscaré un trabajo para pagar una habitación en Sevilla.

—Es arriesgado. ¿Y luego?

—No lo sé. Me encantaría dedicarme a algo creativo. Me gusta la carrera de Triana, aunque sé que no estoy capacitado para estudiar Bellas Artes. No tengo prisa para elegir mi futuro. Solo tengo prisa por salir de aquí.

—¿Todo eso se te ha ocurrido esta noche?

—Hace tiempo que no me siento bien, Blanca. La ruptura con Verónica fue la gota que colmó el vaso. La experiencia en la casa con vosotros me terminó de abrir los ojos. Necesito un cambio y lo necesito ya.

—Papá y mamá se van a poner muy contentos —dice irónicamente—. Pero yo te apoyo. Si quieres quedarte en mi piso una temporada, estás invitado.

—Gracias, hermana. Lo tendré en cuenta.

El joven se termina el café y friega la taza. De repente, Blanca lo ve como alguien más maduro, capaz de tomar decisiones importantes. Fue justo lo que le pasó a ella cuando tenía su edad, aunque los cambios no fueron tan drásticos y tenía una base sólida para intentar dar un giro a algunos aspectos de su vida.

—¿Qué pasó al final anoche con Triana? Se fue muy pronto. ¿Le contaste lo de la hipnosis?

—Le di la hoja en la que había apuntado lo que recordé. Ah, y me besó.

La taza que Sergio sostiene en las manos se le resbala y cae al fregadero. Por suerte, no se rompe. El chico se da la vuelta y la mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿Que te besó? ¿Estás de coña? ¿Cómo que te besó? ¿Y estás

sentada ahí tan tranquila tomándote un café como si nada?

—Solo fue un beso instintivo.

—¿Qué coño es eso?

—La manera de decirle a alguien que solo te ve como a una amiga.

—¿Te dio un beso en la boca y luego te dijo que solo te quiere como una amistad?

—Algo así. No te preocupes. Lo tengo asumido.

Aunque le duele. Es imposible que no duela. Lloró mucho cuando Triana se marchó. Lloró y bebió champán. El beso la dejó en *shock* porque fue su amiga la que se lanzó. No lo esperaba ni imaginaba que pasaría alguna vez. Sin embargo, sucedió. Se besaron. Pero solo fue un simulacro. Tocaba regresar a la realidad en la que el amor de su amada corresponde a otra persona. Cuanto antes lo asimile, menos lágrimas derramará.

—¿Necesitas hablar del tema?

—No. Solo quería que lo supieras. Está todo dicho. No hay ni habrá nada entre Triana y yo —sentencia Blanca antes de acabar su café de un sorbo—. En la corta charla que tuvimos sobre la sesión de hipnosis, salió un dato que no te comenté ayer y que lo cambia todo. Mercedes Reinoso, no sabemos de qué manera y por qué razón, participó en el crimen del padre de Triana. Escudera era su seudónimo.

—No puede ser. Esto me parece casi más fuerte que lo del beso. ¿Se lo habéis dicho al comisario?

—Yo no. No sé si ella habrá hablado ya de eso con Gaviria.

—Tu jefa estaba involucrada en el asesinato del inspector Velázquez junto a Montesorín y a otra persona. ¿Es así?

—Exacto, Sergio. Tenemos que averiguar dónde se encuentra la caja fuerte de la que Mercedes me habló antes de morir. Ahí podremos dar con la clave de este asunto. Lo tengo claro.

—¿Quieres que busque la forma más rápida para llegar a Benidorm?

—Me voy a dar una ducha. Si quieres, lo gestionamos después. Tengo ganas de hacer un viaje a Alicante.

Mientras está en el cuarto de baño, escucha a su hermano hablar con sus padres. Están gritándose, lo que indica que, muy probablemente, Sergio les haya comunicado que quiere irse de casa.

Cómo le recuerda a aquel momento en el que decidió marcharse a vivir a Sevilla. También le tocó enfrentarse a ellos.

La ducha resulta muy reparadora. Es difícil dejar de pensar en Triana, pero debe obligarse a aceptar que su amiga está enamorada de Niko. Da lo mismo si está abriéndose a otras orientaciones sexuales o no. En realidad, que le diera un beso a una chica no significa que, de la noche a la mañana, le gusten las mujeres. A lo mejor todavía no ha descubierto su verdadera identidad. Lamenta que aquella esperanzadora puerta que por un instante se abrió no tardara en cerrarse, junto a todas las ventanas, de golpe. Hay que aceptarlo de la mejor manera: yéndose a Benidorm a no sabe muy bien qué.

El secador del pelo le impide escuchar que le han enviado un mensaje. Lo ve cuando ya se está vistiendo. Se extraña de que Rebeca Solís le haya mandado un audio. Enseguida le da al *play*.

> Audio de Rebeca Solís
> Feliz año, querida. Ayer tuve mucho jaleo y no te pude felicitar. Espero que no tengas mucha resaca y lo pasaras bien. No te molesto demasiado, que seguro que aún estás en la cama, recuperándote de la fiesta de anoche. Te he enviado un correo electrónico con algo que me pediste. Anoche, sí, anoche, casi a la hora de las uvas, recibí un correo con la lista de las personas que estuvieron en la reunión improvisada con el alcalde el día del accidente. No sé cómo ha costado tanto conseguirla, porque son todos empleados de la limpieza de Sevilla. Algunas informaciones parecen el secreto de la Coca-Cola. Como verás, hay once nombres con sus apellidos y fueron doce personas las que se colaron ese día en el ayuntamiento. Alguno se ha traspapelado. Te adjunto también una fotografía que sacó un anónimo y que publicó una web muy pequeñita, en la que se ve a esa docena de trabajadores pidiendo una mejora salarial en plaza Nueva. Espero que esto te sirva. Nos vemos mañana en la redacción. Descansa y prepárate para lo que te viene en el 2020. Me voy a ver los saltos de esquí, que soy muy fan.

Blanca regresa a su dormitorio, se sienta en la cama y busca en Hotmail el correo del que le ha hablado su jefa. Entre varios mensajes

publicitarios está el de Rebeca, con la lista de empleados de la limpieza que el día del accidente de helicóptero irrumpieron en el ayuntamiento. Gracias a eso, Santiago de Gomar cambió su agenda y se salvó de sufrir el siniestro. Su nueva compañera, Alexandra, llegó a insinuarle que no había existido tal manifestación y que todo se lo había inventado el alcalde para justificar la razón por la que no se había subido al helicóptero.

—Te equivocaste, jovencita —dice en voz alta cuando abre el archivo adjunto—. Sí que hubo reunión improvisada.

Sin embargo, en esa fotografía tomada por alguien anónimo que le ha mandado Rebeca, detecta algo que la deja boquiabierta. Un sudor frío recorre su cuerpo. Acerca el *zoom* para poder distinguir mejor a una de las personas que protagonizaron aquella protesta laboral. La periodista tiene que examinarla bien para asegurarse de que no está en un error. No, sin duda es él. Uno de los manifestantes es el tipo que la atacó en su piso y luego en el bazar. El hombre que no tiene nombre ni identidad y que está en la cárcel sin soltar una sola palabra.

CAPÍTULO 57

NIKO Y TRIANA

Sevilla, miércoles, 1 de enero de 2020

Ha perdido la cuenta de las personas que le han estado preguntando sobre lo que ha ocurrido. A algunos los conocía, como a Gaviria o Garcés; pero también han aparecido varios policías de otros cuerpos y brigadas a los que no había visto nunca. ¿Cuántas veces ha tenido que repetir lo mismo? Niko lleva más de catorce horas declarando en la comisaría de la Alameda. Es verdad que matar a un hombre no es lo más habitual ni algo menor, pero ha insistido en que fue en defensa propia. Si no le hubiera disparado, Michalski habría acabado ejecutándolo. Ha tenido que adornar el mensaje con unas pequeñas dosis de dramatismo para que no peligrara la credibilidad de su relato como víctima y, lo que es más importante, su inocencia.

—Se enfadó mucho cuando vio la caja fuerte vacía. Me tiró al suelo y me obligó a ponerme de rodillas. Estaba a punto de pegarme un tiro cuando reaccioné y le di un cabezazo en la rodilla. No se lo esperaba y, por suerte, se le cayó la pistola al suelo. Nos lanzamos los dos a por el arma y yo llegué primero. Ni vi dónde estaba. Disparé por instinto de supervivencia y le di. Dos veces.

Ha visualizado ese momento en varias ocasiones y lo ha convertido en real, aunque no se produjera de esa forma exactamente. Antes de hacer su primera declaración dispuso de tiempo suficiente para crear una buena historia. No había testigos en el ático, más que su viejo piano. Sabía que la policía no iba a ponerse a buscar versiones alternativas de lo sucedido porque Michalski acababa de asesinar a uno de los suyos y eso contaba más que el ángulo con el que habían penetrado las balas en su cuerpo, la cantidad de pólvora que había en la cavidad de las heridas o la distancia a la que se habían realizado los

dos disparos a quemarropa. A pesar de esas circunstancias y otras semejantes, que harían dudar de su historia, no cree que haya problema con su testimonio. Es libre para volver a su vida.

Todavía le duelen algunas de las heridas que ese cabrón le hizo. En el hospital, antes de ir a la comisaría, le curaron el pómulo y la nariz, las zonas de su cuerpo más afectadas. Aquel tipo sabía golpear. Le han dado un par de pastillas antiinflamatorias y calmantes para el dolor que lo han dejado medio adormilado.

Lleva media hora solo en aquel cuarto cuando un policía entra y le informa de que puede marcharse. Le da las gracias y sale silbando de la que empieza a considerar como una segunda casa. En la puerta de la comisaría le espera ella.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Niko a Triana, que está arrecida de frío.

Viste un abrigo rojo, que combina con una boina y guantes del mismo color. También se ha puesto bufanda y botas. Tiene las mejillas sonrosadas y la nariz congelada. No sabe muy bien cómo saludarla. Finalmente se dan un abrazo.

—No podía dejarte solo en un momento así.

—¿Y has dejado sola a tu madre?

—No le va a pasar nada porque esté un rato sin mí —comenta la joven, que le examina con interés las heridas de la cara—. Además, ha venido a casa Gertrudis. ¿Te acuerdas de ella?

—La mujer del establecimiento de periódicos y libros.

—Exacto. Le ha dicho a mi madre que ha vendido todas las novelas que tenía suyas. Que ha pedido más. Las he dejado hablando de sus cosas.

—Al final la detective Mayo se va a convertir en una autora de *best sellers*.

—No estaría mal. Andamos muy justas de dinero. Creo que me voy a poner a dar clases particulares cuando se reanude el curso.

—Yo también debería ponerme a trabajar en algo... legal.

La chica asiente, pero prefiere no hacer ningún comentario. Hoy no. Lo pasó muy mal cuando anoche se enteró de que había una persona muerta en la calle en la que vive Niko. El chico tenía el móvil apagado y no dio señales de vida hasta que la policía fue a su casa. Les dijo que estaba bien, que llevaba durmiendo unas horas y que tenía un cadáver en la habitación del piano. Así, como quien no quiere la cosa.

Lo trasladaron al hospital y después a la comisaría. Triana estuvo pendiente de él en todo momento a pesar de que ya no son pareja.

—¿Quieres tomar un café?

—Mejor churros con chocolate. Yo te invito —dice Niko. Parece bastante animado.

Dan un largo paseo hasta una de las cafeterías de El Pilar. En aquel sitio dicen que es donde ponen los mejores calentitos de Sevilla. Piden una ración para compartir y un par de tazas de chocolate hirviendo. Triana se ríe cuando el chico se quema la lengua por ser demasiado impaciente.

—Es verdad que están buenos.

—¿Sí? No me había dado cuenta de que te están gustando. Solo te has comido dos más que yo —se burla Niko, que echa mano al último churro del plato—. ¿Qué nos ha pasado?

—¿Hoy? ¿Ayer? ¿En la vida?

—Sabes a qué me refiero.

—Nos han pasado muchas cosas.

—¿Tantas como para desperdiciar lo que teníamos? Era muy bonito.

—Ya lo hablamos ayer, Niko. No quiero discutir contigo otra vez. Disfruta del churro que te queda y del chocolate.

El joven sonríe con tristeza y le hace caso a Triana. Después de las desgracias del fin de año y las horas declarando en la comisaría, aquel momento tranquilo, charlando con ella, le parece un paraíso.

—Quiero ir al entierro de García —comenta Niko tras limpiarse la comisura de los labios manchada de chocolate—. Gaviria aún no sabe cuándo es el funeral, pero le he pedido que me avise.

—Arturo y tú os vais a terminar haciendo amigos.

—No creo. El único amigo policía que he tenido me la ha jugado. Casi me matan por su culpa.

—No me lo esperaba de Muriel.

—García me lo advirtió, pero no le creí. Si hubiera confiado más en los buenos que en los malos, las cosas habrían sido distintas.

—En ese momento no sabías quién era el bueno y quién el malo.

—Es verdad. Quizá porque yo siempre fui de los malos —dice el chico, que saca seiscientos euros de la cartera y los pone bajo una servilleta—. Toma, para que tu madre y tú vayáis tirando unos días.

—¿De dónde has sacado esto?

—El que roba a un ladrón tiene cien años de perdón.

—¿Se lo quitaste a Michalski?

—No me acuerdo.

Triana no acepta el dinero. Pero como Niko no deja de insistir para que lo coja, la chica, a regañadientes, termina guardándoselo en el bolso. Realmente lo necesitan después de que su madre haya estado varios meses fuera. La cuenta corriente del banco se encuentra bajo mínimos.

—¿Crees que entre toda esta gente hay alguien vigilándonos? —pregunta Triana mientras echa un vistazo disimulado a las otras mesas.

—El tipo sentado al final, pegado a la pared, parece poli.

—¿El calvo con perilla?

—Sí, ese.

—Yo creo que es escritor. Me recuerda a César Pérez Gellida.

—Podría ser. Está con un portátil.

—A lo mejor es para disimular.

—¿Quieres que me acerque y se lo pregunte?

—¡Niko! ¡No!

Triana le da un manotazo en la pierna por debajo de la mesa y se ríe. Después se levanta y pide un vaso de agua al camarero de la barra. Niko se gira y le mira el culo. Esos vaqueros le sientan realmente bien. Se lo dice cuando regresa y se vuelven a reír. Si no fuera por todo lo que ha pasado entre ellos, cualquiera pensaría que es la pareja más unida del mundo.

—Tengo que contarte algo más —dice la chica en el paseo de regreso—. Blanca fue ayer a una sesión de hipnosis y recordó cosas del accidente.

—¿Le hicieron creer que era una burra?

—No seas tonto. Fue una terapia seria. Le vino muy bien.

—Cualquier terapia es buena para esa chica.

—Niko, no. Por ahí no. Entiendo que os odiéis, pero no le faltes al respeto.

—Está bien, perdona —se disculpa el chico, que finge arrepentirse de lo que ha dicho—. ¿De qué se acordó?

Triana saca un papel del bolsillo del vaquero y se lo pasa a Niko.

—Escribió en esta hoja lo que recordó en la sesión de hipnosis.

—Esto es interesante —dice el joven, que se detiene y examina la

página.

—Mercedes Reinoso se hacía llamar Escudera. Era uno de los nombres en clave que aparecieron en el documento que encontraron en la casa de Mesa.

—Joder, el número no era de ningún móvil. Tendría que haberlo pensado antes: ¡abre una caja fuerte! Una de mis especialidades.

—Eso es lo que parece.

—Entonces la jefa de Blanca fue una de las personas que pagaron a Enrique Mesa para que asesinaran a tu padre. ¿Con qué motivo?

—No lo sé.

—¿Y por qué le dio el billete a Blanca?

—Tampoco lo sabemos. Pero tiene que ver con Benidorm.

—¿La caja fuerte que guarda algo importante está allí?

—Tiene toda la pinta.

—Hay que hablar con Gaviria de esto.

—Lo haremos, pero no hoy. Creo que el comisario ya ha tenido bastante. Mañana lo veremos en el homenaje que le van a hacer a mi madre.

—¿Puedo ir?

—Como quieras. Yo no te lo voy a impedir.

—Quizá no sea lo mejor. A tu madre tampoco le caigo bien. Todo ha ido cuesta arriba para vosotras desde que aparecí en vuestras vidas —dice Niko al mismo tiempo que le devuelve la hoja a Triana—. Es que, en realidad, nos deberíamos alejar para siempre.

La chica siente un pinchazo muy fuerte a la altura del pecho. Es una sensación de angustia enorme. Sin embargo, cree que Niko tiene razón.

—Tampoco tú te has librado de nuestro gafe. ¿Cuántas veces has pisado la comisaría desde que nos conocemos?

—Demasiadas.

—¿Y cuántas veces te han intentado matar?

—Alguna que otra también.

—Somos una mala influencia el uno para el otro.

El dolor intenso del momento lo disfrazan con humor e ironía, pero ambos saben que aquel es el final definitivo.

—Ahora sí que de verdad es hasta aquí, Triana.

—Siento que las cosas hayan salido mal, Niko. Lo siento mucho.

—Yo también. Cuídate.

—Tú también.

El último abrazo es el que más duele. La chica se atreve a darle el beso de la despedida. Cada uno toma una dirección, una calle diferente, y ninguno mira hacia atrás, como pasa en las películas románticas. Se acabó para siempre.

Y mientras una llora en su cuarto desconsolada, el otro busca billetes de avión para viajar a Polonia.

—¿Qué te pasa, cariño? —le pregunta su madre, que entra en la habitación al escucharla llorar y se sienta en la cama.

—Niko y yo hemos roto —balbucea Triana.

—¿Otra vez?

—No seas idiota —dice medio sonriendo mientras se seca las lágrimas con las mangas del jersey—. Esta vez sí es la definitiva. Lo nuestro no ha podido ser. Se terminó.

—Son cosas que pasan. Vosotros al menos habéis tenido la oportunidad de decidir lo que queríais o necesitabais hacer.

—Tienes razón. A ti te quitaron a papá. No decidiste separarte de él.

—Y no pararé hasta encontrar a las personas que lo asesinaron.

La chica se incorpora y saca del pantalón el papel de Blanca. Niko la había tenido tan preocupada las últimas horas que no había tenido ocasión de hablar con su madre sobre aquel otro tema. Además, ahora ya es día uno de enero y Celia tiene su permiso para volver a investigar. ¡Se terminó la promesa que su madre nunca cumplió!

—¿Alguna vez has estado en Benidorm?

CAPÍTULO 58

CELIA

Sevilla, jueves, 2 de enero de 2020

¡Es el día! Apenas ha dormido durante la noche. No solo por los nervios del homenaje que van a hacerle, sino sobre todo porque ha estado pensando en su marido. Y en sus asesinos. Mercedes Reinoso, como Montesorín, también estuvo implicada en la muerte de Lolo. Triana le contó lo que había recordado Blanca en la sesión de hipnosis con el psicólogo Gervasio Lombán.

—¿Y por qué me has preguntado lo de Benidorm?

—Porque Mercedes le dijo algo de una caja fuerte en Benidorm. Creemos que es posible que tuviera un piso o conociera a alguien allí.

La mente le va muy deprisa en ese instante. Nunca se ha considerado una mujer inteligente, pero sí intuitiva. También goza de buena memoria y capacidad de deducción. Por eso disfruta con su trabajo y escribiendo libros de misterio.

—Triana, creo que sé cómo resolver el puzle que Blanca tiene en su cabeza.

—¿A qué te refieres?

—A que su cerebro ha recordado lo que le dijo Mercedes, pero no ha sabido interpretarlo. O eso es lo que creo.

—Mamá, por favor, explícate. Me estás rayando y poniendo muy nerviosa.

—Te lo cuento mientras preparo la cena. Estoy muerta de hambre.

Celia se pone el vestido negro y se mira frente al espejo. Le queda un poco ancho, pero lucirá elegante delante del alcalde y de todas las personalidades citadas en el Cartuja Center. Es un auditorio con más de dos mil butacas. Aunque no se llene, le impresionará.

—Me voy —le dice Triana, que entra en su habitación—. ¡Guau, estás preciosa!

—Muchas gracias, hija. Yo me veo normalita.

—¿Normalita? ¡Eres la mujer más guapa de Sevilla!

La chica se acerca a su madre para darle un abrazo, y Celia se siente afortunada por tener una hija como ella. Triana ha sido muy fuerte. Primero soportando la muerte de su padre y, cinco años más tarde, el secuestro de su madre. Por el medio, una relación extraña con un par de chicos que la querían pero no supieron demostrárselo.

—¿A qué hora vienen a por ti?

—El coche del Ayuntamiento llegará a las diez.

—Todavía tienes tiempo para desayunar algo.

—Tengo el estómago cerrado. Los nervios, ya sabes —le explica con una medio sonrisa.

Triana se la queda mirando. Se da la vuelta y coge algo de una de las estanterías de la habitación. Es la cajita de música en la que guarda el collar de ámbar.

—Te falta esto —dice la joven mostrándole el complemento.

—Es verdad. No me acordaba. ¿Me lo pones?

—Claro. Date la vuelta.

Celia se gira y, a través de un espejo, contempla agradecida a su hija mientras esta le coloca el collar que compró hace unos meses y que tanto le gusta. Ahora sí que está preparada para su gran día.

—Bueno, me marcho ya. Blanca me está esperando. En cuanto terminemos, vamos hacia la Cartuja.

—Perfecto. Tened cuidado, por favor.

—Solo vamos a Benidorm, mamá —le dice guiñando un ojo antes de besarla en la mejilla y salir de la habitación.

La vida a veces te sorprende con casualidades que son inexplicables. Aparentemente, algo que *a priori* parece inocente, o sin importancia, puede luego formar parte de un acontecimiento inesperado e importante. Amanda García fue su segunda cliente. Aquel caso no había sido demasiado difícil, más bien de los sencillos. Solo tenía que descubrir dónde había guardado las escrituras de un terreno en Alicante el difunto marido de esa mujer. Las había buscado por toda la casa y también en su despacho. Siempre sin suerte. Pero los astros se alinearon y acabó averiguando que estaban en Benidorm

gracias a una tarjeta en la que habían escrito una dirección.

—En la calle Benidorm está la clave de todo, Triana —le había explicado a su hija la noche anterior mientras preparaba de cena dos sándwiches especialidad de la casa, con aguacate, tomate, lechuga, cebolla, jamón y huevo frito.

—¿Una calle? ¿Que se llama Benidorm? ¿Aquí en Sevilla?

—Sí, es muy pequeña. Está cerca de la Torre Pelli.

—¿Y qué tiene esa calle de especial?

—Nada. Pero hay un edificio muy particular —responde Celia, que busca en su móvil lo que quiere mostrarle a su hija—. Mira.

La detective le enseña una página web en la que aparece como foto principal una sala inmensa llena de cajas fuertes. El servicio que presta esa empresa es parecido al de los bancos, solo que no hay que dar explicaciones a nadie y puedes entrar y salir cuando quieras dentro de un horario: de lunes a domingo, de ocho de la mañana a ocho de la noche.

—Tú alquilas una de esas cajas y te mandan un código al móvil con la combinación para abrirla. Cada vez que la cierras, te envían uno nuevo para la siguiente vez. Imagino que el número que está en el billete es el último código de la caja fuerte de Mercedes. No tendría papel para apuntarlo cuando se lo enviaron y lo escribió en lo único que tenía a mano en ese momento: un billete de veinte euros.

—¿No tenía el número en el teléfono?

—Sí, también. Pero seguramente esa mujer era como yo y le gustaba tener todo escrito a mano, por si algún día fallaba el móvil. ¡Antes no existía tanta tecnología y hacíamos esas cosas! Estamos acostumbrados. ¿Cuántos billetes te dan de vuelta al pagar con algo escrito?

—Entonces tenemos que ir a la calle Benidorm para comprobar qué hay dentro de esa caja fuerte.

Su hija y Blanca habían quedado a primera hora de la mañana de aquel jueves, dos de enero. Su instinto le dice que algo muy importante está a punto de pasar. Si han acertado con lo de la caja fuerte y la calle Benidorm, averiguarán lo que Mercedes Reinoso escondía. Tal vez hoy conozca por fin la verdad sobre la muerte de Lolo.

El coche que le ha mandado el Ayuntamiento es puntual. Celia

está preparada a las diez de la mañana y le envía un wasap a su hija para decirle que ya está dentro del vehículo. La persona que conduce no habla demasiado, pero la felicita por el homenaje que van a hacerle y por la valentía que mostró mientras estaba secuestrada en aquel zulo.

—Me alegro de que ese hijo puta muriera en la cárcel. Gente así no merece vivir.

Cada vez que piensa en Juan Luis Flores, se le pone la piel de gallina y le tiemblan las piernas. En el discurso que ha preparado no tiene previsto nombrarlo. No merece ni un segundo de su tiempo.

Es el propio alcalde quien la recibe cuando llega a las inmediaciones del Cartuja Center. Le abre la puerta del coche y la ayuda a bajar. Todavía anda algo encorvada y siente dolor en las lumbares, pero confía en que, poco a poco, se le irá pasando. Las secuelas emocionales son peores que las físicas.

—Bienvenida, Celia. ¿Preparada para disfrutar de su gran día?

—Mi gran día fue cuando me casé con mi marido.

—Seguro que sí. Pero este no está nada mal, ¿verdad?

—No. Muchas gracias por hacerlo posible.

Santiago de Gomar la invita a entrar en el auditorio. Todavía no hay nadie en el interior, solo miembros del equipo de seguridad del alcalde y algunos periodistas que hacen las primeras fotos. Le presentan a la administradora del centro y a un chico que se encarga de organizar el acto. Se llama Luis y le explica cómo va a ser la dinámica del evento.

La gente empieza a llegar y a ocupar sus asientos en las primeras filas. Celia se asoma al escenario y distingue a algunas caras conocidas. Por parte de la policía han ido el comisario Gaviria, la inspectora Letizia Costas, a la que hacía tiempo que no veía, gente de la UCO, antiguos compañeros de su marido en la Policía Nacional y agentes de varias comisarías que ayudaron a buscarla. También distingue a una veintena de políticos de ámbito provincial, regional y hasta nacional.

—A pesar de las fechas, nadie ha querido perderse el evento. Luego le presentaré a mis compañeros —le dice el alcalde, que saca su móvil y revisa unas anotaciones para su discurso—. ¿Está muy nerviosa?

—Un poco. No le voy a mentir.

—¿Quiere un vaso de agua? ¿Un café? ¿Un refresco?

—Nada, gracias.

—Yo voy a por un poco de agua. Aunque lleve unos cuantos de estos, siempre se me seca la garganta cuando tengo que hablar en público. Ahora nos vemos —dice el hombre, que se queda mirando a un tipo que se ha saltado el cordón de seguridad.

Es un periodista con un micro que le pregunta sobre el accidente de helicóptero. De Gomar, con buen talante, responde brevemente y se retira a la parte de atrás del escenario.

—Ha venido muchísima gente importante —le dice Luis, que ha ido a acompañarla—. Se debe de sentir muy bien.

—No lo sé. Es muy raro estar aquí.

—Mire, desde aquí estoy viendo a los Compadres, a dos representantes del Betis, a varias personas de la Fundación José Manuel Lara y al mismísimo Teo Solís, el dueño de El Guadalquivir. Creo que la de su derecha es su sobrina, la directora del periódico. ¡Joder! ¿Aquel no es Carlos Herrera? Voy a saludarlo, seguramente quiera charlar con usted cuando acabe el acto para su programa de radio.

Celia asiente y se pone muy nerviosa. Que tanta gente haya ido para verla es surrealista. Se ha convertido en una celebridad sin pretenderlo. ¿Y si les habla de los libros que ha escrito a ver si así encuentra editorial? Sonríe por la ocurrencia.

Sin embargo, la que no ha llegado aún es Triana. Mira el móvil para comprobar si tiene algún mensaje de su hija, pero no ha recibido nada. Comprueba la cobertura, que funciona bien. Está con Blanca, así que no debe preocuparse.

—Faltan dos minutos. ¿Qué tal? —le pregunta el alcalde, que ya está de vuelta a su lado.

—Tensa. Muy tensa.

—Normal. A mí me pasaba cuando era pequeño y tenía que exponer en clase. Es el miedo escénico. Me costaba horrores hablar en público. ¿Sabe cómo lo solucioné?

—¿Cómo?

—Hacía que mi perra se sentara delante de mí y empezaba a recitarle la lección. Pobre Dalmita, lo que me tuvo que aguantar.

Celia se queda unos segundos sin respiración. No oye lo que De Gomar le sigue contando sobre su perra dálmata ni cuando Luis le

indica que tiene que salir al escenario. No es posible. No puede ser él. Pero lo ha escuchado perfectamente. La perrita del alcalde se llamaba Dalmita. El seudónimo de la persona que faltaba por descubrir. Santiago de Gomar también formaba parte del grupo que asesinó a su marido.

—Celia, vamos. Le toca —le ruega Luis, que empieza a sentirse impaciente.

La detective privada consigue reaccionar. En cuanto sale al escenario, el público que llena el Cartuja Center se pone de pie y la aplaude. Ninguna de esas personas sabe lo que está sintiendo en esos momentos. Hasta le han entrado ganas de vomitar. Pero a lo lejos, en los últimos asientos del auditorio, ve a Triana. A su lado está Blanca. A tanta distancia no la distingue bien, pero que su hija esté allí la tranquiliza.

Santiago de Gomar es el primero en hablar. No le presta atención. Solo a los agentes de policía que acaban de entrar en el auditorio y se han apostado en los pasillos laterales.

—No me extiendo más. Les dejo con la auténtica protagonista de la mañana. Una mujer que ha sufrido, que ha vivido una experiencia infernal, pero que se ha repuesto gracias a su valentía, su fortaleza y su gran capacidad para sobrevivir. Un aplauso para Celia Mayo, sin duda, la sevillana del año.

Más aplausos y otra vez el auditorio puesto en pie. Celia se levanta y se dirige al atrio en el que tiene que hablar. Coloca delante el folio con su discurso y lee la primera frase para sí: «Esto va por ti, Lolo. Este homenaje tendría que ser tuyo».

De repente, cuando va a empezar a hablar, escucha la voz del alcalde detrás de ella. Se gira y ve a dos policías invitándolo a acompañarlos. De Gomar se resiste, pero termina accediendo. El murmullo de la sala contrasta con la sonrisa de Celia. ¡Por fin se hace justicia! Pero el ruido sigue en el auditorio. La gente está murmurando. Triana y Blanca se han puesto de pie. Celia no sabe qué ocurre. ¿Es por el alcalde? ¿Se debe a que no ha empezado a hablar? Mira hacia el cielo y suelta la primera frase de su discurso, esta vez en voz alta:

—Esto va por ti, Lolo. Este homenaje tendría que ser tuyo.

Hace una pausa para que el público aplauda, pero todos están de pie mirando hacia la puerta. Celia se da cuenta de que varios policías

están abandonando el recinto. En medio del grupo camina el comisario Gaviria y, a su lado, una persona vestida con un traje negro.

No tardará en enterarse de que han detenido a Teodomiro Solís por pertenecer a una organización criminal.

CAPÍTULO 59

MERCEDES

«Todo comenzó hace siete años, cuando mi madre falleció. Me dejó sin avisar. Ella era el pilar de mi existencia. Se fue sin más, y me quedé muy tocada. Tanto como para pensar que su muerte no era el final de nuestra relación.

»Ya había oído hablar de María Santana, una mujer que había tratado con grandes personalidades de la ciudad y que incluso había ayudado a la policía en casos mediáticos de desapariciones y crímenes sin resolver, aunque ellos siempre lo negaron. Un compañero me contó que solía sentarse en los banquitos de la plaza de España y decidí hacerle una visita. La primera vez que me atendió, pensé que aquello era un *show* ridículo y que se lo estaba inventando todo. Sin embargo, hubo señales que hicieron que me planteara que mi madre seguía a mi lado, aunque no pudiera verla. María me estaba diciendo la verdad y yo confié en ella.

»Como yo, otras personas. Quizá somos mentes débiles que necesitan creer en algo para tirar hacia delante. Santana no solo fue un refugio, también un enlace; el origen de una peligrosa conexión que ha terminado costándole la vida a gente».

«Todos ansiamos subir escalones en nuestra profesión, a veces de dos en dos. Mi sueño era dirigir algún medio de comunicación grande, que todos me conocieran y mi opinión fuera influyente. Y entonces apareció él.

»Teo era ya muy rico cuando lo conocí. Fue en una reunión en casa de María Santana. La mujer nos invitó a cenar a Solís, Santiago de Gomar, Javier Montesorín, a Juan Puche y a mí. Esa noche empezó a gestarse todo. Éramos muy ambiciosos. Estábamos sedientos de crecer, de ganar dinero y de convertirnos en gente importante.

Teodomiro nos prometió todo eso y más. Si confiábamos en él, se encargaría de darnos lo que quisiéramos: yo sería directora de un periódico, el policía Montesorín terminaría como comisario, el ingeniero informático Puche se convertiría en uno de los principales empresarios relacionados con la tecnología y a Santiago le prometió nada menos que la alcaldía de Sevilla. ¿Cómo lo haría? Moviendo hilos y utilizando su dinero. Hablaba con tanta seguridad que todos nos fiábamos de él».

«Teo conseguiría que realizáramos nuestros sueños a cambio de un botín a largo plazo y que era lo único que a él le faltaba y que ansiaba: el poder absoluto de la ciudad. Teo Solís está locamente enamorado de Sevilla. En su preciosa ciudad, su mujer había muerto hacía unos años y María Santana fue su salvación. Se hicieron muy amigos, hablaban del futuro y le presentó a la gente adecuada para conseguir su propósito. Quería controlar todo lo que sucediera en Sevilla. Dominarla a su antojo. Santana le prometió que tendría comiendo de su mano a un comisario de policía, a la directora de un medio de comunicación de reciente creación, al alcalde de la ciudad y a alguien capaz de moverse en las redes de Internet como pez en el agua. Los cuatro grandes poderes a sus pies. Todo estaba planeado hasta que uno de ellos se echó para atrás».

«Puche terminó siendo un estúpido idealista. No veía claro su papel. Se enfrentó varias veces a Teo y acabaron discutiendo de muy malas formas delante de nosotros. Amenazó con denunciar los planes que Solís tenía para terminar controlando la ciudad de norte a sur. Y un día desapareció. Nadie supo más de él, aunque los demás sí intuíamos lo que le había sucedido. ¿Se habría atrevido Solís a acabar con la vida del ingeniero informático? Lo hizo. Nos lo dijo una noche María Santana. Pero no nos enteramos solo nosotros. Un inspector de la Policía Nacional empezó a husmear y a investigar el caso por su cuenta. Manuel Velázquez llegó a tirar del hilo que unía la desaparición de Puche con Teodomiro Solís, el millonario empresario. Su gran error fue contárselo al que pensaba que era su mejor amigo: Montesorín. Javier no tardó en hablarle a Solís de lo que estaba pasando. No había más remedio que quitar de en medio a Velázquez.

»Evidentemente, Teo jamás se habría manchado las manos de

sangre. En una de esas reuniones en casa de Santana, nos presentó a Olaf, un tipo rudo, grandote, con cara de pocos amigos. Había estado en varias guerras y no hacía prisioneros. Creo que Olaf, en cierta manera, apareció para que Teo pudiera darnos una advertencia. Si hacíamos lo mismo que Puche, aquel tipo, que casi no hablaba, vendría a buscarnos. Lo que pasa es que Olaf era un poco brusco para ciertas cuestiones. Y lograr que pareciera que un policía había tenido un accidente no era muy de su estilo. Además, Teo tenía ante sí la fórmula de que todos nos implicáramos de verdad en su proyecto de futuro, que no fuéramos como Puche. Si queríamos cumplir nuestros sueños, tendríamos que ganárnoslo».

«Nosotros nos teníamos que ocupar de Velázquez. Nos dio libertad para hacerlo a nuestra manera. Era nuestra prueba de fuego. Montesorín conocía a un tal Enrique Mesa, de otros asuntos turbios que habían manejado juntos, que sabía que podía encargarse de aquel trabajo. Era un sicario de los de antes. En un documento quería tener nuestros nombres como garantía de cobro y la cantidad que cada uno había puesto para aquel asunto. Yo no me negué y Santiago tampoco. No conocía de nada a ese inspector de policía y simplemente aportaba una cantidad de dinero que en el futuro, y gracias a Teo, me parecería calderilla. Imagino que yo también me dejé llevar por la ambición y el poder. El caso es que finalmente le pagamos una buena suma de dinero a Mesa y, en lugar de un documento con nuestros nombres, le enviamos uno con el seudónimo que eligió cada uno. Al principio se negó, pero terminó aceptando. Creo que Montesorín se encargó de que aquel papel le sirviera. No sé si lo consiguió por amenazas o porque el tipo deseaba cobrar aquella suculenta suma de dinero fuera como fuera. Y me convertí en Escudera, en honor a mi segundo apellido, el de mi madre, Sancho».

«Manuel Velázquez fue encontrado en el Guadalquivir el cuatro de octubre de 2014 y aquello me afectó más de lo que había imaginado. Había colaborado en la muerte de un hombre. Eso me hizo volverme más arisca, más intolerante. Pero un tiempo después conseguí lo que siempre había soñado: ser la directora de un periódico. A veces, el fin justifica los medios. Y estaba claro que Teo Solís cumplía sus promesas».

«Fueron dos buenos años. Todo iba bien hasta que pasó lo de Mesa. Montesorín nos dijo que había tenido que matarlo porque le estaba pidiendo más dinero y le había amenazado con contarlo todo. Solís lo felicitó por eso. Pero después el inspector jefe tuvo que asesinar a aquel ciego y también a la que era su amante, la policía Ángela Diosdado. Además, Teo, por consejo de María Santana, ordenó el secuestro de Celia Mayo, que estaba molestando demasiado. Se lo pidió a Juan Luis Flores, gran enemigo de la familia Mesa. Sabía que, por una buena suma de dinero, lo haría encantado».

«Es evidente que este asunto se nos ha ido de las manos. Me da miedo lo que pueda pasar, porque le he dicho a Teo que no quiero seguir con esto. Incluso le he planteado mi dimisión en el periódico. Hace poco más de una semana a mí me enviaron un paquete bomba a la redacción, y solo han pasado dos días desde que murió Javier Montesorín. No puedo más. En cualquier instante se puede desencadenar un efecto dominó que termine conmigo en la cárcel o en la tumba. Por eso voy a escribir en este cuaderno cada siete días».

«Temo por mi vida y, sobre todo, temo mi muerte».

«No entiendo lo que le están haciendo a esa mujer. ¿Por qué la tienen secuestrada? Ojalá Teo ordene su liberación lo antes posible. No es justo que Celia Mayo esté encerrada en un zulo. Me da pena su hija, que además es amiga de Blanca. No sé, esto va de mal en peor. ¿Y si confieso todo lo que he hecho? Podría enviar este cuaderno a la policía y desaparecer. No, me acabarían atrapando. ¿Y qué?».

«He discutido con Teo Solís. Me ha vuelto a amenazar. Le he dicho que me quería ir del periódico y se ha enfadado. Debo llevar cuidado con lo que hago. Olaf puede estar cerca».

«Mañana voy a viajar en helicóptero con Santiago. Espero que no terminemos en el río Guadalquivir».

CAPÍTULO 60

TRIANA Y NIKO

Sevilla, jueves, 9 de enero de 2020

Ha pasado una semana desde que detuvieron a Teodomiro Solís y a Santiago de Gomar. Las cosas han empezado a aclararse. Sobre todo después de encontrar el cuaderno de Mercedes Reinoso en aquel edificio de la calle Benidorm. No les fue nada fácil dar con él porque no sabían cuál era la caja fuerte de la directora. Pasaron varios minutos hasta que se dieron cuenta de que el seis y el siete del comienzo del número escrito en el billete estaban un poco separados del resto. La caja 67 era la de Mercedes. Los demás números formaban parte de la contraseña para abrirla. Finalmente, las dos últimas cifras correspondían a dos sietes, como habían supuesto. Tenían razón desde el principio.

—Os he traído una copia de algunos de los fragmentos del cuaderno para que los leáis con calma —dice el comisario, que ha ido a ver a Celia y a Triana—. Me parecen muy interesantes. Al fin y al cabo, tú fuiste la que diste con él.

—Si Blanca no hubiera recordado la conversación con Mercedes, habría sido imposible encontrarlo —indica la chica, que ojea los folios.

—Lo importante es que por fin sabemos la verdad de lo que le sucedió a Lolo. Es muy triste que por hacer bien tu trabajo termines así.

Triana mira a su madre y le coge la mano. Aunque todavía está muy reciente lo que ha ocurrido, sabe que al fin podrán descansar tranquilas. Para las dos es un alivio saber quiénes estaban involucrados en el asesinato de Lolo. Ahora tendrán que aprender a vivir con la verdad.

—No he venido solo por lo del cuaderno de Mercedes —continúa el comisario—. Olaf por fin ha hablado.

—¿De verdad? ¿Y qué ha dicho?

—Ha pedido un abogado después de contárnoslo todo.

—¿Y ese cambio a qué se ha debido? —pregunta extrañada Celia.

—No nos lo ha dicho, pero imagino que, ahora que Teo está en la cárcel, se ha quedado sin la persona que cuidaba de él. Se comportaba como si fuera su súbdito. No parece un tipo muy inteligente. Pero ha sido capaz de guardar silencio, sin pronunciar una sola palabra, unos cuantos días.

Arturo Gaviria les cuenta que Olaf ha reconocido el asesinato de Luna y de Ana Benítez. También el de otro hombre, que fue el que envenenó al piloto del helicóptero para que se estrellara. Le pegó un tiro y lo tiró al río, aunque nunca ha aparecido su cuerpo.

—En realidad, el que debería haber asesinado a Francisco Carvajal era él. Pero Solís contrató a un segundo tipo para que lo hiciera porque necesitaba a Olaf para otro asunto.

—¿Otro asunto?

—Sí. Fue el que provocó a los trabajadores de la limpieza para que entraran en el ayuntamiento. Lo habían estudiado y planeado todo al detalle —dice Gaviria—. Sabían que De Gomar tenía el vuelo en el helicóptero con Mercedes esa mañana. Ya estaba previsto que se estrellara. Pero solo querían muerta a la mujer. A Santiago simplemente le iban a dar un aviso. Después de la muerte de Montesorín y el secuestro de Celia, ninguno de los dos quería seguir cumpliendo órdenes de Solís y Santana. Su rebelión casi le sale cara.

—Imagino el susto que se llevó De Gomar cuando vio aparecer a Olaf entre los trabajadores que pedían mejores condiciones —comenta Celia.

—El mensaje era evidente: «He podido matarte, pero te he salvado la vida». En realidad, creo que si el alcalde se hubiera subido al helicóptero, tampoco le habría afectado mucho a Solís. Ya se las habría ingeniado para colocar a otro de su cuerda en su lugar.

—Lo que puede hacer la ambición de poder.

—Sí, Triana. Es una enfermedad complicada porque te llega a obsesionar. Teo lo llevó a su máxima expresión. Quería y necesitaba controlar Sevilla y mover los hilos a su antojo. Si alguien se le rebelaba o creía que podía impedirle hacer lo que quisiera, terminaba

muerto.

—Necesito un café. ¿Alguien más quiere? —pregunta Celia.

Su hija y el comisario alzan la mano y ella se levanta a prepararlo mientras los deja en el salón hablando de Olaf y su confesión.

—¿Ha explicado por qué quería matar a Blanca?

—Por su cercanía con Mercedes. Le sorprendió que la invitara al viaje en helicóptero. No lo tenían previsto. Eso quería decir que había confianza entre ellas. Además, Luna estuvo haciendo preguntas incómodas que llegaron a oídos de Teo. Como eran amigas, imagino que pensaría que podrían enterarse de algo que las llevara hasta él y compartir información. Lo mismo que ocurrió con la mujer del piloto. Olaf prendió fuego a su casa y se quitó un problema de encima. Solís, para entonces, ya había perdido el control de la situación y no le importaba matar a cualquiera que sospechara que se podía cruzar en su camino.

—Al final, con el testimonio de Olaf y el cuaderno de Mercedes, parece que el caso se ha resuelto. Todo encaja.

—Quedan detalles por conocer y seguro que, tarde o temprano, nos llevamos alguna sorpresa más.

—¿Sí? ¿Usted cree?

—No te lo puedo asegurar —responde el comisario—. Hay un asunto que nos sigue inquietando y para el que no tenemos una respuesta clara. ¿Quién asesinó a María Santana en la estación de Santa Justa?

—¿Olaf? ¿Algún sicario más que contrató Solís?

—Es posible, aunque Olaf nos ha confesado que no tiene nada que ver con ese crimen. De hecho, le dio pena cuando se enteró. Era como una madre para él.

Celia aparece de nuevo en el salón con una bandeja en la que porta tres tazas, un recipiente con leche y un azucarero.

—Por fin esto se ha terminado. No me lo puedo creer —dice la mujer mientras deja las cosas sobre la mesa—. ¿Me he perdido algo interesante?

—Hay un tema que está pendiente y que quiero resolver cuanto antes —comenta el comisario mientras toma una de las tazas—. Con el lío de las detenciones de Santiago de Gomar y Teo Solís en el Cartuja Center, te quedaste sin homenaje, Celia.

—No pasa nada. Los cinco segundos que hablé fueron muy

bonitos. Tuve mi momento de gloria.

El hombre sonríe la ocurrencia de la detective privada.

—Estoy esperando a que me confirmen un día para hacerlo al aire libre, en alguna de las preciosas plazas que hay en el barrio de Santa Cruz. ¿Qué os parece?

—Una fantástica idea —responde Triana justo antes de que le suene el móvil. Lee el mensaje que le han enviado y suspira—. Es Niko. Se marcha.

—¿A dónde va mi amigo Nikolai?

—A Polonia. Está ya en el aeropuerto.

—Espero que allí tenga más suerte que aquí. Echará de menos la comisaría de la Alameda.

—No creo, Arturo. No creo.

En el tablón de salidas ya anuncian el vuelo de Niko. Tendrá que hacer escala en Barcelona. Son más de seis horas y media las que le esperan hasta llegar al aeropuerto de Varsovia-Chopin. Se ha tomado un café con leche y se ha comprado un libro de Blas Ruiz Grau para amenizar el viaje. No está solo, porque alguien ha insistido en acompañarle.

—Padre, es la hora de la despedida. Gracias por todo. Usted ha estado siempre que lo he necesitado. Hasta me ha hecho creer un poquito en su Dios.

—Gracias a ti, Niko. Me ha encantado conocerte. ¿Volverás algún día?

—Mi idea es la de quedarme un tiempo en Polonia. De todas maneras, lo llamaré todas las semanas.

El padre Salvador asiente y le obliga a prometer que no se meterá en líos en su país.

—Tranquilo. He aprendido la lección. Seré bueno.

—Eso no se lo cree ni el mismísimo Espíritu Santo.

Los dos se ríen y se dan un abrazo de despedida. El chico nota que el cura le mete algo en el bolsillo de la chaqueta. Lo saca y encuentra un sobre.

—Ábrelo cuando estés en el avión.

—¿Qué es lo que hay dentro?

—Ya lo verás —dice sonriente Salvador—. Hasta siempre, Niko. Nuestro órgano te echará de menos.

Niko le da otro abrazo al sacerdote y se marcha hacia el control de equipaje. Quién le iba a decir hace unos meses que terminaría haciéndose amigo de un cura y le caería bien Arturo Gaviria. El comisario le ha enviado un wasap para desearle un buen vuelo. Estaba en casa de Triana. Va a echar mucho de menos a esa chica, aunque se tomará un tiempo antes de volver a hablarle. Ni siquiera mirará sus redes sociales o le escribirá mensajes. Necesita desprenderse de sus emociones, que desaparezca el amor. Ya forma parte de la historia de su corazón, el lugar de donde nunca se va nadie.

Pasado el control, camina hasta su puerta de embarque. No tarda demasiado en subir al avión. Una amable azafata le indica que su asiento está detrás del todo a la derecha, junto a la ventanilla. Toma asiento y se pone el cinturón de seguridad. Se duerme unos minutos antes de despegar, pero una turbulencia le despierta. Siempre que vuela y el aparato se mueve de forma inquietante se acuerda de la serie *Lost*, su preferida. No estaría mal acabar en mitad de una isla desierta. Otra turbulencia lo pone algo más nervioso. Entonces, para tranquilizarse, saca el sobre que le ha dado el padre Salvador. En su interior hay una carta.

> Querido Niko:
> Esta quizá ha sido la última vez que nos veamos. No he querido contarte que estoy enfermo y me queda poco de vida. No pasa nada. He estado en este mundo lo suficiente y Dios ya me reclama. Pero no voy a ponerme tonto con este tema ni quiero dramatizar. Tú tampoco lo hagas, por favor.

El chico no puede seguir leyendo. Su amigo está enfermo y no le ha dicho nada. Se tiene que secar las lágrimas antes de continuar porque se le ha nublado la vista.

> Vamos a lo importante y para lo que realmente te escribo esta carta. Me la he tomado como una confesión. De esas que tú me hacías mitad en serio, mitad en broma. Creo que todos los pecados son perdonables, creas o no en Dios. Él me juzgará por lo que he hecho. Allá va: yo fui quien mató a María Santana.

Una nueva turbulencia coincide con el final de la frase. Niko le da la vuelta al papel y sigue leyendo atónito la inesperada confesión de Salvador.

> Ya te dije que conocía a esa mujer desde hace mucho tiempo. No me hizo ningún bien. No había vuelto a saber nada de ella hasta que tú apareciste y me la trajiste de nuevo a la memoria. Te intentó manipular como lo hizo conmigo.

Así que fui a verla a la plaza de España para pedirle que te dejara en paz. Tuve suerte y la encontré. Se acordaba de mí y de mi historia con aquella chica que venía a la iglesia y con la que nunca pasó nada. No me gustó su actitud y se lo reproché. Pero sobre todo le ordené que te dejara tranquilo. Se rio de mí y me aseguró que iba a contar todo lo que yo había hecho con aquella joven. Niko, me muero y no quiero que mi imagen quede manchada por algo que no sucedió. Por eso, una tarde la seguí. Sabía que iba a la estación de trenes y que habría mucha gente. Era mi oportunidad. Me acerqué tranquilamente hasta ella y le clavé un cuchillo con todas mis fuerzas. Fue sencillo. Muy sencillo.

El hombre acaba la carta pidiéndole que lo perdone por no tener el valor de decírselo a la cara y por haber traicionado a su Dios. Ahora depende de él si quiere contárselo a la policía o no.

Atentamente, tu buen amigo Salvador. Reza por mí.

El vuelo desde Barcelona a Varsovia es más largo, pero también menos turbulento. Niko se duerme y solo se despierta cuando el avión ha aterrizado. Olvida lo que ha soñado en cuanto abre los ojos.

Antes de salir del aeropuerto se hace un selfi delante de un rótulo en el que se puede leer: «Lotnisko Chopina w Warszawie». Luego convierte en una bola de papel la carta del padre Salvador y la tira a un contenedor. Hace mucho frío, el triple que en Sevilla por lo menos. Y aunque allí no va a tener a Triana, no se podrá perder por el barrio de Santa Cruz, no tocará el órgano de El Salvador y no se va a comer los churros de El Pilar, sabe que se va a sentir como en casa.

EPÍLOGO

Sevilla, sábado, 23 de abril de 2022

El estadio de La Cartuja está ya abarrotado. Triana se ha llevado su bufanda verdiblanca y la mejor compañía. ¡Quién le iba a decir que alguna vez vería al Betis en una final de la Copa del Rey y, además, en Sevilla! Poder asistir al encuentro es todo un acontecimiento para ella, así que está muy nerviosa. En realidad, lo está desde que Borja Iglesias marcó el gol de la clasificación en las semis contra el Rayo. Últimamente, se ha hecho muy futbolera y, sobre todo, muy bética.

—¿No te está sonando el móvil? —le pregunta Blanca, que se encuentra a su lado en la cola para entrar en el campo.

—¿Es el mío?

La chica saca el teléfono del bolsillo del vaquero y comprueba que la está llamando su madre. Antes de responder, se aleja un poco del jaleo de la fila.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal?

—¡Uy! ¡Qué ruido! ¿Ya estás en el campo?

—Sí, aunque todavía no hemos entrado. ¿Cómo ha ido por Barcelona?

—¡Increíble! Ha venido mucha más gente de la que pensaba. ¡Y eso que ha llovido muchísimo! Hasta ha granizado a mediodía.

—Aquí también ha llovido —dice Triana, que todavía tiene el cabello mojado del chaparrón de hace un rato—. Entonces tu primer Sant Jordi ha sido un éxito, ¿no?

—¡Sí! ¡Estoy muy contenta! He firmado un montón de libros.

Al final Celia tuvo su homenaje en Sevilla. El comisario Gaviria consiguió que le prepararan un acto en la plaza del Cabildo. De nuevo acudieron muchas personas, entre ellas una editora con la que cerró un contrato para la publicación de dos novelas. La primera, *La mujer de acero*, inspirada en su experiencia como detective privada y con toques autobiográficos, acaba de publicarse. Ya está escribiendo la

segunda parte.

—Qué bien. ¡Cuánto me alegro! Me habría encantado acompañarte.

—Y a mí estar ahí contigo. Una pena que la final de Copa y el Día del Libro hayan coincidido.

—¡Ya te dije que yo prefería acompañarte! —se queja Triana.

—Lo sé —replica Celia con una sonrisa en los labios que su hija es capaz de adivinar solo por el sonido de su voz—. Pero no quería que te perdieras el partido, y, como ya hablamos, me acompañarás cuando vaya a la Feria del Libro de Madrid.

—¡Esa cita no me la pierdo por nada del mundo!

—¡Qué ganas! ¡Y este año sin mascarillas! —exclama Celia, a quien su hija nota muy feliz. ¡Cuánto se lo merece!—. Bueno, Triana, te dejo, que hay mucho ruido. Pásalo bien. Yo me voy a ver el partido al hotel. Disfrútalo y anima mucho.

—¡Claro! Hasta que no me quede voz. Te llamo después.

En cuanto se despide, la chica corre para reunirse de nuevo con Blanca, que se ha quedado esperándola. Las dos llevan sendas camisetas del Betis. La periodista, que ahora trabaja en un programa de Canal Sur Radio, la de Canales; y Triana, la de Fekir.

—¿Y tu novia?

—Ha entrado al estadio con tu novio.

—¿En serio? ¿Por qué no nos han esperado?

—Porque son unos impacientes. ¡Y tenían ganas de ir al baño! —exclama Blanca riéndose—. Demasiada cerveza prepartido.

Las dos se ponen de nuevo en la cola para entrar al campo. Se han convertido en inseparables. La novia de Blanca dice que son como agapornis. Martina no es celosa. Al contrario. Se lleva muy bien con Triana y las tres han pasado muy buenos momentos juntas desde que se la presentó. Se conocieron en Tinder y, tras quedar unas cuantas veces, desde hace cinco meses se ven como una pareja formal.

—¿Era tu madre?

—Sí. Ya ha terminado de firmar. Estaba encantada.

—La voy a llevar a mi programa para entrevistarla. ¿Qué te parece?

—Toda promoción es buena. Ojalá le vaya bien con los libros.

—Pero que no deje la investigación. ¡Es una gran detective privada!

Cuando por fin entran al estadio, sus parejas las están esperando, y con ellas suben las escaleras que conducen a la zona donde tienen sus asientos. Solo faltan cuarenta minutos para que empiece el partido y todo el mundo está atacado de los nervios. Se dedican a cantar y a vitorear el nombre de los jugadores. Parece que no pasa el tiempo..., hasta que los equipos saltan al césped y la final comienza.

—¡Vamos, Betis! ¡A por ellos! —grita Triana exaltada cuando suena el silbato del colegiado.

El partido transcurre con dominio alterno en los primeros diez minutos. En el minuto once, una jugada por la banda derecha del ataque bético acaba con un centro de Bellerín que remata de cabeza Borja Iglesias, y el balón termina alojándose en la portería del Valencia. El Panda marca el uno a cero y la afición verdiblanca enloquece en las gradas.

Triana estalla de emoción y lo celebra dándole un beso en la boca al chico que tiene a la derecha. Luego mira a Blanca y se funden en un largo abrazo.

—Esto está hecho. ¡Vamos a ser campeones!

Sin embargo, antes de acabar la primera mitad, en una contra, el Valencia consigue empatar el partido gracias a un gol de Hugo Duro. La desilusión es palpable en el bando sevillano, mientras que los valencianistas celebran la igualada por todo lo alto.

—Queda mucho. No te desanimes —le dice a Triana el joven que está a su lado—. Así está más emocionante la final.

—No quiero que sea más emocionante. Quiero ganar. Volver a plaza Nueva.

—No te preocupes, que mañana te llevo.

—No seas tonto. Ya sabes a lo que me refiero. ¡Tenemos que ganar la Copa! ¡A plaza Nueva hay que volver! —exclama la chica tarareando uno de los cánticos más populares de la hinchada verdiblanca.

La primera parte termina con empate a uno. Triana se relaja en su asiento y habla con Blanca de lo reñida que está la final: de seguir así de igualado el encuentro, no saben si aguantarán tanta tensión. Pero se vuelve hacia el chico que se sienta a su lado cuando la rodea con el brazo. Lo mira a sus bonitos ojos claros y le da un nuevo beso en los labios. Este más largo. Le encanta. No sabe cómo le irá en esa relación, pero se lo está tomando con calma. ¿Se ha enamorado? Ni se

lo plantea.

El *speaker* de la final anuncia una gran actuación para el tiempo de descanso y pide la colaboración de todos los hinchas presentes en el estadio. Todos miran expectantes, incluida Triana, porque están trasladando un piano al centro del campo.

—Esta chica es buenísima —dice el joven señalando a una muchacha que aparece por uno de los laterales del campo.

—¿Cómo se llama?

—No lo recuerdo. Pero es una estrella en TikTok. La he escuchado y canta muy bien.

—Es muy guapa.

—¿Sí? No me había dado cuenta.

Triana golpea con el codo al joven y se fija con atención en la muchacha que va a actuar y que ya se ha sentado frente al piano. El *speaker* pide un fuerte aplauso para Daniela Montilla.

—Me suena muchísimo el nombre.

—Claro. Ya te he dicho que es muy conocida en las redes sociales y ha firmado hace poco un contrato con una gran discográfica.

Sin embargo, a Triana no solo le va a resultar familiar el nombre. En cuanto Daniela toca los primeros acordes en el piano, se queda de piedra. Porque ha reconocido la música que está sonando. No puede ser. Siente un nudo en la garganta y se le saltan las lágrimas al escuchar la letra de la canción:

«Me costó despedirme del calor
de la ciudad y de las bonitas calles.

Lo hice por nosotros dos,
para no perder el tiempo en los detalles.

Nos ahogamos en un mar sin playa.
Nos anclamos en un sinsentido.
El que otorga es el que no calla.
El que siente es el que lo ha vivido.

Contamos las victorias con dos dedos.
Rescatamos la ilusión del paladar.
Una noria repleta de besos.

Unos versos que no te llegué a dar.
Ayer te expliqué lo que sentía,
hoy con la música te quiero contar
que de verdad es la última melodía
que mi piano te va a susurrar.
Y es que muero si te veo triste.
Y es que muero si te veo llorar.
Nuestro amor no fue de chiste.
Nuestro amor fue de cristal.
Aún recuerdo todas las caricias
que me hacías tumbados en el sofá.
Aguantaste todas mis manías,
sin saber que tenía que acabar.
No deshojo ya más margaritas.
El silencio se quedó atrás.
Las historias no son todas bonitas.
Lo bonito es ser de verdad.
Este es el último episodio
de un amor que nos dejó amar.
No nos llegó a comer el odio.
No terminamos jugando tan mal.
Ayer te expliqué lo que sentía.
Hoy con la música te quiero contar
que de verdad es la última melodía
que mi piano te va a susurrar.
Y es que me muero si te veo triste.
Y es que me muero si te veo llorar.
Lo nuestro no fue de chiste.
Lo nuestro fue de cristal».

Cuando Daniela termina, el estadio al completo rompe en aplausos. La cantante saluda alegremente desde el medio campo y después se retira corriendo.

Triana, que no ha parado de llorar durante la actuación, recibe un wasap. Es de un número desconocido. Lo abre y lo lee con un nudo en la garganta:

Espero que te haya gustado *La última melodía*. Es

para ti.

La chica mira a su alrededor buscando anhelante, intentando encontrar a aquel joven de cabello alborotado y rostro aniñado del que no sabe nada desde hace mucho tiempo.

—¿Buscas a alguien en la grada? —le pregunta el chico que está a su lado.

—No, Iván. A nadie —responde Triana, que se seca las lágrimas y le sonríe—. No busco a nadie.

La chica le sujeta la cara con suavidad y le da otro beso. Pero en su corazón se ha vuelto a despertar aquel sentimiento que ha permanecido dormido desde que Chopin se marchó, en lo que parecía que había sido un «hasta siempre».

FIN

AGRADECIMIENTOS

Es la primera vez que escribo una bilogía. No habrá más libros sobre Chopin, así que aquí me despido de él. Espero que os haya gustado la que, para mí, ha sido mi mejor novela. Siempre digo que cada historia tiene su momento y que una no es mejor que otra; y que el gusto de cada persona y sus preferencias son sagrados y respetables. Pero las circunstancias en las que he escrito *La última melodía de Chopin* han sido muy especiales. Estoy muy feliz por haber llegado a la meta otra vez y, dadas las dificultades del proceso, la felicidad ha sido doble.

Esta parte del libro siempre es un regalo para mí. La oportunidad de agradecer lo que tienes y a la gente que quieres. Sin embargo, esta vez son unos agradecimientos más difíciles de lo habitual, tengo algo por dentro que me dificulta expresarme. Han pasado muchas cosas muy buenas y malas durante el periodo en el que he escrito la novela. No me puedo quedar solo con lo positivo, porque lo negativo también forma parte de la vida y acaba marcándote. Lo que sí se puede hacer es pensar que tienes esas cosas buenas para que las malas te afecten menos. Al final no solo es una lucha contigo mismo, sino con las cosas que ocurren a tu alrededor y no dependen de ti.

Este libro va de una manera muy especial para mi madre, mi padre y mi hermana. Siempre los meto a los tres en el mismo saco, aunque son totalmente diferentes, porque soy incapaz de separarlos. Son el sustento de gran parte de mi vida y las personas que me han visto en todas mis versiones. Solo pido salud para ellos y les doy una vez más las gracias, como en cada novela desde el 2009. La vida va siendo cuestión de detalles y hay que cuidarla.

Es la primera vez que apareces en unos agradecimientos siendo mi mujer y yo tu marido. Casarme contigo no era una necesidad, porque te quiero y te querré siempre, con papeles o sin ellos. Unos anillos no hacen mejor al amor, pero soy tremendamente afortunado de que el 9-9-22 brille en nuestros dedos anulares. No hay palabras para darte las gracias por tantos cuidados, canciones, charlas, risas,

viajes y caricias. Es un honor ser parte de ti y acompañarte en este camino. Se me llena la boca y se me iluminan los ojos cuando hablo de ti. Qué bonito compartir vidas, Ester.

Uno no elige a la familia que le toca. Yo no cambiaría a la mía por ninguna. Me habéis demostrado que estáis en las buenas y, sobre todo, en las malas. Una piña de buena gente que siempre echa una mano sin pedir nada a cambio. Gracias, Cuqui, de corazón. Y gracias a mis tíos y a mis primos por conservar la sonrisa y la fuerza cuando más falta hacía. Pido y exijo un 2023 bueno para todos vosotros.

También mi recuerdo, agradecimiento y admiración para la familia de Ester.

Por suerte, tengo muchos amigos que se alegran de lo que me está pasando. Gracias por permanecer a pesar de que muchas veces no lo pongo fácil.

Y ya voy con mi segunda familia. Planeta es sinónimo de hogar para mí. La de cosas que me han pasado gracias a vosotros. Puri Plaza y Raquel Gisbert, sois las mejores. Más que mis editoras, sois como mis hermanas. Gracias por vuestra paciencia. Isa Santos, te doy mucho la lata, ya lo siento. Laura Franch, Laia Manchón, Silvia Axpe, Lolita Torelló, no se puede trabajar con mejores profesionales y personas. Belén López, espero haber estado a la altura. Gracias a todo el equipo por estos años tan bonitos. Javier Sanz, tú has sido decisivo en mi carrera como autor. Te debo mucho. Gracias, Raquel de la Morena, por tu enorme generosidad. Y gracias también a don Paco Barrera, a Carlos Revés, a Marc Rocamora, a Sergi Álvarez, a Carmen Ramírez, a Ana Gavín y al resto de la gente de la editorial por apostar por este carmonense con nombre de pantalón. Diez años publicando con vosotros es todo un lujo. Gracias a las personas de Booket, sois fantásticos. Y gracias a los que trabajáis en Columna Edicions, labutxaca y las delegaciones de Planeta Latinoamérica e Italia. Gracias igualmente a la Fundación José Manuel Lara. ¡Vamos a por más!

Aunque estos agradecimientos pertenezcan a *La última melodía de Chopin*, quiero dar las gracias a Morena Films, en especial a Pedro Uriol y a Tito López Amado, por lo que están haciendo con *La chica invisible*. Gracias a todos los actores y al gran equipo que se ha encargado de cuidar cada detalle de la serie. Y, por supuesto, a Disney + por invertir en el proyecto y tratarlo con tanto cuidado y respeto.

Gracias también a las editoriales extranjeras que han confiado en

La chica invisible y *El campamento* para traducirlos a sus respectivos idiomas.

Siempre se me olvida gente en los agradecimientos. Disculpadme. Este pequeño párrafo va por todas esas personas que me han apoyado y que han estado ahí de una manera o de otra: libreros, compañeros escritores, comerciales, periodistas, blogueros, organizadores de eventos, trabajadores de los hoteles... A lo largo de un año conoces a muchísimas personas que te aportan algo en un momento determinado. Gracias.

Son dieciséis novelas publicadas, y no habría sido posible sin vosotros, los lectores. Sois la parte más importante de esta aventura. Gracias particulares a mis queridos Francesc y Paula, de Afortunados de Blue, y a mis chicas de Bluejeaners México. Siempre estáis ahí para todo. Gracias también a los que vais a las firmas y a vuestras familias. No sabéis lo que significa para mí llegar a una ciudad y que sigáis formando esas colas. Y gracias a todos los que me apoyáis en redes sociales. En representación de los que me escribís en Twitter, Instagram, Facebook y hasta TikTok, gracias, Lucía Cugno, Ángela Calle, Celeste García, Victoria Saltos, Helen Rey, Patricia Rodríguez, Lara Rivas, Alicia Carbonero, Vanessa Rubio, David Rodríguez, Ana Rebaza, Mayra Macalupu, Laura Pérez, María Navarro, Isabel Felguera, Mylesly Cabellos, Fernanda Flores, Elena Físico, Ingrid Soto y Cristina Elísabet Montañés.

Gracias, Katherine Kane. Cuando encajas con alguien que tiene intereses parecidos a los tuyos, pero es tan diferente, quieres que se quede en tu vida para siempre. Estoy aprendiendo muchísimo de ti.

Hasta aquí las aventuras de Chopin y Cía. Espero que os hayan gustado y que hayáis disfrutado de estos dos libros que han sido tan especiales para mí. Gracias por leer mis novelas y formar parte de este increíble ejército azul.

¡Hasta la próxima aventura!

Sigue este QR para escuchar la *playlist* oficial de *La última melodía de Chopin.*

La última melodía de Chopin
Blue Jeans

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Magdalena Russocka / Trevillion Images

© Francisco de Paula Fernández, 2023

© de las ilustraciones, Salomart

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-08-27357-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

ANDREA IZQUIERDO
TERCERA PARTE
LA CHICA DEL
Zodiaco
GÉMINIS • CÁNCER • LEO • VIRGO
Planeta

La chica del Zodiaco. Tercera parte

Izquierdo, Andrea
9788408274964
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

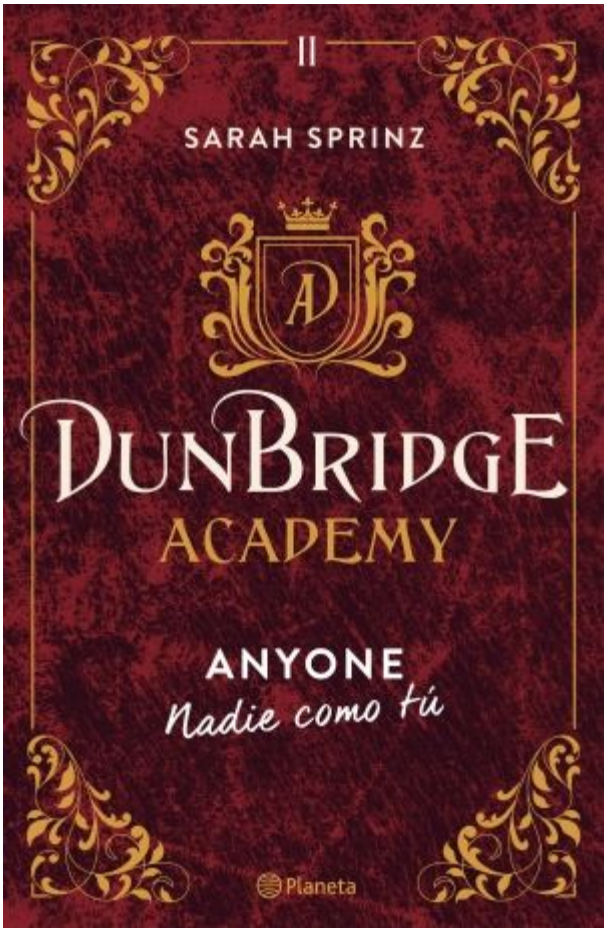
Es el final del experimento. Es el momento de tomar una decisión. Es el momento de encontrar el amor. ¿O no?

El chico géminis es aventurero y competitivo.
El chico cáncer es sentimental y familiar.
El chico leo es extrovertido y cabezota.
El chico virgo es organizado y meticuloso.
ANNA SE ACERCA AL FINAL
Su experimento de salir cada mes con un chico de un signo distinto se acerca a su fin. Después de una mala jugada, deberá recomponerse y seguir adelante para demostrar que el amor no depende del Zodiaco.
ANNA SE ESTÁ ENAMORANDO
Por más que intente engañarse a sí misma, Anna sabe que hay un chico que ha llegado para poner su vida patas arriba. Desea atreverse y dar el paso, pero dejarse llevar por sus sentimientos no es fácil cuando ya lo perdió todo una vez.
ANNA TIENE QUE DECIDIRSE
Ha llegado el momento de tomar una decisión.

¿Se quedará con uno de los chicos del Zodiaco, con otro diferente o seguirá su camino ella sola?

Es el final del experimento. Es el momento de tomar una decisión.
Es el momento de encontrar el amor. ¿O no?

Cómpralo y empieza a leer


II
SARAH SPRINZ
DUNBRIDGE
ACADEMY
ANYONE
Nadie como tú
Planeta

Dunbridge Academy. Anyone

Sprinz, Sarah
9788408276104
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La segunda entrega de Dunbridge Academy. Amor, intriga y secretos en el internado más exclusivo de Escocia.

Tras la historia de Emma y Henry en el primer volumen, en esta nueva entrega de *Dunbridge Academy* seguimos a otros miembros del grupo de amigos, Tori y Sinclair.

Tori lleva un tiempo saliendo con Valentine y, aunque las cosas van bien, hay una parte de sí misma que cree que tal vez no esté enamorada. Aunque debería hacerlo, no sabe por qué no se siente cómoda para contarle a su mejor amigo qué es lo que le ocurre.

Sinclair siempre ha considerado a Tori su mejor amiga. Este año ambos están en la obra de teatro. A Sinclair lo han escogido para el papel protagonista de Romeo y no le quita los ojos de encima a Eleanor, quien interpreta a Julieta. Sin embargo esto a Tori, que está en el equipo de guionistas, no debería importarle, ¿no?

Cómpralo y empieza a leer

SERIE CRAVE

anhelo

Tu nueva obsesión. Lo vas a devorar.

TRACY WOLFF

Planeta

Anhelo (Serie Crave 1)

Wolff, Tracy
9788408233862
672 Páginas

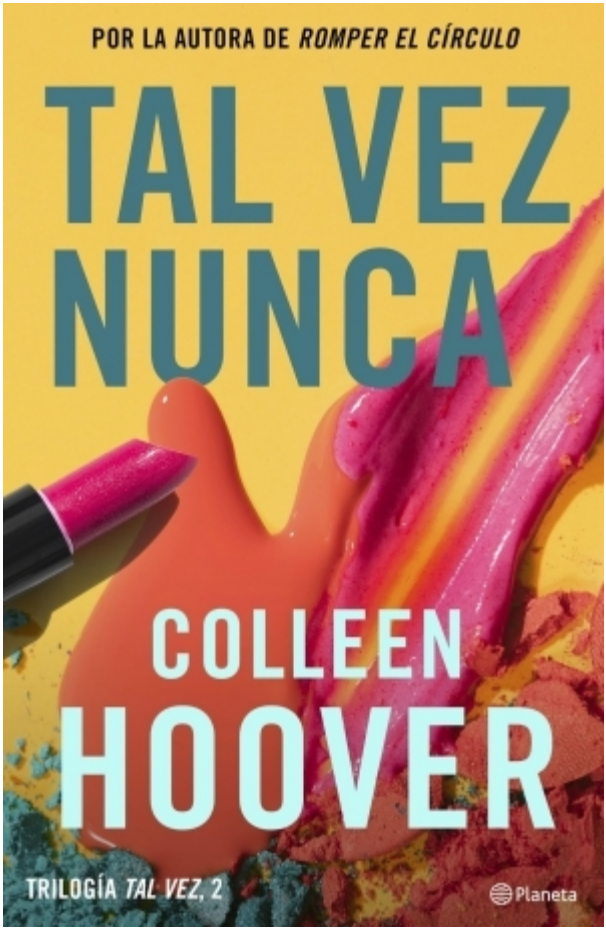
Cómpralo y empieza a leer

Descubre la Serie Crave. Ya forma parte de ti.

«Mi mundo cambió en el instante en el que pisé el instituto Katmere. Aquí todo resulta extraño: la escuela, los alumnos, las asignaturas; y yo no soy más que una simple mortal entre ellos, dioses... o monstruos. Todavía no sé a qué bando pertenezco, si es que pertenezco a alguno, sólo sé que lo que parece unirlos a todos es su odio hacia mí.

Pero entre ellos está Jaxon Vega, un vampiro que esconde oscuros secretos y que no ha sentido nada durante un siglo. Algo en él me atrae, apenas lo conozco, pero sé que hay algo roto en su interior que de alguna manera encaja con lo que hay roto en mí. Acercarme a él puede significar el fin del mundo, pero empiezo a sospechar que alguien me ha traído a este lugar a propósito, y tengo que descubrir por qué.»

Cómpralo y empieza a leer


POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*
TAL VEZ NUNCA
COLLEEN HOOVER
TRILOGÍA *TAL VEZ*, 2
Planeta

Tal vez nunca (Maybe Not)

Hoover, Colleen
9788408276524
176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Por la autora de Romper el círculo, número uno en ventas de The New York Times y un auténtico fenómeno en TikTok.

El *spin-off* de *Tal vez mañana* que nos cuenta la apasionante historia del desternillante y carismático Warren.

Cuando a Warren le ofrecen la oportunidad de tener una compañera en un piso donde solo vivían chicos, acepta inmediatamente, ya que cree que puede ser un cambio interesante.

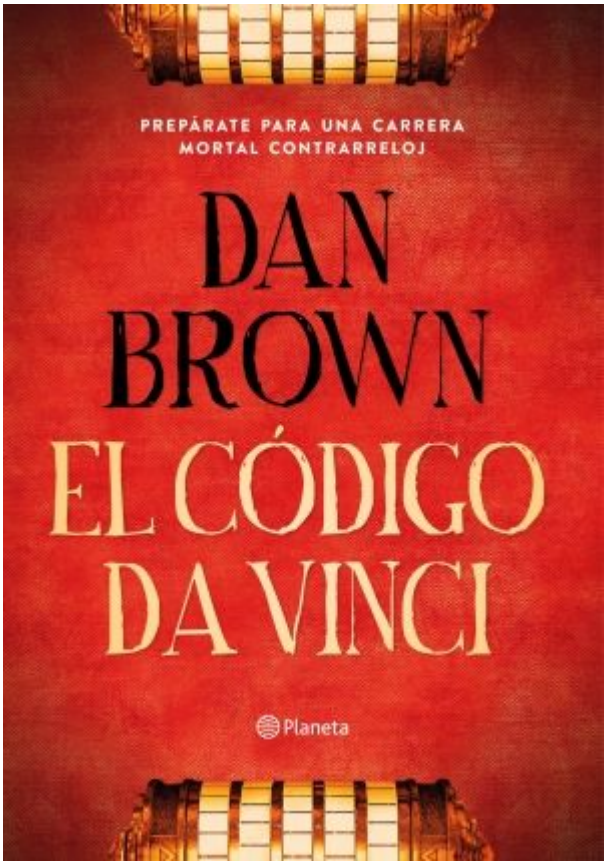
O tal vez no.

Las dudas nacen cuando su nueva compañera de piso resulta ser Bridgette, una chica aparentemente fría y calculadora. La tensión en el piso se corta con un cuchillo y ambos estallan cada vez que coinciden en una habitación. Pero Warren tiene una teoría sobre Bridgette: cree que alguien que odia con tanta intensidad tiene que ser igual de apasionada en el amor, y quiere ser la persona que ponga en práctica esa teoría. ¿Podrá Warren descongelar el corazón helado de Bridgette? ¿Será ella capaz de aprender a amar?

Tal vez algún día. O tal vez nunca.

«Nadie escribe sobre sentimientos como Colleen Hoover.» Anna Todd

Cómpralo y empieza a leer


PREPÁRATE PARA UNA CARRERA
MORTAL CONTRARRELOJ
DAN
BROWN
EL CÓDIGO
DA VINCI
Planeta

El código Da Vinci (Nueva Edición)

Brown, Dan

9788408164227

472 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El profesor de simbología religiosa de la Universidad de Harvard Robert Langdon se encuentra en París dando una conferencia. En la recepción que tiene lugar a continuación tiene una cita con el prestigioso comisario del museo del Louvre, pero éste nunca aparece. Horas más tarde, el profesor recibe una llamada: el comisario ha sido encontrado muerto y la policía francesa requiere de sus servicios. Langdon es conducido al Louvre y allí descubre que la víctima ha dejado un mensaje cifrado en la escena del crimen.
Convertido en el sospechoso principal, Langdon debe descifrar, junto a la criptóloga francesa Sophie Neveu, una serie de pistas que han sido dejadas específicamente para ellos. Si no consiguen resolver el puzzle a tiempo, un secreto milenario podría perderse para siempre, y sus vidas peligrarían.
«Espero sinceramente que esta adaptación de *El código Da Vinci* provoque en nuevos lectores el mismo entusiasmo que siento al explorar la historia secreta y los misterios del mundo en el que vivimos.»
Dan Brown

Cómpralo y empieza a leer